

Gustave Flaubert

**BOUVARD
Y PÉCUCHE**

Traducción de
Abel Dubois

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

© 1980 Centro Editor de América Latina S. A Junín 981, Buenos Aires.

Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina, impreso en noviembre de 1980. Pliegos interiores: compuesto en Linotipia Birsa, Rocamora 4146, Buenos Aires; impreso en Talleres Gráficos FA.VA.RO. SAIC y F, Independencia 3277/79, Buenos Aires.

1

Como hacía un calor de treinta y tres grados, el Boulevard Bourdon estaba completamente desierto.

Más abajo, el canal Saint Martin, cerrado por las dos esclusas, mostraba la línea recta de su agua color de tinta. En el medio había un barco lleno de madera, y en la orilla dos hileras de barricas.

Más allá del canal, entre las casas separadas por galpones, el gran cielo puro se recortaba en láminas azules, y bajo la reverberación del sol, las fachadas blancas, los techos de pizarra y los muelles de granito encandilaban. Un rumor confuso subía, a lo lejos, por la atmósfera tibia; y todo parecía amodorrado por la ociosidad del domingo y la tristeza de los días de verano.

Aparecieron dos hombres.

Uno venía de la Bastilla, el otro del Jardín Botánico, El más grande, que vestía un traje de hilo, iba con el sombrero echado para atrás, el chaleco desabrochado y la corbata en la mano. El más pequeño, cuyo cuerpo desaparecía en una levita marrón, iba con la cabeza gacha cubierta con una gorra de visera puntiaguda.

Cuando llegaron al medio del bulevar se sentaron en el mismo momento, en el mismo banco.

Para secarse la frente se quitaron sus sombreros, que cada uno de ellos puso cerca de sí; y el pequeño vio escrito en el sombrero de su vecino: Bouvard; mientras que éste distinguía con facilidad en la gorra del particular de levita la palabra Pécuchet.

– ¡Vaya! –dijo–. Tuvimos la misma idea, la de poner nuestros nombres en nuestros sombreros.

– ¡Por Dios, sí! ¡Alguien podría llevarse mi sombrero en mi oficina! –igual que yo; yo también soy empleado.

Entonces se miraron con atención.

El aspecto amable de Bouvard encantó enseguida a Pécuchet.

Sus ojos azulados, siempre entrecerrados, sonreían en su rostro colorado. Un pantalón con las bajas acordeonados sobre zapatos de castor, ceñía su barriga y ablusaba su camisa en la cintura, y sus cabellos rubios, naturalmente ensortijados en leves rizos, le daban un aspecto infantil.

De sus labios salía una especie de silbido continuo.

El aspecto serio de Pécuchet impresionó a Bouvard.

Se hubiera dicho que llevaba una peluca por lo chato y negro de los mechones que cubrían su alto cráneo. Su rostro parecía estar siempre de perfil debido a la nariz que llegaba hasta muy abajo. Sus piernas aprisionadas en tubos de "lasting" no estaban en proporción con la longitud del busto, y tenía una voz fuerte, cavernosa.

Se le escapó esta exclamación:

– ¡Qué bien se estaría en el campo!

Pero los suburbios, según Bouvard, eran matadores por el barullo de los merenderos. Pécuchet pensaba lo mismo. Sin embargo, empezaba a sentirse cansado de la capital. Bouvard también.

Y sus ojos iban de los montones de piedras de construcción al agua repelente en la que flotaba un manojito de paja, o a la chimenea de una fábrica que se alzaba en el horizonte; las alcantarillas exhalaban miasmas. Se volvieron hacia el otro lado. Entonces tuvieron delante de ellos los muros del Granero Municipal.

Era evidente (y esto sorprendía a Pécuchet) ¡hacía más calor en las calles que en casa!

Bouvard lo instó a quitarse la levita. ¡A él no le importaba el qué dirán!

De pronto un borracho atravesó la acera en zigzag; entonces ellos entablaron una conversación política a propósito de los obreros. Sus opiniones eran las mismas, aunque tal vez Bouvard fuese un poco más liberal.

Un ruido de chatarra sonó en el empedrado, en un torbellino de polvo. Eran tres calesas de alquiler que iban hacia Bercy llevando a una novia con su ramillete, burgueses de corbata blanca, señoras enfundadas hasta las axilas en sus enaguas, dos o tres niñas, un colegial. La visión de esa boda llevó a Bouvard y Pécuchet a hablar de las mujeres, a las que declararon frívolas, agrias y testarudas. A pesar de ello, con frecuencia resultaban mejores que los hombres; aunque otras veces eran peores. En una palabra, más valía vivir sin ellas. Por eso Pécuchet había permanecido soltero.

—Yo soy viudo —dijo Bouvard— ¡y sin hijos! —¿Acaso cree que eso es una suerte? Pero la soledad, a la larga, era muy triste. Después, a la orilla del muelle, apareció una muchacha de la vida con un soldado. Muy pálida, los cabellos negros y picada de viruela, iba apoyada en el brazo del militar, arrastrando sus zapatillas y contoneando las caderas.

Cuando estuvo lejos Bouvard se permitió una reflexión obscena. Pécuchet se puso muy rojo y, para no tener que responderle, sin duda, le señaló con la mirada un cura que se acercaba.

El eclesiástico bajó con lentitud por la avenida de los delgados olmos que jalonaban la vereda y Bouvard, cuando ya no percibió más el tricornio, dijo sentir alivio, ya que execraba a los jesuitas. Pécuchet, sin absolverlos, dio muestras de una cierta amabilidad para con la religión.

Entretanto el crepúsculo caía y las persianas de enfrente habían sido levantadas. Los pasantes se hicieron más numerosos. Sonaron las siete.

Sus palabras surgían, inagotables, las observaciones sucedían a las anécdotas, los comentarios filosóficos a las consideraciones individuales. Denigraron al cuerpo de Puentes y Calzadas, al monopolio del tabaco, al comercio, a los teatros, a nuestra marina y a todo el género humano, como gente que ha sufrido grandes sinsabores. Cada uno de ellos, al oír al otro, se reencontraba con partes de sí mismo que había olvidado; y aunque hubiesen dejado atrás la edad de las emociones ingenuas, experimentaban un placer nuevo, una suerte de expansión, el encantó de la ternura en sus principios.

Veinte veces se habían levantado, se habían vuelto a sentar y habían recorrido todo el bulevar, desde la esclusa de arriba hasta la esclusa de abajo, siempre con la intención de irse, pero sin tener la fuerza para hacerlo, retenidos por una especie de fascinación.

Se separaban, no obstante y sus manos ya se habían juntado cuando Bouvard dijo de pronto: — ¡Digo yo! ¿Y si cenáramos juntos? —¡A mí se me había ocurrido —respondió Pécuchet— pero no me atrevía a proponerlo!

Y se dejó llevar hasta enfrente del ayuntamiento, hasta un pequeño restaurante donde estarían bien. Bouvard eligió la cena.

Pécuchet les temía a las especias como si pudiesen incendiarle el cuerpo. Eso fue motivo de una discusión sobre medicina. En seguida, loaron las ventajas de las ciencias. ¡Cuántas cosas por conocer, cuántas investigaciones, si hubiera tiempo! ¡Ay, la tarea de ganarse el pan se lo llevaba todo! Y levantaron los brazos, asombrados, y casi se abrazaron por sobre la mesa al descubrir que los dos eran copistas, Bouvard en una casa de comercio, Pécuchet en el Ministerio de la Marina, lo cual no le impedía consagrar, cada noche, algunos momentos al estudio. Había encontrado faltas en la obra del señor Thiers y habló con el más grande respeto de un tal Dumouchel, profesor.

Bouvard lo superaba en otros aspectos. Su leontina de cabellos y la manera de batir la mayonesa delataban al viejo verde lleno de experiencia; y comía con la punta de la servilleta debajo de la axila, despachándose con cosas que hacían reír a Pécuchet. Era una risa muy particular, una sola nota muy baja, siempre la misma, que brotaba con largos intervalos. La de Bouvard era continua, sonora, descubría sus dientes, le sacudía los hombros y los parroquianos, desde la puerta, volvían sus cabezas.

Terminada la comida, fueron a tomar el café en otro establecimiento. Pécuchet, contemplando los picos de gas, lamentó los desbordes del lujo; luego, con un ademán desdeñoso, apartó los diarios. Bouvard era más indulgente en ese sentido. A él le gustaban todos los escritores en general ¡y en su juventud había manifestado ciertas condiciones de actor! Quiso hacer pruebas de equilibrio con un taco de billar y dos bolas de marfil, como las que hacía Barberou, uno de sus amigos. Las bolas, invariablemente, caían y rodaban por el piso por entre las piernas de las personas e iban a perderse a lo lejos. El mozo que se levantaba todas las veces para buscarlas, en cuatro patas, debajo de las sillas, acabó por quejarse. Pécuchet tuvo un entredicho con él; y cuando vino el patrón, no quiso escuchar sus disculpas y hasta discutió el precio de lo consumido.

Después propuso que terminaran la velada tranquilamente en su casa, que estaba muy cerca, en la calle Saint Martin. Apenas entraron se puso una especie de blusa de indiana y se jactó de su departamento.

Un escritorio de pino, que estaba justo en el medio, incomodaba con sus puntas. Por todas partes, en pequeños estantes, en las tres sillas, en el viejo sillón y en los rincones había, amontonados, varios volúmenes de la Enciclopedia Roret, el *Manual del magnetizador*, un Fenelón, otros libros; y un montón de papeluchos, dos cocos, varias medallas, un gorro turco y conchillas traídas de El Havre por Dumouchel. Una capa de polvo afelpaba las paredes en otros tiempos pintadas de amarillo. El cepillo para los zapatos estaba tirado en el borde de la cama de la que colgaban las sábanas. En el cielorraso se veía una gran mancha negra producida por el humo de la lámpara.

Bouvard, debido al olor sin duda, pidió permiso para abrir la ventana.

—¡Se volarán los papeles! —exclamó Pécuchet, que temía, además, a las corrientes de aire.

Sin embargo, jadeaba en aquella piecita caldeada desde la mañana por las pizarras del techo. Bouvard le dijo:

—Yo, en su lugar, me quitaría la camiseta. —¡Cómo! —Y Pécuchet bajó la cabeza, asustado por la posibilidad de no tener puesto su "chaleco de salud".

—Acompañeme —continuó Bouvard—, el aire de afuera lo refrescará.

Por fin Pécuchet cepilló sus botas mascullando "Palabra de honor que me tiene embrujado" y, a pesar de la distancia, lo acompañó hasta su casa en la esquina de la calle de Béthune, en frente del puente de la Tournelle.

La morada de Bouvard, bien encerada, con cortinas de percal y muebles de caoba, tenía un balcón con vista al río. Los dos ornamentos principales eran una licorera en medio de la cómoda y daguerrotipos de amigos bordeando el espejo; en la alcoba había una pintura al óleo.

—¡Mi tío! —dijo Bouvard, y con la luz que llevaba iluminó a un señor.

Patillas rojas ensanchaban un rostro coronado por un tupé de punta rizada. Su alta corbata y los tres cuellos, el de la camisa, el del chaleco de terciopelo y el del frac negro, lo tenían tieso. Habían pintado diamantes en la pechera. Sus ojos estaban sumidos en sus pómulos y sonreía con un leve aire socarrón. Pécuchet no pudo dejar de decir: —Más bien se diría que es su padre. —Es mi padrino —replicó Bouvard con indiferencia, agregando que sus nombres de pila eran Francois, Denys, Bartholomé. Los de Pécuchet eran Juste, Romain, Cyrille; y tenían la misma edad, ¡cuarenta y siete años! Esa coincidencia les gustó, pero los sorprendió, porque los dos habían creído del otro que era mucho más joven. En seguida manifestaron su admiración por la Providencia cuyas combinaciones son, a veces, maravillosas.

—Porque, en fin, si hace un rato no hubiésemos salido a pasearnos, hubiéramos podido morir sin encontrarnos nunca—. Y luego de darse las direcciones de sus patronos, se desearon una buena noche.

—¡No vaya a visitar a las señoras! —gritó Bouvard en la escalera.

Pécuchet bajó los escalones sin responder a la broma. Al otro día, en el patio de los señores Descambos Hermanos —tejidos de Alsacia, calle Hautefeuille 92— una voz llamó.

—¡Bouvard! ¡Señor Bouvard!

Este sacó la cabeza por la ventana y reconoció a Pécuchet quien gritó más fuerte. –¡No estoy enfermo! ¡Y me la quite! –¿Qué...?

–¡Esta! –dijo Pécuchet señalando su pecho. La conversación de todo el día, con la temperatura del departamento y los esfuerzos de la digestión le habían impedido dormir, de modo que no aguantó más y mandó a paseo a la camiseta. A la mañana, había recordado lo hecho, que afortunadamente no había tenido malas consecuencias, y ahora iba a informar a Bouvard quien, merced a lo sucedido, había ascendido en su estima hasta una prodigiosa altura.

Pécuchet era hijo de un pequeño comerciante y no había conocido a su madre, muerta muy joven. A los quince años lo habían sacado del colegio para meterlo en lo de un ujier. Un día aparecieron los gendarmes y el patrón fue enviado a galeras, historia fiera que aún le causaba espanto. Después había pasado por diversos empleos, maestro, aprendiz de farmacia, contador en uno de los paquebotes del alto Sena. Por fin un jefe de división seducido por su escritura lo había tomado como escribiente; pero le concienca de una educación defectuosa, y las necesidades espirituales que derivaban de ella, irritaban su humor. Y vivía completamente solo, sin parientes, sin compañera. Su distracción era inspeccionar los trabajos públicos los domingos.

Los más viejos recuerdos de Bouvard lo retrotraían a las orillas del Loira, a un patio de granja. Un hombre que era su tío lo había llevado a París para iniciarlo en el comercio. Cuando fue mayor de edad le dieron algunos miles de francos. Entonces se casó y abrió un negocio de confitería. Seis meses más tarde su esposa desaparecía llevándose la caja. Los amigos, la buena mesa y sobre todo la pereza lo habían llevado a la ruina muy rápidamente. Pero tuvo la Inspiración de utilizar su hermosa letra y hacía doce años que ocupaba el mismo puesto en lo de los señores Descambos Hermanos, tejidos, calle Hautefeuille 92. En cuanto a su tío, que en otros tiempos le había enviado el famoso retrato como recuerdo, Bouvard no sabía siquiera adonde vivía y no esperaba nada más de él. Mil quinientas libras de renta y sus entradas como copista le permitían ir, todas las noches, a echarse un sueñito en un café. Por eso su encuentro había tenido la importancia de una aventura. Inmediatamente se habían sentido ligados por fibras secretas. Por otra parte ¿cómo explicar las simpatías? ¿Por qué tal particularidad, tal o cual imperfección indiferente u odiosa en éste resulta encantadora en aquél? Lo que se llama "ser flechado" es cierto para todas las pasiones. Antes de que terminara la semana ya se tuteaban.

Con frecuencia iban a buscarse a sus trabajos. Tan pronto como uno aparecía el otro cerraba su pupitre y se iban juntos a las calles. Bouvard caminaba a grandes zancadas, mientras que Pécuchet multiplicaba los pasos, y con su levita golpeándole los talones, parecía deslizarse en patines. También sus gustos personales armonizaban. Bouvard fumaba la pipa, le gustaba el queso, y bebía con regularidad su cafecito. Pécuchet aspiraba rapé, como postre sólo comía mermeladas y mojaba un terrón de azúcar en el café. El uno era confiado, atolondrado, generoso. El otro discreto, reflexivo y ahorrativo.

Con el propósito de ser agradable, Bouvard quiso que Pécuchet conociera a Barberou. Era un antiguo viajante de comercio, en la actualidad corredor de bolsa, muy buen tipo, patriota, amigo de las damas y aficionado al lenguaje arrabalero. Pécuchet lo encontró desagradable y llevó a Bouvard a lo de Dumouchel. Este autor (dado que había publicado una pequeña mnemotecnia) daba lecciones de literatura en un pensionado de señoritas, tenía opiniones ortodoxas y modales serios. A Bouvard lo aburrió.

Ninguno de los dos había ocultado al otro su opinión y cada uno de ellos reconoció lo acertado del juicio del otro. Sus costumbres cambiaron. Abandonaron su pensión burguesa y acabaron por cenar juntos todos los días.

Hablaban de las obras de teatro en cartel, del gobierno, de la carestía de los víveres, de los fraudes del comercio. De cuando en cuando la historia del Collar o el proceso de Fualdés volvían a ser tema de sus conversaciones; además buscaban las causas de la Revolución.

Deambulaban por las tiendas de los anticuarios. Visitaron el Conservatorio de Artes y Oficios, Saint Denis, los Gobelins, los Invalides, y todos los museos. Cuando se les pedía sus pasaportes, hacían como que los habían perdido y trataban de pasar por dos extranjeros, dos ingleses.

En las galerías del "Museum" pasaron estupefactos por delante de los cuadrúpedos embalsamados, con placer por frente a las mariposas, con indiferencia ante los metales; los fósiles los dejaron pensativos, la conquliología los aburrió. Examinaron los invernáculos a través de los vidrios y se estremecieron al pensar que todos esos follajes rezumaban venenos. Lo que admiraron del cedro fue que lo hubiesen traído en un sombrero.

En el Louvre hicieron esfuerzos para entusiasmarse con Rafael. De la gran biblioteca, hubieran querido saber cuál era la cantidad exacta de volúmenes.

Una vez entraron en el curso de árabe del Colegio de Francia, y el profesor se asombró al ver a esos dos desconocidos que trataban de tomar notas. Gracias a Barberou anduvieron por entre bastidores en un pequeño teatro. Dumouchel les consiguió entradas para una sesión de la Academia. Se informaban de todos los descubrimientos, leían prospectos y debido a esta curiosidad su inteligencia se desarrolló. En el fondo de un horizonte cada día más lejano divisaban cosas confusas y maravillosas a la vez.

Al admirar un viejo mueble, lamentaban no haber vivido en la época en que había sido usado, aunque no supiesen absolutamente nada de esa época. Según ciertos nombres imaginaban países tanto más hermosos cuanto que no podían precisar nada de ellos. Las obras cuyos títulos eran para ellos ininteligibles les parecían contener un misterio.

Y al tener más ideas, tuvieron más sufrimientos. Cuando un coche correo se les cruzaba en las calles, sentían la necesidad de irse en él. El muelle de las Flores hacía que añoraran el campo.

Un domingo salieron a la mañana; pasaron por Meudon, Bellevue, Suresnes, Auteil y durante todo el día vagabundearon entre las viñas, arrancaron amapolas en los lindes de los campos, durmieron en la hierba, bebieron leche, comieron bajo las acacias en lo de los merenderos, y volvieron muy tarde, polvorientos, extenuados, encantados. Repitieron con frecuencia esos paseos, pero al día siguiente estaban tan tristes que acabaron por privarse de ellos.

La monotonía de la oficina se les hacía odiosa. ¡Continuamente el raspador y la sandáraca, el mismo tintero, las mismas plumas y los mismos compañeros! Como los consideraban estúpidos, cada vez les hablaban menos. Eso les valió provocaciones. Llegaban todos los días tarde y fueron reprendidos.

En otros tiempos habían sido casi felices, pero desde que se estimaban más su oficio los humillaba. Y se afirmaban en ese disgusto, se exaltaban mutuamente, se adulaban. Pécuchet contrajo la brusquedad de Bouvard y a Bouvard se le pegó algo de la morosidad de Pécuchet.

–¡Tengo ganas de hacerme saltimbanqui de plaza pública! –decía uno.

–Daría lo mismo ser trapero –exclamaba el otro.

¡Qué situación abominable! ¡Y no había manera de salir de ella! ¡Ni la más leve esperanza!

Una tarde (era el 20 de enero de 1839) Bouvard, que estaba en su oficina, recibió una carta que le llevó el cartero.

Levantó los brazos, su cabeza se volcó hacia atrás poco a poco, y cayó desvanecido en el suelo.

Los empleados acudieron, le quitaron la corbata, se envió a buscar un médico.

Volvió a abrir los ojos y a las preguntas que le hicieron respondió:

– ¡Ah! Es que... es que... un poco de aire me aliviaría. ¡No, déjenme; permítanme!

Y a pesar de su corpulencia corrió sin detenerse hasta el Ministerio de la Marina, pasándose la mano por la frente, convencido de que se había vuelto loco, tratando de calmarse.

Hizo llamar a Pécuchet.

Pécuchet apareció.

–¡Mi tío ha muerto! ¡Soy su heredero!

– ¡No es posible!

Bouvard mostró las líneas siguientes:

ESTUDIO DE TARDIVEL, NOTARIO

Savigny en Septaine, 14 de enero de 1839. Señor:

Le ruego presentarse en mi estudio para ser informado del testamento de su padre natural, el señor Francois, Denys, Bartholomé Bouvard, ex comerciante en la ciudad de Nantes, fallecido en esta comuna el 10 del presente mes. Ese testamento contiene una disposición muy importante en su favor.

Acepte, señor, la seguridad de mis respetos.

TARDIVEL, notario.

Pécuchet tuvo que sentarse en uno de los mojones del patio. Después devolvió el papel mientras decía lentamente:

–Con tal que... que no sea... alguna broma.

–¡Crees que sea una broma! –respondió Bouvard con voz ahogada, parecida al ronquido de un moribundo.

Pero el sello del correo, el nombre del estudio en caracteres de imprenta, la firma del notario, todo probaba la autenticidad de la noticia; y se miraron con un temblor en la comisura de los labios y una lágrima que rodaba de sus ojos fijos.

Les faltaba espacio. Fueron hasta el Arco de Triunfo, volvieron por la orilla del agua, pasaron Notre-Dame, Bouvard estaba muy rojo. Le dio unos puñetazos en la espalda a Pécuchet y durante cinco minutos desvarió por completo.

Bromeaban a pesar de ellos. Esa herencia, por supuesto, debía ser de...

–¡Ah, sería demasiado hermoso! No hablemos más. –Pero volvían a hablar de lo mismo.

Nada impedía que se pidiera explicaciones en seguida. Bouvard le escribió al notario.

El notario envió la copia del testamento el cual terminaba así: "Como consecuencia, dejo a Francois, Denys, Bartholomé Bouvard, mi hijo natural reconocido, la parte de mis bienes disponible por ley".

El buen hombre había tenido ese hijo en su juventud, pero lo había mantenido cuidadosamente apartado, haciéndolo pasar por un sobrino, y el sobrino lo había llamado siempre tío, aunque sabiendo a qué atenerse. Hacia la cuarentena el señor Bouvard se había casado, después había enviudado. Sus dos hijos legítimos tomaron por caminos que contrariaban sus miras y entonces había sido presa del remordimiento por el abandono en que había dejado desde hacía tantos años a su otro hijo. Hasta lo hubiera llevado a su casa, de no haber sido por la influencia de su cocinera. Esta lo abandonó debido a las maniobras de la familia, y en su soledad, cerca de la muerte, quiso reparar sus errores legando al fruto de sus primeros amores todo lo que podía de su fortuna. Esta ascendía a medio millón, lo cual suponía que al copista le correspondían unos doscientos cincuenta mil francos. El mayor de los hermanos, el señor Etienne, había declarado que respetaría el testamento.

Bouvard se sumió en una especie de sopor. Repetía en voz baja, sonriendo con una sonrisa apacible de borracho:

– ¡Quince mil libras de renta! –Y Pécuchet, a pesar de tener la cabeza más firme, tampoco salía de su asombro. Fueron sacudidos bruscamente por una carta de Tardivel. El otro hijo, el señor Alexandre, declaraba su intención de Nevar el asunto a la justicia y estaba dispuesto hasta a impugnar el testamento si

podía, con previa exigencia de sellados, inventario, secuestro judicial, etcétera. A Bouvard le dio un ataque de bilis. Cuando aún convalecía salió para Savigny, de donde volvió sin haber resuelto nada y lamentando los gastos de viaje.

Después vinieron los insomnios, las alternativas de cólera y esperanza, de exaltación y de abatimiento. Por fin, al cabo de seis meses, el señor Alexandre se apaciguó y Bouvard tomó posesión de su herencia. Su primer grito había sido:

—¡Nos iremos a vivir al campo! —Y esas palabras, que hacían al amigo partícipe de su dicha, le parecieron muy naturales a Pécuchet. Pues la unión de esos hombres era absoluta y profunda.

Pero como el no quería de ninguna manera vivir a expensas de Bouvard, no iría antes de jubilarse. Dos años más todavía. ¡No importaba! Se mantuvo inflexible y la cosa quedó decidida.

Para saber dónde establecerse pasaron revista a todas las provincias. El Norte era fértil pero demasiado frío, el Mediodía era encantador por su clima, pero incómodo debido a los mosquitos y el Centro, francamente, no tenía nada interesante. La Bretaña les hubiese convenido de no haber sido por el espíritu mojigato de sus habitantes. En cuanto a las regiones del Este, no había ni que pensar en ellas, por lo del patois germánico. Pero había otras regiones. ¿Cómo eran, por ejemplo, Forez, Bugey, Roumois? Los mapas geográficos no decían nada. Por lo demás, que su casa estuviese en un lugar u otro no importaba, lo importante era que tendrían una.

Ya se veían en mangas de camisa, al borde de un arriate podando rosales, cavando, carpiendo, manipulando la tierra, trasplantando tulipanes. Despertarían con el canto de la alondra para ir detrás de las carretas, con una cesta, a recoger manzanas, mirarían hacer la manteca, trillar el grano, esquilarse los corderos, cuidar las colmenas y se deleitarían con el mugido de las vacas y el olor del heno cortado. ¡No más escrituras! ¡No más jefes! ¡No más alquileres que pagar! ¡Porque tendrían casa propia y comerían los pollos de su corral!, legumbre de su huerto y cenarían con los zuecos puestos!

—¡Haremos todo lo que nos guste! ¡Nos dejaremos crecer la barba!

Compraron instrumentos de horticultura y además un montón de cosas "que quizás pudieran servir", tales como una caja de herramientas (siempre hace falta en una casa) y balanzas, una cadena de agrimensor, una bañera por si enfermaban, un termómetro y hasta un barómetro, "sistema Gay-Lussac" para experimentos de física, en caso de que se les ocurriera hacerlos. No estaría de más, tampoco (porque no siempre se puede trabajar fuera) tener algunas buenas obras de literatura. Y las buscaron, confundiendo a veces por no saber si tal o cual libro "era verdaderamente un libro de biblioteca". Bouvard resolvió el problema.

—¡Bah! No necesitaremos biblioteca.

—Por otra parte, tengo la mía —decía Pécuchet.

Se organizaban de antemano. Bouvard llevaría sus muebles, Pécuchet su gran mesa negra; se aprovecharían las cortinas y con un poco de batería de cocina sería suficiente. Se habían prometido callar todo eso, pero sus rostros resplandecían. Sus colegas los notaban "raros". Bouvard, que escribía instalado en su pupitre con los codos hacia afuera para redondear mejor su bastarda, soplabla su especie de silbido al mismo tiempo que entornaba con expresión maliciosa sus pesados párpados. Pécuchet, montado en un gran taburete de paja, continuaba poniendo cuidado en los trazos de su alargada letra, pero hinchaba las narices y se pellizcaba los labios, como si tuviese miedo de que se le escapara su secreto.

Después de dieciocho meses de búsquedas no habían encontrado nada. Viajaron por todos los alrededores de París y desde Amiens hasta Evreux, de Fontainebeau hasta El Havre. Querían un campo que fuese verdadero campo, sin ningún especial interés en que fuese pintoresco, pero un horizonte limitado los entristecía. Huían de la vecindad de otras casas y no obstante temían a la soledad. A veces parecían decidirse, después temían arrepentirse más tarde, cambiaban de opinión porque el lugar les había parecido malsano, o demasiado expuesto al viento del mar, o demasiado cercano de una fábrica, o de difícil acceso.

Barberou los salvó.

El conocía sus sueños y un día les dijo que le habían hablado de una propiedad en Chavignolles, entre Caen y Falaise. Se trataba de una granja de treinta y ocho hectáreas con una especie de castillo y un huerto en plena producción.

Viajaron hasta Calvados y quedaron entusiasmados. Sólo que, por la granja y la casa (una no sería vendida sin la otra) pedían ciento cuarenta y tres mil francos y Bouvard ofrecía no más de ciento veinte mil.

Pécuchet se opuso a su empecinamiento, le rogó que cediera y por fin dijo que él se haría cargo de la diferencia. Era toda su fortuna, proveniente del patrimonio de su madre y de sus economías. Jamás había dicho una palabra de eso, pues reservaba ese capital para una gran ocasión.

Todo estuvo pagado hacia fines de 1840, seis meses antes de su jubilación.

Bouvard ya no era copista. En un principio había continuado en sus funciones porque desconfiaba del porvenir, pero después había renunciado, cuando estuvo seguro de lo de la herencia. No obstante, volvía complacido a lo de los señores Descambos y la víspera de su partida ofreció un ponche a todos los de la oficina.

Pécuchet, al contrario, se mostró huraño con sus colegas y se fue, el último día, golpeando la puerta con todas sus fuerzas.

¡Tenía que vigilar los paquetes, hacer un montón de diligencias, unas pequeñas compras todavía y despedirse de Dumouchel!

El profesor le propuso un intercambio epistolar por el cual lo mantendría al corriente de la literatura y después de nuevas felicitaciones le deseó buena salud. Barberou se mostró más sensible al recibir el adiós de Bouvard. Abandonó por él una partida de dominó, prometió ir a verlo, pidió dos anisettes y lo besó.

Cuando Bouvard volvió a su casa, aspiró una larga bocanada de aire en su balcón y se dijo: "Por fin". Las luces de los muelles temblaban en el agua, el rumor de los ómnibus, a lo lejos, se apagaba. Recordó los días felices pasados en esa gran ciudad, los picnics en el restaurante, las noches de teatro, los comadros de su portera, todas sus costumbres, y sintió desfallecer a su corazón y una tristeza que no se atrevió a confesarse.

Pécuchet se paseó por su pieza hasta las dos de la mañana. Ya no volvería más allí ¡tanto mejor! Y sin embargo, para dejar algo de él allí grabó su nombre en el estucado de la chimenea.

Casi todo el equipaje había sido despachado el día anterior. Los instrumentos de labranza, los catres, los colchones, las mesas, las sillas, una estufa, la bañera y tres toneles de Borgoña irían por el Sena hasta El Havre y de ahí serían expedidos a Caen, donde Bouvard, que los esperaría allí, haría que fueran enviados a Chavignolles. Pero el retrato de su padre, los sillones, la licorera, los libros, el reloj, todos los objetos preciosos fueron puestos en un coche de mudanzas que iría por Nonancourt, Verneuil y Falaise. Pécuchet quiso acompañarlo.

Se instaló al lado del conductor, en la banqueta, y cubierto con su levita más vieja, con una bufanda, mitones y su folgo de trabajo, el domingo 20 de marzo a la madrugada salió de la capital.

El movimiento y la novedad del viaje lo mantuvieron entretenido durante las primeras horas. Después los caballos aminoraron el paso, lo que provocó disputas con el conductor y el carretero. Se detenían en albergues execrables y aunque respondían por todo, Pécuchet, por exceso de prudencia, dormía en los mismos lugares. Al día siguiente reanudaban la marcha al alba y el camino, siempre igual, se estiraba subiendo hasta la línea del horizonte. Los metros de piedras se sucedían, las zanjas estaban llenas de agua, el campo se extendía en grandes superficies de un verde monótono y frío, las nubes corrían por el cielo, de cuando en cuando caía la lluvia. Al tercer día se levantó una borrasca. El toldo del carruaje, mal atado, restallaba al viento como la veía de un navío. Pécuchet escondió su rostro bajo la gorra y cada vez que abría su tabaquera, para protegerse los ojos, tenía que darse vuelta por completo. A cada tumbo sentía tambalearse detrás de él a todo su equipaje y prodigaba recomendaciones. Al ver que éstas no servían para nada, cambió

de táctica; se hizo el niño bueno y se mostró complaciente. En las cuestas difíciles empujaba la rueda junto con los hombres. Hasta llegó a pagarles la copa después de las comidas. Desde entonces anduvieron más ligero, tanto que en los alrededores de Gauburge se rompió el eje y el carruaje quedó inclinado. Pécuchet fue en seguida adentro; las tazas de porcelana estaban hechas pedazos. Levantó los brazos, rechinaron sus dientes y maldijo a esos dos imbéciles. Y la jornada siguiente se perdió debido a que el carretero se embriagó, pero ya no le quedaban fuerzas para quejarse, la copa de amargura estaba Mena.

Bouvard había salido de París un día después para poder cenar una vez más con Barberou. Llegó al patio de la mensajería a último momento, después despertó frente a la catedral de Ruán; se había equivocado de diligencia.

Esa noche todas las plazas para Caen estaban reservadas y como no sabía qué hacer fue al Teatro de las Artes y sonrió a sus vecinos y les contó que se había retirado de sus negocios y que era flamante propietario de una finca de los alrededores. Cuando llegó a Caen, el viernes, sus bultos no estaban allí. Los recibió el domingo y los despachó en una carreta; el granjero había sido avisado de que él los seguiría unas horas después.

En Falaise, en el noveno día de su viaje, Pécuchet tomó un caballo de refuerzo y hasta la puesta de sol se anduvo bien. Más allá de Bretteville abandonaron el camino principal y tomaron por uno transversal. A cada momento creían ver la torre de Chavignolles. A todo esto la huella se desvanecía hasta que por fin desapareció y se encontraron en medio de campos arados. La noche caía. ¿Qué se podía hacer? Por fin Pécuchet abandonó el carruaje, y chapoteando en el barro avanzó a campo traviesa. Cuando se acercaba a las granjas los perros ladraban. Gritaba con todas sus fuerzas preguntando cuál era el camino. Nadie le respondía. Le daba miedo y se alejaba. De pronto dos faroles brillaron. Vio un coche y salió a su encuentro. Bouvard estaba adentro. ¿Pero adonde podía estar el coche de mudanza? Lo llamaron durante una hora en medio de las tinieblas. Por fin lograron encontrarlo y llegaron a Chavignolles.

Un gran fuego de ramas y de piñas llameaba en la sala. La mesa estaba tendida. Los muebles que habían llegado en la carreta llenaban el vestíbulo. No faltaba nada. Se sentaron a la mesa.

Les habían preparado una sopa de cebolla, un pollo, tocino y huevos duros.

La anciana que cocinaba iba de cuando a preguntar si todo estaba a su gusto. Ellos respondían:

—¡Oh, muy bueno, muy bueno!

¡Y el gran pan que era difícil cortar, la crema, las nueces, todo los deleitaba! En el piso había agujeros, los muros estaban húmedos. Sin embargo, echaban alrededor de ellos mirada de satisfacción, mientras comían en la pequeña mesa, donde ardía una vela. Sus rostros habían enrojecido al aire libre. Sacaban la barriga, se apoyaban en el respaldo de sus sillas, que crujían, y se repetían:

—¡Ya estamos aquí, pues! ¡Qué felicidad! Parecería que fue un sueño!

Pécuchet tuvo la idea de dar una vuelta por el huerto, iba a ser ya medianoche. Bouvard no se negó. Tomaron la vela y protegiéndola con un diario viejo, se pasearon a lo largo de los arriates.

Les causaba placer nombrar en voz alta a las legumbres:

—¡Mira, zanahorias! ¡Ah, coles!

Después inspeccionaron los espalderos. Pécuchet trató de descubrir orotes. A veces una araña huía precipitadamente por el muro y las dos sombras de sus cuerpos se dibujaban en él agrandadas, repitiendo sus ademanes.

De las puntas de la hierba goteaba el rocío. La noche estaba completamente oscura y todo permanecía inmóvil en medio de un gran silencio, de una gran calma. A lo lejos cantó un gallo.

Las dos piezas se comunicaban entre sí por una puertecita que disimulaba el empapelado. Al embestirla con una cómoda, acababan de hacerle saltar los clavos. La encontraron abierta. Fue una sorpresa.

Ya desvestidos y en la cama, aún charlaron durante un rato, después se durmieron. Bouvard de espaldas, con la boca abierta, la cabeza descubierta: Pécuchet sobre el lado derecho, con las rodillas en el vientre, tocado con un gorro de algodón. Y los dos roncaban al claro de la luna que entraba por las ventanas.

2

¡Qué alegría, al otro día cuando despertaron! Bouvard fumó una pipa y Pécuchet aspiró una pizca, que según dijeron habían sido las mejores de su vida. Después se asomaron a la ventana para ver el paisaje.

En frente estaban los campos, a la derecha un granero y la torre de la iglesia y a la izquierda una cortina de álamos.

Dos alamedas principales, formando una cruz, dividían al huerto en cuatro partes. Las legumbres estaban en les arriates, donde se erguían, de tanto en tanto, cipreses enanos y árboles. Por un lado, una glorieta desembocaba en una parra y por el otro, un muro sostenía las espalderas; una balaustrada, en el fondo, daba al campo. Más allá del muro había un jardín, más allá de la enramada un bosquecito, detrás de la balaustrada un sendero.

Contemplaban ese panorama cuando un hombre de cabellera entrecana y vestido con un levitón negro, avanzó por el sendero raspando con su bastón todos los barrotes de la balaustrada. La vieja sirvienta les informó que era el señor Vaucorbeil, un doctor famoso en el distrito.

Los otros notables eran el conde de Faverges, otrora diputado, de quien se recordaban las trapisondas; el alcalde, señor Foureau, que vendía madera, yeso y toda clase de cosas; el notario, señor Marescot; el abate Jeufroy y la señora viuda de Bordin, que vivía de rentas. En cuanto a ella misma, la llamaban la Germaine debido al finado Germain, su marido. Trabajaba por horas pero hubiera querido entrar a servir a esos señores. Ellos la aceptaron y salieron para su granja, situada a un kilómetro de distancia.

Cuando llegaron al patio el granjero, maese Gouy, vociferaba contra un muchacho, y la granjera, sentada en un escabel, apretaba entre sus piernas a una pava a la que cebaba con bocadillos de harina. El hombre tenía la frente estrecha, la nariz fina, la mirada gacha y los hombros robustos. La mujer era muy rubia, de pómulos pecosos y tenía ese aire de sencillez que tienen los campesinos de los vitrales de las iglesias.

En la cocina había manojos de cáñamo colgados del techo. Tres viejos fusiles se escalonaban sobre la alta chimenea. Un aparador cargado de loza floreada ocupaba el medio de la pared; y los vidrios de botella de las ventanas arrojaban sobre los utensilios de hoja de lata y de cobre rojo una luz macilenta.

Los dos parisienses querían hacer una inspección, ya que habían visto la propiedad una sola vez y muy por encima.

Maese Gouy y su esposa los escoltaron y un rosario de quejas comenzó.

Todos los edificios, desde la carretería hasta la destilería necesitaban reparaciones. Hubiera debido construirse un anexo para los quesos, poner a las vallas herrajes nuevos, levantar los cercos, y volver a plantar una gran cantidad de manzanos en los tres patios.

Después visitaron los cultivos. Maese Gouy los despreció. Se tragaban demasiado estiércol, los acarreos costaban mucho, era imposible sacar las piedras, las hierbas malas envenenaban los campos; y ese denigramiento de su tierra atenuó el placer que Bouvard sentía cuando caminaba por ella.

Volvieron por una avenida de hayas. Desde ese lado se veían el patio principal y la fachada de la casa.

Estaba pintada de blanco con rebordes amarillos. El cobertizo y la bodega, el horno y la leñera formaban dos alas más bajas a los lados. La cocina se comunicaba con una pequeña sala. Después venía el vestíbulo, una segunda sala más grande y el salón. Las cuatro piezas del primer piso daban al corredor que miraba al

patio. Pécuchet ocupó una con sus colecciones, la última se destinó a la biblioteca. Cuando abrieron los armarios encontraron más libros pero no se les ocurrió leer los títulos. Lo más urgente era el huerto. Bouvard pasó cerca de la enramada y descubrió, bajo las ramas, una mujer de yeso. Se apartaba las faldas con dos dedos, tenía las rodillas flexionadas y la cabeza sobre el hombro, como si temiera ser sorprendida.

—¡Ah, perdón; no se moleste! —Y esta broma les resultó tan divertida que la repitieron veinte veces por día, durante más de tres semanas.

A todo esto, los vecinos de Chavignolles querían conocerlos; iban a observarlos por la balastrada. Ellos taparon las aberturas con tablas. La población se molestó.

Para protegerse del sol, Bouvard llevaba en la cabeza un pañuelo anudado como un turbante, y Pécuchet su gorra; éste tenía, además, un gran delantal con un bolsillo adelante en el que saltaban una tijeras de podar, su pañuelo de cuello y su tabaquera. Con los brazos desnudos y codo con codo, labraban, escardaban, podaban; se imponían tareas, comían tan rápidamente como les era posible, pero iban a tomar el café bajo la parra, para gozar el paisaje.

Si encontraban un caracol, se acercaban a él y lo aplastaban haciendo una mueca con la boca, como para romper una nuez. No salían sin la azada y partían en dos a los gusanos blancos con tanta fuerza que la herramienta se hundía unas tres pulgadas. Para deshacerse de las orugas daban a los árboles fuertes golpes de vara, furiosamente.

Bouvard plantó una peonía en medio del césped y unos tomates que deberían colgar como los brazos de una araña en la bóveda de la glorieta.

Pécuchet hizo cavar un ancho pozo delante de la cocina y preparó en él tres compartimientos donde fabricaría abonos que harían crecer un montón de cosas cuyos residuos producirían otras cosechas, de las que obtendrían más abonos y así indefinidamente. Y soñaba al borde del foso, y divisaba un porvenir con montañas de frutos, desbordante de flores, avalanchas de legumbres... Pero mientras tanto no tenían estiércol de caballo, tan útil para los semilleros. Los labradores no vendían, los posaderos se lo rehusaron. Por fin, después de mucho buscar, a pesar de las objeciones y abjurando de todo pudor, tomó la decisión de "ir él mismo a la cagada".

Fue cuando estaba consagrado a esta ocupación que la señora Bordin lo abordó un día en el camino principal. Después de saludarlo le preguntó por su amigo. Los ojos negros de aquella persona, muy brillantes aunque pequeños, sus encendidos colores, su aplomo (tenía hasta un poco de bigote) intimidaron a Pécuchet. Respondió con parquedad y volvió la espalda, descortesía que Bouvard condenó.

Después llegaron los días malos, la nieve, los grandes fríos. Se instalaron en la cocina e hicieron enrejados; o si no recorrían las habitaciones, charlaban al lado del fuego, miraban caer la lluvia.

En Cuaresma empezaron a esperar a la primavera y todas las mañanas repetían "ya viene". Pero la primavera fue tardía y se consolaban en su impaciencia diciendo: "ya va a venir".

Por fin vieron brotar a las arvejas; los espárragos dieron mucho. La viña prometía.

Puesto que entendían de horticultura, también debían poder dedicarse a la agricultura. Y los asaltó la ambición de cultivar su granja. Con sentido común y estudio podrían hacerlo, no cabía ninguna duda.

En primer lugar, había que ver como se las arreglaban los demás. Redactaron una carta con la que pedían al señor Faverges que les permitiera visitar su explotación. El conde les concedió una entrevista en seguida.

Después de una hora de camino, llegaron a la ladera de una colina que dominaba el valle del Orne. El río corría por el fondo, con sinuosidades. Bloques de greda roja se levantaban de trecho en trecho y rocas más grandes formaban a lo lejos una especie de acantilado que se erguía de cara a la llanura cubierta de trigales maduros. En frente, en la otra colina, la vegetación era tan abundante que ocultaba las casas. Estaba dividida por árboles en cuadrados desiguales marcados en medio de la hierba por líneas más oscuras. La propiedad entera apareció de pronto. Los techos de tejas señalaban la granja. El castillo de fachada blanca se

encontraba a la derecha con un bosque detrás y césped que bajaba hasta el río, donde una hilera de plátanos reflejaban su sombra.

Los dos amigos se metieron en una alfalfa que estaban secando. Mujeres que llevaban sombreros de paja, pañoletas de indiana o viseras de papel, recogían con rastrillos el heno dejado en el suelo; y en el otro extremo del llano, al lado de las parvas, las gavillas eran arrojadas con rapidez a una larga carreta tirada por tres bueyes. El señor conde se adelantó seguido por su administrador.

Tenía un traje de bombasí, el porte tieso, las patillas "chuleta" y su aire era de magistrado y de dandy al mismo tiempo. Los rasgos de su rostro, aun cuando hablaba, no se movían.

Cuando hubieron intercambiado las primeras cortesías, explicó el sistema que aplicaba al forraje. Se volcaban los haces sin desparramarlos, las parvas debían ser cónicas y las gavillas tenían que hacerse inmediatamente en el mismo lugar y después amontonarse por decenas. En cuanto a la segadora inglesa, la pradera era demasiado desigual para una máquina como esa.

Una niña con los pies desnudos en chancletas y cuyo cuerpo se veía por los desgarrones de su vestido, daba de beber a las mujeres vertiendo sidra de un cántaro que llevaba apoyado en la cadera. El conde preguntó de dónde era esa niña; nadie sabía nada. Las forrajeras la habían llevado para que las sirviera durante la siega. Entonces encogió los hombros y se alejó profiriendo algunas quejas por la inmoralidad de nuestra campaña.

Bouvard elogió la alfalfa. Era bastante buena, en efecto, no obstante los estragos de la cuscuta. Los futuros agrónomos abrieron los ojos cuando oyeron la palabra cuscuta. Dado la cantidad de animales que poseía, se dedicaba a las praderas artificiales; por otra parte, era un buen precedente para las otras cosechas, lo que no siempre sucede con las forrajeras.

–Eso, por lo menos, me parece irrefutable. Bouvard y Pécuchet repitieron juntos: – ¡Oh, irrefutable!

Estaban en los límites de un terreno completamente llano, cuidadosamente removido. Un caballo que conducían con la mano arrastraba una ancha caja montada en tres ruedas. Siete cuchillas instaladas en la parte de abajo abrían rayas finas y paralelas en las cuales caía el grano por tubos que bajaban hasta el suelo.

–Aquí –dijo el conde– siembro nabos. El nabo es la base de mi cultivo cuatrienal. –Y ya comenzaba a hacerles una demostración con la sembradora cuando un criado vino a buscarlo. Lo necesitaban en el castillo.

Su administrador lo reemplazó. Era un hombre con cara de zorro y modales obsequiosos.

Llevó a "los señores" a otro campo donde catorce forrajeros, con el pecho desnudo y las piernas separadas, segaban centeno. Las hoces silbaban en la paja que se echaba a la derecha. Cada uno de ellos describía delante de sí un amplio semicírculo, y todos en una misma línea avanzaban al mismo tiempo. Los dos parisienses admiraron sus brazos y se sintieron presa de una veneración casi religiosa por la opulencia de la tierra.

Recorrieron después varias parcelas en plena labor. El crepúsculo caía y las cornejas se posaban en los surcos.

Después fueron al encuentro del rebaño. Los carneros pacían por todas partes y se oía su continuo rumiar. El pastor, sentado en un tronco de árbol, tejía una media de lana con su perro al lado de él.

El administrador ayudó a Bouvard y Pécuchet a franquear un vallado y pasaron por dos casuchas en las que había vacas rumiando bajo los manzanos.

Todos los edificios de la granja estaban agrupados y ocupaban los tres lados de patio. Allí el trabajo se hacía a máquina, por medio de una turbina y utilizando un arroyo que se había desviado ex profeso. Unas correas de cuero iban de un techo al otro y en medio del estiércol funcionaba una bomba de hierro.

El administrador les señaló unas pequeñas aberturas que había a ras del suelo en los rediles y en los chiqueros, puertas ingeniosas que podían cerrarse por sí mismas.

El granero estaba abovedado como una catedral, con arcos de ladrillos apoyados en muros de piedra.

Para divertir a los señores una sirvienta arrojó puñados de avena delante de las gallinas. El árbol del lagar les pareció gigantesco y subieron al palomar. Lo que los maravilló especialmente fue la lechería. Las canillas que había en las esquinas suministraban agua suficiente como para inundar el piso; y al entrar, sorprendía una sensación de frescura. Había jarras pardas llenas de leche hasta los bordes alineadas en las balaustradas. En unos cuencos menos profundos había crema. Los panes de manteca se alineaban como trozos de una columna de cobre y la espuma desbordaba los baldes de hojalata que acababan de dejar en el suelo.

Pero la joya de la granja era la boyeriza. Barrotes de madera empotrados perpendicularmente en toda su longitud la dividían en dos secciones, la primera para el ganado, la segunda para el personal. Allí apenas se veía, pues todas las troneras estaban cerradas. Los bueyes comían atados con cadenas y sus cuerpos exhalaban un calor que rebotaba en el techo bajo. Pero alguien encendió la luz. De pronto un hilo de agua corrió por la canaleta que bordeaba los comederos. Hubo mugidos. Los cuernos sonaron como bastones que se entrecocan. Todos los bueyes pasaron sus hocicos por entre los barrotes y bebieron lentamente.

Los grandes caballos de tiro entraron en el patio y los potrillos relincharon. En el piso bajo dos o tres faroles se encendieron, luego desaparecieron. Los trabajadores pasaban arrastrando sus zuecos por las piedras y la campana que llamaba a comer sonó.

Los dos visitantes se retiraron.

Todo lo que habían visto les encantaba. La decisión estaba tomada. Esa misma noche sacaron de su biblioteca los cuatro volúmenes de "La casa rústica", hicieron que se les enviara el curso de Gasparin y se suscribieron a un diario de agricultura.

Para ir a las ferias con más comodidad compraron un carricoche que Bouvard conducía.

Vestidos con una blusa azul, sombrero de ala ancha, polainas hasta las rodillas y con un bastón de chalán en la mano, daban vueltas alrededor de los animales, les hacían preguntas a los labradores, y no dejaban de asistir a ninguna reunión de agricultores.

Al poco tiempo agobiaban a maese Gouy con sus consejos y les resultaba principalmente deplorable su manera de barbechar. Pero el granjero se aferraba a su rutina. Pidió la prórroga de un vencimiento so pretexto del granizo. En cuanto a recibos, no dio ninguno. Ante los reclamos más justos, su mujer se echaba a gritar. Por fin Bouvard declaró su intención de no renovar el arriendo.

Desde entonces maese Gouy ahorró abono, dejó crecer la hierba mala, arruinó la tierra. Y se fue con una expresión feroz que indicaba planes de venganza.

Bouvard había pensado que veinte mil francos, es decir más de cuatro veces el precio del arriendo, serían suficientes al principio. Su notario de París se los envió.

La finca comprendía quince hectáreas de corrales y praderas, veintitrés de tierras arables y cinco en barbecho, ubicadas en un montículo lleno de piedras al que llamaban el Cerro.

Se procuraron todos los instrumentos indispensables, cuatro caballos, doce vacas, seis cerdos, ciento sesenta carneros y, como personal, dos carreteros, dos mujeres, un mozo de labranza, un pastor y además un gran perro.

Para tener dinero enseguida vendieron el forraje. Les pagaron en su casa y el oro de los napoleones contados sobre la caja de la avena les pareció más reluciente que cualquier otro, extraordinario y mejor.

En el mes de noviembre hicieron sidra. Era Bouvard quien azotaba al" caballo y Pécuchet, subido a la artesa, revolvió el zumo con una pala. Jadeaban al apretar la prensa, bebían de la cuba, vigilaban las espitas, llevaban zuecos pesados y se divertían muchísimo.

Fieles al principio de que nunca se tiene demasiado trigo, suprimieron alrededor de la mitad de sus praderas artificiales y como no tenían abono usaron las tortas de residuos de la sidra que enterraron sin triturar, por lo cual el rendimiento fue lastimoso.

Al año siguiente sembraron muy tupido. Hubo tormentas y las espigas se derramaron.

No obstante, se empeñaron con el trigo candeal; y se pusieron a limpiar el Cerro; llevaban las piedras en un cesto. Durante todo el año, de la mañana a la noche, con lluvia o con sol, se veía al eterno cesto, con el mismo hombre y el mismo caballo, trepar, bajar y volver a trepar la pequeña colina. A veces Bouvard iba detrás, deteniéndose en medio de la cuesta para secarse la frente.

Como no confiaban en nadie, ellos mismos cuidaban a los animales, y les administraban purgas, lavativas.

Sobrevinieron grandes desórdenes. La muchacha encargada del gallinero quedó encinta. Tomaron a gente casada y pulularon los niños, los primos, las primas, los tíos, las cuñadas. Toda una horda vivía a expensas de ellos y decidieron dormir en la granja, por turno.

Pero a la noche estaban tristes. La suciedad de la pieza los ofuscaba y Germaine, que les llevaba las comidas, refunfuñaba en cada viaje. Los engañaban de mil maneras. Los que trabajaban en el granero se llevaban trigo en sus cántaros de agua. Pécuchet sorprendió a uno y exclamó, al mismo tiempo que lo empujaba hacia afuera por los hombros:

—¡Miserable, eres la vergüenza de la aldea que te vio nacer!

Su persona no inspiraba ningún respeto. Por otra parte, sentía remordimientos para con el jardín. Todo su tiempo no sería demasiado para mantenerlo en buen estado. Bouvard se ocuparía de la granja. Lo hablaron y llegaron a un acuerdo.

Lo primero era tener buenos semilleros. Pécuchet hizo construir uno, de ladrillos. El mismo pintó los bastidores y por temor a los soles fuertes embadurnó con tiza todas las campanas.

Y tomó la precaución de sacar las cabezas de los vástagos con hojas. Después se dedicó a las acodaduras. Probó varias clases de injertos, injertos en flauta, en corona, en escudete, injerto herbaceado, a la inglesa. ¡Con cuánto cuidado unía los dos líberes! ¡Cómo apretaba las ligaduras! ¡Qué capas de ungüento para cubrirlas!

Dos veces por día tomaba la regadera y la balanceaba sobre las plantas, como si las estuviese incensando. A medida que reverdecían bajo el agua que caía como una lluvia fina, le parecía que saciaba su propia sed y renacía con ellas. Después, llevado por una especie de embriaguez, arrancaba la flor de la regadera y vertía él agua a chorros, copiosamente.

En la punta de la enramada, cerca de la dama de yeso, se levantaba una especie de choza hecha de troncos. Pécuchet guardaba allí sus herramientas y también allí pasaba horas deliciosas limpiando semilla, escribiendo etiquetas, poniendo en orden sus macetitas. Para descansar se sentaba delante de la puerta, en una caja, y se ponía a proyectar mejoras.

Al pie de la escalinata había hecho dos canastillos de geranios; entre los cipreses y los perales sembró girasoles; y como los arriates estaban cubiertos por capullos de oro y todas las alamedas de arena nueva, el jardín resplandecía con una abundancia de colores amarillos.

Pero el semillero hervía en larvas y a pesar del abrigo de hojas muertas, bajo los bastidores pintados y bajo las campanas embadurnadas sólo creció una vegetación raquítica. Los gajos no prendieron, los injertos se despegaron, la savia de los acodos se detuvo, las raíces de los árboles estaban blancas; los almácigos eran una desolación. El viento se divertía echando abajo los tutores de las habichuelas. El exceso de abono perjudicó a las fresas y la falta de despunte a los tomates.

Fallaron los brócoles, las berenjenas, los nabos y los berros de agua, que había tratado de cultivar en una cubeta. Después del deshielo todos los alcauciles se perdieron.

Las coles lo consolaron. Una, sobre todo, le hizo abrigar esperanzas. Se expandía, crecía, acabó por ser prodigiosa y absolutamente incomedible. ¡No importaba! Pécuchet estuvo contento de poseer un monstruo.

Entonces intentó lo que le parecía ser el summum del arte: el cultivo del melón.

Sembró semillas de diversas variedades en platos llenos de mantillo que plantó en su semillero. Después preparó otro semillero y cuando todo estuvo a punto, transplantó las plantas más hermosas y las cubrió con campanas. Lo pudo todo ajustándose a los preceptos del buen jardinero, respetó las flores, dejó cuajar los frutos, eligió uno de cada rama, suprimió los otros y cuando tuvieron el tamaño de una nuez, puso debajo de su corteza una tablita para evitar que se pudrieran al contacto con la bosta. Los rociaba, los ventilaba, quitaba con su pañuelo el vaho de las campanas y si aparecían nubes, corría rápidamente con unas esteras. A la noche no dormía. Varias veces hasta se levantó y con sólo sus botas, en camisa, tiritando, atravesaba todo el jardín para ir a poner la cobija de su cama en las cajoneras.

Los melones maduraron.

Al primero Bouvard le puso mala cara. El segundo no fue mejor; el tercero tampoco; Pécuchet encontraba una nueva excusa para cada uno, hasta que llegó el último que arrojó por la ventana diciendo que no entendía nada de todo aquello.

Efectivamente; como había cultivado una junto a otra especies diferentes, los deliciosos se habían mezclado con los de huerta, los Gran Portugal con los Gran Mogol; la cercanía de los tomates completó la anarquía, y el resultado abominable fueron unos bastardos con gusto a zapallo.

Entonces Pécuchet se volvió hacia las flores. Escribió a Dumouchel para que le enviara arbustos con semillas, compró una provisión de tierra de brezal y puso manos a la obra con toda resolución.

Pero plantó pasionarias a la sombra, pensamientos al sol, cubrió con estiércol los jacintos, regó los lirios después de la floración, destruyó los rododendros con podas excesivas, estimuló a las fucsias con cola fuerte y asó un granado al exponerlo al fuego en la cocina.

Al acercarse el frío, abrigó a los escaramujos bajo cúpulas de papel muy untado con sebo; eran como panes de azúcar sostenidos en el aire por bastones. Los tutores de las dalias eran gigantescos y en medio de esas líneas rectas se veían las ramitas tortuosas de un sófora japonesa que permanecía inmutable, sin marchitarse ni crecer.

Al fin de cuentas, ya que los árboles más raros prosperan en los jardines de la capital, también debían hacerlo en Chavignolles. Y Pécuchet consiguió lilas de la India, rosas de China y eucaliptos, por entonces en los albores de su reputación. Todos los experimentos fracasaron. El estaba cada vez más asombrado.

Bouvard, lo mismo que él, tropezaba con obstáculos. Se consultaban mutuamente, abrían un libro, pasaban a otro, y después no sabían qué resolver ante la divergencia de opiniones. La marga, por ejemplo; Puvis la recomienda, pero en el manual Roret se la combate.

En cuanto al yeso, a pesar del ejemplo de Franklin, Rieffé y el señor Rigaud no parecen estar entusiasmados.

Los barbechos, según Bouvard, eran un prejuicio gótico. Sin embargo, Leclerc señala los casos en los cuales son casi indispensables. Gasparin cita a un lionés que durante medio siglo cultivó cereales en un mismo campo; eso invalida la teoría de la rotación de cultivos. Tull exalta la labranza en desmedro de los abonos; ¡y ahí está el mayor Beatson que suprime los abonos y la labranza!

Para ponerse al corriente en cuanto a previsión del tiempo, estudiaron las nubes según la clasificación de Luke-Howard. Contemplaban las que se alargan como crines, las que se parecen a islas, las que uno tomaría por montañas de nieve, tratando de distinguir los nimbus de los cirrus, los stratus de los cumulus. Las formas cambiaban antes que ellos hubiesen encontrado los nombres.

El barómetro los engañó; el termómetro no les enseñó nada y recurrieron entonces al expediente imaginado bajo Luis XV por un sacerdote de Touraine. Una sanguijuela metida en un frasco debía subir en caso de lluvia, permanecer en el fondo si el tiempo era bueno y estable, agitarse si amenazaba tormenta. Pero la atmósfera casi siempre contradujo a la sanguijuela. Pusieron otras tres con la primera. Las cuatro se comportaron de maneras diferentes.

Después de mucho meditar Bouvard reconoció que se había equivocado. Su finca requería el gran cultivo, el sistema intensivo, y arriesgó lo que le quedaba de capital disponible: treinta mil francos. Alentado por Pécuchet, le dio el delirio del abono. En el foso de las mezclas fueron amontonándose ramas, sangre, tripas, plumas, todo lo que podía descubrir. Utilizó el licor belga, el "lazier" suizo, la lejía *Da-Olmi*, arenques ahumados, varec, trapos, mandó buscar guano, trató de fabricarlo y consecuente hasta el fin con sus principios, no toleró que se perdiese la orina; suprimió los retretes. A su patio llevaban cadáveres de animales con los cuales abonaba sus tierras. Sus carroñas descuartizadas estaban esparcidas por los campos. Bouvard sonreía en medio de esta infección. Una bomba instalada en una carreta escupía jugo de estiércol en las cosechas. A los que ponían cara de desagrado les decía:

—¡Pero si es oro, es oro!

Y lamentaba no tener más estiércol todavía. ¡Dichosos de los países en los cuales hay grutas naturales llenas de excrementos de pájaros!

La colza fue endeble, la avena mediocre y el trigo se vendió muy mal debido a su olor. Una cosa extraña fue que Cerro, por fin limpio, rindió menos que antes. Creyó conveniente renovar su material. Compró un sacrificador Guillaume, un extirpador Valcourt, una sembradora inglesa y el gran arado de Mathieu de Dombasle. El carretero los denigró. —¡Aprende a usarlos! —¡Bueno, enséñeme!

Trataba de enseñar, se equivocaba y los campesinos se burlaban.

Nunca pudo hacer que respondieran a los toques de campana. Iba sin cesar gritando detrás de ellos, corría de un lugar a otro, anotaba sus observaciones en un cuadernito, daba citas, las olvidaba y su cabeza hervía llena de ideas industriales. Se proponía cultivar la adormidera con miras al opio y sobre todo el astrágalo, que vendería con el nombre de "café de las familias".

Para que sus bueyes engordaran con más rapidez los sangraba cada quince días.

No mató a ninguno de sus cerdos y los cebaba con avena salada. Pronto el chiquero resultó demasiado chico. Los cerdos andaban por el patio, derribaban las cercas, mordían a todo el mundo.

Durante los grandes calores, veinticinco carneros se pusieron a dar vueltas y, poco tiempo después, reventaron.

La misma semana, tres bueyes expiraron como consecuencia de las flobotomías de Bouvard.

Para destruir las larvas de abejorro se le ocurrió encerrar a las gallinas en una jaula con rueditas que dos hombres empujaban detrás del arado, con lo cual no pudo hacer menos que romperles las patas.

Fabricó cerveza con hojas de germandría y se la dio a los segadores como si fuera sidra. Hubo dolores de vientre. Los niños lloraban, las mujeres gemían, los hombres estaban furiosos. Todos amenazaron con irse y Bouvard cedió.

Sin embargo, para convencerlos de la inocuidad de su brebaje, bebió delante de ellos varias botellas; se sintió mal, pero ocultó sus dolores tras una apariencia de jovialidad. Y hasta hizo que llevaran la mixtura a su casa. La bebía a la noche con Pécuchet, y los dos se esforzaban por encontrarla buena. Por otra parte, no había que dejar que se perdiese.

Los cólicos de Bouvard se hacían demasiado fuertes; Germaine fue a buscar al doctor.

Era un hombre serio, de frente convexa y que comenzó por asustar a su enfermo. La colerina del señor debía provenir de esa cerveza de la que hablaba todo el mundo. Quiso saber cuál era su composición y la condenó en términos científicos, con alzamiento de hombros. Pécuchet, que había dado la receta, quedó mortificado.

A despecho de las encaladuras perniciosas, de la falta de binado y de los escardados intempestivos, Bouvard, al año siguiente, se encontró con una buena cosecha de trigo candeal. Pensó en secarlo por fermentación, a la holandesa, sistema Clap-Mayer, para lo cual lo hizo cortar todo de una vez y amontonar

en hacinas que se desharían en cuanto el gas escapara de ellas; luego serían expuestas al aire libre. Después de eso Bouvard se retiró sin la menor inquietud.

Al otro día, cuando estaban cenando, oyeron el redoble de un tambor bajo las hayas. Germaine salió para ver de qué se trataba, pero el hombre ya estaba lejos; casi enseguida la campana de la iglesia repicó con violencia.

La angustia hizo presa en Bouvard. Se levantaron e impacientes por informarse, se encaminaron hacia el lado de Chavignolles, con las cabezas descubiertas. .

Una anciana pasó. No sabía nada. Detuvieron a un muchachito que respondió:

–Creo que se prendió fuego.

Y el tambor continuó redoblando y la campana repicó más fuerte. Por fin llegaron a las primeras casas de la aldea. El almacenero les gritó de lejos: –¡El incendio es en lo de ustedes! Pécuchet adoptó un paso gimnástico y le decía a Bouvard que corría al lado de él siguiéndole el tren:

–¡Uno, dos, uno, dos, marcando el paso, como los cazadores de Vincennes!

El camino que habían tomado iba subiendo; la pendiente del terreno les ocultaba el horizonte. Llegaron arriba, cerca del Cerro, y de una sola ojeada comprendieron la magnitud del desastre.

Todas las hacinas, por todas partes, ardían como volcanes en la planicie pelada, en medio de la calma de la noche.

Alrededor de la más grande había unas trescientas personas, más o menos, y unos muchachos con pértigas y ganchos, a las órdenes del señor Foureau, el alcalde, con su banda tricolor, sacaban paja de la cima para proteger el resto.

Bouvard, en su precipitación, casi derriba a la señora Bordin, que estaba allí. Después, al advertir a uno de sus criados, lo abrumó con insultos por no haberle avisado. El criado, al contrario, por exceso de celo, había corrido primero a la casa, luego a la iglesia, después a lo del señor y había vuelto por el otro camino.

Bouvard perdió la cabeza. Sus criados lo rodeaban y hablaban todos al mismo tiempo ¡y él prohibía que derribaran las hacinas, suplicaba que lo socorriesen, exigía agua, llamaba a los bomberos! –¡Ya están acá! – exclamó el alcalde. – ¡La culpa es suya! –continuó Bouvard. No podía contenerse, profería cosas inconvenientes; y todos admiraron la paciencia del señor Foureau, que era un hombre violento sin embargo, como lo indicaban sus gruesos labios y su mandíbula de bulldog.

El calor en las hacinas se hizo tan fuerte que fue imposible aproximarse a ellas. Bajo las llamas devoradoras la paja se retorció con crepitaciones, los granos de trigo fustigaban los rostros como granos de plomo. Después, la hacina se desmoronó como un ancho brasero del cual volaban chispas. Ondulaciones irisadas salían de aquella masa roja, las que según las variaciones de su coloración, se veían rojas como el bermellón u oscuras como sangre coagulada. La noche había llegado, el viento soplabá; torbellinos de humo envolvían a la gente. Una pavesa, de tiempo en tiempo, pasaba por el cielo negro.

Bouvard contemplaba el incendio llorando calladamente. Sus ojos desaparecían bajo sus párpados hinchados y todo su rostro estaba como agrandado por el dolor. La señora Bordin jugueteaba con los flecos de su chal verde y lo llamaba “pobre señor”, trataba de consolarlo. Puesto que ya nada se podía hacer, tenía “que resignarse”.

Pécuchet no lloraba. Muy pálido, o más bien lívido, con la boca abierta y los cabellos pegados por el sudor frío, se mantenía apartado, pensativo. Pero el cura, que apareció de pronto, murmuró con voz melosa:

–¡Ah, qué desgracia, verdaderamente; es muy enojoso! ¡Tengan la seguridad de que comparto!...

Los otros no manifestaban ninguna tristeza. Charlaban sonrientes, señalando a las llamas. Un viejo levantó unas brizas que ardían para encender la pipa. Los niños se pusieron a bailar. Uno de los mirones hasta dijo que aquello era bastante divertido.

–¡Sí, es hermosa, la diversión! –le replicó Pécuchet que acababa de oírle.

El fuego disminuyó. Los montones se redujeron y una hora después no quedaban más que cenizas que marcaban la tierra con manchas redondas y negras. Entonces todos se fueron.

La señora Bordin y el abate Jeufroy acompañaron a los señores Bouvard y Pécuchet hasta su domicilio.

Por el camino, la viuda le hizo a su vecino reproches muy amables por la rudeza con que se había comportado y el eclesiástico expresó su muy grande sorpresa por no haber podido conocer hasta ese momento a ese feligrés suyo tan distinguido.

Cuando quedaron solos buscaron la causa del incendio y en lugar de reconocer como todo el mundo que la paja húmeda había ardidido espontáneamente, sospecharon que se trataba de una venganza. Había sido, sin duda, maese Gouy ¿o el cazador de topos, tal vez? Seis meses antes Bouvard había rechazado los servicios de éste y había llegado a sostener, en una reunión, que su profesión era funesta y que el gobierno debía prohibirla. El hombre, desde aquel día, rondaba por los alrededores. Llevaba barba enteriza y su aspecto les parecía amenazante, sobre todo de noche cuando se aparecía en los lindes de los patios sacudiendo su larga pértiga llena de topos colgados.

Las pérdidas habían sido bastante grandes y, para evaluar la situación en que se encontraban, Pécuchet trabajó ocho días con los registros de Bouvard que le parecieron "un verdadero laberinto". Después de pasar revista al diario, al de correspondencia y al mayor, cubierto con notas y observaciones escritas con lápiz, descubrió la verdad: ninguna mercadería para vender, nada que cobrar y en la caja, cero. El resultado era un déficit de treinta y tres mil francos.

Bouvard no quería creer nada de eso y más de veinte veces volvieron a hacer los cálculos desde el principio. Siempre llegaban a la misma conclusión. ¡Dos años más de agronomía como aquella y toda su fortuna se esfumaría!

El único remedio era vender.

Por lo menos había que consultar a un notario. La diligencia era demasiado penosa; Pécuchet se encargó de ella.

Según la opinión del señor Marescot, lo mejor era no decir nada. Hablaría de la granja a clientes serios y esperaría que ellos hicieran sus proposiciones.

–¡Muy bien! –dijo Bouvard–. ¡Aún tenemos tiempo por delante!

Iba a tomar un granjero; después se vería.

–¡No seremos más desgraciados que antes! ¡Sólo que nos veremos obligados a hacer economías!

Aquello contrariaba a Pécuchet a causa de la horticultura y algunos días después dijo:

–¡Tendríamos que dedicarnos a la arboricultura exclusivamente, no por placer, sino por especulación! Una pera que sale tres sueldos de costo ¡llega a venderse en la capital hasta a cinco y seis francos! Hay horticultores que con los albaricoques se hacen de una renta de veinticinco mil libras. En San Petersburgo, durante el invierno ¡se paga un napoleón el racimo de uvas! ¡Es una hermosa industria, tienes que reconocerlo! ¿Y qué cuesta? ¡Cuidados, estiércol y pasarle la tijera!

Y excitó de tal manera la imaginación de Bouvard que, inmediatamente, buscaron en sus libros la nomenclatura de plantas para comprar; y cuando hubieron elegido nombres que les parecieron maravillosos, se dirigieron a un vivero de Falaise cuyo encargado se apresuró a suministrarles trescientas plantas que le había sido imposible vender.

Habían llamado a un cerrajero para los tutores, a un ferretero para los tensores, a un carpintero para los soportes. Las formas de los árboles fueron dibujadas por adelantado. Unos pedazos de madera en la pared hacían las veces de candelabros. Dos postes en cada extremo de los arriates sostenían alambres horizontalmente; y en el jardín, unos aros indicaban la estructura de los jarrones, y varillas cónicas la de las

pirámides, de modo que cuando se llegaba a la casa se creía estar viendo las piezas de alguna máquina desconocida o la armazón de unos fuegos artificiales.

Cuando cavaron los hoyos, cortaron las puntas de todas las raíces buenas o malas, y las enterraron en abono sintético. Seis meses después las plantas estaban muertas. ¡Nuevos pedidos al vivero y nuevas plantaciones en hoyos más profundos todavía! Pero como la lluvia empapó el suelo, los injertos se enterraron solos y los árboles se soltaron.

Llegó la primavera y Pécuchet se dedicó a la poda de los perales. No tocó las ramas principales, respetó los retoños y obstinado en poner en escuadra las duquesas que debían formar los cordones unilaterales, las rompía o las arrancaba invariablemente. En cuanto a los durazneros, se hizo un enredo con las ramas madre, las submadres y las segundas submadres. Huecos y llenos aparecían siempre donde no correspondía y era imposible obtener un rectángulo perfecto en la espaldera con seis ramas a la derecha y seis a la izquierda, no comprendidas las dos principales para que en conjunto formaran un hermoso espinazo de pescado.

Bouvard trató de manejar los albaricoques. Se rebelaron. Cortó los troncos al ras del suelo. Ninguno volvió a crecer. Los cerezos, a los cuales les había hecho incisiones, produjeron goma.

Primero podaron muy alto, lo que secó las yemas de la base; después demasiado bajo, lo que producía chupones y con frecuencia vacilaban porque no sabían distinguir los botones foliares de los florales. Los había puesto contentos el tener flores, pero cuando reconocieron su error arrancaron las tres cuartas partes para fortalecer al resto.

Hablaban sin cesar de la savia y del "cambium", de las espalderas, de roturar, de desyemar. En medio del comedor tenían, en un cuadro, la lista de sus plántulas, con un número que se repetía en el huerto, en un pequeño pedazo de madera, al pie del árbol.

Levantados desde el alba, trabajaban hasta la noche, con el portaherramientas en la cintura. En las frías mañanas de primavera Bouvard se dejaba su chaqueta tejida bajo la blusa, Pécuchet su vieja levita bajo el rústico delantal. Y la gente que pasaba flanqueando la balaustrada los oía toser en la neblina.

A veces Pécuchet sacaba el manual del bolsillo y estudiaba un párrafo, de pie, con su azada al lado, en la misma actitud del jardinero que decoraba la portada del libro. El parecido hasta llegó a halagarlo mucho. Sintió más estimación por el autor.

Bouvard estaba continuamente encaramado en una alta escalera delante de las pirámides. Un día le dio un mareo y no atreviéndose a bajar le gritó a Pécuchet que fuese a socorrerlo.

Por fin las peras aparecieron; y también había ciruelas. Entonces emplearon contra los pájaros todos los artificios recomendados. Pero los destellos de los fragmentos de espejo encandilaban, las tarreñas del molino de viento los despertaban durante la noche y los gorriones se posaban en el espantapájaros. Hicieron otro y hasta un tercero, con otra ropa, pero todo fue inútil.

No obstante podían esperar algunos frutos. Pécuchet acababa de entregar su informe a Bouvard cuando de pronto retumbó el trueno y la lluvia comenzó a caer; una lluvia pesada y violenta. El viento, por intervalos, sacudía a todas las espalderas. Los tutores caían uno tras otro y los desdichados perales se bamboleaban entrechocando sus peras.

Pécuchet, sorprendido por el chaparrón, se había refugiado en la casucha. Bouvard estaba en la cocina. Veían delante de ellos un torbellino de trozos de madera, ramas, tejas, y las mujeres de los marineros que en la costa, a diez leguas de allí, miraban el mar, no tenían los ojos más abiertos ni el corazón más oprimido que ellos. Después, de golpe, los soportes y las barras de las contraespalderas, con el enrejado se desplomaron en los arriates.

¡Qué cuadro cuando hicieron la inspección! Las cerezas y las ciruelas cubrían la hierba entre el granizo que se derretía. No se había salvado ni una pera. Apenas si quedaban algunas manzanas y con excepción de

una docena, más o menos, toda la cosecha de duraznos rodaba por los charcos, al borde de las plantas arrancadas de raíz.

Después de la cena, en la que comieron muy poco, Pécuchet dijo con voz baja:

–Haríamos bien en ir a ver la granja, por si ha sucedido algo.

–¡Bah! ¡Para descubrir más motivos de tristeza todavía!

–Puede ser, porque a decir verdad, no hemos sido favorecidos por la suerte, precisamente. –Y se quejaban de la Providencia y de la Naturaleza.

Bouvard, con el codo en la mesa, emitía su pequeño susurro, y como todos los dolores son uno, volvieron a su memoria los antiguos proyectos agrícolas, particularmente lo de las féculas y una nueva clase de queso.

Pécuchet respiraba ruidosamente y al mismo tiempo que se metía en la nariz pizcas de tabaco, pensaba que si la suerte lo hubiese querido él sería ahora miembro de una sociedad de agricultura, brillaría en las exposiciones, se lo mencionarían en los diarios.

Bouvard echó alrededor de él una mirada de pesadumbre.

–¡A fe mía! ¡Me dan ganas de deshacerme de todo esto para establecernos en otra parte!

–Como tú quieras –dijo Pécuchet–. Y un momento después:

–Los autores nos recomiendan suprimir todo canal directo. Porque si no la savia se ve contrariada y el árbol, forzosamente, sufre. Para estar bien necesitaría no tener frutos. Sin embargo, los que no se podan ni abonan nunca, los producen, menos grandes, es cierto, pero más sabrosos. ¡Exijo que me lo expliquen! ¡Y no solo cada especie reclama cuidados particulares, sino cada ejemplar, según el clima, la temperatura y un montón de cosas! ¿Cuál es la regla, entonces? ¿Y qué esperanza de éxito o de beneficio podemos tener?

Bouvard le respondió:

–En Gasparin verás que el beneficio no puede sobrepasar la décima parte del capital. Por lo tanto sería mejor depositar el dinero en un banco; al cabo de quince años, por acumulación de intereses se tendría el doble sin necesidad de amargarse la vida.

Pécuchet bajó la cabeza.

–Esto de la arboricultura ¿no será una broma?

– ¡Como la agronomía! –replicó Bouvard.

Luego se acusaron de haber sido demasiado ambiciosos y resolvieron que en adelante cuidarían mejor su trabajo y su dinero. Una poda de cuando en cuando sería suficiente para el huerto. Las contraespaldas fueron proscriptas y no reemplazaron los árboles muertos; pero quedarían unos claros muy feos, a menos que destruyeran todos los que habían quedado en pie. ¿Cómo se las arreglarían?

Pécuchet hizo unos cuantos dibujos valiéndose de sus útiles de matemáticas. Bouvard le daba consejos. No llegaban a nada satisfactorio. Felizmente encontraron en su biblioteca la obra de Boitard intitulada *El Arquitecto de los Jardines*.

El autor los divide en una infinidad de tipos. Está, en primer lugar, el de tipo melancólico y romántico, caracterizado por las siempre vivas, las ruinas, las tumbas y un "voto a la Virgen que señala el lugar donde un señor cayó bajo el acero de un asesino"; el de tipo terrible se compone con rocas inestables, árboles destrozados, cabañas incendiadas; el de tipo exótico plantando cirios del Perú "para despertar recuerdos a un colono o un viajero". El de tipo serio debe tener, como Ermenonville, un templo a la filosofía. Los obeliscos y los arcos de triunfo son característicos del tipo majestuoso; el musgo y las grutas, del de tipo misterioso; un lago, del de tipo soñador. También hay el de tipo fantástico, cuyo más bello espécimen se veía antaño en un jardín wurtemburgués, ya que en él se encontraba sucesivamente un jabalí, un ermitaño, varios sepulcros y una barca que se apartaba sola de la orilla y llevaba a un saloncito donde chorros de agua lo empapaban a uno en cuanto se sentaba en el sofá.

Ante este horizonte de maravillas, Bouvard y Pécuchet tuvieron como un deslumbramiento. El tipo fantástico les pareció estar reservado a los príncipes. El templo a la filosofía sería un estorbo. El ex voto a la madona carecería de todo sentido, dado la falta de asesinos, y que se aguantaran los colonos y viajeros, pero las plantas americanas eran muy caras. Pero las rocas eran posibles, lo mismo que los árboles destrozados, las siempre vivas y el musgo; y llevados por un entusiasmo progresivo, después de muchos tanteos, con la ayuda de un solo criado y con una suma mínima, fabricaron una residencia que no tenía igual en todo el departamento.

La enramada, abierta aquí y allá, daba luz al bosquecillo lleno de alamedas sinuosas con forma de laberinto. En la pared del espaldar, habían querido hacer un arco por debajo del cual se viera la perspectiva. Como la albardilla no podía mantenerse suspendida, el resultado había sido una brecha enorme con ruinas en el suelo.

Habían sacrificado los espárragos para erigir en ese lugar una tumba etrusca, es decir, un cuadrilátero de yeso negro de seis pies de altura y con la apariencia de una perrera. En las esquinas había cuatro piceas flanqueando el monumento que sería coronado por una urna y enriquecido con una inscripción.

Al otro lado de la huerta, una especie de Rialto sorteaba un estanque con conchas de mejillones incrustadas en sus bordes. La tierra chupaba el agua, pero ¡no importaba! Ya se formaría un fondo de arcilla que la retendría.

La casucha había sido transformada en cabaña rústica mediante unos vidrios de color. En lo alto del emparrado, seis árboles en escuadra sostenían un sombrero de latón, todo lo cual representaba una pagoda china.

Habían ido a las orillas del Orne a buscar granito, lo habían roto, numerando los fragmentos, que llevaron ellos mismos en una carreta, luego habían pegado los pedazos con cemento acumulándolos unos sobre otros; y en medio del césped se erigió un peñasco, parecido a una gigantesca papa.

Algo más faltaba para completar la armonía. Talaron el tilo más grande de la enramada (ya casi totalmente seco, por otra parte) y lo acostaron a lo largo del jardín, de modo que se lo podía creer llevado por un torrente o derribado por el rayo.

Terminada la tarea, Bouvard, que estaba en lo alto de la escalinata, gritó de lejos:

– ¡De aquí se ve mejor!

– ¡Ve mejor! –se repitió en el aire. Pécuchet respondió: – ¡Ya voy!

– ¡Ya voy!

– ¡Mira! ¡Un eco! – ¡Eco!

El tilo, hasta entonces, había impedido que se produjera; lo favorecía la pagoda, que estaba de cara al granero, cuya parte superior rebasaba la enramada.

Para probar el eco se entretuvieron gritando cosas divertidas. Bouvard vociferó algunas obscenas.

Había ido varias veces a Falaise, so pretexto de recibir dinero, y siempre había vuelto con pequeños paquetes que guardaba en su cómoda. Una mañana Pécuchet salió para ir a Bretteville y volvió muy tarde, con un cesto que ocultó debajo de su cama.

Al otro día, al despertar, Bouvard fue sorprendido. Los dos primeros tejos de la gran alameda, que el día anterior aún eran esféricos, tenían forma de pavos reales y un cucurucho con dos botones de porcelana simulaba el pico y los ojos.

Pécuchet se había levantado al alba, y temblando por temor a ser descubierto, había recortado los dos árboles de acuerdo con los folletos enviados por Dumouchel. Seis meses después, los otros, después de aquellos, imitaban, más o menos, a pirámides, cubos, cilindros, ciervos o sillones. Pero nada igualaba a los pavos reales. Bouvard lo reconoció, con grandes elogios.

Y so pretexto de haber olvidado su azada, llevó a su compañero al laberinto. Porque él también había aprovechado la ausencia de Pécuchet para hacer algo sublime.

La puerta que daba al campo estaba cubierta por una capa de yeso en la cual se alineaban, en muy buen orden, quinientos hornillos de pipa representando a Abd-el-Kader, negros, turcos, mujeres desnudas, patas de caballo y calaveras.

—¡Comprende ahora mi impaciencia!

—¡Ya lo creo!

Y emocionados, se besaron.

Como todos los artistas, experimentaron la necesidad del aplauso y Bouvard pensó en ofrecer una gran cena.

— ¡Cuidado! —dijo Pécuchet—. Vas a empezar con las recepciones... ¡Es un abismo!

A pesar de todo, resolvieron hacerlo.

Desde que estaban en la región se habían mantenido apartados. Todo el mundo, por el deseo de conocerlos, aceptó la invitación, con excepción del conde de Faverges, llamado de la capital por negocios. Se volvieron entonces hacia el señor Hurel, su factótum.

Beljambe, el posadero, antiguo chef en Lisieux, cocinaría algunos platos. Y enviaría un mozo. Germaine había recurrido a la encargada del corral y Marianne, la sirvienta de la señora Bordin, iría también. Desde las cuatro la reja estuvo abierta de par en par y los dos propietarios, llenos de impaciencia, esperaban a sus invitados.

Hurel se detuvo bajo las hayas para volver a ponerse la levita. Después llegó el cura, vistiendo una sotana nueva, y un momento después el señor Foureau, con un chaleco de terciopelo. El doctor le daba el brazo a su mujer, que caminaba penosamente cubriéndose con su sombrilla. Una oleada de cintas rosadas se agitó detrás de ellos; era el sombrero de la señora Bordin, quien vestía un hermoso vestido de seda color buche de paloma. La cadena de oro de su reloj le golpeaba la muñeca y las sortijas brillaban en sus dos manos, cubiertas con mitones negros. Por fin apareció el notario, panamá en la cabeza, monóculo en el ojo, pues el funcionario oficial no ahogaba en él al hombre de mundo.

El salón estaba tan encerado que casi no se podía estar de pie. Los ocho sillones de Utrecht se alineaban pegados a la pared; en una mesa redonda, en el medio, estaba la licorera y encima de la chimenea se veía el retrato de Bouvard padre. Los toques mate resaltaban en contra luz e imprimían una mueca a la boca, hacían bizquear a los ojos y un poco de moho en los pómulos se agregaba a la ilusión de las patillas. Los invitados le encontraron un parecido con su hijo y la señora Bordin agregó, mirando a Bouvard, que debía haber sido un hermoso hombre.

Después de una hora de espera Pécuchet anunció que se podía pasar a la sala.

Las cortinas de calicó blanco y orla roja estaban, igual que las del salón, completamente corridas delante de las ventanas y el sol, que atravesaba la tela, echaba una luz rubia en el revestimiento de madera que tenía, como todo ornamento, un barómetro.

Bouvard ubicó a las dos damas a su lado, y Pécuchet el alcalde a su izquierda y el cura a su derecha. Y comenzaron con las ostras. Olían a limo. Bouvard estaba afligido, pidió disculpas, y Pécuchet se levantó de la mesa para ir a la cocina a hacerle una escena a Beljambe.

Durante todo el primer plato, compuesto por una barbada entre un vol-au-vent y pichones en conserva, la conversación giró en torno a la manera de hacer la sidra. Después de lo cual se habló de los platos digestibles o indigestos. El doctor, naturalmente, fue consultado. Veía las cosas con escepticismo, como un hombre que ha llegado a ver el fondo de la ciencia, y no obstante no toleraba la menor contradicción.

Con el solomillo se sirvió borgoña. Estaba turbio. Bouvard atribuyó el accidente al lavado de la botella e hizo probar otras tres, pero no con más éxito; después sirvió Saint Julien, demasiado nuevo, evidentemente; y todos los convidados callaron. Hurel sonreía sin interrupción; los pasos pesados del mozo resonaban en las baldosas.

La señora Vaucorbell, retacona y con aire gruñón (estaba, por otra parte, al final de su embarazo), se había mantenido en un mutismo absoluto. Bouvard, no sabiendo de qué hablarle, le habló del teatro de Caen.

—Mi mujer no va nunca al teatro —le respondió el doctor.

El señor Marescot, cuando vivía en París, no iba sino a los Italianos.

—Yo —dijo Bouvard— algunas veces me pagaba una platea en el vaudeville ¡para oír bromas!

Foureau le preguntó a la señora Bordin si le gustaban las bromas.

—Depende de qué clase —respondió ella.

El alcalde le hacía chistes y ella le respondía. Después dio una receta para los pepinos. Por lo demás, su talento de ama de casa era conocido y tenía una pequeña granja admirablemente cuidada.

Foureau interpeló a Bouvard.

—¿Acaso tiene usted la intención de vender la suya?

—¡Ah, Dios mío! Hasta él momento no lo sé muy bien...

—¿Cómo, ni siquiera la parte de las Ecalles? —continuó el notario—. Eso le convendría a usted, señora Bordin.

La viuda replicó, zalamera:

—Las pretensiones del señor Bouvard serían demasiado para mí. ¡

Quizás pudiera enterrecérselo.

—Yo no lo intentaría.

—¿Y si le diera un beso?

—Probemos de todos modos —dijo Bouvard y la besó en las dos mejillas ante los aplausos de la asistencia.

Casi inmediatamente después destaparon la champaña cuyas detonaciones hicieron que se redoblara la alegría. Pécuchet hizo una señal. Las cortinas se abrieron y apareció el jardín.

Era el crepúsculo y aquello deparaba un espectáculo algo espantoso. El peñasco, como una montaña, campeaba en el césped, la tumba quedaba como un cubo en medio de las espinacas, el puente veneciano como un acento circunflejo por sobre las habichuelas, y la cabaña, más allá, una gran mancha negra, pues habían incendiado su techo para hacerla más poética. Los tejos con forma de ciervo o de sillones se sucedían hasta el árbol fulminado, que se extendía transversalmente de la enramada a la glorieta, en la cual los tomates colgaban como estalactitas. Un girasol aquí, otro allá, ostentaban su disco amarillo. La pagoda china pintada de rojo parecía un faro en el emparrado. Los picos de los pavos reales, iluminados por el sol, lanzaban destellos, y más allá de la balaustrada, libre ya de sus tablas, el campo raso cortaba el horizonte.

Al ver el asombro de sus invitados Bouvard y Pécuchet sintieron un verdadero goce.

La señora Bordin admiró sobre todo los pavos reales, pero nada dijo de la tumba, ni de la cabaña incendiada, ni de la pared en ruinas. Después, por turno, fueron pasando por el puente. Para llenar el estanque Bouvard y Pécuchet habían acarreado agua durante toda la mañana, pero se había escurrido por entre las piedras del fondo, mal ensambladas, y estaban cubiertas por el fango.

Mientras paseaban se permitieron hacer algunas críticas:

—Yo en su lugar hubiera hecho así.

—Las arvejas están retrasadas.

—Este rincón, francamente, no está limpio.

–Con una poda así jamás conseguirán frutos.

Bouvard se vio obligado a responder que la fruta no le importaba.

Cuando caminaban a lo largo de la enramada dijo con tono socarrón:

–¡Ah, aquí hay alguien a quien molestamos! ¡Mil perdones!

La broma no fue festejada. ¡Todo el mundo conocía a la dama de yeso!

Después de muchas vueltas por el laberinto llegaron ante la puerta de las pipas. Hubo un intercambio de miradas de estupefacción. Bouvard observaba el rostro de sus invitados e, impaciente por conocer su opinión, preguntó:

–¿Qué dicen ustedes?

La señora Bordin se echó a reír y todos hicieron lo mismo. El cura emitió una especie de cacareo, Hurel tosía, el doctor lloraba, su mujer fue presa de un espasmo nervioso y Foureau, hombre desenfadado, rompió un Abd-el-Kader y lo guardó en su bolsillo, como recuerdo.

Cuando salieron de la enramada, Bouvard, para asombrar a la asistencia con el eco, gritó con todas sus fuerzas:

– ¡Servidor, señoras!

¡Nada! ¡Ningún eco! Aquello se debía a reparaciones hechas en el granero, del cual se había demolido la parte superior y el techo.

El café fue servido en el fondo y los señores se disponían a comenzar una partida de bochas cuando vieron en frente, detrás de la balaustrada, un hombre que los miraba.

Era flaco y curtido, llevaba un pantalón rojo hecho jirones, una chaqueta azul sin camisa y la barba negra recortada a lo cepillo. Dijo con voz ronca:

– ¡Denme un vaso de vino!

El alcalde y el abate Jeufroy lo habían reconocido en seguida. Era un antiguo carpintero de Chavignolles.

– ¡Vamos, Gorgu, vayase! –dijo el señor Foureau–. No debe pedirse limosna.

–¿Yo, limosna? –exclamó el hombre exasperado–. Hice la guerra en África durante siete años. Salgo del hospital. ¡No hay trabajo! ¿Será necesario que asesine? ¡Mal rayo los parta!

Su cólera se desvaneció por sí sola y con los puños apoyados en las caderas contempló a los burgueses con aire melancólico y socarrón. El cansancio de los vivacs, el ajeno y las fiebres, toda una existencia de miseria y de crápula se reflejaban en sus ojos turbios. Sus labios pálidos temblaban y descubrían las encías. El gran cielo purpúreo lo envolvía con un resplandor sangriento y su obstinación en permanecer allí causaba una especie de espanto.

Bouvard, para terminar con aquello, fue a buscar un resto en una botella. El vagabundo lo bebió con glotonería y luego desapareció entre la avena gesticulando.

Entonces se censuró al señor Bouvard. Esas complacencias favorecían el desorden. Pero Bouvard, irritado por el fracaso de su jardín, asumió la defensa del pueblo; todos hablaron al mismo tiempo.

Foureau alababa al gobierno. Para Hurel no había en el mundo nada que no fueran los bienes raíces. El abate Jeufroy se quejaba de que no se protegía a la religión. Pécuchet atacó a los impuestos. La señora Bordin gritaba de tanto en tanto:

–Yo, ante todo, detesto a la República.

El doctor se declaró partidario del progreso:

–Porque, en fin, señores, necesitamos reformas.

–Es posible –respondió Foureau– pero esas ideas son perjudiciales para los negocios.

–¡Me importan un comino los negocios! –exclamó Pécuchet.

Vaucorbeil prosiguió:

–Por lo menos reconózcansenos nuestra capacitación.

Bouvard no estaba dispuesto a hacerlo.

–¿Esa es su opinión? –continuó el doctor–. ¡Ahora sabemos quién es! ¡Buenas noches! ¡Y le deseo un diluvio para que pueda navegar en su estanque!

–Yo también me voy –dijo poco después el señor Foureau; y señalando su bolsillo, donde estaba el Abd-el-Kader agregó: –Si necesito otro, volveré.

El cura, antes de partir, confió tímidamente a Pécuchet que no le parecía conveniente ese simulacro de tumba en medio de las legumbres. Hurel, al retirarse saludó con voz muy baja a los presentes. El señor Marescot había desaparecido después de los postres.

La señora Bordin reanudó la explicación de su receta para los pepinos, prometió una segunda receta para las ciruelas en aguardiente y dio aún tres vueltas por la gran alameda, pero al pasar cerca del tilo se enganchó en él el ruedo de su vestido y oyeron que murmuraba:

– ¡Dios mío; qué tontería este árbol!

Los dos anfitriones se quedaron hasta medianoche en la glorieta desahogando su resentimiento.

No cabía duda que se les podían reprochar a la comida dos o tres cositas, pero los convidados, no obstante, se habían atosigado como ogros, lo cual probaba que no había estado tan mala. Pero en cuanto al jardín, tanta denigración se debía a los celos más bajos; y caldeándose los dos, decían:

– ¡Ah, falta agua en el estanque! Paciencia, ¡ya habrá hasta un cisne y peces!

– ¡Apenas si notaron la pagoda!

–Decir que las ruinas no son limpias es una opinión imbécil.

– ¡Y la tumba una inconveniencia! ¿Por qué una inconveniencia? ¿Es que uno no tiene derecho a construir una en su propiedad? ¡Yo quiero hasta hacerme enterrar ahí!

– ¡No hables de eso! –dijo Pécuchet. Después pasaron revista a los invitados.

–El médico me parece un lindo presumido.

–¿Te fijaste en la socarronería de Marescot frente al retrato?

–Y el señor alcalde ¡qué grosero! Cuando uno cena en una casa, ¡qué diablos!, respeta las curiosidades.

–La señora Bordin –dijo Bouvard.

– ¡Ah, es una intrigante! Déjame tranquilo.

Asqueados del mundo, resolvieron no ver más a nadie, vivir exclusivamente en su casa y para ellos solos.

Y pasaban días en el sótano quitando el tártaro de las botellas, barnizaron otra vez todos los muebles, enceraron las habitaciones. A la noche, mientras miraban cómo ardía la leña, disertaban acerca del mejor sistema de calefacción.

Para hacer economía trataron de ahumar jamones, de lavar ellos mismos la ropa... Germaine, a quien estorbaban, alzaba los hombros. En la época de las mermeladas se enojó, entonces, ellos se mudaron al galpón de horno.

Era una antigua lavandería en la que había, bajo la leña, una gran cuba de manipostería, excelente para sus proyectos, ya que se les había despertado la ambición de fabricar conservas.

Catorce frascos fueron llenados con tomates y arvejas; untaron las tapas con cal viva y queso, les aplicaron en los bordes bandas de tela y después los sumergieron en agua hirviendo. Pero se evaporaban, por lo que les echaron agua fría. La diferencia de temperatura hizo estallar los frascos. Sólo tres se salvaron.

Después consiguieron viejas cajas de sardinas y pusieron en ellas costillitas de ternera que dejaron al baño María. Quedarían redondas como pelotas y al enfriarse se achatarían. Para con los experimentos metieron en

otras cajas huevos, achicoria, cangrejos, guiso de pescado ¡una sopa! y se felicitaban, como el señor Appert, por "haber dominado las estaciones". Semejantes descubrimientos, según Pécuchet, superaban las hazañas de los conquistadores.

Perfeccionaron la fórmula de la señora Bordin sazonando el vinagre con pimienta; ¡y sus ciruelas en aguardiente eran mucho mejores! Lograron ratafias de frambuesa y de ajeno por maceración. Trataron de hacer vino de Málaga en un tonel con miel y angélica ¡y también encararon la elaboración de una champaña! Las botellas de chablis cortado con mosto estallaron solas. Entonces ya no dudaron de su buen éxito. Cuando se adelantaron en sus estudios, llegaron a sospechar fraudes en todos los productos alimenticios.

Le protestaron al panadero por el color del pan. Se enemistaron con el almacenero por insistir en que adulteraba el chocolate. Fueron a Falaise a buscar azufaifa y ante los ojos del farmacéutico sometieron su pasta a la prueba del agua. Tomó el aspecto de una corteza de tocino, lo que denotaba la existencia de gelatina.

Después de ese triunfo su orgullo se exaltó. Compraron los materiales de un destilador en quiebra y pronto llegaron a la casa tamices, barriles, embudos, espumaderas, filtros y balanzas, sin contar un mortero de bala y un alambique pardo obscuro, para el cual se requirió un horno reflector con una campana de chimenea.

Aprendieron cómo se clarifica el azúcar y cuáles son las diferentes formas de cocción: el gran y el pequeño perlado, el soufflé, el granulado, la melaza y el caramelo. Pero estaban impacientes por emplear el alambique y abordaron los licores finos, comenzando por el anisette. El líquido casi siempre arrastraba con él las sustancias o éstas quedaban pegadas en el fondo; otras veces se equivocaban en la dosificación. Alrededor de ellos relucían los grandes barreños de cobre, los matraces adelantaban sus picos puntiagudos, las ollas decoraban la pared. Con frecuencia uno seleccionaba hierbas en la mesa mientras que el otro hacía oscilar la bala de cañón en el mortero suspendido. Movían las cucharas, probaban las mezclas.

Bouvard, siempre sudoroso, vestía sólo la camisa y el pantalón, subido hasta la boca del estómago por sus cortos tirantes. Atolondrado como un pájaro, olvidaba el diafragma de la cucúrbita o se excedía con el fuego. Pécuchet mascullaba cálculos, inmóvil en su larga blusa, una especie de blusón para niño con mangas; y se consideraban gente muy seria, ocupada en cosas útiles.

Llegaron a imaginar *una crema* que arruinaría a todas las otras. Le pondrían cilantro como al kummel, kirsch como al marrasquino, hisopo como el chartreuse, abelmosco como al vespetro y cálamo aromático como al krambambul, y le darían color rojo con madera de sándalo. Pero, ¿con qué nombre la ofrecerían en el mercado? Porque había que darle un nombre fácil de recordar y no obstante raro. Después de buscar por mucho tiempo decidieron que se llamaría ¡"la Bouvarina"!

Hacia finales del otoño aparecieron manchas en los tres frascos de conservas. Los tomates y las arvejas estaban podridos. ¿Tal vez se debiera al tapado? Entonces el problema del tapado los atormentó. Para ensayar los métodos nuevos les faltaba dinero. La granja se los devoraba.

En varias ocasiones se les habían ofrecido terrazgueros. Bouvard no los había querido. Pero su primer mozo cultivaba según sus órdenes, con una economía muy peligrosa, tanto que las cosechas disminuían, todo declinaba. Estaban hablando de sus problemas cuando maese Gouy entró en el laboratorio escoltado por su mujer que lo seguía tímidamente. Gracias a lo mucho que se las había trabajado, las tierras estaban mejoradas y él iba a hacerse cargo de la granja. La menospreció. A pesar de los muchos trabajos los beneficios eran inciertos y, en una palabra, si deseaba volver a ella, era por amor al terruño y porque extrañaba a unos amos tan buenos. Lo despidieron con frialdad. Volvió esa misma tarde. Pécuchet había sermoneado a Bouvard; tenían que ceder. Gouy pidió que se le rebajara el precio del arriendo y cuando los otros protestaron él se puso a berrear más que a hablar, poniendo a Dios como testigo, enumerando sus esfuerzos, alabando sus méritos. Cuando se lo intimaba a que dijera su precio, bajaba la cabeza en lugar de responder. Entonces la mujer, sentada al lado de la puerta con un gran cesto en las rodillas, repetía las mismas protestas, chillando con voz aguda como una gallina herida.

Por fin el arrendamiento fue fijado en tres mil francos por año, un tercio menos que antes.

Acto continuo, maese Gouy propuso comprar el material; y los diálogos se reanudaron.

La evaluación de los objetos duró quince días. Bouvard se moría de fatiga. Lo dio todo por una cantidad tan irrisoria que Gouy, primero abrió desmesuradamente los ojos y después exclamó:

—¡De acuerdo! —Y le estrechó la mano. Después de lo cual, los propietarios, según la costumbre, invitaron a comer algo en la casa. Y Pécuchet abrió una de las botellas de su Málaga, menos por generosidad que con la esperanza de obtener elogios.

Pero el labriego dijo refunfuñando:

—¡Parece jarabe de regaliz!

Y su mujer, para "quitarse el gusto de la boca", rogó que le dieran un vaso de aguardiente.

¡Una cosa más grave los preocupaba! Todos los elementos de la "Bouvarina" estaban reunidos por fin.

Los amontonaron en la cucúrbita, con alcohol, encendieron el fuego y esperaron. Sin embargo, Pécuchet, atormentado por la desgracia del Málaga, tomó del armario las cajas de hojalata, hizo saltar la tapa de la primera, después de la segunda, de la tercera. Las arrojó furioso y llamó a Bouvard.

Bouvard cerró el grifo de la serpentina y se precipitó hacia las conservas. La desilusión fue completa. Las tajadas de ternera parecían suelas hervidas; un líquido fangoso reemplazaba al cangrejo; era imposible reconocer al guiso de pescado. En la sopa habían crecido hongos y un olor intolerable apestaba el laboratorio.

De pronto, con un ruido de obús, el alambique estalló en mil pedazos que saltaron hasta el techo, partiendo las marmitas, aplastando las espumaderas, rompiendo los vasos; el carbón se esparció, el horno se derrumbó y al otro día Germaine encontró una espátula en el patio.

La fuerza del vapor había roto el aparato; sobre todo porque la cucúrbita estaba atornillada al capitel.

Pécuchet, inmediatamente, se había acurrucado detrás de la cuba y Bouvard como desplomado en un escabel. Durante diez minutos permanecieron en esa postura, no atreviéndose a hacer el menor movimiento, pálidos de terror en medio de los cascotes. Cuando pudieron recuperar la palabra se preguntaron cuál era la causa de tantos infortunios, la del último, sobre todo. Y no comprendían nada, salvo que habían estado a punto de perecer. Pécuchet terminó con estas palabras:

—A lo mejor es que no sabemos nada de química.

3

Para saber de química consiguieron el curso de Regnault y en primer lugar aprendieron que "los cuerpos simples pueden ser compuestos".

Se los divide en metaloides y en metales, diferencia que no tiene "nada de absoluto", dice el autor. Sucede lo mismo con los ácidos y las bases, "pues un cuerpo puede comportarse como ácido o como base según las circunstancias".

La notación les pareció barroca. Las proporciones múltiples turbaron a Pécuchet.

—Puesto que una molécula de A, supongo, se combina con varias partes de B, me parece que esta molécula debe dividirse en otras tantas partes; pero si se divide, deja de estar unida esa molécula primordial. En fin, no comprendo.

—Yo tampoco —decía Bouvard.

Recurrieron a una obra menos difícil, la de Girardin, por la cual adquirieron la certeza de que diez litros de aire pesan cien gramos, que no entra el plomo en la composición de la mina de lápiz, que el diamante es sólo carbono.

Lo que sobre todo los dejó boquiabiertos fue lo de que la tierra como elemento no existe.

Aprendieron a manipular el mechero, el oro, la plata, la lejía de la ropa, el estañado de las cacerolas. Después, sin el menor escrúpulo, Bouvard y Pécuchet se lanzaron a la química orgánica.

Qué maravilla encontrar en los seres vivos las mismas sustancias que se encuentran en los minerales. No obstante, experimentaban una especie de humillación ante la idea de que sus personas contenían fósforo como las cerillas, albúmina como la clara de huevo y gas hidrógeno como los faroles de alumbrado.

Después de los colorantes y los cuerpos grasos le llegó el turno a la fermentación. Ésta los llevó a los ácidos y la ley de los equivalentes los confundió una vez más. Trataron de elucidarla mediante la teoría de los átomos, lo que acabó de perderlos.

Para entender todo eso, según Bouvard, hubiera sido necesario tener instrumentos. Pero el gasto era considerable y ya habían hecho demasiados.

Pero el doctor Vaucorbeil, podía, sin duda, instruirlos.

Se presentaron en horas de consulta.

—Señores, ¡los escucho! ¿Cuál es su enfermedad?

Pécuchet respondió que no estaban enfermos y después de exponer el motivo de su visita preguntó:

—Desearíamos conocer, en primer lugar, la atomicidad superior.

El médico enrojéjico mucho, y después los censuró por querer aprender química.

—Yo no niego su importancia, ¡pueden estar seguros de ello! Pero en la actualidad la meten en todas partes. Ejerce en la medicina una acción deplorable.

Y la autoridad de sus palabras era respaldada por el espectáculo de las cosas que los rodeaban.

Había diaquilón y vendajes por la chimenea. La caja del instrumental quirúrgico estaba en medio del escritorio. En un rincón había una cubeta llena de sondas y en la pared la lámina de un desollado.

Pécuchet felicitó al doctor.

—Debe de ser hermoso estudiar anatomía, ¿verdad?

El señor Vaucorbell se explayó sobre el placer que había experimentado en otros tiempos con las disecciones y Bouvard preguntó cómo estaban relacionados el interior de la mujer y del hombre.

Para satisfacerlo el médico sacó de su biblioteca una colección de láminas anatómicas.

—¡Llévelas! ¡En su casa las mirará con más comodidad!

El esqueleto los asombró por la prominencia de la mandíbula, los agujeros de los ojos, la longitud espantosa de las manos. Les faltaba una obra explicativa. Volvieron a lo del señor Vaucorbell y gracias al manual de Alejandro Lauth aprendieron las divisiones del armazón, y los asombró la espina dorsal, dieciséis veces más fuerte, se dice, que si el Creador la hubiese hecho derecha. ¿Por que dieciséis veces, exactamente?

Los metacarpios disgustaron a Bouvard; Pécuchet, empecinado con el cráneo, se desalentó ante el esfenoide, aunque éste se pareciese a una "silla turca" o "turquesca".

En cuanto a las articulaciones, estaban ocultas por demasiados ligamentos, así que la emprendieron con los músculos.

Pero no era fácil descubrir las inserciones y cuando llegaron a los canales vertebrales renunciaron por completo.

Pécuchet dijo entonces:

—¿Si volviéramos a la química? ¡Aunque fuera sólo para utilizar el laboratorio!

Bouvard se opuso y creyó recordar que se fabricaban cadáveres artificiales para ser usados en países cálidos.

Barberou, a quien le escribió, le dio información al respecto. Por diez francos por mes se podía tener uno de esos señores del señor Auzoux y a la semana siguiente, el mensajero de Falaise depositó ante la verja una caja oblonga.

La llevaron al galpón del horno llenos de emoción. Cuando desclavaron las tablas cayó la paja, los papeles de seda se deslizaron, el muñeco apareció.

Era color de ladrillo, sin cabellos, sin piel, tenía innumerables hilillos azules, rojos y blancos abigarrados. Aquello no parecía a un cadáver, sino una especie de juguete, muy feo, muy limpio y que olía a barniz.

Entonces le levantaron el tórax y vieron los dos pulmones parecidos a esponjas, el corazón como un gran huevo, un poco atrás y hacia un costado, el diafragma, los riñones y todo el paquete de las entrañas.

—¡A trabajar! —dijo Pécuchet.

Allí pasaron todo el día y toda la noche.

Se habían puesto blusas, como los estudiantes en los anfiteatros, y a la luz de tres velas trabajaban con sus pedazos de cartón cuando un puño golpeó la puerta.

—¡Abran!

Era el señor Foureau seguido por el guarda rural.

Los amos de Germaine se habían complacido en mostrarle el muñeco. Ella había ido corriendo a lo del almacenero para contarle la cosa y todo el pueblo estaba ahora convencido de que en su casa escondían un verdadero muerto. Foureau, cediendo ante el rumor público, venía a comprobar el hecho. Algunos curiosos permanecían en el patio.

El muñeco, cuando él entró, estaba de lado, y como los músculos de la cara estaban desprendidos, los ojos sobresalían de manera mostruosa y había en ellos algo aterrador.

—¿Qué lo trae por aquí? —dijo Pécuchet.

Foureau balbució:

—Nada. Absolutamente nada. —Y tomando una de las piezas de sobre la mesa: —¿Qué es esto?

— ¡El buccinador! —respondió Bouvard.

Foureau calló, pero sonrió con sarcasmo, celoso de que tuviesen una diversión que estaba fuera de su alcance.

Los dos anatomistas hicieron como que continuaban con sus investigaciones. La gente, como en la puerta se aburría, había entrado en el galpón y como se empujaban un poco, la mesa tembló.

— ¡Ah, esto es demasiado! —exclamó Pécuchet—. ¡Haga salir al público!

El guarda rural hizo que los curiosos se fueran.

— ¡Muy bien! —dijo Bouvard—. ¡No necesitamos a nadie! Foureau comprendió la alusión y les preguntó si tenían derecho, no siendo médicos, a tener un objeto como aquel. Iba, además, a escribirle al prefecto. ¡Qué país! ¡No se podía ser más inepto, salvaje y retrógrado! La comparación que hicieron de ellos mismos con los demás los consoló. Ambicionaron sufrir por la ciencia.

El doctor también fue a verlos. Descalificó al muñeco por demasiado alejado de lo natural, pero aprovechó las circunstancias para darles una lección.

Bouvard y Pécuchet quedaron encantados y a su pedido el señor Vaucorbeil les prestó varios volúmenes de su biblioteca, afirmando empero, que no llegarían hasta el fin.

En el *Diccionario de las ciencias médicas* tomaron nota de ejemplos de partos, de longevidad, de obesidad y de constipación extraordinaria. ¡Qué pena no haber conocido al famoso canadiense de Beaumont, a los

polípagos Tarara y Bijou, a la mujer hidrópica del departamento del Eure, al piamontés que iba de cuerpo cada veinte días, a Simorre de Mirepoix, que murió osificado y a ese antiguo alcalde de Angulema cuya nariz pesaba tres libras!

El cerebro les inspiró reflexiones filosóficas. Distinguían muy bien en el interior el *septum lucidum*, compuesto por dos laminillas, y la glándula pineal, que parece una arveja roja. Pero había pedúnculos y ventrículos, arcos, pilares, niveles, ganglios y fibras de todas las clases, y el foramen de Pacchioni y el cuerpo de Pacini, en síntesis, un enredo inextricable como para dedicarle toda una vida.

A veces, llevados como por un vértigo, desarmaban el cadáver por completo y después les era difícil volver a poner los pedazos en su lugar.

El trabajo era pesado ¡después de comer, sobre todo! y no tardaban mucho en dormirse, Bouvard con el mentón caído y la barriga hacia adelante, Pécuchet con la cabeza en las manos y los codos en la mesa.

Con frecuencia en ese momento el señor Vaucorbeil, que terminaba sus primeras visitas, entreabría la puerta.

—Y, colegas, ¿cómo va la anatomía?

—¡Perfectamente! —respondían.

Entonces les hacía preguntas por el placer de confundirlos.

Cuando estaban cansados de un órgano pasaban a otro y así habían tomado y dejado, por turno, el corazón, el estómago, el oído, los intestinos; porque el hombre de cartón los abrumaba a pesar de los esfuerzos que hacían por interesarse en él. Por fin el doctor les sorprendió cuando volvían a meterlo en la caja.

— ¡Bravo! Me lo esperaba. —A esa edad no se podía comenzar esos estudios. Y la sonrisa con que acompañaba a sus palabras los hirió profundamente.

¿Con qué derecho se los juzgaba incapacitados? ¿Acaso la ciencia pertenecía a ese señor! ¡Como si fuera un personaje superior!

Por lo tanto, aceptaron su desafío, fueron hasta Bayeux para comprar libros. Lo que les faltaba era la fisiología y un librero les consiguió los tratados de Richerand y de Aderon, célebres en esa época.

Todos los lugares comunes sobre las edades, los sexos y los temperamentos les parecieron de la más grande importancia. Se pusieron contentos al saber que en el sarro de los dientes hay tres especies de animálculos, que el sentido del gusto está en la lengua y la sensación de hambre en el estómago.

Lamentaron no tener la facultad de rumiar, como la habían tenido Montégre, el señor Gosse y el hermano de Bárard, para comprender mejor las funciones y masticaban con lentitud, trituraban, ensalivaban, acompañaban con el pensamiento el bolo alimenticio en sus entrañas, lo seguían hasta las últimas consecuencias, llenos de un escrúpulo metódico, de una atención casi religiosa.

Para producir digestiones artificialmente, prensaron carne en un frasco en el cual había el jugo gástrico de un pato, y lo llevaron bajo las axilas durante quince días, sin otro resultado que la infección de sus personas.

Se los vio corriendo por la carretera vestidos con ropas mojadas bajo el ardor del sol. Era para comprobar si la sed se aplaca por aplicación del agua en la epidermis. Volvieron jadeantes y los dos resfriados.

La audición, la fonación y la visión fueron despachados con presteza. Pero Bouvard se plantó en la generación. Siempre lo habían sorprendido las reservas de Pécuchet en esta materia. Su ignorancia le pareció tan completa que le instó a que se explicara y Pécuchet, sonrojándose, acabó por hacer una confesión.

Unas bromitas, en otros tiempos, lo habían llevado a una casa mala, de donde había huido, reservándose para la mujer que alguna vez amaría. Pero nunca había habido una circunstancia favorable, de modo que, por falso pudor, aprietos pecuniarios, temor de las enfermedades, empecinamiento o costumbre a los cincuenta y dos años y a pesar de haber vivido en la capital, aún conservaba su virginidad.

A Bouvard le costó creerle, después rió muchísimo, pero se detuvo al advertir lágrimas en los ojos de Pécuchet.

Porque no le habían faltado pasiones, pues se había enamorado sucesivamente de una volatinera, de la cuñada de un arquitecto, de una vendedora y por fin de una muchacha lavandera con la cual estuvo a punto de casarse cuando descubrió que estaba encinta de otro Bouvard le dijo:

–¡Siempre se puede recuperar el tiempo perdido! ¡No hay que ponerse triste, vamos! Yo me encargo si tú quieres...

Pécuchet respondió, suspirando, que ni siquiera había que pensar en eso. Y continuaron con su fisiología.

¿Es cierto que de la superficie de nuestro cuerpo se desprende siempre un vapor sutil? Prueba de ello es que el peso de un hombre decrece continuamente. Si todos los días se efectúa la adición de lo que falta y la sustracción de lo que excede, la salud se mantendrá en perfecto equilibrio. Sanctorius, el inventor de esta ley, pasó medio siglo pesando todos los días su alimento y todas sus excrecencias y pesándose él mismo, no dándose respiro sino para anotar sus cálculos.

Trataron de imitar a Sanctorius, pero como la balanza no podía soportarlos a los dos, fue Pécuchet quien comenzó.

Se quitó la ropa para no entorpecer la transpiración y se instaló en la balanza completamente desnudo, mostrando, a pesar de su pudor, su torso muy largo, parecido a un cilindro, las piernas cortas, los pies planos y la piel morena. A su lado, en una silla, su amigo le leía.

Algunos sabios afirman que el calor animal se produce por las contracciones musculares y que, agitando el tórax y los miembros pelvianos, es posible aumentar la temperatura de un baño tibio.

Bouvard fue a buscar su bañera y cuando todo estuvo listo, se metió en ella munido de un termómetro.

Las ruinas de la destilería, barridas hacia el fondo del apartamento, se recortaban en la sombra como un difuso montículo. Por momentos se oía el roer de los ratones; un viejo olor de plantas aromáticas se percibía y como se encontraban muy bien allí, conversaban con serenidad.

Sin embargo Bouvard sentía un poco de fresco.

–¡Agita tus miembros! –dijo Pécuchet.

Los agitó, sin que hubiera ningún cambio en el termómetro.

–Siento frío, decididamente.

–Yo no siento calor, tampoco –replicó Pécuchet, estremecido él también por un escalofrío–. ¡Pero agita tus miembros pelvianos, agítalos!

Bouvard abrió los muslos, retorció los flancos, balanceaba el vientre, soplaba como un cachalote; después miraba el termómetro, que continuaba bajando.

– ¡No comprendo nada! ¡Me muevo y sin embargo...!

– ¡No lo suficiente!

Y reanudaba su gimnasia.

Aquello se prolongó por tres horas, al cabo de las cuales volvió a empuñar el tubo.

–¡Como doce grados! ¡Ah, buenas noches! ¡Me retiro!

Entró un perro, mitad dogo, mitad perdiguero, pelo amarillo, sarnoso y con la lengua colgando.

¿Qué podían hacer? No había timbre y la criada era sorda. Tiritaban pero no se atrevían a moverse por temor a ser mordidos.

A Pécuchet le pareció bueno proferir amenazas poniendo los ojos en blanco.

Entonces el perro aulló y comenzó a saltar alrededor de la balanza en la que Pécuchet se aferraba a las cuerdas y doblando las piernas por las rodillas trataba de elevarse tan alto como le era posible.

–¡Así está mal! –dijo Bouvard y se puso a hacerle gracias al perro al mismo tiempo que le decía lindezas.

El perro, sin duda, las comprendió. Se esforzaba por acariciarlo, le ponía las patas en los hombros, los rasguñaba con sus uñas.

– ¡Bueno; ahora se llevó mis calzoncillos! El perro se echó encima de los calzoncillos y se quedó quieto.

Por fin, y no sin grandes precauciones, se aventuraron, el uno a bajarse de la balanza y el otro a salir de la bañera; y cuando Pécuchet estuvo vestido se le escapó esta exclamación:

–¡Tú, chiquito, nos servirás para nuestros experimentos! ¿Qué experimentos?

Se le podía inyectar fósforo y luego encerrarlo en un sótano para ver si echaba fuego por el hocico. ¿Pero cómo inyectarlo? Y, por otra parte, no les venderían fósforo.

Se les ocurrió que podían encerrarlo debajo de la máquina neumática para hacerle respirar gas o darle a beber veneno. Pero eso no iba a ser divertido. Por fin eligieron la imantación del acero por contacto con la médula espinal.

Bouvard, conteniendo su emoción, le alcanzaba agujas de un plato a Pécuchet, quien las clavaba en las vértebras. Se rompían, se resbalaban, se caían al suelo; tomaba otras y las hundía con fuerza, al azar. El perro cortó sus ligaduras, pasó como una bala de cañón por la ventana, atravesó el patio, el vestíbulo y se presentó en la cocina.

Germaine comenzó a lanzar gritos al verlo todo ensangrentado y con hilos alrededor de las patas.

Sus amos, que lo perseguían, entraron en ese mismo momento. El perro dio un salto y desapareció. La vieja sirvienta los apostrofó.

–¡Esta es otra de sus estupideces, estoy segura! ¡Y mi cocina que estaba limpia! ¡Eso quizás lo ponga rabioso! ¡Y pensar que meten en prisión a gente por mucho menos!

Volvieron al laboratorio y probaron las agujas. Ninguna atrajo la más pequeña limadura.

Después, la hipótesis de Germaine los inquietó. Podía ponerse rabioso, volver de improviso, precipitarse sobre ellos.

Al otro día fueron por todas partes a preguntar y por muchos años, en el campo, tan pronto como aparecía un perro parecido a aquél, se daban vuelta.

Los demás experimentos fracasaron. Contrariamente a lo que decían los autores, las palomas que sangraron, con el estómago lleno o vacío, murieron en el mismo tiempo. Los gatitos sumergidos en agua perecieron a los cinco minutos; y una oca que habían atiborrado con granza, resultó con periestios completamente blancos.

La nutrición los atormentaba.

¿Cómo es posible que un mismo jugo produzca huevos, sangre, linfa y materias excrementicias? Pero no se puede seguir las metamorfosis de un alimento. El hombre que toma uno solo de éstos es químicamente parecido al que consume varios. Vauquelin calculó la cal que contenía la avena ingerida por una gallina y encontró más en la cascara de sus huevos. Por lo tanto, hay una creación de sustancia. ¿De qué manera? No se sabe nada.

Ni siquiera se sabe cuál es la fuerza del corazón. Borelli admite que puede ser la que se requiere para levantar un peso de ciento ochenta mil libras y Keill la evalúa en ocho onzas, más o menos. De lo cual dedujeron que la fisiología es (según un antiguo dicho) la novela de la medicina. Como no pudieron comprenderla, no creyeron en ella.

Y se pasaron un mes sin hacer nada. Después pensaron en su jardín.

El árbol muerto colocado en el medio era molesto. Lo cortaron en pedazos. El ejercicio los fatigó. Bouvard necesitaba, con frecuencia, hacer arreglar sus herramientas en la herrería.

Un día, cuando iba hacia allí, se le apareó un hombre que llevaba a sus espaldas una bolsa de lona y que le ofreció almanaques, libros píos, medallas benditas y, por fin, el *Manual de la salud*, por Francois Raspail.

Este folleto le gustó tanto, que le escribió a Barberou para que le enviara la obra grande. Barberou se la despachó y en su carta indicaba una farmacia donde se podían conseguir los medicamentos.

La claridad de la doctrina los sedujo. Todas las afecciones provienen de los gusanos. Arruinan los dientes, cavan los pulmones, dilatan el hígado, hacen estragos en los intestinos y provocan ruidos en ellos. Lo mejor para librarse de ellos es el alcanfor. Bouvard y Pécuchet lo adoptaron. Lo aspiraban, lo masticaban y lo distribuían en cigarrillos, frascos de agua sedativa y píldoras de aloe. Hasta acometieron la curación de un jorobado.

Era un niño que habían encontrado un día de feria. Su madre, una mendiga, lo llevaba a casa de ellos todas las mañanas. Le friccionaban la joroba con grasa alcanforada, le ponían una cataplasma de mostaza durante veinte minutos y luego la cubrían con diaquilón y para estar seguros de que volvería le daban de comer.

Como habían puesto su atención en los helmintos, Pécuchet observó en la mejilla de la señora Bordin una mancha extraña. Hacía mucho tiempo que el doctor la trataba con amargos; al principio redonda como una moneda de veinte sueldos, la mancha había aumentado y formaba un círculo rosado. Quisieron curarla y ella aceptó, pero exigió que fuera Bouvard quien le hiciera las unciones. Se colocaba delante de la ventana, desabrochaba su blusa y se quedaba ahí, con la mejilla tendida, mirándolo de una manera que hubiera sido peligrosa de no ser por la presencia de Pécuchet. En las dosis permitidas y no obstante el temor al mercurio, le administraron calomel. Un mes más tarde la señora Bordin estaba salvada.

Les hizo propaganda y el recaudador de contribuciones, el secretario de la alcaldía, el mismo alcalde y todo el mundo en Chavignolles, chupaba canutos de pluma.

Sin embargo, el jorobado no se enderezaba. El recaudador dejó el cigarrillo porque aumentaba sus ahogos. Foureau se quejaba de las píldoras de aloe porque le producían hemorragias. Bouvard tuvo malestares de estómago y Pécuchet atroces jaquecas. Perdieron confianza en el Raspail, pero se cuidaron muy bien de decir nada, por temor a que disminuyera la consideración que se les tenía.

Mostraron mucho interés por las vacunas, aprendieron a sangrar en hojas de col y hasta adquirieron un par de lancetas.

Acompañaban al médico a lo de los pobres y después consultaban sus libros.

Los síntomas anotados por los autores no eran los que ellos acababan de ver. En cuanto los nombres de las enfermedades, los había en latín, griego, francés, una mezcla de todas las lenguas.

Se los contaba por millares y la clasificación linneana es muy cómoda, con sus géneros y sus especies, pero ¿cómo establecer las especies? Entonces se extraviaron en la filosofía de la medicina.

Meditaban sobre el arqueo de Van Helmont, el vitalismo, el brownismo, el organicismo y preguntaban al doctor de dónde viene el germen de la escrófula, en qué punto se fija el miasma contagioso y de qué manera se distingue la causa de los efectos en los casos morbosos.

—La causa y el efecto se confunden— respondió Vaucorbeil.

Su falta de lógica los desagradó y visitaron a los enfermos solos, entrando en las casas so pretexto de filantropía.

En el fondo de las habitaciones, sobre sucios colchones, había gente acostada con el rostro de lado, otros lo tenían hinchado y de un rojo escarlata, o de color de limón, o sino violáceo, las narices sumidas, la boca temblorosa; y había ronquidos, hipos, sudores y olor a cuero y a queso viejo.

Leían las recetas de los médicos y quedaban muy sorprendidos de que los calmantes fueran a veces excitantes, los vomitivos purgas, que un mismo remedio sirviese para afecciones diversas, y que una misma enfermedad se curara con tratamientos opuestos.

No obstante daban consejos, levantaban la moral y tenían la audacia de auscultar.

Su imaginación trabajaba. Le escribieron al Rey para que estableciera en Calvados un instituto de enfermeras del cual ellos serían profesores.

Fueron a lo del farmacéutico de Bayeux (el de Falaise seguía en malos términos con ellos siempre por lo de la azufaifa) y lo exhortaron a fabricar *pila purgatoria* como los antiguos, es decir, bolitas de medicamentos que a fuerza de ser manoseadas son absorbidas por el individuo.

Fieles a la idea de que disminuyendo el calor se impiden las flamasías, colgaron de las vigas del techo, en un sillón, a una mujer afectada de meningitis y cuando la hamacaban con toda la fuerza llegó el marido y los echó.

Por fin y con gran escándalo del señor cura, habían adoptado la nueva moda de introducir termómetros en los traseros.

Una fiebre tifoidea se expandió por los alrededores; Bouvard declaró que él no se metería en eso. Pero la mujer de Gouy, su granjero, acudió a ellos gimiendo. Su hombre estaba enfermo desde hacía quince días y el señor Vaucorbeil lo descuidaba.

Pécuchet se consagró a él.

Manchas lenticulares en el pecho, dolores en las articulaciones, vientre hinchado, lengua roja, eran todos los signos de la dotienentería. Recordó lo dicho por Raspail de que suprimiendo la dieta se suprime la fiebre, prescribió caldo y un poco de carne. De pronto apareció el médico.

Su enfermo estaba comiendo, con las almohadas en las espaldas, entre la granjera y Pécuchet que lo sostenían.

Se acercó a la cama y arrojó el plato por la ventana exclamando:

– ¡Es un verdadero crimen! –¿Por qué?

–Se le perforará el intestino, puesto que la fiebre tifoidea es una alteración de la membrana folicular.

–¡No siempre!

Y comenzó una discusión sobre la naturaleza de las fiebres. Pécuchet creía en su esencia. Vaucorbeil afirmaba que dependían de los órganos.

–Por eso prohibo todo lo que pueda sobreexcitar.

–¡Pero la dieta debilita el principio vital!

–¡Qué cuento es ese del principio vital! ¿Cómo es? ¿Quién lo ha visto?

Pécuchet se confundió.

–Por otra parte –decía el médico– Gouy no quiere comer.

El enfermo hizo un gesto de asentimiento bajo su gorro de algodón.

– ¡No importa, lo necesita!

–¡Nunca! Su pulso anda por las noventa y ocho pulsaciones.

– ¡Qué importan las pulsaciones!

Y Pécuchet nombró sus autoridades.

– ¡Dejemos los sistemas! –dijo el doctor. Pécuchet cruzó los brazos.

–¿Es usted un empírico, entonces?

–¡De ninguna manera! Pero si se observa...

–¿Y si se observa mal?

Vaucorbeil tomó lo dicho como una alusión al herpes de la señora Bordin, historia divulgada por la viuda y cuyo recuerdo lo irritaba.

–En primer lugar, hay que tener práctica...

–¡Los que revolucionaron la ciencia no la tenían! Van Helmont, Boerhave, Broussais, él mismo.

Vaucorbeil, sin responder, se inclinó hacia Gouy y le dijo, alzando la voz:

–¿A cuál de los dos elige como médico?

El enfermo, somnoliento, entrevió rostros coléricos y se puso a llorar.

Su mujer tampoco sabía qué responder; porque uno era hábil, pero el otro pudiera ser que tuviera un secreto.

–Muy bien –dijo Vaucorbeil–; puesto que dudan entre un hombre respaldado por un diploma...

Pécuchet rió con ironía.

–¿Por qué se ríe?

–¡Es que un diploma no siempre es un buen argumento!

El doctor era atacado en su profesión, en su prerrogativa, en su importancia social. Su cólera estalló.

–¡Ya lo veremos cuando tenga que comparecer ante un tribunal por ejercicio ilegal de la medicina! –Y después, volviéndose hacia la granjera, agregó: –Hágalo matar por el señor, si así lo desea y que me cuelguen si vuelvo alguna vez a su casa.

Y se sumergió bajo las hayas haciendo ademanes con su bastón.

Cuando Pécuchet volvió encontró a Bouvard presa de una gran agitación.

Acababa de recibir a Foureau, quien estaba exasperado por sus hemorroides. En vano había argüido que protegen de todas las enfermedades. Foureau no escuchaba nada, y lo había amenazado con demandarlo por daños y perjuicios. Había perdido la cabeza.

Pécuchet le contó la otra historia, que él consideraba más grave, y quedó un poco disgustado por su indiferencia. Al otro día Gouy tuvo un dolor de estómago. ¿Podía deberse a la ingestión de los alimentos? ¿Podiera ser que Vaucorbeil no se hubiese equivocado? ¡Un médico, después de todo, algo debe de saber! Y los remordimientos asaltaron a Pécuchet. Tenía miedo de convertirse en homicida.

Por prudencia, despidieron al jorobado. Pero por lo de la comida que se le escapaba, la madre gritó mucho. ¡No valía la pena haberlos hecho ir todos los días de Barneval a Chavignolles!

Foureau se calmó y Gouy recuperaba sus fuerzas. Ahora la curación era segura; un éxito tal envalentonó a Pécuchet.

–¿Y si practicáramos lo de los partos, en uno de esos muñecos?...

–¡Basta de muñecos!

–Son medios cuerpos de piel inventados por las estudiantes de partera. Me parece que podría darle la vuelta al feto.

Pero Bouvard estaba cansado de la medicina.

–Los resortes de la vida están ocultos para nosotros; las enfermedades son demasiado numerosas, los remedios problemáticos y no se encuentra en los autores ninguna definición razonable de la salud, de la enfermedad, de la diátesis ¡ni siquiera del pus!

Con todo, esas lecturas le habían socavado el cerebro.

En ocasión de un resfrío, Bouvard creyó que era el principio de una fluxión de pecho. Como las sanguijuelas no le calmaron las puntadas en el costado, echó mano de un vejigatorio, cuyo efecto se sintió en los riñones. Entonces creyó que tenía cálculos.

A Pécuchet le dieron dolores en todo el cuerpo cuando podó la enramada, y vomitó después de cenar, lo cual lo asustó mucho. Después, al ver que tenía un tinte un poco amarillento, sospechó que podía tratarse de una enfermedad al hígado y se preguntó: ¿tengo dolores? y acabó por tenerlos.

Se alarmaban mutuamente, se miraban la lengua, se tomaban el pulso, cambiaban de agua mineral, se purgaban y le temían al frío, al calor, al viento, a la lluvia, a las moscas, principalmente a las corrientes de aire.

A Pécuchet se le ocurrió que el uso del rapé era funesto. Por otra parte, un estornudo puede ser causa, a veces, de la rotura de un aneurisma; y abandonó la tabaquera. Por costumbre metía sus dedos en ella y luego, de pronto, advertía su imprudencia.

Como el café negro altera los nervios, Bouvard quiso renunciar a su pocillo; pero se dormía después de comer y se despertaba asustado, porque el sueño prolongado es una amenaza de apoplejía.

Su dial era Cornaro, ese gentilhomme veneciano que a fuerza de regímenes alcanzó una extremada ancianidad. Sin llegar a imitarlo totalmente, se podían tomar las mismas precauciones; y Pécuchet sacó de su biblioteca un manual de higiene por el doctor Morin.

¿Cómo habían hecho para vivir hasta entonces? Los platos que les gustaban estaban todos prohibidos. Germaine, confundida, ya no sabía qué servirles.

Todas las carnes tienen inconvenientes. La morcilla y los embutidos, el arenque ahumado, la langosta y la caza, son "refractorios". Cuanto más gordo es un pescado más gelatina contiene y como consecuencia, más pesado es. Las legumbres dan acidez, los macarrones sueños, los quesos "en términos generales, son de digestión difícil". Un vaso de agua a la mañana es "peligroso"; cada bebida o comestible iba acompañada por una advertencia similar o sino por estas palabras: ¡malo!, ¡cuidado, no abuse!, no es conveniente para todo el mundo. ¿Por qué malo? ¿Dónde comienza el abuso? ¿Cómo saber si una cosa nos conviene?

¡Qué problema el desayuno! Dejaron el café con leche debido a su detestable reputación y luego el chocolate, porque "es un montón de sustancias indigestas"; por lo tanto les quedaba el té. Pero las "personas nerviosas deben abstenerse de beberlo por completo". No obstante, Decker, en el siglo XVII, prescribía veinte decalitros por día, para limpiar los pantanos del páncreas.

Esa información resintió la estima que sentían por Morin, tanto más que él condena todos los tocados, así se trate de sombreros, gorros o gorras, exigencia que irritó a Pécuchet. Entonces compraron el tratado de Becquerel en el cual vieron que el cerdo es en sí mismo "un buen alimento", el tabaco de una inocencia perfecta, y el café "indispensable para los militares".

Hasta entonces habían creído en la insalubridad de los lugares húmedos. Pues ¡nada de eso! Caspers los declara menos mortales que los otros. No se toma un baño de mar sin antes refrescar la piel. Begin, en cambio, dice que hay que zambullirse en plena transpiración. El vino puro después de la sopa está considerado como excelente para el estómago, pero Levy lo acusa de perjudicar los dientes. Por fin, el chaleco de franela, esa salvaguardia, ese tutor de la salud, ese paladión caro a Bouvard e inherente a Pécuchet, sin ambages ni temor por el qué dirán, los autores lo desaconsejaban a los hombres pletóricos y sanguíneos. ¿Qué es entonces la higiene?

Verdad de este lado de los Pirineos, error del lado de allá –afirma Levy– y Besquerel agrega que no es una ciencia.

Entonces pidieron para la cena ostras, un pato, cerdo con coles, crema, un Pont l'Évêque; y una botella de borgoña. Fue una liberación, casi un desquite ¡y se burlaban de Cornaro! ¡Había que ser imbécil para esclavizarse como él! ¡Qué vulgaridad eso de estar pensando siempre en prolongar la existencia! La vida no es buena si no se la disfruta. –¿Otro pedazo? –¿Cómo no! –Yo también. –¡A tu salud!

– ¡A la tuya!

– ¡Y al diablo con lo demás! Estaban exaltados.

Bouvard anunció que quería tres tazas de café, aunque no fuese un militar. Pécuchet, con la gorra hasta las orejas, aspiraba pizca tras pizca, estornudaba sin ningún temor y como tuvieron ganas de un poco de champaña, le ordenaron a Germaine que fuera en seguida a la taberna a comprar una botella.

La aldea estaba demasiado lejos. La mujer se rehusó. Pécuchet se indignó.

–Se lo ordeno ¡me oye! Le ordeno que vaya corriendo.

Ella obedeció, pero refunfuñando, resuelta a dejar pronto a esos amos tan incomprensibles y caprichosos.

Después, como en otros tiempos, fueron a tomar una copita bajo el emparrado.

Acababa de terminar la siega y en medio del campo, contra la noche azulada y suave, se levantaban las masas negras de las parvas. Las granjas estaban tranquilas. No se oía ni siquiera a los grillos. Toda la campiña dormía. Ellos digerían husmeando la brisa que refrescaba sus mejillas.

El cielo, muy alto, estaba cubierto de estrena», untas brillaban en grupos, otras en fila o si no solas, muy alejadas de las otras. Una zona de polvo luminoso, que iba del septentrión al mediodía, se bifurcaba por sobre sus cabezas. Había, entre esas claridades, grandes espacios vacíos; y el firmamento parecía un mar de azul con archipiélagos e islotes.

–¡Qué cantidad! –exclamó Bouvard.

– ¡Y no lo vemos todo! –replicó Pécuchet–. Más allá de la Vía Láctea están las nebulosas y más allá de las nebulosas ¡más estrellas todavía! La más cercana está separada de nosotros por trescientos billones de miriámetros.

Las había mirado con frecuencia con el telescopio de la Plaza Vendôme y recordaba las cifras.

–El Sol es un millón de veces más grande que la Tierra, Sirio tiene doce veces el tamaño del Sol, los cometas miden ¡treinta y cuatro millones de leguas!

–Es para volverse loco –dijo Bouvard. Y lamentó su ignorancia y hasta el no haber ido, en su juventud, a la Escuela Politécnica.

Entonces Pécuchet hizo que se volviera hacia la Osa Mayor, le mostró la estrella polar, después Casiopea cuya constelación forma una Y, Vega de Lira, toda chispeante, y abajo en el horizonte, la roja Aldebarán.

Bouvard, con la cabeza echada hacia atrás, seguía con esfuerzo los triángulos, cuadriláteros y pentágonos que hay que imaginar para ubicarse en el cielo.

Pécuchet continuó:

–La velocidad de la luz es de ochenta mil leguas por segundo. Un rayo de la Vía Láctea tarda seis siglos en llegar a nosotros; tanto como que una estrella, cuando la vemos, ya puede haber desaparecido. Varias son intermitentes, otras no vuelven nunca. Y además cambian de posición. Todo se mueve, toda pasa.

–A todo esto, el Sol ¿está inmóvil?

–Así se creía antes, pero los sabios, en la actualidad, afirman que se precipita hacia la constelación de Hércules.

Eso trastornaba las ideas de Bouvard, quien después de un minuto de reflexión dijo:

–La ciencia está hecha con los datos suministrados por un rincón de la inmensidad. Puede ser que no le convenga a todo el resto que se desconoce, que es mucho más grande y que no se puede descubrir.

Hablaban así, de pie en el emparrado, al resplandor de los astros, y sus discursos estaban cortados por largos silencios.

Por fin se preguntaron si había hombres en las estrellas. ¿Por qué no? Y como la creación es armoniosa, los habitantes de Sirio debían ser desmesurados, los de Marte de estatura media, los de Venus muy pequeños. A menos que en todas partes sea igual. Allá arriba ¿habrá comerciantes, gendarmes? ¿Traficarán, pelearán, destronarán a los reyes?

Algunas estrellas fugaces pasaron de pronto, describiendo en el cielo como la parábola de un monstruoso cohete.

– ¡Mira! –dijo Bouvard–. Mundos que desaparecen.

Pécuchet replicó:

–Si el nuestro, a su vez, hiciera la cabriola, los ciudadanos de las estrellas no se emocionarían más de lo que nosotros nos emocionamos ahora. Ideas así nos hundan el orgullo.

–¿Cuál será la finalidad de todo esto?

–Tal vez no haya ninguna finalidad.

–Sin embargo –y Pécuchet repitió dos o tres veces "sin embargo" sin encontrar nada más que decir–. ¡No importa! De todos modos me gustaría saber cómo está hecho el universo.

–Eso debe de estar en Buffon –respondió Bouvard, a quien se le cerraban los ojos–. No puedo más, me voy a acostar.

Las *Épocas de la Naturaleza* les enseñaron que un cometa, al chocar con el Sol, había desprendido una porción que se convirtió en la Tierra. En un principio se habían congelado los polos. Las aguas habían envuelto al globo. Después se habían retirado a las cavernas, los continentes se dividieron y los animales y el hombre aparecieron.

La majestad de la creación les produjo un deslumbramiento tan grande como ella misma. Sus cabezas se ensanchaban, Estaban orgullosos de reflexionar sobre tan grandes temas.

Los minerales no demoraron en cansarlos; y echaron mano, como distracción, de las *Armonías* de Bernardin de Saint Pierre.

¡Armonías vegetales y terrestres, aéreas, acuáticas, humanas, fraternales y aun conyugales, lo vieron todo, sin omitir las invocaciones a Venus, a los Céfiros y a los Amores! Se asombraban de que los peces tuviesen aletas, los pájaros alas, las semillas una envoltura, llenos de esa filosofía que descubre en la Naturaleza intenciones virtuosas y la considera una especie de San Vicente de Paul siempre ocupado en derramar favores.

Admiraron después sus prodigios, las trombas, los volcanes, las selvas vírgenes. Y compraron la obra de Depping sobre las *Maravillas y bellezas de la Naturaleza en Francia*. Cantal posee tres, Hérault, cinco, Borgoña, dos nomás, en tanto que el Delfinado cuenta, él solo ¡con quince maravillas! ¡Pero pronto ya no habrá más! Las grutas con estalactitas se obstruyen, las montañas ardientes se extinguen, los glaciares naturales se calientan y los viejos árboles bajo los cuales se decía misa caen bajo el golpe de los niveladores o están en trance de morir.

Después su curiosidad se volvió hacia los animales.

Reabrieron su Buffon y se extasiaron ante los gustos extraños de ciertos animales.

Pero todos los libros no valen lo que una observación personal, y se metían en los patios y preguntaban a los labriegos si habían visto toros apareándose con yeguas, a chanchos buscando vacas y a perdices macho cometer liviandades entre ellos.

– ¡Nunca en la vida!

Hasta se consideraba que esas preguntas resultaban un poco extrañas en señores de su edad.

Quisieron intentar uniones anormales.

La menos difícil es la del chivo y la oveja. Su granjero no tenía chivo. Una vecina prestó el suyo. Y cuando llegó la época del celo, encerraron a los dos animales en el lagar y se escondieron detrás de los toneles para que el acontecimiento pudieran consumarse en paz.

En primer lugar, cada uno comió su montoncito de heno, después rumiaron; la oveja se acostó y balaba sin interrupción, en tanto que el chivo, afirmado en sus cuatro patas combadas, con su gran barba y sus orejas pendientes, clavaba en ellos sus pupilas que relucían en la sombra.

Por fin, en la noche del tercer día, creyeron conveniente ayudar a la naturaleza. Pero el chivo se volvió contra Pécuchet y le dio una cornada en el bajo vientre. La oveja, atemorizada, se puso a dar vueltas por el

lagar como en un picadero. Bouvard la persiguió y se le echó encima para atraparla, pero cayó al suelo con puñados de lana en las dos manos.

Repitieron su tentativa con gallinas y un pato, con un dogo y una cerda, con la esperanza de que procrearan monstruos y sin comprender nada de lo relativo a la especie.

Esa palabra designa a un grupo de individuos cuyos descendientes se reproducen. Pero hay animales clasificados como de especies diferentes que pueden reproducirse y otros incluidos en la misma que han perdido esa facultad.

Se jactaron de poder adquirir acerca de eso, ideas claras mediante el estudio del desarrollo de los gérmenes. Y Pécuchet le escribió a Dumouchel para conseguir un microscopio.

Y pusieron en la placa de vidrio sucesivamente cabellos, tabaco, uñas, una pata de mosca. Pero habían olvidado la gota de agua indispensable. Otras veces era la laminilla y se empujaban y descentraban el instrumento; luego, como lo veían todo borroso, acusaban al óptico. Llegaron a dudar del microscopio. Los descubrimientos que se le atribuían quizás no fueran tan positivos como se decía.

Cuando Dumouchel les envió la factura, les pidió que recogieran para él amonites y erizos de mar, curiosidades a las cuales era aficionado y que se encontraban con frecuencia en aquella región. Para que se entusiasmaran con la geología les envió las "Cartas" de Bertrand con el "Discurso" de Cuvier *sobre las revoluciones del globo*.

Después de leer esos dos libros imaginaron las cosas siguientes:

Primero una inmensa capa de agua de la cual emergían promontorios salpicados de líquenes. Y ni un ser viviente, ni un grito; era un mundo silencioso, inmóvil y desnudo. Después largas plantas se balanceaban en una neblina que se parecía al vapor de un baño turco. Un sol completamente rojo recalentaba la atmósfera húmeda. Entonces estallaron volcanes, las rocas ígneas brotaron de las montañas; y la masa de los pórfidos y basaltos que corría, se condensó. Tercer cuadro: en mares pocos profundos, islas de madréporas han surgido; un ramillete de palmeras, de tanto en tanto, señorea. Hay conchas parecidas a ruedas de carro, tortugas que miden tres metros, lagartos de sesenta pies. Hay anfibios que estiran entre las cañas sus pescuezos de avestruz con mandíbulas de cocodrilo. Serpientes aladas levantan vuelo. Por fin, en los grandes continentes, grandes mamíferos aparecieron, con los miembros deformes como piezas de madera mal ajustadas, el cuero más grueso que láminas de bronce, o bien velludos, bezudos, con crines y colmillos retorcidos. Manadas de mamuts pacían en las llanuras donde después estuvo el Atlántico; el paleoterio, mitad caballo, mitad tapir, revolvía con su hocico los hormigueros de Montmartre y el *cervus giganteus* temblaba bajo los castaños al oír la voz del oso de las cavernas, que hacía ladrar en su guarida al perro de Beaugency, tres veces más alto que un lobo.

Todas esas épocas habían sido separadas unas de las otras por cataclismos, el último de los cuales fue nuestro Diluvio. Era como una comedia de magia en varios actos con el hombre como apoteosis.

Quedaron estupefactos al saber que existían piedras con huellas de libélulas, de patas de pájaros y habiendo hojeado uno de los manuales Roret, buscaron fósiles.

Una tarde, cuando revolvían sílices en medio del camino principal, pasó el señor cura y los interpeló con voz zalamera:

—¿Los señores se interesan por la geología? ¡Muy bien!

Porque él estimaba esa ciencia, que confirma la autoridad de las Escrituras, al probar el Diluvio.

Bouvard habló de los coprolitos, que son excrementos de animales, petrificados.

El abate Jeufroy pareció sorprendido. Después de todo, si era así, había una razón más para admirar a la Providencia.

Pécuchet confesó que sus investigaciones, hasta entonces, no habían sido fructíferas pero, sin embargo en los alrededores de Falaise, como en todos los terrenos jurásicos, debían abundar los restos de animales.

–He oído decir –respondió el abate Jeuffroy– que tiempo atrás se encontró en Villers la mandíbula de un elefante. Por lo demás, uno de sus amigos, el señor Larsonneur, abogado, miembro del foro de Lisieux y arqueólogo, quizás les suministrara información. Había escrito una historia de Port-en-Bessin donde figuraba el descubrimiento de un cocodrilo.

Bouvard y Pécuchet intercambiaron una mirada; en los dos había nacido la misma esperanza y a pesar del calor permanecieron de pie durante mucho tiempo interrogando al eclesiástico, que se protegía con un paraguas de algodón azul. Tenía la parte de abajo del rostro un poco pesada y la nariz puntiaguda, sonreía continuamente o ladeaba la cabeza cerrando los párpados.

La campana de la iglesia tocó el ángelus.

–Tengan buenas noches, señores. Ustedes permiten ¿no es cierto?

Recomendados por él, esperaron durante tres semanas la respuesta de Larsonneur. Por fin llegó.

El hombre de Villers que había desenterrado el diente de mastodonte se llamaba Bloche; no había detalles. En cuanto a su historia, constituía uno de los volúmenes de la Academia Lexoviana y no prestaba su ejemplar por temor a que la colección quedara incompleta. En lo referente al caimán, se lo había descubierto en el mes de noviembre de 1825 al pie del acantilado de Hachettes, en Saint Honorine, cerca de Port-en-Bessin, distrito de Bayeux Después venían los saludos.

La obscuridad que envolvía al mastodonte exacerbó el deseo de Pécuchet. Hubiera querido ir a Villers en seguida.

Bouvard dijo que para ahorrarse un viaje probablemente inútil y sin duda dispendioso, convenía informarse; y le escribieron una carta al alcalde del lugar con la que le preguntaban qué se había hecho de un tal Louis Bloche. En caso de que hubiese muerto ¿sus descendientes o colaterales podían informarles acerca de su valioso descubrimiento? ¿En qué lugar de la comuna yacía ese testimonio de las edades primitivas al ser descubierto? ¿Había posibilidades de encontrar otros análogos? ¿Cuál era el precio por día de un hombre y una carreta?

Y por más que se dirigieron al Adjunto, y después al primer Consejero Municipal, no recibieron ninguna noticia de Villers. ¿Acaso los habitantes estaban celosos de sus fósiles? A no ser que se los vendiesen a los ingleses. Resolvieron hacer el viaje a Hachettes.

Bouvard y Pécuchet tomaron la diligencia de Falaise a Caen. Después una tartana los transportó de Caen a Bayeux y de Bayeux fueron andando hasta Port-en-Bessin.

No los habían engañado. En la costa de Hachettes había guijarros extraños y siguiendo las indicaciones del posadero llegaron al arenal.

La marea estaba baja y dejaba al descubierto todos sus cantos rodados en una pradera de fucos que iba hasta el borde de las aguas.

Una vegetación ondulada se recortaba en lo alto del acantilado, compuesto por una tierra blanda y parda que iba endureciéndose hasta formar en los estratos inferiores una muralla de piedra gris. Hilos de agua caían de manera incesante, en tanto que el mar, a lo lejos, rugía. Por momentos parecía que su batir se detenía y sólo se oía el rumor de los manantiales.

Vacilaban en las hierbas viscosas o bien tenían que saltar hoyos. Bouvard se sentó cerca de la orilla y contempló las olas sin pensar en nada, fascinado, inerte. Pécuchet lo llevó hacia la costa para mostrarle un amonite incrustado en la roca como un diamante en su ganga. Se rompieron las uñas con ella; se necesitaban instrumentos, pero la noche ya caía, por otra parte. El cielo estaba purpúreo a occidente y todo el lugar cubierto por la sombra. En medio de los fucos casi negros los charcos se ensanchaban. El mar subía hacia ellos; era hora de volver.

Al otro día al alba, con un azadón y un pico, acometieron a su fósil cuya envoltura estalló. Era un "ammónite nodosus", desgastado en los extremos pero que pesaba sus buenas dieciséis libras y Pécuchet,

entusiasmado, exclamó: –¡No podemos hacer menos que regalárselo a Dumouchel! Después encontraron esponjas, terebrátulas, oreas, ¡pero nada de cocodrilo! A falta de ello esperaban una vértebra de hipopótamo o de ictosaurio o no importa qué osamenta contemporánea del Diluvio, cuando distinguieron contra el acantilado, a una altura de hombre, contornos que figuraban el perfil de un pescado gigantesco. Deliberaron acerca de los medios para obtenerlo. Bouvard lo desprendería por lo alto, mientras que Pécuchet, desde abajo, demolería la roca para hacerlo descender suavemente, sin estropearlo.

Cuando estaban recuperando el aliento, vieron por sobre sus cabezas, en el campo, a un aduanero de capote que hacía ademanes con aire de estar dando órdenes. –Y sí, ¿qué pasa? ¡Déjenos en paz! Y continuaron con su tarea; Bouvard en puntas de pie, golpeaba con su azadón, en tanto que Pécuchet, doblado a la altura de la cintura, cavaba con su pico.

Pero el aduanero reapareció, más abajo, en un pequeño valle, haciendo cada vez más señales. ¡A ellos les importaba un comino! Un cuerpo ovalado emergía de la tierra excavada y se inclinaba, iba a deslizarse. Otro individuo, con un sable, apareció de improviso. –¡Sus pasaportes!

Era el guarda rural que hacía su ronda; y en aquel mismo momento apareció el hombre de la aduana, que llegó corriendo por un barranco.

–¡Apréselos, padre Morin, o el acantilado va a derrumbarse!

–¡Esto tiene una finalidad científica! –respondió Pécuchet. Entonces una masa cayó y les pasó tan cerca a los cuatro que por poco no los mató. Cuando la polvareda se disipó, pudieron reconocer un mástil de navío que se deshacía bajo la bota del aduanero. Bouvard dijo suspirando:

–¡No estábamos haciendo nada de malo!

–¡No se puede hacer nada en los terrenos del cuerpo de ingenieros! –replicó el guarda rural–. Antes que nada ¿quiénes son ustedes? Tengo que redactar la denuncia.

Pécuchet se rebeló, clamó contra la injusticia.

–¡No hay nada que hacer! Síganme.

Tan pronto como llegaron al puerto una muchedumbre de chicos los escoltó. Bouvard, rojo como una amapola, adoptó un aire de dignidad. Pécuchet, muy pálido, echaba miradas de furia. Esos dos forasteros, que llevaban guijarros en sus pañuelos, no tenían muy buena cara. Se los llevó provisionalmente a la posada, cuyo dueño, en el umbral, impedía la entrada. Después el albañil reclamó sus herramientas. Le pagaron. ¡Más gastos todavía! Y el guarda rural no volvía. ¿Por qué? Por fin un señor que llevaba la cruz de honor los puso en libertad; y se fueron, después de dar sus nombres, apellidos y domicilio, y no sin haberse comprometido a ser más circunspectos en lo futuro.

Además de un pasaporte les faltaban muchas otras cosas y antes de emprender nuevas exploraciones consultaron la *Guía del viajero geólogo* de Boné.

Hay que tener, primero, una buena mochila de soldado, después una cadena de agrimensor, una lima, pinzas, una brújula y tres martillos, sujetos a un cinturón que se oculta bajo la levita y "evita así esa apariencia original que debe evitarse en un viaje". En cuanto a bastón, Pécuchet adoptó directamente el de turista, de seis pies de alto, larga punta de hierro. Bouvard prefirió un bastón paraguas o paraguas multirama, cuya empuñadura se saca para abrochar la seda que se lleva aparte, en una bolsita. No olvidaron los zapatos fuertes, con polainas, "dos pares de tirantes cada uno, por la transpiración" y aunque no se pueda "ir a todas partes con gorra", se resistieron a gastar en uno de esos sombreros que se pliegan y que llevan el nombre del sombrerero Gibus, su inventor". En la misma obra se dan normas de conducta: "Saber la lengua del país que se visita"; la sabían. "Comportarse con modestia"; era lo habitual en ellos. "No llevar dinero encima"; nada más simple. Por fin, para ahorrarse todo tipo de inconvenientes, es bueno "asumir la condición de ingeniero".

– ¡Y bueno, la asumiremos!

Así preparados, comenzaron sus correrías; a veces estaban ausentes hasta ocho días, pasaban su vida al aire libre.

A veces, en las orillas del Orne, divisaban en un claro paneles de piedra que erigían sus láminas oblicuas entre álamos y brezos, o bien se entristecían por no encontrar, a lo largo del camino, más que capas de arcilla. Delante de un paisaje, no admiraban ni la serie de planos, ni la profundidad de lo lejano ni las ondulaciones del verdor, sino lo que no se veía, lo de abajo, la tierra y todas las colinas eran para ellos "una prueba más del Diluvio".

A la manía del Diluvio sucedió la de los bloques erráticos. Las grandes piedras solitarias en los campos debían provenir de glaciares desaparecidos y buscaban morenas y *margas terreas*.

En diversas ocasiones los tomaron por vagabundos, debido a su atavío y cuando respondían que eran "ingenieros", los asaltaba el temor, porque la usurpación de un título semejante podía acarrearles disgustos.

Al fin de día jadeaban bajo el peso de sus muestras, pero las llevaban a su casa con intrepidez. Las había en todos los peldaños de la escalera, en las habitaciones, en el comedor, en la cocina y Germaine se quejaba por la cantidad de polvo.

No era menuda tarea, antes de pegar etiquetas, averiguar el nombre de las piedras; la variedad de colores y de graneado les hacía confundir la arcilla con la marga, el granito con el gneis, el cuarzo con la caliza.

Además la nomenclatura los irritaba. ¿Por qué devónico, cámbrico, jurásico, como si las tierras designadas con esos nombres no existieran sino en Devonshire, cerca de Cambridge y en el Jura? Resultaba imposible orientarse. Lo que para uno es sistema, para otro es una capa y para un tercero un simple asiento. Las hojas de las capas se entremezclan, se enredan, pero Omalius d'Halloy advierte que no se ha de creer en las divisiones geológicas.

Esa declaración los tranquilizó y cuando vieron calizas con políperos en la llanura de Caen, filadios en Balleroy, caolín en Saint Blaise, solito en todas partes y buscando hulla en Cartigny y mercurio en la Chapelle en Juger, cerca de Saint Ló, decidieron hacer una excursión más lejos, un viaje al Havre ¡para estudiar el cuarzo pirómaco y la arcilla de Kimmeridge!

Tan pronto como descendieron del paquebote preguntaron cuál era el camino que llevaba bajo los faros. Estaba obstruido por derrumbe y era peligroso aventurarse en él.

Un cochero los abordó y les ofreció paseos por los alrededores, Ingouville, Octeville, Fécamp, Lillebonne, "Roma, si era preciso".

Sus precios no eran razonables, pero el nombre de Fécamp los había impresionado; apartándose un poco del camino se podía ver Etretat y tomaron la góndola de Fécamp para ir primero al punto más alejado.

En la góndola Bouvard y Pécuchet entablaron conversación con tres paisanos, dos buenas mujeres y un seminarista, y no vacilaron en presentarse como ingenieros.

Se detuvieron ante la cuenca, fueron hasta el acantilado y, cinco minutos después, lo rozaron para eludir un gran charco de agua que avanzaba como un golfo en medio de la costa. Inmediatamente después vieron una arcada que se abría sobre una gruta profunda. Era sonora, muy clara, parecida a una iglesia, con columnas de arriba a abajo y una alfombra de fuco por todo el piso.

Esa obra de la naturaleza los asombró y se entregaron a altas consideraciones sobre el origen del mundo.

Bouvard tendía al neptunismo; Pécuchet, al contrario, era platoniano. El fuego central había quebrado la corteza del globo, levantado los terrenos, abierto grietas. Era como un mar interior con sus flujos y reflujos, sus tempestades. Una delgada película nos separa de él. Uno no dormiría si pensara en todo lo que hay bajo sus pies. Sin embargo, el fuego central disminuye y el Sol se debilita, tanto que la Tierra perecerá de enfriamiento un día. Se volverá estéril, toda la madera y todo el carbón se habrán convertido en ácido carbónico y ningún ser podrá subsistir. —¡No llegamos a eso todavía! —dijo Bouvard. —¡Esperemos que no! —

replicó Pécuchet. De todos modos, ese fin del mundo, tan lejano como estuviese, los entristeció y uno al lado del otro caminaban silenciosamente por sobre los guijarros.

El acantilado, perpendicular, todo blanco y rayado de negro, aquí y allá, por líneas de sílice, se tendía hacia el horizonte como la curva de una muralla de cinco leguas de longitud. Soplaban viento del Este, áspero y frío. El cielo estaba gris, el mar verdoso y como hinchado. De lo alto de las rocas los pájaros levantaban vuelo, revoloteaban, volvían rápidamente a sus agujeros. A veces, una piedra se desprendía y rebotaba de tanto en tanto antes de descender hasta ellos.

Pécuchet continuaba pensando en voz alta. –A menos que la Tierra no sea aniquilada por un cataclismo. Se ignora la duración de nuestro período. Con que el fuego central desbordara, bastaría. –Sin embargo ¿no disminuye?

–Eso no impidió que sus explosiones produjeran la isla Julia, el Monte Nuovo y muchos más aún.

Bouvard recordó haber leído esos detalles en Bertrand. –Pero esas cosas no suceden en Europa. – ¡Mil disculpas! El de Lisboa es una prueba. En cuanto a nuestros países, las minas de hulla y de pirita marcial son numerosas en ellos y muy bien pueden, al descomponerse, formar bocas volcánicas. Los volcanes, por otra parte, estallan siempre cerca del mar.

Bouvard paseó su mirada por las olas y creyó distinguir, a lo lejos, una humareda que subía hacia el cielo.

–Puesto que la isla Julia desapareció –continuó Pécuchet– otros terrenos producidos por la misma causa quizás corran la misma suerte. Un islote del Archipiélago es tan importante como Normandía y aun como Europa. Bouvard imaginó a Europa tragada por un abismo. –Supón que un temblor de tierra se produce bajo la Mancha. Las aguas se precipitan en el Atlántico. Las costas de Francia y de Inglaterra vacilan en sus bases, se inclinan, se juntan y ¡pam! todo el hueco es aplastado.

En lugar de responder, Bouvard se puso a caminar tan rápido que pronto estuvo a cien pasos de Pécuchet. Al quedar solo, la idea de un cataclismo lo turbó. No había comido desde la mañana. Las sienas le latían. De pronto le pareció que el cielo se estremecía y que el acantilado, sobre su cabeza, inclinaba su cima. En ese momento una lluvia de grava cayó de lo alto.

Pécuchet lo vio salir disparado y comprendió su terror. Le gritó de lejos:

– ¡Detente, deténte! El período no se cumplió todavía.

Y para alcanzarlo daba saltos enormes, con su bastón de turista, sin dejar de vociferar:

– ¡El período no se cumplió, el período no se cumplió!

Bouvard, enloquecido, no dejaba de correr. El paraguas multirarna se le cayó, los faldones de su levita se volaban y la mochila se bamboleaba en sus espaldas. Era como una tortuga con alas galopando entre las rocas, hasta que una más grande que las demás lo ocultó.

Pécuchet llegó hasta allí sin aliento y no vio a nadie. Después volvió sobre sus pasos para ir hacia los campos por una "cañada" que Bouvard había tomado, sin duda.

El angosto repecho estaba como tallado en grandes escalones en el acantilado, tenía el ancho de dos hombres y relucía como alabastro pulido. A cincuenta pies de altura Pécuchet quiso descender. El mar estaba en su apogeo. Volvió a trepar.

En el segundo recodo, cuando advirtió el vacío, quedó helado por el miedo. A medida que se acercaba al tercero, sus piernas se aflojaban. Las capas de aire vibraban alrededor de él y un calambre le mordió el epigastrio; se sentó en el suelo con los ojos cerrados, consciente tan sólo de los latidos de su corazón, que lo ahogaban. Luego, arrojó su bastón de turista, y con las rodillas y las manos reanudó su ascensión. Pero los tres martillos colgados del cinturón se le metían en la barriga, los quilarras, de los cuales tenía los bolsillos llenos, le golpeaban los flancos; la visera de su gorra lo enceguecía, el viento era cada vez más fuerte. Por fin alcanzó la planicie y allí encontró a Bouvard que había subido más lejos, por una cañada menos difícil.

Los recogió una carreta. Olvidaron a Etretat.

Al otro día a la noche, en el Havre, cuando esperaban el paquebote, vieron al pie de un diario un folletín intitulado "De la enseñanza de la geología".

Ese artículo, lleno de datos, exponía la cuestión tal como se la entendía en la época.

Nunca hubo un cataclismo total en el globo; pero una misma especie no siempre dura lo mismo y se extingue más rápidamente en un lugar que en otro. Terrenos de una misma edad contienen fósiles diferentes, como depósitos muy alejados entre sí los tienen similares. Los helechos de antaño son iguales a los helechos de hoy. Muchos zoófitos contemporáneos se encuentran también en las capas más antiguas. En síntesis, las modificaciones actuales explican las transformaciones anteriores. Las mismas causas actúan siempre, la Naturaleza no da saltos y los períodos, afirma Brongniart, no son, después de todo, sino abstracciones.

Hasta ese momento habían visto a Cuvier como en medio del fulgor de una aureola, en la cúspide de una ciencia indiscutible. Ahora estaba socavada. La Creación no tenía la misma disciplina y el respeto por el gran hombre disminuyó.

Por biografías y resúmenes supieron algo de las doctrinas de Lamarck y de Geoffroy Saint Hilaire.

Todo eso iba en contra de las ideas consagradas, de la autoridad de la Iglesia.

Bouvard experimentó un alivio como si un yugo se hubiese roto.

– ¡Quisiera ver, ahora, lo que el ciudadano Jeufroy me diría del Diluvio!

Lo encontraron en un pequeño jardín, donde esperaba a los miembros del Consejo de fábrica, quienes debían reunirse un poco más tarde para considerar la adquisición de una casulla.

–¿Qué desean los señores...? –Una aclaración, por favor –comenzó Bouvard. ¿Qué significaban, en el Génesis, "el abismo que se rompió" y "las cataratas del cielo"? ¿Porque un abismo no se rompe y el cielo no tiene cataratas!

El abate bajó los párpados y después respondió que había que distinguir siempre entre el espíritu y la letra. Hay cosas que en un principio nos disgustan pero que luego, cuando se las analiza, nos resultan legítimas.

–¡Muy bien! Pero, ¿cómo explicar la lluvia que sobrepasaba las más altas montañas, las cuales medían dos leguas? ¡Se da cuenta! ¡Dos leguas!

Y el alcalde, que llegaba, agregó: –¡Al diablo, qué baño!

–Admita –dijo Bouvard– que Moisés exageraba bastante.

El cura había leído a Bonaud y respondió:

–Ignoro sus motivos; habrá sido, sin duda, para inspirar un terror salutífero en los pueblos que conducía.

–En fin; y esa masa de agua ¿de dónde venía?

–¡Qué sé yo! El aire se había tornado en lluvia, como sucede todos los días.

Por la puerta del jardín se vio entrar al señor Girbal, director de contribuciones, al capitán Heurtaux, propietario, y a Beljambe, el posadero, del brazo de Langlois, el almacenero, quien caminaba con gran esfuerzo debido a su catarro.

Pécuchet, sin preocuparse por ellos, tomó la palabra.

–Perdón, señor Jeufroy. El peso de la atmósfera (la ciencia nos lo demuestra) es igual al de una masa de agua de diez metros de espesor que envolviera la Tierra. Como consecuencia, si todo el aire condensado cayera encima de ésta en estado líquido, aumentaría muy poco la masa de las aguas ya existentes.

Y los fabriqueros abrían muy grandes los ojos, escuchaban.

El cura se impacientó.

–¿Niegan ustedes que se han encontrado conchas en las montañas? ¿Quién, las puso allí sino el Diluvio? Las conchas no acostumbran, creo, crecer por sí solas en la tierra como zanahorias.

Y como sus palabras hicieron reír a los allí reunidos, agregó frunciendo los labios:

—A menos que no sea ese otro de los descubrimientos de la ciencia.

Bouvard quiso responder con lo del levantamiento de las montañas, según la teoría de Elie de Beaumont. — ¡No lo conozco! —respondió el abate. Foureau se apresuró a decir: — ¡Es de Caen! Yo lo vi una vez en la Prefectura. —Pero si su Diluvio —insistió Bouvard— hubiese arrastrado conchas, se las encontraría rotas en la superficie y no a profundidades que a veces llegan a los trescientos metros.

El sacerdote volvió a lo de la veracidad de las Escrituras, la tradición del género humano y los animales descubiertos en el hielo, en Siberia.

¡Eso no prueba que el hombre haya vivido en la misma época que ellos! La Tierra, según Pécuchet, era considerablemente más vieja.

—El delta del Missisipi se remonta a decenas de miles de años. La época actual tiene cien mil por lo menos. Las listas de Manéthon...

El conde de Faverges apareció. Todos callaron al verlo acercarse.

— ¡Continúen, por favor! ¿De qué hablaban? —Discutíamos con estos señores. —¿A propósito de qué? —De las Santas Escrituras, señor conde. Bouvard, inmediatamente, alegó que tenían derecho, como geólogos, a discutir de religión.

—Tenga cuidado —dijo el conde—. Usted ya conoce el dicho, querido señor: un poco de ciencia nos aleja de la religión, pero mucha nos hace volver a ella. Y con tono altanero y paternal al mismo tiempo, agregó: — Créanme ¡ustedes volverán! ¡Volverán! —Puede ser; pero ¿qué se puede pensar de un libro en el cual se afirma que la luz fue creada antes que el sol, como si el sol no fuese la única causa de la luz?

—¿Olvidan ustedes esa que se llama boreal? —dijo el eclesiástico.

Bouvard, sin responder a la objeción, negó vigorosamente que la luz pudiese existir por un lado y las tinieblas por otro, que haya habido una noche y un día cuando los astros no existían todavía, y que los animales apareciesen de repente, en lugar de formarse por cristalización.

Como las alamedas eran demasiado estrechas y hacían grandes ademanes, iban caminando por los arriates. Langlois fue presa de una quinta de tos. El capitán gritaba:

— ¡Ustedes son revolucionarios!

Y Girbal: — ¡Paz, paz!

Y el padre:

— ¡Qué materialismo!

Y Foureau:

— ¡Ocupémonos mejor de nuestra casulla!

— ¡Eh, déjenme hablar! —Y Bouvard, acalorado, llegó a decir que el hombre descendía del mono.

Todos los fabriqueros se miraron, muy asombrados y como para asegurarse de que no eran monos.

Bouvard insistió.

—Y si se compara el feto de una mujer, el de una perra y el de un pájaro...

— ¡Basta!

— ¡Yo voy más lejos! —exclamó Pécuchet—. El hombre descende de los peces.

Estallaron risas, pero él continuó imperturbable: —El Telliamed, un libro árabe...

— ¡Vamos señores, comencemos la sesión! Y entraron en la sacristía.

Los dos compañeros no le habían ganado al abate Jeufroy, como lo habían supuesto, por lo que Pécuchet le encontró "el sello del jesuitismo".

Su luz boreal los inquietaba, sin embargo y la buscaron en el manual de D'Orbigny.

Es una hipótesis para explicar cómo los vegetales fósiles de la Bahía de Baffin, se asemejan a las plantas ecuatoriales. Se supone, en el lugar del Sol, un gran foco luminoso, hoy desaparecido, del cual las auroras boreales quizás no sean sino vestigios.

Después los asaltó una duda acerca del origen del hombre y, confundidos, pensaron en Vaucorbeil.

Sus amenazas no habían tenido consecuencias. Como en otros tiempos, a la mañana pasaba por delante de la verja golpeando con su bastón todos los barrotes, uno tras otro.

Bouvard lo espió y después de detenerlo, le dijo que quería someter a su consideración un curioso punto de antropología. —¿Cree usted que el género humano descienda de los peces?

— ¡Qué tontería!

—Más bien de los monos, ¿no es cierto?

—Directamente, es imposible.

¿En quién confiar? Porque al fin de cuentas ¡el doctor no era un católico!

Y continuaron con sus estudios, pero sin pasión, cansados del eoceno y del mioceno, del Mont Jorullo, de la isla Julia, de los mamuts de Siberia y de los fósiles invariablemente comparados por todos los autores con "medallas que son testimonios auténticos" tanto como que un día, Bouvard arrojó su mochila al suelo, proclamando que no iría más allá.

La geología es demasiado defectuosa. Apenas conocemos algunos lugares de Europa. En cuanto al resto, junto con el fondo de los océanos, nunca se lo conocerá.

Por fin, como Pécuchet mencionase al reino mineral, dijo:

—¡Yo no creo en el reino mineral! ¡Si las materias orgánicas han participado de la formación del sílice, de la tiza y quizás del oro! ¿El diamante no fue carbón? La hulla ¿no es una amalgama de vegetales? Calentándola a no sé cuántos grados se obtiene serrín de madera, y así todo pasa, todo sucumbe. La creación está hecha de una materia ondulante y fugaz. ¡Mejor sería ocuparnos de otra cosa!

Se acostó de espaldas y se echó a dormir, en tanto que Pécuchet, con la cabeza gacha y una rodilla entre las manos, se sumía en reflexiones.

Una franja de musgo bordeaba un camino encajonado, sombreado por fresnos cuyas ligeras copas temblaban. La angélica, la menta y la lavanda exhalaban olores cálidos, picantes; la atmósfera estaba pesada y Pécuchet, sumido en una especie de embotamiento, pensaba en las innumerables existencias esparcidas alrededor de él, en los insectos que zumbaban, en los manantiales ocultos bajo el césped, en la savia de las plantas, en los pájaros en sus nidos, en el viento, en las nubes, en toda la Naturaleza, sin tratar de descubrir sus misterios, seducido por su fuerza, perdido en su grandeza.

—¡Tengo sed! —dijo Bouvard, despertando.

—¡Igual que yo! De muy buena gana bebería algo.

—Es fácil —dijo un hombre que pasaba en mangas de camisa con una tabla al hombro.

Y reconocieron al vagabundo a quien Bouvard había dado, una vez, un vaso de vino. Parecía diez años más joven, peinado con rizos en las sienas, el bigote bien lustroso y contoneándose a la manera de un parisiense.

A unos cien pasos, más o menos, abrió la puerta de un patio, apoyó la tabla contra una pared y los hizo entrar en una alta cocina.

—¡Mélie! ¿Estás ahí, Mélie?

Una muchacha apareció que por orden de él fue a "sacar bebida" y volvió a la mesa para servir a los señores.

Sus cabellos, del color del trigo, rebasaban un capillo de tela gris. Todas sus pobres vestimentas caían a lo largo de su cuerpo sin un pliegue y con su nariz recta y sus ojos azules, había en ella algo de delicado, de campestre y de ingenuo.

—¿Es simpática, no? —dijo el carpintero mientras ella iba a buscar los vasos—. ¡Cualquiera juraría que es una señorita vestida de campesina! ¡Y fuerte para el trabajo, sin embargo! ¡Pobre corazoncito! Cuando sea rico me casaré con ella.

—Usted dice siempre tonterías, señor Gorgu —respondió ella con voz dulce y arrastrando las palabras. Un mozo de cuadra fue a buscar avena con un viejo arcón y dejó caer la tapa con tanta violencia que saltó de ella una astilla de madera.

Gorgu se enfureció contra todo esos pesados "muchachos del campo" y después, de rodillas ante el mueble, buscó el lugar donde encajaba el pedazo. Pécuchet, al tratar de ayudarlo, distinguió bajo el polvo figuras de personajes.

Era un cofre del Renacimiento, con un torzal en la parte de abajo, pámpanos en las esquinas y columnitas que dividían la parte de adelante en cinco compartimientos. En el centro se veía a Venus Anadiómena de pie en una concha, después a Hércules y Onfalia, a Sansón y Dalila, Circe y sus cerdos, a las hijas de Lot embriagando a su padre, todo eso deteriorado, carcomido por la polilla y además faltaba el panel de la derecha. Gorgu tomó una vela para que Pécuchet pudiera ver mejor el de la izquierda, en el que estaban, bajo el árbol del Paraíso, Adán y Eva en una postura muy indecente. Bouvard también admiró el cofre. —Si les interesa, puedo dejárselo a buen precio. Vacilaron, habida cuenta de las reparaciones que necesitaba.

Gorgu podía hacerlas, la ebanistería era su oficio. —Vamos, vengan. —Y llevó a Pécuchet hacia la casucha donde la señora Castillon, la patrona, tendía la ropa.

Mélie, en cuanto lavó sus manos, tomó del marco de la ventana su labor de encaje y se sentó a plena luz a trabajar.

El marco de la puerta la encuadraba. Los bolillos se movían entre sus dedos con un repiqueteo de castañuelas. Su perfil permanecía inclinado.

Bouvard le preguntó por sus padres, de dónde era, cuánto le pagaban.

Era de Ouistreham, no tenía familia, ganaba un doblón por mes. A Bouvard le gustó tanto la muchacha que deseó tomarla a su servicio para que ayudara a la vieja Germaine. Pécuchet reapareció con la granjera y mientras ellos continuaban con su regateo, Bouvard le preguntó con voz muy baja a Gorgu si la criadita aceptaría convertirse en su sirvienta. — ¡Caramba! —De todos modos —dijo Bouvard— tengo que consultar a mi amigo. —Y bien, yo haré lo mismo. Pero ¡no diga nada! Por la burguesa...

Acababan de cerrar trato por treinta y cinco francos. Por lo de las reparaciones, ya se entenderían.

Apenas llegaron al patio Bouvard comunicó su intención respecto de Mélie.

Pécuchet se detuvo para pensar mejor, abrió su tabaquera, aspiró una pizca y, después de sonarse, dijo:

—A decir verdad, es una buena idea. ¡Dios mío, ¿por qué no? Por otra parte ¡tú eres el amo!

Diez minutos después Gorgu apareció en el borde de un foso y los interpeló:

—¿Cuándo tengo que llevarles el mueble? —Mañana.

—Y por el otro asunto ¿ya se decidieron? —¡Convenido! —respondió Pécuchet.

Una vieja viga de madera se erguía en el vestíbulo. Los especímenes de geología colmaban la escalera y una cadena enorme se extendía por el suelo a lo largo de todo el corredor.

Habían quitado la puerta de entre las dos habitaciones en las que no dormían y clausurado la entrada exterior de la segunda, para hacer de esas dos piezas una sola habitación.

Cuando se pasaba del umbral se tropezaba con una pila de piedra (un sarcófago galorromano) y, más allá, la mirada no podía escapar de la quincalla.

Contra el muro de enfrente un calentador señoreaba sobre dos morillos y una plancha de chimenea que representaba a un monje acariciando a una pastora. Alrededor de aquello, en repisas, se veía candeleros, cerraduras, pernos, tuercas. El piso desaparecía bajo fragmentos de tejas rojas. En una mesa, en el centro, se exhibían las curiosidades más extrañas: el armazón de un gorro de Cauchoise, dos urnas de arcilla, dos medallas, un frasco de vidrio opalino. Un sillón tapizado tenía en su respaldo un triángulo de "guipure". Un pedazo de cota de malla adornaba el tabique de la derecha; y más abajo unas escarpías sostenían horizontalmente a una alabarda, pieza única.

La segunda habitación, a la que se llegaba bajando dos escalones, guardaba los antiguos libros traídos de París y aquellos que habían descubierto en un armario cuando llegaron. Armario al cual le habían quitado las puertas y que ahora llamaban biblioteca.

El árbol genealógico de la familia Crolxmare ocupaba todo el reverso de la puerta. En la pared, en cambio, el rostro al pastel de una dama con traje Luis XV, hacía juego con el retrato de Bouvard padre. El marco del espejo tenía como adorno un sombrero¹ de fieltro negro y una monstruosa galocha llena de hojas, restos de un nido.

Dos cocos (que pertenecían a Pécuchet desde su juventud) flanqueaban en la chimenea a un tonel de cerámica que cabalgaba un campesino. Al lado, en un cesto de paja, un pato.

Delante de la biblioteca campeaba una cómoda de conchas con ornamentos de felpa. Su tapa sostenía un gato con un ratón en la boca –petrificación de Saint Allyre–, una caja de costura también de conchas y encima de esta caja, una jarra de aguardiente que contenía una pera de calabacil.

Pero lo más hermoso era lo que había en el alféizar de la ventana: ¡una estatua de San Pedro! Su mano derecha enfundada en un guante apretaba la llave del Paraíso, de color verde manzana; su casulla, adornada con flores de lis, era azul cielo y su tiara muy amarilla y puntiaguda como una pagoda. Tenía las mejillas pintadas, grandes ojos redondos, la boca abierta y la nariz torcida y respingada. Encima colgaba un baldaquín hecho con una vieja alfombra en el cual se veían dos amores en un círculo de rosas, y a sus pies, como una columna, se levantaba una mantequera que tenía estas palabras escritas con letras blancas en fondo chocolate: "Hecho ante S.A. R. Monseñor el duque de Angulema, en Noron, el 3 de octubre de 1817".

Pécuchet, desde su lecho, veía todo eso en fila y a veces, iba hasta la pieza de Bouvard para ampliar la perspectiva.

Un lugar permanecía vacío frente a la cota de malla, el del cofre renacimiento.

Aún no estaba terminado y Gorgu trabajaba en él todavía; cepillaba los paneles con la garlopa, los ajustaba, los volvía a sacar.

A las once almorzaba, después charlaba con Mélie y con frecuencia no regresaba en todo el día.

Bouvard y Pécuchet se habían puesto en campaña para conseguir fragmentos del mismo tipo que el mueble. Lo que traían no era lo que convenía. Pero habían encontrado una cantidad de cosas curiosas. Se había despertado en ellos el gusto por las baratijas, después el amor por la Edad Media.

Primero visitaron catedrales y las altas naves reflejándose en las pilas del agua bendita, los vitrales deslumbrantes como tapices de pedrería, los sepulcros en el fondo de las capillas, la luz incierta de las criptas, todo, hasta la frescura de las murallas, les producía un estremecimiento de placer, una emoción religiosa.

Pronto fueron capaces de distinguir las épocas y desdeñando a los sacristanes decían:

—¡Ah, un ábside románico! Es del siglo XII. ¡De nuevo en el flamígero!

Trataban de entender los símbolos esculpidos en los capiteles, como el de los dos grifos de Marigny picoteando un árbol en flor. Pécuchet vio una sátira en los chantres de mandíbula grotesca que rematan las cimbras de Feuguerolies; y la exuberancia del hombre obsceno que cubre uno de los cruceros de Hérouville, era la prueba, según Bouvard, de que a nuestros abuelos les había gustado la chocarrería.

Llegaron a no poder tolerar la más pequeña señal de decadencia. Todo era decadencia y ellos deploraban el vandalismo, echaban pestes contra el encalado.

Pero el estilo de un monumento no siempre va de acuerdo con la fecha que se le supone. En el siglo XIII, el medio punto aún dominaba en Provenza.

1 En castellano en el original.

La ojiva quizás sea muy antigua y hay autores que ponen en tela de juicio la anterioridad del románico sobre el gótico... Esa falta de certidumbre los disgustaba.

Después de las iglesias estudiaron los castillos fortificados; los de Domfront y de Falaise. Admiraron bajo la puerta las ranuras del rastrillo, y cuando llegaban a la cumbre, contemplaban primero toda la campiña, después los techos de la ciudad, las calles que se entrecruzaban, las carreteras en la plaza, las mujeres lavando. El muro caía a pico hasta las malezas de las zanjas y empalidecían al pensar que hombres habían subido hasta allí suspendidos de escalas. Se hubieran aventurado por los subterráneos, pero a Bouvard se lo impedía su barriga y a Pécuchet su miedo a las víboras.

Quisieron conocer viejas casas solariegas, Curcy, Bully, Fontenay le Marmion, Argouges. A veces, en una esquina de los edificios, detrás del estercolero, se levanta una torre carolingia. La cocina con bancos de piedra hace pensar en las comilonas feudales. Otras tienen un aspecto exclusivamente hosco, con sus tres murallas todavía visibles, troneras debajo de las escaleras, largas torrecillas de agudos testeros. Después se llega a un apartamento en el cual, una ventana del tiempo de los Valois, cincelada como un marfil, deja entrar el sol que calienta granos de colza esparcidos en el suelo. Las abadías sirven como graneros. Las inscripciones de las lápidas sepulcrales están borradas. En medio de los campos, un aguilón queda en pie y está cubierto, de arriba a abajo, por una hiedra que el viento hace temblar.

Muchas cosas despertaban su codicia, un bote de estaño, una hebilla de estrás, indianas de grandes rameados. La falta de dinero los contenía.

Por un azar providencial, descubrieron en Balleroy, en lo de un estañador, un vitral gótico, que resultó lo bastante grande como para cubrir la parte derecha de la ventana, hasta el segundo vidrio, cerca del sillón. El campanario de Chavignolles que aparecía a lo lejos, producía un efecto espléndido.

Con la base de un armario Gorgu fabricó un reclinatorio para poner bajo el vitral, pues les estimulaba su manía. Esta llegó a ser tan fuerte que les hizo lamentarse por los monumentos de los cuales no se sabía absolutamente nada, como la casa de recreo de los obispos de Séez.

—Bayeux —dijo el señor Caumont— debía de tener un teatro.

Y ellos buscaron el emplazamiento en vano.

La aldea de Montrecy tiene un prado célebre por las medallas de emperadores que en otros tiempos se descubrieron en él. Contaban con que harían allí una buena cosecha. El guardián les negó la entrada.

No fueron más afortunados con la comunicación que había entre una cisterna de Falaise y el suburbio de Caen. Patos que fueron introducidos allí, reaparecieron en Vaucelles graznando "can can can", de donde le vino el nombre a la ciudad.

Ninguna gestión les pesaba, ningún sacrificio.

En la posada de Mesnil Villement, en 1816, el señor Galerón había comido por la suma de cuatro sueldos. Ellos tomaron la misma comida y comprobaron con sorpresa, que ya no era lo mismo.

¿Quién es el fundador de la abadía de Sainte Anne? ¿Existe un parentesco entre Marín Onfroy, que importó en el siglo XII una nueva especie de papas, y Onfroy, gobernador de Hastings en la época de la conquista? ¿Cómo conseguir "La astuta pitonisa", comedia en verso de un tal Dutrésor, hecha en Bayeux y actualmente una rareza? Bajo Luis XVI, Hérambert Dupaty o Dupastis Hérambert, escribió una obra, que nunca apareció, llena de anécdotas acerca de Argentan. Habría que encontrar esas anécdotas. ¿Qué fue de las memorias autógrafas de la señora Dubois de la Pierre, consultadas para la historia inédita de Laigle por Louis Dasprés, capellán de Saint Martín? ¡Y tantos otros problemas y puntos curiosos por aclarar!

Pero con frecuencia un pequeño indicio señala el camino de un descubrimiento inapreciable.

Por lo tanto, se pusieron sus blusas, para no llamar la atención, y se presentaron en las casas como buhoneros que iban a comprar papeles viejos. Les vendieron montones. Eran cuadernos de escuela, facturas, diarios viejos, nada útil.

Por fin, Bouvard y Pécuchet se dirigieron a Larsonneur.

Este estaba sumido en el celticismo y luego de responder de manera sucinta a sus preguntas, les hizo otras.

¿Habían observado, en sus andanzas, rastros de la religión del perro, como se ve en Montargis? ¿Algún detalle especial sobre las hogueras de San Juan, las bodas, los dichos populares, etc.? Hasta les rogó que le recogieran algunas hachas de sílice, llamadas por entonces celtae, que los druidas empleaban en "sus criminales holocaustos".

Por medio de Gorgu consiguieron una docena; le enviaron la menos grande. Las otras fueron a enriquecer el museo.

Se paseaban por éste con amor, lo barrían ellos mismos, le habían hablado de él a todos sus conocidos.

Una tarde, la señora Bordin y el señor Marescot fueron a verlo.

Los recibió Bouvard y comenzó la recorrida por el vestíbulo.

La viga era nada menos que la antigua horca de Falaise, según el carpintero que se la había vendido el cual tenía esa información de su abuelo.

La gruesa cadena del corredor provenía de los calabozos del torreón de Torteval. Se parecía, según el notario, a las cadenas de los mojones de los patios principales. Bouvard estaba convencido de que había servido otrora para encadenar a los cautivos. Y abrió la puerta de la pieza primera.

—¿Para qué son esas tejas? —exclamó la señora Bordin.

—¡Para calentar las estufas! Pero, un poco de orden, por favor. Esta es una tumba descubierta en una posada donde la usaban como bebedero.

Luego, Bouvard tomó las dos urnas llenas de una tierra que eran cenizas humanas, y acercó el frasco a sus ojos para mostrar el método mediante el cual los romanos vertían en ella sus lágrimas.

—Pero, ¡en su casa no se ven más que cosas lúgubres!

Efectivamente, era un poco serio para una dama; entonces sacó de una caja de cartón varias monedas de cobre y un denario de plata.

La señora Bordin le preguntó al notario cuánto podía valer en la actualidad.

La cota de malla que el notario examinaba se le escapó de las manos y algunos anillos se rompieron. Bouvard disimuló su disgusto.

Hasta tuvo la cortesía de descolgar la alabarda, e inclinándose, levantando los brazos, golpeando con los talones, hizo como que cortaba los jarretes de un caballo, como si cargara a la bayoneta, como si abatiera a un enemigo. La viuda, para sus adentros, lo consideró un mozo aguerrido.

Se mostró entusiasmada por la cómoda de conchas. El gato de Saint Allyre la asombró mucho, la pera en la jarra un poco menos. Después, cuando llegó a la chimenea, exclamó:

–¡Ah, este sombrero necesitaría un zurcido!

Tres agujeros, marcas de balas, horadaban las alas.

Había pertenecido a un jefe de ladrones en la época del Directorio, David de la Bazoque, apresado por traición y matado inmediatamente.

–¡Tanto mejor; muy bien hecho! –dijo la señora Bordin.

Marescot sonreía ante los objetos de una manera desdeñosa. No entendía el sentido de esa galocha que había sido la enseña de un zapatero, ni el del tonel de cerámica, un vulgar jarro de sidra; y el San Pedro, francamente, estaba lamentable con esa fisonomía de ebrio.

La señora Bordin hizo esta observación: –¡Debió de costarle bastante, de todos modos! –¡Oh, no demasiado, no demasiado! Un techista se lo había dado por quince francos. Después censuró, por su inconveniencia, el escote de la dama de peluca empolvada.

–¿Qué tiene de malo? –respondió Bouvard–. ¡Cuando se tiene algo hermoso...! –Y agregó, con voz más baja: –Como usted, estoy seguro.

El notario les daba la espalda, ocupado en el estudio de las ramas de la familia Crolxmare. Ella no respondió, pero se puso a jugar con su larga cadena de reloj. Sus pechos henchían el tafetán negro de su blusa; y con las pestañas entornadas, bajaba el mentón, como una tórtola que se pavonea. Después preguntó con tono de ingenuidad:

–¿Cómo se llamaba esa dama?

–No se sabe. Era una amante del Regente, ya sabe, ¡aquel tan bromista!

– ¡Ya lo creo! Las memorias de esos tiempos... –Y el notario, sin terminar su frase, lamentó ese ejemplo de un príncipe arrastrado por sus pasiones.

– ¡Pero ustedes son todos así!

Los dos hombres protestaron y como consecuencia se entabló un diálogo sobre las mujeres y el amor. Marescot afirmó que existen muchas uniones felices.

–A veces, sin que siquiera se sospeche, uno tiene al lado lo que necesita para ser dichoso. –La alusión era directa. Las mejillas de la viuda enrojearon, pero se repuso casi en seguida.

–Nosotros ya no estamos en edad de hacer locuras, ¿no es cierto, señor Bouvard?

– ¡Ah! a mí no me parece. –Y le ofreció el brazo para llevarla a la otra habitación–. Cuidado con los escalones. ¡Muy bien! Ahora mire el vitral.

Se veía en éste un manto escarlata y las dos alas de un ángel, todo lo demás se perdía bajo los plomos que mantenían en equilibrio las numerosas roturas del vidrio. La luz declinaba, las sombras se alargaban. La señora Bordin se había puesto seria.

Bouvard se fue y reapareció cubierto con una cobija de lana, se arrodilló en el reclinatorio, con los codos hacia afuera, el rostro entre las manos y con el resplandor del sol dándole en la calva. Y tenía conciencia de ese efecto porque dijo:

–¿No tengo el aspecto de un monje de la Edad Media?

Después levantó la frente en sentido oblicuo, y con la mirada perdida en el vacío, imprimió a su rostro una expresión mística.

Se oyó en el corredor la voz grave de Pécuchet.

–¡No tengan miedo, soy yo!

Entró con la cabeza completamente cubierta con un casco, una olla de hierro con orejas puntiagudas.

Bouvard no abandonó el reclinatorio. Los otros dos permanecían de pie. Pasaron un minuto sumidos en el asombro.

La señora Bordin le pareció un poco fría a Pécuchet. Sin embargo, quiso saber si se le había mostrado todo.

–Me parece... –Y señalando la muralla–: ¡Ah, perdón! Aquí pondremos un objeto que están reparando en estos momentos.

La viuda y Marescot se retiraron.

Los dos amigos habían pensado en simular una competencia. Salían de compras cada uno por su lado y el segundo hacía ofertas superiores a las del primero. Pécuchet acababa de obtener el casco de esa manera.

Bouvard lo felicitó y a su vez recibió elogios por la cobija.

Mélie, con cordones, hizo de ella una especie de hábito. Se la ponían por turno para recibir a las visitas.

Recibieron las de Girbal, Foureau, la del capitán Heurtaux y después las de personas inferiores, Langlois, Beljambe, sus granjeros, hasta las de sirvientes de vecinos; y siempre daban las mismas explicaciones, mostraban el lugar donde estaría el cofre, fingían modestia, pedían indulgencia por el amontonamiento.

Pécuchet, en esos días, llevaba el gorro de zuavo que había usado antaño en París, pues lo consideraba más acorde con el ambiente artístico. En un cierto momento, se ponía el casco y lo echaba hacia la nuca para despejar su rostro. Bouvard no olvidaba la maniobra de la alabarda; por fin, se preguntaban con la mirada si el visitante merecía que representaran "el monje de la Edad Media".

¡Qué emoción cuando se detuvo delante de su verja el coche del señor de Faverges! Sólo tenía una cosa que decirles. Era ésta: Hurel, el hombre que se ocupaba de sus negocios, le había informado que en su busca de documentos por todas partes, ellos habían comprado papeles viejos en la granja de Aubrye.

Nada más cierto.

¿No habían descubierto, acaso, cartas del barón de Gonnaval, antiguo ayuda de campo del duque de Angulema, que había residido en Aubrye? Esa correspondencia interesaba por razones de familia.

Ellos no la tenían. Pero sí tenían una cosa que le interesaba. Si se dignaba seguirlos hasta la biblioteca.

Nunca unas botas de charol como aquellas habían crujido en el corredor.

Tropezaron con el sarcófago. A punto estuvo de aplastar algunas tejas, dieron la vuelta al sillón, bajaron dos escalones y cuando llegaron a la segunda pieza, le mostraron, debajo del baldaquín, delante del San Pedro, la mantequera hecha en Noron.

Bouvard y Pécuchet habían creído que la fecha, en una de esas, podía servir.

El gentilhombre, por amabilidad, inspeccionó su museo. Y repetía:

–¡Encantador! ¡Muy bien! –sin dejar de darse, mientras tanto, golpecitos en la boca con el pomo de su bastón. El, por su parte, les agradecía que hubieran salvado esos vestigios de la Edad Media, época de fe religiosa y abnegación caballeresca. Amaba el progreso, y se hubiese consagrado, como ellos, a esos interesantes estudios, pero la política, el Concejo General, la agricultura, un verdadero torbellino, se lo impedían.

–Después de ustedes, sin embargo, no será mucho lo que nos quedará, porque se habrán hecho de todas las curiosidades del departamento.

–Sin jactancia, eso pensamos –dijo Pécuchet.

No obstante, algo se podía descubrir aún en Chavignolles; había, por ejemplo, contra el muro del cementerio, en la callejuela, una pila de agua bendita hundida en la hierba desde tiempos inmemoriales.

La información los puso muy contentos, intercambiaron una mirada significativa, "¿vale la pena?"; pero el conde ya abría la puerta.

Mélie, que se encontraba detrás, huyó a la carrera.

Cuando pasaba por el patio vio a Gorgu, fumando la pipa con los brazos cruzados.

—¿Ustedes emplean a ese mozo? ¡Hurn! No me fiaría de él en un día de tumulto.

Y el señor de Faverges volvió a subir a su tálburi. ¿Por qué su criada parecía tener miedo?

La interrogaron y les contó que había servido en la granja del conde. Era aquella muchachita que daba de beber a las segadoras el día que ellos habían ido. Dos años más tarde, la habían tomado como ayudante en el castillo y despedido como "consecuencia de falsos informes".

Y a Gorgu ¿qué podían reprocharle? Era muy hábil y les mostraba una consideración infinita.

Al otro día, al alba, fueron al cementerio. Bouvard, con su bastón, tanteó en el lugar indicado. Un cuerpo duro resonó. Arrancaron algunas ortigas y descubrieron una palangana de gres, una pila bautismal en la que crecían plantas.

No es costumbre, sin embargo, enterrar las pilas bautismales fuera de las iglesias.

Pécuchet hizo un dibujo, Bouvard una descripción y enviaron todo a Larsonneur. Su respuesta fue inmediata.

—¡Victoria, mis queridos colegas! ¡Indudablemente, es una tina druídica!

¡Sin embargo, debían tener cuidado! El hacha era dudosa. Y había una serie de obras que tanto ellos como él mismo, debían consultar.

Larsonneur confesaba, en un post scriptum, su deseo de conocer la tina, lo que sucedería a los pocos días, cuando hiciera el viaje a Bretaña.

Entonces Bouvard y Pécuchet se zambulleron en la arqueología céltica. Según esta ciencia, los antiguos galos, nuestros abuelos, adoraban a Kirk y Kron, Taranis, Esus, Netalemnia, el Cielo y la Tierra, el Viento, las Aguas y por sobre todo, al gran Teutates, que es el Saturno de los paganos. Claro; cuando Saturno reinaba en Fenicia, se casó con una ninfa llamada Anobret, con la que tuvo un hijo llamado Jeüd; y Anobret tiene los rasgos de Sara y Jeüd fue sacrificado (o casi lo fue) como Isaac; por lo tanto, Saturno es Abraham, de donde se infiere que la religión de los galos tenía los mismos principios que la de los judíos. Su sociedad estaba muy bien organizada. La primera clase de personas comprendía al pueblo, la nobleza y el rey, la segunda a los jurisconsultos y en la tercera, la más alta, se alineaban, según Taillepiéd, "las diversas especies de filósofos", es decir, los druidas o saronidas, los que a su vez se dividían en aubages, bardos y vates. Unos profetizaban, otros cantaban y otros enseñaban botánica, medicina, historia y literatura, en una palabra, "todas las artes de su época". Pitágoras y Platón fueron sus discípulos. Les enseñaron metafísica a los griegos, brujería a los persas, aruspicina a los etruscos; y a los romanos, el estañado del cobre y el comercio de los jamones.

Pero de ese pueblo que dominaba el mundo antiguo, no quedan sino piedras, solas o en grupos de tres, o dispuestas como galerías o formando recintos.

Bouvard y Pécuchet, llenos de entusiasmo, estudiaron sucesivamente la Pierre-du-Post de Ussy, la Pierre-Couplée en Guest, la Pierre du Jarier, cerca de Laigle ¡y muchas más!

Todos esos bloques, de una misma insignificancia, los aburrieron rápidamente y un día, cuando acababan de ver el menhir de Passais, ya iban a volverse cuando su guía los llevó a un bosque de hayas, lleno de bloques de granito que parecían pedestales o monstruosas tortugas.

El más grande está ahuecado como un cuenco. Uno de los bordes es más alto y del fondo salen dos entalladuras que bajan hasta el suelo; eran para que corriera la sangre ¡no había duda! El azar no hace esas cosas.

Las raíces de los árboles se entremezclaban con esas rocas abruptas. Llovía un poco; a lo lejos se levantaban copos de bruma, como grandes fantasmas. Era fácil imaginar a los sacerdotes, bajo el follaje, con

tiara de oro y traje blanco, con sus víctimas humanas con los brazos atados a las espaldas; y en el borde del cuenco a la sacerdotisa druida, observando el arroyo rojo, en tanto que alrededor de ella, la muchedumbre aullaba, en medio del alboroto de los címbalos y de las bocinas hechas con cuernos de uros.

En seguida hicieron un plan.

Y una noche, al claro de la luna, tomaron el camino del cementerio, andando como ladrones, a la sombra de las casas. Las persianas estaban cerradas y las chozas tranquilas; no se oía ni el ladrido de un perro. Acompañados por Gorgu, comenzaron a trabajar. Sólo se oía el ruido de los guijarros golpeados por la pala con la que cavaban en el césped. La cercanía de los muertos les resultaba desagradable; el reloj de la iglesia emitía un continuo estertor y el rosetón de su tímpano tenía el aspecto de un ojo que espiaba a los sacrílegos. Por fin, se llevaron la tina.

Al otro día volvieron al cementerio para ver las huellas de la operación.

El abate, que tomaba el fresco en la puerta, les rogó que le hicieran el honor de visitarlo y cuando los hubo hecho entrar en su salita, los miró de manera singular.

En medio del aparador, entre los platos, había una sopera decorada con ramilletes amarillos.

Pécuchet la elogió, tanto como para decir algo.

—Es un viejo Ruán —dijo el cura—, era de mi familia. Los aficionados la aprecian, el señor Marescot sobre todo.

El, gracias a Dios, no tenía afición por las curiosidades; y como ellos parecían no comprender, les dijo que él mismo los había visto llevándose la pila bautismal.

Los dos arqueólogos quedaron bastante confundidos, balbuciantes. El objeto en cuestión estaba fuera de uso. ¡No importa! Debían devolverlo.

¡Sin duda! Pero por lo menos que se les permitiese llamar a un pintor para que lo dibujara. —Está bien, señores.

—Esto queda entre nosotros, ¿no es cierto? —dijo Bouvard—. "¡Secreto de confesión!"

El eclesiástico, sonriente, los tranquilizó con un gesto. No era a él a quien temían, sino más bien a Larsonneur. Cuando pasara por Chavignolles, querría ver la tina y sus habladurías llegarían a oídos del gobierno. Por prudencia la ocultaron en el galpón dei horno, después en la glorieta, en la cabaña, en un armario. ¡Gorgu estaba cansado de acarrearla de un lado a otro!

La posesión de una pieza así los ligaba al celticismo de Normandía.

Sus orígenes son egipcios. Sééz, en el departamento de Orne, se escribe a veces Sais, como la ciudad del Delta. Los galos juraban por el toro, importación del buey Apis. El nombre latino de Bellocastes, que era el de la gente de Bayeux, viene de Beli Casa, morada, santuario de Belus Belus y Osiris, son la misma divinidad. "Nada se opone —dijo Mangón de la Lande— a que haya habido, cerca de Bayeux, monumentos druídicos". "Esa región —agrega Roussel— se parece a aquella en la cual los egipcios construyeron el templo de Júpiter-Ammon". Por lo tanto, había un templo que encerraba riquezas. Todos los monumentos célticos las tienen.

En 1715, relata dom Martin, un señor Héribel exhumó, en los alrededores de Bayeux, varias vasijas de arcilla llenas de osamentas y llegó a la conclusión (de acuerdo con la tradición y autoridades desvanecidas) que aquel lugar, una necrópolis, era el monte Faunus, donde se enterró el Becerro de oro.

No obstante, el Becerro de oro fue quemado y tragado, a menos que la Biblia se equivoque.

En primer lugar ¿dónde está el monte Faunus? Los autores no lo indican. Los indígenas no saben nada. Se hubiera debido hacer excavaciones; y con esa finalidad enviaron al señor prefecto una petición que no tuvo respuesta. Puede ser que el monte Faunus haya desaparecido y que no fuera una colina sino un túmulo. Pero ¿qué significan los túmulos?

Algunos contienen esqueletos en la posición del feto en el seno de su madre. Eso quiere decir que la tumba era para ellos como una segunda gestación que los preparaba para otra vida. Por lo tanto, el túmulo es un símbolo del órgano hembra, como la piedra erecta lo es del órgano macho.

En efecto, donde quiera que hay menhires, ha persistido un culto obscuro. Prueba de ello es lo que se hacía en Guérande, en Chichebouche, en Croisic, en Livarot... Antiguamente, las torres, las pirámides, los cirios, los mojones de las rutas y hasta los árboles, tenían un significado fálico; y para Bouvard y Pécuchet, todo se convirtió en falo. Recogían varas de coches, patas de sillones, pasadores de sótano, morteros de farmacéutico... Cuando se los iba a ver preguntaban:

—¿A qué cree usted que se parece esto?

Después revelaban el misterio; y si alguien se indignaba, alzaban los hombros con conmiseración.

Una noche, cuando estaban pensando en los dogmas de los druidas, el abate se presentó discretamente.

Inmediatamente le mostraron el museo, empezando por el vitral, pero estaban ansiosos por llegar a un compartimento nuevo, el de los falos. El eclesiástico los detuvo, pues juzgó indecente la exhibición. El iba a reclamar su pila bautismal.

Bouvard y Pécuchet le imploraron por quince días más, el tiempo suficiente como para hacer un vaciado.

—Cuanto antes será mejor —dijo el abate. Después habló de cosas indiferentes.

Pécuchet, que había salido por un minuto, le deslizó un napoleón en la mano.

El sacerdote se echó hacia atrás.

—¡Oh, es para sus pobres!

Y el señor Jeufroy, sonrojándose, metió la moneda de oro en su sotana.

Devolver la tina, ¡la tina de los sacrificios! ¡Nunca en la vida! Hasta querían aprender hebreo, lengua madre del celta, si no es que deriva de ésta. Iban a salir a recorrer Bretaña, comenzando por Rennes, donde se habían citado con Larsonneur para estudiar esa urna mencionada en las memorias de la Academia Céltica que parece haber contenido las cenizas de la reina Artemisa, cuando entró el alcalde, con el sombrero puesto, sin modales, como hombre grosero que era.

—Con eso no se arregla nada, amiguitos. ¡Hay que devolverla!

—¿Devolver qué?

—¡Farsantes! ¡Sé muy bien que la tienen escondida!

Los habían traicionado.

Le respondieron que la retenían con el permiso del señor cura.

—Ya veremos.

Y Foureau se fue. Volvió una hora después. —¡El cura dice que no! Vengan a explicarse.

Se obstinaron. En primer lugar, no tenían ninguna necesidad de esa pila bautismal que no era una pila bautismal. Lo probarían con una multitud de razones científicas. Después, ofrecieron reconocer, en su testamento, que pertenecía a la comuna.

Hasta propusieron comprarla.

—¡Y por otra parte, es de mi propiedad! —repetía Pécuchet. Los veinte francos aceptados por el señor Jeufroy eran una prueba del contrato; y si había que comparecer ante el juez de paz, tanto peor ¡juraría en falso!

Durante esos debates, había vuelto a ver la sopera varias veces y en su alma se había despertado el deseo, la sed, el prurito de esa cerámica. Si se la daban, él devolvería la tina; de otro modo, no. Por cansancio o por miedo al escándalo, el señor Jeufroy cedió.

Fue incorporada a la colección, al lado del gorro de Cauchoise. La tina adornó el pórtico de la iglesia y se consolaron de no tenerla más con la idea de que la gente de Chavignolles ignoraba el valor que tenía.

Pero la sopera despertó en ellos el gusto por la loza; y éste fue un nuevo tema de estudios y de exploración por el campo. . .

Era la época en que la gente distinguida buscaba viejos platos de Ruán. El notario poseía algunos, lo que le había granjeado algo así como una reputación de artista, perjudicial para su profesión, pero de lo que se redimía con otras cosas serias.

Cuando supo que Bouvard y Pécuchet habían adquirido la sopera, fue a proponerles un trueque.

Pécuchet se negó.

– ¡No hablemos más! –Y Marescot examinó la cerámica. Todas las piezas colgadas en los muros eran azules con un fondo de una blancura sucia y algunas mostraban su cuerno de la abundancia de tonos verdes y rojizos; había bacías, platos y bandejas, objetos durante mucho tiempo perseguidos y llevados en el corazón, en el seno de su levita.

Marescot los elogió, habló de otras lozas, de la hispano árabe, de la holandesa, de la inglesa, de la italiana y cuando los hubo deslumbrado con su erudición les dijo:

–¿Me permiten ver de nuevo su sopera?

La hizo sonar golpeándola con un dedo, contempló las dos S pintadas bajo la tapa.

–¡La marca de Ruán! –dijo Pécuchet.

– ¡Oh, Ruán, hablando con propiedad, no tenía marca ninguna! Cuando no se conocía Moustiers toda la loza francesa era de Nevers. Lo mismo sucede con Ruán, hoy. Por otra parte, en Elbeuf la imitan a la perfección.

–¡No es posible!

– ¡Se imita hasta las mayólicas! Su pieza no tiene ningún valor ¡y yo iba a cometer una linda tontería!

Cuando el notario desapareció, Pécuchet se desplomó en el sillón, postrado.

–No hubiéramos debido devolver la tina –dijo Bouvard–; pero tú te exaltas ¡siempre te precipitas!

– ¡Sí, me exalto! –dijo Pécuchet, y tomó la sopera y la arrojó lejos, contra el sarcófago.

Bouvard, más calmo, recogió los pedazos uno por uno y un poco después se le ocurrió esta idea:

–Marescot, por celos, bien puede haberse burlado de nosotros.

–¿Cómo?

–Nada me asegura que la sopera no sea auténtica, mientras que las otras piezas, que él finge admirar, tal vez sean falsas.

Y terminaron el día sumidos en la incertidumbre, en las lamentaciones.

No era aquella una razón para desistir del viaje a Bretaña. Hasta contaban con llevar a Gorgu, quien les ayudaría en las excavaciones.

Hacía algún tiempo que dormía en la casa para poder terminar más rápidamente la reparación del mueble. La perspectiva de un viaje no le agradó y como los oyó hablar de menhires y túmulos que pensaban ver, les dijo:

–Conozco algo mejor. En Argelia, en el sud, cerca de las fuentes de Bou-Moursoug, hay muchos.

Y hasta describió una tumba, abierta ante él, por azar, y que contenía un esqueleto acuclillado como un mono, con los dos brazos alrededor de las piernas.

Larsonneur, a quien le refirieron el hecho, no quiso creerlo.

Pero Bouvard profundizó en la materia e insistió.

¿Cómo es posible que los monumentos de los galos sean informes cuando esos mismos galos estaban civilizados en los tiempos de Julio César? ¿Acaso provienen de un pueblo más antiguo?

Una hipótesis como esa, según Larsonneur, carecía de patriotismo.

¡No importa! Nada prueba que esos monumentos sean obra de los galos.

—¡Muéstranos un texto!

El académico se enojó y no respondió más. Ellos quedaron muy contentos, los druidas ya los tenían hartos.

Si no sabían a qué atenerse respecto de la cerámica y del celticismo, era porque no sabían historia, particularmente historia de Francia.

La obra de Anquetil se encontraba en su biblioteca; pero la serie de reyes holgazanes los divirtió muy poco, la perversidad de los mayordomos de palacio no los indignó para nada y largaron a Anquetil desalentados por la ineptitud de sus reflexiones.

Entonces le preguntaron a Dumouchel "cuál es la mejor historia de Francia".

Y Dumouchel los suscribió a una biblioteca y les envió las cartas de Augustin Thierry, con dos volúmenes del señor de Genoude.

Según este escritor, la realeza, la religión y las asambleas nacionales, son "los principios" de la nación francesa, los que se remontan a los merovingios. Los carolingios los derogaron. Los Capetos, de acuerdo con el pueblo, se esforzaron por mantenerlos. Según Luis XIII el poder absoluto se estableció para vencer al protestantismo, último esfuerzo del feudalismo y el 89 es un regreso a la constitución de nuestros abuelos. Pécuchet admiró esas ideas.

A Bouvard, que antes había leído a Agustín Thierry, le daban lástima.

—¿Qué cuento es ese, el de tu nación francesa? ¡Si no existían Francia ni asambleas nacionales! ¡Y los carolingios no usurparon absolutamente nada! ¡Y los reyes no exentaron a las comunas! ¡Lee tú mismo!

Pécuchet se rindió a la evidencia y pronto lo rebasó en rigor científico. Hubiera considerado una deshonra decir Charlemagne y no Karl le Grand, Clovis en lugar de Clodowig.

No obstante, estaba seducido por Genoude y le parecía ingenioso eso de unir los dos extremos de la historia de Francia, tanto que lo del medio resulta puro relleno, y para saber a qué atenerse recurrieron a la colección de Buchez y Roux.

Pero el "pathos" de los prefacios, esa amalgama de socialismo y de catolicismo, les fue inaguantable, los detalles demasiado numerosos impedían ver el conjunto. Echaron mano del señor Thiers.

Era en el verano de 1845, en el jardín, bajo la glorieta. Pécuchet, con los pies en un pequeño banco, leía en voz alta con su voz cavernosa, sin fatigarse, no deteniéndose sino para meter los dedos en su tabaquera. Bouvard lo escuchaba con la pipa en la boca, las piernas abiertas, el pantalón desabrochado.

Algunos ancianos les habían hablado del 93 y los recuerdos casi personales daban vida a las chatas descripciones del autor. En aquellos tiempos, los caminos estaban cubiertos por soldados que cantaban *La Marsellesa*. Bajo el dintel de las puertas, había mujeres sentadas cosiendo tela para hacer tiendas. A veces llegaba una oleada de hombres de gorro rojo, que mostraban en la punta de una pica una cabeza descolorida con los cabellos colgando. La alta tribuna de la Convención señoreaba sobre una nube de polvo en medio de la cual, rostros furiosos proferían gritos de muerte.

Cuando se pasaba, en pleno día, cerca del estanque de las "Fullerías, se oía el golpe de la guillotina, como mazazos.

Y la brisa removía los pámpanos de la glorieta, la cebada madura se balanceaba de tanto en tanto, un mirlo silbaba... Y miraban alrededor de ellos y saboreaban esa tranquilidad. Qué lástima que desde un principio no haya habido un entendimiento, porque si los realistas hubiesen pensado como los patriotas y si la Corte

hubiera actuado con un poco más de franqueza y sus adversarios con menos violencia, se habría ahorrado muchas desgracias.

A fuerza de charlas del asunto llegaron a apasionarse. Bouvard, espíritu liberal y corazón sensible, fue constitucionalista, girondino, termidoriano. Pécuchet, bilioso y de tendencias autoritarias, se proclamó descamisado y hasta robespierrista.

Aprobaba la condena del rey, los decretos más violentos, el culto del Ser Supremo. Bouvard prefería el de la naturaleza. El hubiera saludado con placer la imagen de una gran mujer vertiendo de sus pechos a sus adoradores, no agua, sino "chambertin".¹

Para contar con más hechos con que respaldar sus argumentos, se procuraron otras obras, como Montgaillard, Prudhomme, Gallois, Lacretelle, etc., y las contradicciones de esos libros no los molestaron de ningún modo. Cada uno tomaba de ellos lo que podía servir para defender su causa. Así Bouvard no dudaba de que Danton hubiese aceptado cien mil escudos para presentar mociones que perderían a la República; y según Pécuchet, Vergniaud había pedido seis mil francos por mes.

— ¡Nunca en la vida! Explícame, mejor, por qué la hermana de Robespierre tenía una pensión de Luis XVIII.

— ¡Nada de eso! Era de Bonaparte. Y ya que lo tomas así, dice ¿quién fue el personaje que poco tiempo antes de la muerte de Egalité, tuvo una entrevista secreta con él? ¡Quiero que se reimprimen en las memorias de la Campan los párrafos suprimidos! La muerte del Delfín me parece sospechosa. El estallido del polvorín de Grenelle mató a dos mil personas. Causa desconocida, dicen. ¡Qué estupidez!

Porque, claro, Pécuchet estaba a un paso de saber cuál había sido, y atribuía todos los crímenes a los aristócratas y al oro extranjero.

En el espíritu de Bouvard, el "subid al cielo hijos de San Luis", las vírgenes de Verdún y los calzones de piel humana eran indiscutibles. Admitía las listas de Prudhomme, que registraban un millón de víctimas exactamente.

Pero el Loira rojo de sangre desde Saumur hasta Nantes, en una longitud de dieciocho leguas, le hizo pensar. Pécuchet también abrigó dudas y les tomaron desconfianza a los historiadores.

La Revolución era, para unos, un acontecimiento satánico; otros la proclamaban una excepción sublime. Los vencidos de cada bando, naturalmente, son mártires.

Thierry demuestra, a propósito de los Bárbaros, lo tonto que es tratar de saber si tal príncipe fue bueno o tal otro fue malo. ¿Por qué no emplear el mismo método en el estudio de épocas más recientes? Pero la Historia tiene que vengar a la moral. Le estamos agradecidos a Tácito por haber destrozado a Tiberio. Después de todo, que la reina haya tenido amantes, que Dumouriez se propusiese traicionar desde Valmy, que en Pradial haya sido Montaña o Gironda quienes comenzaran, y en Termidor los jacobinos o los llanos, importa poco con relación al desarrollo de la Revolución, cuyos orígenes son profundos y los resultados incalculables. Por lo tanto, debía consumarse, ser lo que fue, pero supóngase la fuga del rey sin impedimento, Robespierre escapando o Bonaparte asesinado, azares que dependían de un posadero menos escrupuloso, de una puerta abierta, de un centinela dormido, y la marcha del mundo hubiese cambiado.

Ya no tenían ni una idea firme sobre los hechos y los hombres de esa época.

Para juzgarla con imparcialidad, hubiera debido leerse todas las historias, todas las memorias, todos los diarios y todos los documentos manuscritos, porque de la más pequeña omisión puede

¹ Vino tinto de Borgoña.

dependen un error que lleve a otro y así hasta el infinito. Renunciaron a ello. Pero ya le habían tomado el gusto a la Historia y buscaban la verdad por la verdad misma.

¿Puede ser que sea más fácil de descubrir en las épocas antiguas? Los autores, al estar lejos de las cosas, debían hablar de ellas sin apasionamiento. Y comenzaron con el bueno de Rollin.

—¡Qué montón de pamplinas! —exclamó Bouvard ya en el primer capítulo.

—¡Espera un poco! —dijo Pécuchet, al mismo tiempo que revolvió en el fondo de la biblioteca, donde se amontonaban los libros del anterior propietario, un viejo jurisconsulto, maniático y espíritu culto. Y después de apartar muchas novelas y obras de teatro, junto con un Montesquieu y traducciones de Horacio, encontró lo que buscaba, la obra de Beaufort sobre historia romana.

Tito Livio atribuye a Rómulo la fundación de Roma. Salustio concede ese honor a los troyanos de Eneas. Según Fabius Pictor, Coriolano murió en el exilio debido a las estratagemas de Attius Tullus, si se ha de creer a Denys. Séneca afirma que Horatius Cocles regresó victorioso, Dion, que fue herido en la pierna. Y La Mothe le Vayer expresa dudas parecidas con relación a los otros pueblos.

No se está de acuerdo acerca de la antigüedad de los caldeos, el siglo de Hornero, la existencia de Zoroastro, los dos imperios de Asiría. Quinto Curcio contó cuentos. Plutarco desmintió a Herodoto. Si Vercingétorix hubiera escrito sus comentarios, tendríamos de César una idea diferente.

La historia antigua es oscura por falta de documentos. Estos abundan en la moderna. Y Bouvard y Pécuchet volvieron a Francia y la emprendieron con Sismondi.

La sucesión de tantos nombres les daba ganas de conocerlos más profundamente, de mezclarse con ellos. Querían examinar los originales, Grégoire de Tours, Monstrelet, Commines, todos aquellos cuyos nombres eran extraños o agradables.

Pero los acontecimientos se enredaron dado que no sabían las fechas.

Felizmente tenían la mnemotecnia de Dumouchel, un in-12 encuadernado con este epígrafe: "Instruir divirtiéndose", en la que se combinaban los tres sistemas, el de Allévy, el de Páris y el de Feinagle.

Allévy transforma las cifras en figuras; el número 1 está representado por una torre, el 2 por un pájaro, el 3 por un camello y así de seguido. Páris impresiona a la imaginación por medio de jeroglíficos; de un sillón guarnecido con tornillos¹ resultará Clou, vis = Clovis; y como el ruido de la fritura es "ric, ric", unas pescadillas en una sartén recordarán a Chilpéric. Feinagle divide el universo en casas, las que contienen piezas, cada una con cuatro paredes con nueve paneles y cada uno de estos tiene un emblema. Así, el primer rey de la primera dinastía ocupará en la primera pieza el primer panel. Un faro sobre un monte indicará cómo se llamaba "Phar á mond", según el sistema Páris, y de acuerdo con Allévy, colocando encima un espejo que significa 4, un pájaro, 2, y un aro, 0, se obtendrá 420, fecha del advenimiento de este príncipe.

Para mayor claridad, tomaron como base mnemotécnica su propia casa, su domicilio, asignando a cada una de sus partes un hecho distinto; y el patio, el jardín, los alrededores, toda la comarca no tuvieron otro sentido que el de facilitar la memoria. Los mojones en el campo limitaban ciertas épocas, los manzanos eran árboles genealógicos, los matorrales, batallas, el mundo se convertía en un símbolo. Buscaban en las paredes una cantidad de cosas ausentes, terminaban por verlas, pero ya no sabían las fechas que representaban.

Por otra parte, las fechas no siempre son auténticas. En un manual escolar aprendieron que el nacimiento de Jesús debe ser retrotraído a cinco años antes de la fecha que habitualmente se re-

¹ Guarnecido con tornillos, en francés *Garni de clous é vis*.

conoce, que los griegos tenían tres maneras de contar las olimpiadas y los latinos ocho para hacer comenzar el año. Todas estas posibilidades eran otras tantas ocasiones para cometer un error sin contar las que derivan de los zodíacos, las eras y los calendarios diferentes.

Y de la despreocupación por las fechas, pasaron al desdén de los hechos.

¡Lo que de veras es importante es la filosofía de la historia!

Bouvard no pudo acabar el célebre discurso de Bossuet.

—¡El águila de Meaux es un farsante! ¡Olvida a China, la India y América! Pero pone mucho cuidado en decirnos que Teodosio era "la alegría del universo", que Abraham "trataba en un pie de igualdad a los reyes" y que la filosofía de los griegos descende de los hebreos. ¡Su preocupación por los hebreos me irrita!

Pécuchet compartía esta opinión y quiso hacerle leer a Vico.

—¿Cómo admitir —objetaba Bouvard— que las fábulas sean más verdaderas que las verdades de la historia?

Pécuchet trató de explicar los mitos y se perdió en la *Scienza Nuova*.

—¿Negarás acaso los destinos de la Providencia?

— ¡No los conozco! —dijo Bouvard.

Y decidieron remitirse a Dumouchel.

El profesor confesó que en esos momentos estaba desconcertado en cuanto a historia.

—Cambia todos los días. ¡Se objeta a los reyes de Roma y a los viajes de Pitágoras! Se ataca a Belisario, a Guillermo Tell y hasta al Cid, convertido, merced a los últimos descubrimientos, en un simple bandido. Es de desear que no se hagan más descubrimientos y el mismo Instituto debería establecer una especie de canon que prescribiera lo que hay que creer. En post scriptum enviaba reglas de crítica tomadas del curso de Daunou:

"—Citar como prueba el testimonio de las muchedumbres, es mala prueba; las muchedumbres ya no están aquí para responder.

—Rechace las cosas imposibles. A Pausanias se le hizo ver la piedra tragada por Saturno.

—La arquitectura puede mentir. Un ejemplo, el Arco del Foro, donde Tito es llamado el primer vencedor de Jerusalén, conquistada antes que por él, por Pompeyo.

"—Las medallas engañan, a veces. Bajo Carlos IX, se acuñaron monedas con el sello de Enrique II.

"—Tomar en cuenta la intención de los falsarios, el interés de los apologistas y de los calumniadores".

Pocos historiadores trabajaron con arreglo a estas normas; todos lo hicieron para servir a una causa especial, a una religión, a una nación, un partido, un sistema o para reprender a los reyes, aconsejar al pueblo u ofrecer ejemplos morales. Los otros, los que sólo pretenden narrar, no valen más, pues no puede decirse todo, siempre hay que elegir. Pero en la selección de documentos no podrá dejar de actuar un cierto criterio y como éste varía según las condiciones del escritor, la historia nunca será fijada. —Es triste —pensaban.

No obstante, se podría tomar un tema, agotar las fuentes, analizarlas bien, después condensarlas en una narración que sería como un resumen de las cosas que reflejara toda la verdad. Una obra así le parecía realizable a Pécuchet. —¿Quieres que tratemos de escribir una historia? —No pido otra cosa, pero ¿cuál? — Efectivamente, ¿cuál?

Bouvard se había sentado. Pécuchet caminaba de un lado a otro por el museo, cuando de pronto vio la mantequera y se detuvo de golpe.

—¿Si escribiéramos la vida del duque de Angulema? —Pero ¡si era un imbécil! —respondió Bouvard. — ¡Qué importa! Los personajes de segundo plano a veces tienen una influencia enorme, y éste, a lo mejor tenía el manejo de los negocios.

En los libros encontrarían información y el señor de Faverges también la tendría, de él mismo y de viejos gentiles-hombres de su amistad.

Meditaron el proyecto, lo discutieron y por fin resolvieron pasar quince días en la Biblioteca Municipal, de Caen para hacer algunas investigaciones.

El bibliotecario puso a disposición de ellos historias generales y folletos, con una litografía coloreada que representaba, de tres cuartos, a Monseñor el duque de Angulema.

El paño azul de su uniforme desaparecía bajo los galones, las medallas y el gran cordón rojo de la Legión de Honor. Una gorguera extremadamente alta ceñía su largo cuello. Su cabeza piriforme estaba enmarcada por los rizos de su cabellera y de sus delgadas patillas; y unos pesados párpados, una poderosa nariz y gruesos labios daban a su rostro una expresión de bondad insignificante.

Tomaron algunas notas y después redactaron un programa.

Nacimiento e infancia poco interesantes. Uno de sus maestros fue el abate Guénée, el enemigo de Voltaire. En Turín le hicieron fundir un cañón y estudió las campañas de Carlos VIII. De tal modo es nombrado, a pesar de su juventud, coronel de un regimiento de guardias-nobles.

97. Su casamiento.

1814. Los ingleses se apoderan de Bordeaux. El corre detrás de ellos y se muestra en persona a los habitantes. Descripción de la persona del príncipe.

1815. Bonaparte lo sorprende. Llama inmediatamente al rey de España y Tolón, sin Masséna, es entregada a Inglaterra.

Operaciones en el Mediodía. Es derrotado pero se le devuelve la libertad bajo promesa de restituir los diamantes de la corona, llevados al galope tendido por el Rey, su tío.

Después de los Cien Días vuelve con sus padres y vive tranquilo. Pasan varios años.

Guerra de España. Desde que cruza los Pirineos la victoria sigue por todas partes al nieto de Enrique IV. Toma el Trocadero, alcanza las columnas de Hércules, aplasta a las facciones, abraza a Fernando y regresa.

Arcos de triunfo, flores que le ofrecen las muchachas, cenas en las prefecturas, *Te Deum* en las catedrales. Los parisienses están en el colmo de la embriaguez. La ciudad le ofrece un banquete. En los teatros se cantan alusiones al Héroe.

El entusiasmo disminuye. En 1827, en Cherbourg, un baile, organizado por suscripción, fracasa.

Como es gran almirante de Francia, inspecciona la flota que va a zarpar para Argel.

Julio de 1830. Marmont le informa del estado de los asuntos. Entonces se pone tan furioso que se hiere la mano con la espada del general.

El rey le confía el mando de todas las fuerzas.

En el bosque de Boulogne encuentra destacamentos de línea y no encuentra una palabra para decirles.

De Saint Cloud corre al puente de Sévres. Frialdad de las tropas. Esto no lo hace vacilar. La familia real deja el Trianon. El se sienta al pie de una encina, despliega un mapa, medita, vuelve a montar, pasa delante de Saint Cyr y envía a los alumnos palabras de esperanza.

En Rambouillet los guardias de corps le dicen adiós. Se embarca, pero durante toda la travesía está enfermo. Fin de su carrera.

Se debe destacar la importancia que en ella tuvieron los puentes. En primer lugar, se arriesgó inútilmente en el puente del Inn, tomó el puente Saint Esprit y el puente de Lauriol; en Lyon, los dos puentes le son funestos y su fortuna expira ante el puente de Sévres.

Cuadro de sus virtudes. Sería innecesario alabar su coraje, al cual se unía un gran talento político, como que ofreció sesenta francos a cada soldado para que abandonara al Emperador y, en España, trató de sobornar a los Constitucionales a fuerza de dinero.

Su discreción era tanta que consintió el proyectado casamiento de su padre con la reina de Etruria, la formación de un gabinete nuevo después de las ordenanzas, la abdicación en favor de Chambord, todo lo que se quiso.

Sin embargo, no carecía de firmeza. En Angers licenció a la infantería de la guardia nacional la cual, celosa de la caballería, por medio de una maniobra, había logrado formarle escolta, de modo tal que su

Alteza se encontró cercado por los infantes al punto de serle imposible mover las rodillas. Pero censuró a la caballería, causa del desorden y perdonó a la infantería, verdadero juicio de Salomón.

Su piedad se manifestó en numerosas devociones, y su clemencia al obtener el perdón del general Debelle, quien se había levantado en armas contra él. Detalles íntimos; rasgos del Príncipe: En el castillo de Beauregard, en su infancia, se complació en cavar, junto con su hermano, un estanque que aún puede verse. Una vez visitó el cuartel de los cazadores, pidió un vaso de vino y lo bebió a la salud del Rey.

Cuando se paseaba, para marcar el paso, se decía a sí mismo: ¡Uno, dos; uno, dos; uno, dos! Se recuerdan algunas de sus frases:

A una diputación de bordeleses: "Lo que me consuela de no estar en Burdeos ¡es el estar aquí con ustedes!"

A los protestantes de Nimes: "Yo soy buen católico, ¡pero nunca olvidaré que el más ilustre de mis antepasados fue protestante!"

A los alumnos de Saint Cyr, cuando todo estaba perdido: "Muy bien, mis amigos; las noticias son buenas. ¡Todo va bien, muy bien!"

Después de la abdicación de Carlos X: "Ya que no quieren saber nada conmigo, ¡que se las arreglen!"

Y en 1814, con cualquier motivo, hasta en la aldea más pequeña: "¡Basta de guerra! ¡Basta de conscripción! ¡Basta de derechos reunidos!"

Su estilo era digno de sus palabras. Sus proclamas lo superan todo.

La primera, la del conde de Artois, comienza así: –¡Franceses, el hermano de vuestro rey ha llegado! La del príncipe:

– ¡Ya estoy aquí! ¡Soy el hijo de vuestros reyes! ¡Vosotros sois franceses!

Orden del día fechada en Bayonne:

–¡Soldados, ya estoy aquí!

Otra, en plena retirada:

–Continuad sosteniendo con el vigor propio del soldado francés la lucha que habéis comenzado. ¡Es lo que Francia espera de vosotros!

Y la última, en Rambouillet:

–El rey ha entablado tratativas con el gobierno establecido en París y todo hace creer que se está a punto de llegar a un acuerdo. – Ese "todo hace creer" era sublime.

–Hay algo que me molesta –dijo Bouvard– y es que no se habla de sus asuntos amorosos.

Y anotaron al margen: ¡Buscar los amores del príncipe! Cuando estaban por partir, el bibliotecario recordó que había otro retrato del duque y se los mostró.

En éste aparecía como coronel de coraceros, de perfil, los ojos más pequeños aún, la boca abierta y cabellos lacios al viento.

¿Cómo conciliar los dos retratos? ¿Tenía los cabellos lacios o crespos? A no ser que, en su coquetería, hubiese llegado a hacérselos rizar.

Asunto grave, según Pécuchet, pues la cabellera denota el temperamento, y el temperamento al individuo.

Bouvard pensaba que no se sabe nada de un hombre en tanto se ignoran sus pasiones, y para aclarar esos dos puntos se presentaron en el castillo de Faverges. El conde no estaba y eso los retrasaba en su trabajo. Volvieron a su casa ofendidos.

La puerta de la casa estaba abierta de par en par. No había nadie en la cocina. Subieron las escaleras y ¿qué vieron en medio de la habitación de Bouvard? A la señora Bordin que miraba a derecha y a izquierda.

–Discúlpenme –dijo, haciendo un esfuerzo por sonreír–. Hace una hora que busco a la cocinera de ustedes; la necesitaría, para lo de mis conservas.

La encontraron en la leñera, en una silla, durmiendo profundamente. La sacudieron y abrió los ojos.

–¿Qué pasa ahora? ¡Usted está siempre persiguiéndome con sus preguntas!

Estaba claro que en ausencia de ellos, la señora Bordin la interrogaba.

Germaine salió de su sopor y dijo que estaba indigestada. –Me quedo para cuidarla –dijo la viuda. Entonces vieron en el patio un gran gorro cuyos flecos se agitaban. Era la señora Castillon, la granjera. Gritaba:

–¡Gorgu, Gorgu!

Y desde el granero la voz de la criadita respondió:

–¡No está aquí!

Bajó a los cinco minutos, con las mejillas rojas, muy sobresaltada. Bouvard y Pécuchet le reprocharon su lentitud. Ella desabrochó sus polainas sin decir nada.

En seguida fueron a ver el cofre.

Sus pedazos estaban esparcidos por todo el salón del horno; las esculturas estaban dañadas, los batientes rotos.

Ante ese espectáculo, ante esa nueva decepción, Bouvard contuvo el llanto y Pécuchet comenzó a temblar.

Gorgu apareció casi en seguida y contó lo sucedido: acababa de sacar el cofre para barnizarlo cuando una vaca vagabunda lo había atropellado.

–¿De quién era la vaca? –dijo Pécuchet.

–No sé.

– ¡Ah, y había dejado la puerta abierta como hace un rato! ¡La culpa es suya!

Ya no querían saber nada de él, por otra parte; hacía mucho tiempo que le daba largas al asunto y tampoco querían saber nada de su persona ni con su trabajo.

Los señores se equivocaban. El daño no era tan grande. Antes de tres semanas todo estaría terminado. Y Gorgu los acompañó hasta la cocina, donde llegaba Germaine, arrastrándose, para hacer la comida.

Vieron en la mesa una botella de calvados a la que le faltaban tres cuartos de su contenido.

–Fue usted, sin duda.

–¿Yo? ¡Nunca!

Bouvard insistió:

– ¡Usted era el único hombre en la casa!

–Está bien. ¿Y las mujeres? –respondió el obrero, con un guiño oblicuo.

Germaine lo sorprendió:

–¿Por qué no dice directamente que fui yo?

– ¡Con seguridad que fue usted!

–¡Y fui yo también la que rompió el armario!

Gorgu dio un respingo:

–¿No se dan cuenta de que está borracha?

Entonces comenzaron a reñir violentamente, él pálido, burlón, ella roja, arrancándose mechadas de cabellos grises de debajo de su gorro de algodón. La señora Bordin defendía a Germaine, Mélie a Gorgu.

La vieja estalló:

—¿No es abominable que pasen los días juntos en el bosquecito, sin hablar de las noches? ¡Parisiense explotador de burguesas que no hace otra cosa que contarles mentiras a los amos!

Los ojos de Bouvard se abrieron desmesuradamente.

—¿Qué mentiras?

— ¡Se está burlando de ustedes!

— ¡Nadie se burla de mí! —exclamó Pécuchet, e indignado por su insolencia, exasperado por los desengaños, la echó.

Que se largara en seguida. Bouvard no se opuso a esta decisión. Y se retiraron dejando a Germaine sollozando sobre su desdicha, mientras que la señora Bordin trataba de consolarla.

A la noche, cuando recobraron la calma, recordaron los acontecimientos, se preguntaron quién había bebido el calvados, cómo se había roto el mueble, qué reclamaba la señora Castillon llamando a Gorgu y si había deshonrado a Mélie.

—No sabemos lo que sucede en nuestra propia casa —dijo Bouvard— y pretendemos descubrir cómo eran los cabellos y los amores del duque de Angulema.

Pécuchet agregó:

—¡Y cuántos otros problemas más grandes y más difíciles hay!

De donde infirieron que los hechos exteriores no lo son todo. Hay que complementarlos con la psicología. Sin la imaginación, la Historia es defectuosa.

—¡Hagámonos enviar algunas novelas históricas!

5

En primer lugar leyeron a Walter Scott.

Fue como descubrir un nuevo mundo.

Los hombres del pasado que para ellos eran sólo fantasmas o nombres, se convirtieron en seres vivientes, reyes, príncipes, brujos, criados, guardabosques, monjes, zíngaros, mercaderes y soldados que discutían, combatían, viajaban, traficaban, comían y bebían, cantaban y oraban, en la sala de armas de los castillos, en el banco negro de las posadas, en las calles tortuosas de las ciudades, bajo el alero de las tiendas, en los claustros de los monasterios. Paisajes artísticamente compuestos rodeaban las escenas como un decorado de teatro. Se sigue con la mirada a un caballero que galopa a lo largo de la playa. Se respira, en medio de la retama, la frescura del viento, la luna ilumina lagos por los que se desliza un barco, el sol hace relucir las corazas, la lluvia cae sobre las chozas de follaje. Aunque no conocían los modelos, esas pinturas le parecían veraces y la ilusión era completa. Así pasó el invierno.

Cuando terminaban de comer, se instalaban en la salita, uno de cada lado de la chimenea y así, frente a frente, con un libro en la mano, leían silenciosamente. Cuando caía el día, iban a pasear por el camino principal, cenaban apresuradamente y continuaban con su lectura a la noche. Para protegerse de la lámpara Bouvard se ponía anteojos azules y Pécuchet llevaba la visera de su gorra echada sobre la frente.

Germaine no se había ido y Gorgu, de cuando en cuando, iba a escarbar en el jardín, pues habían acabado por abrir paso a la indiferencia, al olvido de las cosas materiales.

Después de Walter Scott, Alejandro Dumas los divirtió como una linterna mágica. Sus personajes, vivaces como monos, fuertes como bueyes, alegres como castañuelas, entran y salen repentinamente, saltan de los techos al empedrado, reciben espantosas heridas de las que curan, se los cree muertos y reaparecen. Hay

trampas en los pisos, antidotos, disfraces y todo se enreda, acontece y se desenreda, sin un minuto para detenerse a pensar. El amor conserva la decencia, el fanatismo es alegre y los crímenes hacen sonreír.

Esos dos maestros los hicieron exigentes y no pudieron tolerar el fárrago de Bélisaire, la ingenuidad de Numa Pompilius, Marchangy ni d'Arlincourt.

El color de Frédéric Soulié les pareció insuficiente, lo mismo que el del bibliófilo Jacob, y el señor Villemain los escandalizó mostrando en la página 65 de su *Las caris*, un español que fuma la pipa, "una larga pipa árabe", en medio del siglo XV.

Pécuchet consultaba las biografías universales y se puso a pasar revista a Dumas desde el punto de vista científico. El autor, en *Las dos Dianas* equivoca las fechas. El casamiento del Delfín Francois se realizó el 14 de octubre de 1548 y no el 20 de marzo de 1549. ¿Cómo sabe (ver *El paje del duque de Saboya*) que Catalina de Médicis, después de la muerte de su esposo quería reanudar la guerra? Es poco probable que se haya coronado al duque de Anjou, a la noche, en una iglesia, episodio que ameniza a *La Dama de Montsoreau*. En la *Reine Margot* principalmente pululan los errores. El duque de Nevers no estaba ausente. Opino en el consejo antes de la Saint Barthélemy. Y Enrique de Navarra no siguió a la procesión cuatro días después. Y Enrique III no volvió de Polonia tan rápidamente. Y además, ¡qué cantilena! el milagro de los espinos, el balcón de Carlos IX, los guantes envenenados de Jeanne d'Albert. Pécuchet no tuvo más confianza en Dumas.

Hasta perdió todo respeto por Walter Scott debido a las meteduras de pata de su *Quentin Durward*. El crimen del obispo de Liége está quince años adelantado. La mujer de Robert de Lamark era Jeanne d'Archel y no Hamelin de Croy. Lejos de ser muerto por un soldado, fue matado por Maximiliano, y la cara del Temerario, cuando se encontró su cadáver, no expresaba ninguna amenaza, puesto que los lobos la habían devorado a medias.

No obstante Bouvard continuó con Walter Scott pero acabó por aburrirse de la repetición de los mismos efectos. La heroína, habitualmente, vive en el campo con su padre, y el enamorado, un niño robado, acaba por ser rehabilitado, recupera sus derechos y vence a sus rivales. Siempre hay un mendigo filósofo, un buen castellano toscano, muchachas puras, criados chistosos e interminables diálogos, una estúpida mojigatería, una falta completa de profundidad. Por odio a esa mescolanza Bouvard tomó a George Sand.

Lo entusiasmaron las bellas adúlteras y los nobles amantes, hubiera querido ser Jacques, Simón, Bénédicte, Lélío y vivir en Venecia. Suspiraba, no sabía qué le pasaba y se encontraba a sí mismo cambiado.

Pécuchet, que trabajaba con la literatura histórica, estudiaba las obras de teatro. Se tragó dos Pharamond, tres Clovis, cuatro Charlemagne, varios Philippe Auguste, un montón de Juanas de Arco y muchas marquesas de Pompadour y conspiraciones de Cellamare.

Casi todas le parecieron más tontas aun que las novelas, ya que para el teatro existe una historia convencional que no se puede destruir. Luis XI no dejará de arrodillarse ante las figurillas de su sombrero, Enrique IV estará constantemente jovial, María Estuardo llorosa, Richelieu cruel. En fin, todos los caracteres se muestran monolíticos, por amor a las ideas simples y respeto de la ignorancia, tanto que el dramaturgo, lejos de elevar, rebaja, en lugar de instruir, idiotiza.

Como Bouvard le había alabado a George Sand, Pécuchet se puso a leer *Consuelo*, *Horace*, *Mauprat* y fue seducido por la defensa de los oprimidos, por el aspecto social y republicano, por las tesis.

Según Bouvard, eso arruinaba la ficción y pidió a la biblioteca novelas de amor.

En voz alta y una tras otra recorrieron *La Nouvelle Héloïse*, *Delphine*, *Adolphe*, *Ourika*. Pero los bostezos del que escuchaba contagiaban a su compañero, que pronto dejaba caer el libro de sus manos. Les reprochaban a todos esos autores el no decir nada del ambiente, de la época, de las costumbres de los personajes. ¡Sólo el corazón interesaba; siempre los sentimientos! ¡Como si en el mundo no hubiera habido otra cosa!

Después probaron con las novelas humorísticas, como *Le voyage autour de ma chambre*, por Xavier de Maistre, *Sous les Tilleuls* de Alphonse Karr. En este tipo de libro, es costumbre interrumpir la narración para hablar de su perro, de sus pantuflas o de su amante. Un tal desenfado les encantó, en un principio, después les pareció estúpido, pues el autor deja de lado su obra y exhibe su persona.

Por necesidad de dramatismo se sumergieron en las novelas de aventuras y la intriga les interesaba tanto más cuanto más enrevesada, extraordinaria e imposible era. Se dedicaron a prever los desenlaces y llegaron a hacerlo con gran habilidad, pero se cansaron de ese entretenimiento indigno de espíritus serios.

La obra de Balzac los maravilló, por lo que hay en ella de babilónico y, al mismo tiempo, de mota de polvo bajo el microscopio. De las cosas más banales, surgieron nuevos aspectos. No habían sospechado que la vida moderna fuese tan profunda.

—¡Qué observador! —exclamó Bouvard.

—Yo lo encuentro quimérico —acabó por decir Pécuchet—.

Cree en las ciencias ocultas, en la monarquía, en la nobleza, lo deslumbran los pillos, maneja los millones como si fueran céntimos y sus burgueses no son burgueses, sino colosos. ¿Por qué inflar lo que es chato y describir tantas tonterías? Escribió una novela sobre la química, otra sobre la banca, otra sobre las máquinas de imprenta. Como aquel Ricard que había escrito sobre "el cochero de plaza", "el aguatero", "el vendedor de coco". Tendremos novelas sobre todos los oficios y sobre todas las provincias, después sobre todas las ciudades y los pisos de cada casa y sobre cada individuo, lo que ya no será literatura, sino estadística o etnografía.

Poco le importaba a Bouvard el procedimiento. El quería instruirse, ir cada vez más al fondo en el conocimiento de las costumbres. Releyó Paul de Kock, ojeó a viejos ermitaños de la Chaussée d'Antin.

—¿Cómo se puede perder el tiempo con ineptias semejantes? —decía Pécuchet.

—Más tarde será muy curioso como documento.

—¡Sal de ahí con tus documentos! Yo exijo algo que me exalte, que me arranque de las miserias de este mundo.

Y Pécuchet, proclive a lo ideal, impulsó a Bouvard, insensiblemente, hacia la tragedia.

La lejanía en que transcurre, los intereses que en ella se ponen en juego y la condición de los personajes les insuflaban algo como un sentimiento de grandeza. Un día, Bouvard tomó *Athalie* y dijo el sueño tan bien que Pécuchet quiso intentarlo a su vez. Desde la primera frase su voz se perdió en una especie de zumbido. Era monótona y, aunque fuerte, indistinta.

Bouvard, lleno de experiencia, le aconsejó para educarla, que la llevara del tono más bajo al más alto, y que luego la bajara, emitiendo dos gamas, una ascendente y otra descendente, y él mismo practicaba esos ejercicios a la mañana, en su cama, acostado de espaldas, según los preceptos de los griegos. Pécuchet, mientras tanto, trabajaba de la misma manera. La puerta estaba cerrada y berreaban por separado.

Lo que les gustaba de la tragedia era el énfasis, los discursos sobre política y las máximas de perversidad.

Aprendieron de memoria los diálogos más famosos de Racine y de Voltaire y los declamaban en el corredor. Bouvard caminaba como en el teatro francés, con la mano en el hombro de Pécuchet, y deteniéndose de cuando en cuando, ponía los ojos en blanco, abría los brazos y acusaba a los hados. Daba hermosos gritos de dolor en el *Philoctète* de La Harpe, tenía un lindo hipo en *Gabrielle de Vergy* y cuando representaba a Denys, tirano de Siracusa, la manera de mirar a su hijo mientras le decía "¡Monstruo digno de mí!" era formidable. Pécuchet olvidaba su parte. Le faltaban recursos, no buena voluntad.

Una vez, en la *Cleopatra* de Marmontel se le ocurrió reproducir el silbido del áspid tal como debía haberlo hecho el autómatas inventado para eso por Vaucanson. Este efecto fallido los hizo reír hasta la noche. Su estimación por la tragedia decayó.

Bouvard fue el primero en hartarse y con toda franqueza demostró lo artificial y achacosa que era, la necedad de sus medios y lo absurdo de sus confidentes.

Y abordaron la comedia, que es la escuela de los matices. Hay que dislocar la frase, subrayar las palabras, sopesar las sílabas. Pécuchet no pudo lograrlo y fracasó completamente como Célimene.

Por otra parte, encontraba a los enamorados muy fríos, a los respondones muy pesados, a los criados intolerables, a Clitandre y Sganarelle tan falsos como Egisthe y Agamemnon.

Quedaba la comedia seria o tragedia burguesa, aquella en la que se ve a padres de familia desconsolados, a criados salvando a sus amos, ricachones ofreciendo su fortuna, costureras inocentes e infames sobornadores, género que va desde Diderot hasta Pixérécourt. Todas esas obras en las que se predica la virtud los disgustaron por triviales.

El drama de 1830 les encantó por su movimiento, su color, su juventud. Casi no establecían diferencia entre Víctor Hugo, Dumas y Bouchardy. La dicción ya no debía ser pomposa o fina, sino lírica y desordenada.

Un día en que Bouvard trataba de hacer comprender a Pécuchet la manera de actuar de Frédéric Lemaitre, apareció de improviso la señora Bordin con su chal verde y un volumen de Pigault Lebrun que traía para devolver, pues esos señores tenían la amabilidad de prestarle novelas de cuando en cuando.

–Pero... ¡continúen!

Había llegado hacía unos minutos y le era placentero oírlos.

Ellos se disculparon; ella insistió.

–¡Dios mío! –dijo Bouvard–. Nada nos impide...

Pécuchet adujo, por vergüenza mal entendida, que no podían actuar de buenas a primeras, sin trajes.

–¡Efectivamente! Tendríamos que disfrazarnos.

Y Bouvard buscó un objeto cualquiera, sólo encontró el gorro griego y lo tomó.

Como el corredor no era lo bastante ancho, bajaron al salón.

Las arañas corrían por las paredes y los especímenes geológicos que cubrían el piso habían blanqueado con su polvillo el terciopelo de los sillones. En el menos sucio pusieron un paño para que la señora Bordin pudiera sentarse.

Había que ofrecerle algo bueno. Bouvard era partidario de *La Tour de Nesle*, pero Pécuchet les temía a los papeles que requerían demasiada acción.

–¡Le gustará más algo clásico! *Phédre*, por ejemplo.

–¡Sea!

Bouvard contó el tema.

–Es una reina cuyo marido tiene, de otra mujer, un hijo. Ella está loca por el muchacho. ¿Estamos? ¡Adelante!

Sí, Príncipe, me consumo, me abraso por Teseo. ¡Lo amo!

Y habiéndole al perfil de Pécuchet, admiraba su porte, su rostro, "esa cabeza encantadora", estaba desconsolado por no haberlo encontrado en la flota de los griegos, hubiera querido perderse con él en el laberinto.

La borla del gorro rojo se inclinaba amorosamente y su voz trémula y su rostro bueno instaban al cruel a que tuviera piedad de su pasión. Pécuchet, volviéndose, jadeaba para expresar emoción.

La señora Bordin, inmóvil, abría desmesuradamente los ojos como ante prestidigitadores. Mélie escuchaba desde atrás de la puerta. Gorgu, en mangas de camisa, los miraba por la ventana.

Bouvard comenzó con la segunda tirada. Su actuación expresaba el delirio de los sentidos, el remordimiento, la desesperanza y se precipitó sobre la espada ideal de Pécuchet con tanta violencia, que tropezó en los guijarros y estuvo a punto de caer al suelo.

– ¡No se preocupen! Después, llega Teseo y ella se envenena.

– ¡Pobre mujer! –dijo la señora Bordin. Luego le rogaron que les señalara un fragmento.

Le era difícil elegir. Sólo había visto tres obras: *Robert le Diable*, en la capital, el *Jeune Mari*, en Ruán y otra en Falaise, que era muy divertida y que se llamaba *La Brouette du Vinaigrier*.

Por fin Bouvard le propuso la gran escena de *Tartufo*, la del tercer acto.

Pécuchet creyó necesario dar una explicación:

–Se ha de saber que Tartufo...

La señora Bordin lo interrumpió.

–¡Ya se sabe lo que es un Tartufo!

Bouvard hubiese querido, para un cierto pasaje, un vestido.

–Lo único que hay es el traje de monje –dijo Pécuchet.

–Está bien, póngtelo.

Reapareció con el traje y un Moliere.

El principio fue mediocre. Pero cuando Tartufo comenzó a acariciar las rodillas de Elmira, Pécuchet adoptó un tono de gendarme.

–¿Qué hace ahí su mano?

Bouvard, rápidamente, respondió con voz melosa:

–Palpo vuestro vestido, es la tela tan suave.

Sus pupilas llameaban, estiraba los labios, resoplaba, tenía un aspecto extremadamente lúbrico y acabó por dirigirse a la señora Bordin.

Las miradas de ese hombre la turbaban y cuando él se detuvo, humilde y palpitante, ella así buscó una respuesta.

Pécuchet recurrió al libro: –*La declaración es francamente galante.* –¡Ah, sí! –exclamó ella–. Es un gran engatusador. –¿No es cierto? –respondió con orgullo Bouvard–. Pero hay otra, de una elegancia más moderna.

Y desprendiéndose de su levita, se acuclilló en un morrillo y declamó con la cabeza echada hacia atrás:

Llamas de tus ojos inundan mis párpados.

Canta alguna canción como otrora, a la tarde,

Cantabas con lágrimas en tus ojos negros.

–Como para mí –pensó ella. *¡Seamos felices! ¡Bebamos! La copa está llena. Este momento es nuestro y lo demás locura.* –¡Qué gracioso es usted!

Y reía con una risita que le levantaba el busto y le descubría los dientes.

¿No es verdad que es dulce amar

y dulce es también saberse amado?

Se arrodilló.

—¡Acabe, por favor!

¡Oh, déjame dormir y soñar en tu seno!

¡Doña Sol, mi hermosura, mi amor!

—Aquí se oyen las campanas y un montañés los interrumpe.

— ¡Menos mal, porque si no...!

Y la señora Bordin sonrió en lugar de terminar la frase. Caía la tarde. Ella se levantó.

Un momento antes había llovido y el camino por las hayas no estaba muy bien; era mejor volver por el campo. Bouvard la acompañó hasta el jardín para abrirle la puerta.

Primero caminaron costeano los perales, sin hablar. El estaba aún emocionado por su declaración y ella sentía en el fondo de su alma algo como una sorpresa, un encanto que provenía de la literatura. El arte, en ciertas ocasiones, conmueve a los espíritus mediocres y mundos enteros pueden ser descubiertos por esos intérpretes tan torpes.

El sol había reaparecido, hacía brillar las hojas y ponía manchas luminosas en la maleza, un poco aquí, un poco allá. Tres gorriones saltaban, dando pequeños gritos, en el tronco de un viejo tilo caído. Un espino en flor mostraba su ramillete rosado y las lilas, pesadas, se inclinaban.

—¡Ah, esto hace bien! —dijo Bouvard aspirando el aire a pleno pulmón.

—¡También! Hace un esfuerzo muy grande.

—No es que tenga talento, pero entusiasmo, eso sí que tengo.

—Se ve —dijo ella, dejando un espacio entre palabra y palabra— que usted... amó... en otros tiempos.

—En otros tiempos, solamente ¿usted cree? Ella se detuvo. —No lo sé.

"¿Qué quiere decir?" Y Bouvard sintió latir su corazón. Un charco en medio de la arena los obligó a dar un rodeo y los hizo subir a la enramada. Entonces hablaron de la representación. —¿Cómo se llama el último fragmento? —Es de *Hernani*, un drama.

— ¡Ah!

Y después, hablándose a sí misma:

—Ha de ser muy agradable que alguien le diga a una cosas así... en serio.

—Yo estoy a sus órdenes —respondió Bouvard. —¿Usted?

— ¡Sí, yo!

— ¡Es una broma!

—¡Por nada del mundo!

Y después de echar una mirada alrededor de ellos, la tomó de la cintura, desde atrás, y la besó en la nuca con fuerza.

Ella se puso muy pálida como si fuese a desvanecerse y se apoyó con una mano en un árbol; después levantó los párpados y sacudió la cabeza.

—Ya pasó.

El la miraba embelesado.

Después de abrir la verja, ella subió al umbral de la pequeña puerta. Un arroyuelo corría del otro lado. Recogió los pliegues de su falda y permaneció en el borde, indecisa.

—¿Quiere que la ayude?

–No es necesario.

–¿Por qué?

–¡Ah! Usted es muy peligroso.

Y dio un salto que puso al descubierto sus enaguas blancas.

Bouvard se reprochó el haber dejado pasar la ocasión. ¡Y sí, ya se presentaría otra! Además las mujeres no son todas iguales. Con algunas hay que apurar las cosas y con otras la audacia nos pierde. En una palabra, estaba contento consigo mismo y si no le confesó su esperanza a Pécuchet fue por temor a los comentarios y de ningún modo por delicadeza.

Desde ese día declamaban con frecuencia ante Mélie y Gorgu, lamentando no disponer de un teatro de salón.

La criadita se divertía aun sin comprender nada, asombrada por el lenguaje, fascinada por el ronroneo de los versos. Gorgu aplaudía las tiradas filosóficas de las tragedias y todo lo que había a favor del pueblo en los melodramas, tanto que, encantados con su gusto, pensaron en darle lecciones para hacer de él, con el tiempo, un actor. Esta perspectiva deslumbraba al obrero.

El rumor de lo que estaban haciendo se propagó. Vaucorbeil les habló de ello de manera burlona. Generalmente se los despreciaba.

Esto hacía que ellos se estimasen a sí mismos cada vez más. Se consagraron artistas. Pécuchet se dejó el bigote y Bouvard no encontró nada mejor que hacer, con su fisonomía redonda y su calvicie, que componerse "una cabeza a lo Béranger".

Por último resolvieron escribir una obra.

Lo difícil era el tema.

Lo buscaban mientras comían. Después tomaban café, licor indispensable para el cerebro, y dos o tres copitas. En seguida iban a la cama, a dormir, después de lo cual se paseaban por el jardín, hasta que por fin salían de la casa para buscar la inspiración afuera, caminando uno al lado del otro, y regresaban extenuados.

O bien se encerraban con doble llave, Bouvard limpiaba la mesa, ponía papel delante de él, mojaba su pluma y se quedaba con la mirada clavada en el techo, mientras que Pécuchet, en el sillón, meditaba con las piernas estiradas y la cabeza gacha.

A veces sentían un estremecimiento y como el soplo de una idea, pero en el momento de aprehenderla, desaparecía.

Pero hay métodos para descubrir temas. Se toma un título al azar y de él deriva un hecho; se desarrolla un proverbio, se combinan diversas aventuras en una sola. Ni uno de estos medios dio ningún resultado. En vano ojearon selecciones de anécdotas, varios volúmenes de juicios célebres, un montón de historias.

Y soñaban con ser representados en el Odeón, pensaban en los espectáculos, extrañaban París.

–¡Yo nací para ser autor y no para enterrarme en el campo! –decía Bouvard. –¡Lo mismo que yo! –respondía Pécuchet.

Y adivinó una revelación: si les costaba tanto trabajo era porque no conocían las reglas.

Las estudiaron en *La práctica del teatro*, por Aubignac y en algunas obras no tan pasadas de moda.

Se trata en ellas de cuestiones importantes, como si la comedia puede escribirse en verso, si la tragedia no rebasa los límites cuando toma sus fábulas de la historia moderna, si los héroes deben ser virtuosos, qué tipo de malvado supone, hasta qué punto son admisibles los horrores. ¡Que todos los detalles concurren a una misma finalidad, que el interés sea creciente, que el desenlace se corresponda con el principio! ¡Sin duda!

Inventad situaciones que puedan atraparme, dijo Boileu.

Pero ¿cómo inventar situaciones?

*Que en todas tus palabras la pasión, conmovida,
Llegue hasta el corazón, lo inflame, lo estremezca.*

Pero ¿cómo inflamar el corazón?

Las reglas, entonces, no bastan. Hace falta, además, el genio.

Y el genio no basta. Corneille, según la Academia Francesa, no entendía nada de teatro. Geoffroy denigra a Voltaire. Racine fue escarnecido por Subligny. La Harpe rugía cuando se le nombraba a Shakespeare.

La vieja crítica les repugnaba y por eso quisieron conocer la nueva, para lo cual se hicieron enviar las reseñas periodísticas de las obras.

¡Qué desfachatez! ¡Qué obstinación! ¡Qué falta de probidad! ¡Ultrajes a obras maestras, reverencias a banalidades! ¡Y las burradas de los que pasan por sabios y las estupideces de esos otros a los que se proclama espirituales?

¿Quizás deba uno remitirse al público?

Pero obras aplaudidas les desagradaban a veces y en las silbadas había algo que les agradaba.

Por tanto, la opinión de la gente de gusto es engañosa y el juicio de la muchedumbre inconcebible.

Bouvard le planteó el problema a Barberou. Pécuchet, por su parte, le escribió a Dumouchel.

El antiguo viajante de comercio se asombró por el reblandecimiento causado por la provincia, el amigo Bouvard se estaba poniendo imbécil, en una palabra "no pescaba nada de nada".

El teatro es un artículo de consumo como cualquier otro. Es parte del artículo París. Se va al espectáculo para divertirse. Lo bueno es lo que divierte.

—Pero imbécil —exclamó Pécuchet— lo que te divierte no es lo que me divierte y que a los demás y a ti mismo fastidiará más tarde. Si las obras se escribieron para ser representadas ¿cómo es que las mejores son siempre leídas?

Y esperó la respuesta de Dumouchel.

Según el profesor la suerte inmediata de una obra no probaba nada. *Le Misanthrope* y *Athalie*, fracasaron. *Zaire* ya no es comprendida. ¿Quién habla hoy de Ducange y de Picard? Recordaba todos los grandes éxitos contemporáneos, desde *Fanchon la Vielleuse* hasta *Gaspardo le Pécheur*, y deploraba la decadencia de nuestra escena, de lo cual era causa el desprecio por la literatura, o más bien por el estilo.

Entonces se preguntaron en qué consiste exactamente el estilo. Y gracias a autores indicados por Dumouchel, conocieron el secreto de todos sus géneros.

Cómo se logra lo majestuoso, lo temperado, lo ingenuo, los giros nobles, las palabras bajas. *Perros* se realza con *devoradores*. *Vomitar* se emplea sólo en sentido figurado. *Fiebre* se aplica a las pasiones. *Valentía* queda bien en verso.

—¿Y si hacemos versos? —dijo Pécuchet.

— ¡Más adelante! Ocupémonos de la prosa primero.

Se recomienda formalmente elegir un clásico para tomarlo como modelo pero todos entrañan peligro, pues no sólo han cometido pecado de estilo, sino también de lenguaje.

La aserción desconcertó a Bouvard y Pécuchet y se pusieron a estudiar gramática.

¿Tenemos en nuestro idioma artículos definidos e indefinidos como en latín? Unos piensan que sí, otros que no. No se atrevieron a decidirse.

El sujeto acuerda siempre con el verbo, salvo en los casos en que el sujeto no acuerda.

En otros tiempos no se hacía ninguna distinción entre el adjetivo verbal y el participio presente, pero la Academia hizo una no muy fácil de comprender.

Los alegró saber que "leur", pronombre, se emplea para personas pero también para cosas, mientras que "ou" y "en", se emplean para cosas y algunas veces para personas.

¿Se debe decir "cette femme a l'air bon" o "l'air bonne"?; "une buche de bois sec" o "de bois sèche"; "ne pas laisser de" o "que de"; "une troupe de voleurs survint" o "survinrent"?

Otras dificultades: "Autour" y "a l'entour", en los cuales Racine y Boileau no ven diferencia; "imposer" o "en imposer", sinónimos en Massillon y en Voltaire; "croasser" y "coasser", confundidos por La Fontaine, quien sin embargo sabía distinguir un cuervo de una rana.

Los gramáticos, es cierto, no se ponen de acuerdo; unos ven una belleza donde otros ven un error. Admiten principios de los cuales rechazan las consecuencias, proclaman las consecuencias de principios que rechazan, se apoyan en la tradición, rechazan a los maestros y tienen refinamientos extraños. Ménage preconiza "nentilles" y "castonades" en lugar de "lentilles" y "cassonade", Bouhours "jerarchie" y no "hiérarchie" y Chapsal los "oeils de la soupe".

A Pécuchet lo asombró Genin sobre todo. ¿Por qué? Porque "z'annetons" sería preferible a "hannetons" y "z'aricots" a "haricots"; ¡y bajo Luis XIV se pronunciaba "Roume" y "Señor de Lioune" en lugar de "Rome" y "Señor de Lionne"!

Litré les dio el tiro de gracia al afirmar que nunca hubo una ortografía positiva y que no podría haberla nunca.

Por lo que llegaron a la conclusión de que la sintaxis es una fantasía y la gramática una ilusión.

En aquel tiempo, por otra parte, una retórica nueva sentenciaba que hay que escribir como se habla y que todo está bien con tal que haya sido sentido, observado.

Como ellos habían sentido y creían haber observado, se consideraron capacitados para escribir. Una obra de teatro es dificultosa por la estrechez del marco, pero la novela depara más libertad. Para escribir una buscaron en sus recuerdos.

Pécuchet recordó a uno de sus jefes de oficina, un muy mal individuo, y ambicionaba vengarse por medio de un libro.

Bouvard había conocido, en el café, a un viejo maestro de caligrafía, ebrio y miserable. Nada sería tan pintoresco como ese personaje.

Al cabo de una semana se les ocurrió refundir los dos temas en uno solo y en eso quedaron; luego pasaron a los siguientes: una mujer que provoca la ruina de una familia; una mujer, su marido y su amante; una mujer que es virtuosa por defecto de conformación; un ambicioso, un mal sacerdote...

Trataban de ligar a estas concepciones vagarosas cosas provenientes de su memoria, recortaban agregaban. Pécuchet estaba por el sentimiento y la idea, Bouvard por la imagen y el color; y comenzaron a no poder entenderse, los dos asombrados por lo limitado del otro.

La ciencia que se llama estética quizá resolviera su diferendo. Un amigo de Dumouchel, profesor de filosofía, les envió una lista de obras sobre la materia. Trabajaban cada uno por su cuenta y se comunicaban sus reflexiones.

En primer lugar ¿qué es lo Bello?

Para Schelling es lo infinito expresado por lo finito; para Reid una cualidad oculta, para Jouffroy un hecho indivisible, para De Maistre lo que agrada a la virtud y para el P. André lo que conviene a la Razón.

Y existen diversas clases de lo Bello: lo bello de las ciencias, la geometría es bella; lo bello en las costumbres, no se puede negar que la muerte de Sócrates fue bella. Hay lo bello del reino animal. La belleza del perro consiste en su olfato. Un cerdo no podría ser bello, habida cuenta de sus costumbres inmundas; una

serpiente tampoco, pues despierta en nosotros ideas de ruindad. Las flores, las mariposas, los pájaros pueden ser bellos. En fin, la condición primera de lo Bello es la unidad en la variedad, ese es su principio.

–Sin embargo –dijo Bouvard– dos ojos bizcos son más diversos que dos ojos derechos y producen peor efecto, generalmente.

Abordaron la cuestión de lo Sublime. Ciertos objetos son, de por sí, sublimes: el estruendo de un torrente, las tinieblas profundas, un árbol golpeado por la tempestad. Un carácter es bello cuando triunfa y sublime cuando lucha.

–Ya comprendo –dijo Bouvard–; lo Bello es lo Bello y lo Sublime lo muy Bello. ¿Cómo distinguirlos?

–Por medio del tacto –respondió Pécuchet. –Y el tacto ¿de dónde procede? –¡Del gusto! –Y ¿qué es el gusto?

Se lo define como un discernimiento especial, un juicio rápido, la ventaja de distinguir ciertas relaciones.

–En fin, el gusto es el gusto y todo eso no indica cómo se ha de hacer para tenerlo.

Hay que observar las conveniencias; pero las conveniencias varían y por perfecta que sea una obra, no será siempre irreprochable. Hay, sin embargo, lo Bello indestructible, de lo cual ignoramos las leyes, pues su génesis es misteriosa.

Puesto que una idea no puede expresarse por todas las formas, hemos de reconocer límites entre las artes, y en cada una de las artes varios géneros. Pero surgen combinaciones en las que el estilo de una entrará en otra so pena de desviarse de su finalidad, de no ser verdadera.

La aplicación demasiado exacta de lo Verdadero perjudica a la Belleza, y la preocupación por la Belleza impide lo Verdadero. Sin embargo, sin ideal no hay lo Verdadero; es por esto que los tipos son de una realidad más permanente que los retratos. El Arte, por otra parte, no trata sino de lo Verosímil, pero lo Verosímil depende de quien observa y es una cosa relativa, pasajera.

Así se perdían en razonamientos y Bouvard creía cada vez menos en la estética.

–Si no es una broma, su rigor se demostrará con ejemplos. Ahora escucha.

Y leyó una nota que le había costado no pocas búsquedas.

–Bouhours acusa a Tácito de no tener la simplicidad que reclama la Historia. El señor Droz, un profesor, censura a Shakespeare por su mezcla de lo serio con lo bufo. Nisard, otro profesor, piensa que André Chemier, como poeta, está por debajo del siglo XVII. Blair, un inglés, deplora en Virgilio el cuadro de las Arpías. Marmontel lamenta las licencias de Hornero. Lamotte no admite la inmoralidad de sus héroes, a Vida le indignan sus comparaciones. En una palabra ¡todos los hacedores de retóricas, de poéticas y de estéticas me parecen unos imbéciles!

–¡Exageras! –dijo Pécuchet.

Las dudas los agitaban, porque si los espíritus mediocres (como observa Longín) son incapaces de cometer errores, los errores son propios de los maestros y ¿habrá que admirarlos? ¡Es demasiado! No obstante ¡los maestros son los maestros! El hubiera querido que estuviesen de acuerdo obras y doctrina, los críticos y los poetas, aprehender la esencia de lo Bello; y esas cuestiones lo preocupaban de tal modo que le revolvían la bilis. Lo que ganó fue una ictericia.

Esta había alcanzado su punto más alto cuando Marianne, la cocinera de la señora Bordin, fue a pedirle a Bouvard una cita de parte de su ama.

La viuda no se había hecho ver más desde el día de la sesión dramática. ¿Era un adelanto? Pero ¿por qué la intermediación de Marianne? Y durante toda la noche la imaginación de Bouvard corrió por mil caminos.

Al otro día, a eso de las dos, se paseaba por el corredor y miraba de tiempo en tiempo por la ventana cuando de pronto sonó el timbre. Era el notario.

Atravesó el patio, subió las escaleras, se sentó en el sillón y después de algunas fórmulas de cortesía, dijo que, cansado de esperar a la señora Bordin, se había adelantado. La señora deseaba comprarles las Ecalles.

Bouvard sintió como un enfriamiento y fue a la pieza de Pécuchet. Pécuchet no supo qué responder. Estaba preocupado porque Vaucorbeil debía llegar de un momento a otro.

Por fin llegó ella. El retraso se explicaba por la importancia de su atavío: chal de cachemira, sombrero, guantes charolados, la vestimenta que cuadra en las grandes ocasiones.

Después de muchos rodeos preguntó si mil escudos no serían suficiente.

—¿Un acre mil escudos? ¡Nunca!

Ella entornó los párpados.

— ¡Ah, es para mí!

Y los tres permanecieron silenciosos. El señor de Faverges entró. Llevaba bajo el brazo, como un abogado, una cartera de tafilete que depositó en la mesa.

— ¡Son folletos! Tratan de la Reforma, cuestión candente. Pero, esto es algo que les pertenece, sin duda.

Y le tendió a Bouvard el segundo volumen de *Las Memorias del Diablo*, Mélie, hacía un rato, lo estaba leyendo en la cocina y como se debe vigilar las costumbres de esa gente, él había creído conveniente confiscar el libro.

Bouvard se lo había prestado a la sirvienta. Hablaron de novelas.

A la señora Bordin le gustaban, siempre y cuando no fueran lúgubres.

—Los escritores —dijo el señor de Faverges— nos pintan la vida con colores halagüeños.

— ¡Hay que pintar! —objetó Bouvard.

—Entonces sólo se tiene que seguir el ejemplo...

— ¡No se trata de ejemplo!

—Admita, por lo menos, que pueden caer en manos de una niña. Yo tengo una.

— ¡Encantadora! —dijo el notario, poniendo la cara de los días de contrato matrimonial.

— ¡Y bien! Debido a ella, o más bien, a las personas que la rodean, las prohibo en mi casa, porque el pueblo, mi querido señor...

—¿Qué ha hecho el pueblo? —dijo Vaucorbeil, apareciendo de improviso en el umbral.

Pécuchet, que reconoció su voz, llegó para reunirse con los demás.

—Yo sostengo —continuó el conde— que hay que apartarlo de ciertas lecturas.

Vaucorbeil replicó:

—Entonces, ¿usted no es partidario de la instrucción?

— ¡Pero sí! ¿Me permite?

— ¡Pero todos los días se ataca al gobierno! —dijo Marescot.

—¿Y eso qué tiene de malo?

Y el gentilhombre y el médico se pusieron a denigrar a Luis Felipe, sacando a relucir el asunto Pritchard y las leyes de setiembre contra la libertad de prensa.

— ¡Y la del teatro! —agregó Pécuchet.

Marescot ya no aguantaba más.

— ¡Va demasiado lejos, ese teatro de ustedes!

—En eso estoy de acuerdo —dijo el conde—. ¡Obras que exaltan el suicidio!

— ¡El suicidio es hermoso! Catón es la prueba —objetó Pécuchet.

Sin responder a la argumentación, el señor de Faverges estigmatizó esas obras en las que se escarnece a las cosas más santas, la familia, la propiedad, el matrimonio.

–Bueno ¿y Moliere? –dijo Bouvard.

Marescot, hombre de buen gusto, respondió que Moliere ya no se representaría y que además estaba un poco sobrevalorado.

–En fin –dijo el conde–. Víctor Hugo fue despiadado, sí, despiadado, con María Antonieta, el pasar por el tamiz el tipo de la reina en el personaje de María Tudor.

–¡Cómo! –exclamó Bouvard –Yo, como autor, acaso no tengo derecho a...

–No, señor; usted no tiene derecho a mostrarnos el crimen si no muestra al mismo tiempo un correctivo, si no nos ofrece una lección.

Vaucorbeil también creía que el arte debía tener una finalidad: ¡mejorar a las masas!

–Cántenle a la ciencia, a nuestros descubrimientos, al patriotismo.

Y admiraba a Casimir Delavigne.

La señora Bordin elogió al marqués de Foudras.

El notario replicó:

–Pero ¿y la lengua? ¿Han pensado en ella?

–¿La lengua? ¿Cómo?

–¡Hablamos de estilo! –exclamó Pécuchet–. ¿Creen que esas obras están bien escritas?

–¡Sin duda! ¡Son muy interesantes!

El se encogió de hombros y ella enrojeció ante la impertinencia.

La señora Bordin trató de volver a hablar de su asunto en varias ocasiones. Pero ya era demasiado tarde para concluirlo. Salió del brazo de Marescot.

El conde distribuyó sus panfletos con la recomendación de que se propagaran.

Vaucorbeil ya iba a salir cuando Pécuchet lo detuvo.

– ¡Usted se olvida de mí, doctor!

Su rostro amarillo estaba lamentable, con sus bigotes, y sus cabellos negros que caían por debajo de un pañuelo mal anudado.

–Púrguese –dijo el médico dándole dos palmaditas, como a un niño–. ¡Demasiados nervios, demasiado artista!

Esa familiaridad le causó placer; lo tranquilizaba. Y cuando estuvieron solos preguntó:

–¿Te parece que no es serio?

–¡No; seguro que no!

E hicieron un resumen de lo que acababan de oír. La moralidad del arte estriba, para cada uno, en aquello que más conviene a sus intereses. No se ama a la literatura.

Inmediatamente después hojearon los folletos del conde. Todos reclamaban el sufragio universal.

–Me parece –dijo Pécuchet– que pronto tendremos gresca.

Porque lo veía todo negro, debido a su ictericia, probablemente.

En la mañana del 25 de febrero de 1848 se supo en Chavignolles, por un individuo de Falaise, que París estaba cubierto de barricadas y al otro día la proclamación de la República se anunció en la Municipalidad.

Ese gran acontecimiento dejó estupefactos a los burgueses.

Pero cuando se supo que la Suprema Corte, el Tribunal de Apelaciones, el Tribunal de Cuentas, el Tribunal de Comercio, la Cámara de Notarios, el Colegio de Abogados, el Consejo de Estado, la Universidad, los generales y el mismo señor Rochejacquelein daban su apoyo al Gobierno Provisional, los corazones se aliviaron: y como en París se plantaban árboles de la libertad, el Concejo Municipal decidió que también en Chavignolles debía haberlos.

Bouvard ofreció uno, como buen patriota regocijado por el triunfo del pueblo; en cuanto a Pécuchet, la caída de la Realeza confirmaba demasiado sus previsiones. Como para que no estuviese contento.

Gorgu, obedeciendo con premura, desplantó uno de los álamos que bordeaban el prado, al pie del montecito, y lo llevó hasta el "Pas de la Vaque", a la entrada del pueblo, lugar designado al efecto.

Antes de la hora de la ceremonia, los tres esperaban el cortejo.

Resonó un tambor, una cruz de plata apareció y detrás de ella dos antorchas sostenidas por chantres y el señor cura con la estola, la sobrepelliz, la capa y la birreta. Cuatro niños del coro lo escoltaban y un quinto llevaba el recipiente para el agua bendita; y el sacristán lo seguía.

Fue hasta el borde de la cuneta donde se levantaba el álamo adornado con cintas tricolores. Enfrente de él estaban el alcalde y sus dos adjuntos, Beljambe y Marescot, después los notables, el señor de Faverges, Vaucorbeil, Coulon, juez de paz, individuo de aspecto somnoliento, Heurtaux, quien se había puesto una gorra de policía y Alexandre Petit, el nuevo maestro, con su levita, una pobre levita verde, la de los domingos. Los bomberos, comandados por Girbal sable en mano, formaban una sola fila. Del otro lado brillaban las chapas blancas de algunos viejos chacós del tiempo de La Fayette, cinco o seis tan solo, pues la guardia nacional había caído en desuso en Chavignolles. Había campesinos con sus mujeres, obreros de las fábricas vecinas, chicos que se amontonaban detrás y Placquevent, el guarda rural, de cinco pies y ocho pulgadas de estatura, controlándolos con la mirada, se paseaba con los brazos cruzados.

La alocución del cura fue como la de los otros curas en iguales circunstancias. Después de haber despotricado contra los reyes glorificó a la República. ¿No se habla acaso de la República de las Letras, la República Cristiana? Y ¿qué hay más inocente que la primera y más hermoso que la otra? Jesucristo formuló nuestra sublime divisa; el árbol del pueblo era el árbol de la Cruz. Para que la religión dé sus frutos, necesita la caridad y en nombre de la caridad el eclesiástico instó a sus hermanos a no cometer ningún desorden, a volver a sus casas pacíficamente.

Después roció al árbol e imploró para él la bendición de Dios.

—Que crezca y que nos recuerde la emancipación de toda servidumbre y esa fraternidad más bienhechora que la sombra de su follaje. *Amén.*

Hubo voces que repitieron *Amén* y después un redoble de tambor. El clero, entonando un *Te Deum*, retornó el camino de la iglesia.

Su intervención había producido un excelente efecto. Los simples veían en ello una promesa de dicha, los patriotas una deferencia, un homenaje tributado a sus principios.

Bouvard y Pécuchet pensaban que se les hubiera debido agradecer el regalo, hacer una alusión, por lo menos y así se lo dijeron a Faverges y al doctor.

¡Tales pequeñeces no tenían importancia! Vaucorbeil estaba encantado con la Revolución, el conde también. Execraba a los Orleáns. Ya no volverían a verlos. ¡Buen viaje! Desde ahora ¡todo para el pueblo! Y seguido por Hurel, su factótum, fue a reunirse con el señor cura.

Foureau iba con la cabeza gacha entre el notario y el posadero, ofendido por la ceremonia, con miedo a un alboroto e instintivamente se volvía hacia el guarda rural, el que lamentaba, junto con el capitán, la ineficiencia de Girbal y el mal comportamiento de sus hombres.

Unos obreros pasaron por el camino cantando *La Marsellesa*. Gorgu, en medio de ellos, blandía un bastón. Los acompañaba Petit, con la mirada encendida.

—¡No me gusta eso! —dijo Marescot—. Vociferan, se exaltan.

—¡Y bueno, por Dios! ¡La juventud tiene que divertirse! —replicó Coulon.

Foureau suspiró.

—¡Linda diversión! Después, al final, la guillotina—. Tenía visiones de patíbulo, presentía horrores.

Chavignolles recibió el contragolpe de las agitaciones de París. Los burgueses se abonaron a los diarios. A la mañana todo el mundo se amontonaba en la oficina de correos y la encargada no hubiese podido arreglárselas sin la ayuda del capitán, el que, de cuando en cuando, le daba una mano. Después se quedaban charlando en la plaza.

La primera discusión violenta que hubo fue debido a Polonia.

Bouvard y Heutaux pedían que se la libertase.

El señor de Faverges no pensaba de la misma manera.

—¿Con qué derecho iríamos allá? Sería echarnos a Europa encima. ¡No cometamos imprudencias!

Y como todo el mundo aprobó, los dos polacos callaron. En otra ocasión Vaucorbeil defendió las circulares de Ledru-Rollín. Foureau respondió con lo de los cuarenta y cinco céntimos.

Pero el gobierno, dijo Pécuchet, había suprimido la esclavitud.

—¿Y a mí que me interesa la esclavitud?

—Está bien. ¿Y la abolición de la pena de muerte, por asuntos políticos?

— ¡Diablos! —respondió Foureau—. Quieren abolirlo todo. Sin embargo ¿quién sabe? ¡Los inquilinos ya se han puesto tan exigentes!

—¡Mejor así! —Los propietarios, según Pécuchet, habían resultado favorecidos—. El que posee un inmueble...

Foureau y Marescot lo interrumpieron y le gritaron que era un comunista.

—¡Comunista! ¿Yo?

Y todos hablaban al mismo tiempo cuando Pécuchet propuso que fundaran un club. Foureau tuvo la osadía de responder que nunca habría uno en Chavignolles.

Después Gorgu reclamó fusiles para la guardia nacional; había sido designado instructor por la opinión pública.

Los únicos fusiles que había eran los de los bomberos. A Girbal le interesaban, Foureau no parecía muy dispuesto a darlos.

Gorgu lo miró.

—Hay quienes piensan, sin embargo, que los sé usar.

Claro; entre sus muchas ocupaciones estaba también la caza furtiva y con frecuencia el alcalde y el posadero le compraban una liebre o un conejo.

—¡Por mí, tómelos! —dijo Foureau.

Esa misma noche se comenzó con los ejercicios. Era en el césped, delante de la iglesia. Gorgu de blusa azul, con una faja atada a la cintura, ejecutaba los movimientos de manera automática. Su voz, cuando daba órdenes, era brutal:

– ¡Entren esas barrigas!

Y en seguida Bouvard dejaba de respirar, ahuecaba el abdomen, sacaba la grupa.

– ¡No se le dijo que se hiciera un arco, maldito sea!

Pécuchet confundía las filas y las posiciones, media vuelta a la derecha, media vuelta a la izquierda; pero el más lamentable era el maestro, débil y de estatura exigua, con un collar de barba rubia, se tambaleaba bajo el peso de su fusil, cuya bayoneta molestaba a los que estaban al lado.

Había pantalones de todos los colores, talabartes roñosos, viejas guerreras demasiado cortas que dejaban ver las camisas por los costados, y todos decían "no disponer de recursos como para ir mejor". Se inició una suscripción para vestir a los más pobres. Foureau se mostró tacaño mientras que las mujeres se distinguieron. La señora Bordin ofreció cinco francos, no obstante su odio a la República. El señor de Faverges equipó a doce hombres y no faltaba a los ejercicios. Después se instalaba en lo del almacenero y le pagaba la copa a todos los que llegaban. Entonces los poderosos adulaban a la clase baja. Ante todo estaban los obreros. Se codiciaba la ventaja de ser uno de ellos. Se convertían en nobles.

La mayoría de los del cantón eran tejedores. Otros trabajaban en la manufactura del algodón o en una fábrica de papel recién establecida.

Gorgu los fascinaba por su labia, les enseñaba a boxear y llevaba a los íntimos a beber en lo de la señora Castillon.

Pero los campesinos eran más numerosos y los días de mercado el señor de Faverges se paseaba por la plaza, se interesaba por sus necesidades, trataba de convertirlos a sus ideas. Ellos escuchaban sin responder, como maese Gouy, siempre dispuesto a aceptar cualquier gobierno con tal que disminuyese las impuestos.

A fuerza de charla Gorgu se hizo de un nombre. Probablemente llegaría a la Asamblea.

El señor de Faverges pensaba como él, aunque trataba de no comprometerse. Los conservadores fluctuaban entre Foureau y Marescot. Pero el notario se debía a su estudio y eligieron a Foureau, un grosero, un cretino. El doctor estaba indignado.

Fruto seco de los concursos, añoraba París y la conciencia de su vida frustrada le confería un aire taciturno. Ahora iba a emprender una carrera más amplia. ¡Qué desquite! Redactó una profesión de fe y fue a leérsela a los señores Bouvard y Pécuchet.

Estos lo felicitaron; sus doctrinas eran las mismas. Sin embargo, ellos escribían mejor, conocían la historia y podían, tanto como él, estar en la Cámara. ¿Por qué no? Pero ¿cuál debía presentarse? Y se entabló una pugna de delicadeza. Pécuchet prefería a su amigo antes que a sí mismo.

– ¡No, no! Te corresponde a ti. Tienes más prestancia.

– Puede ser –respondía Bouvard– ¡pero tú eres más osado!–. Y sin haber tomado ninguna resolución se pusieron a trazar planes de acción.

El vértigo de la diputación había hecho presa de otros también. El capitán no dejaba de pensar en esa bajo su gorra de policía, mientras fumaba su cachimba; y el maestro también, en su escuela; y el cura también, entre dos plegarias, y de tal modo que a veces se sorprendía levantando los ojos al cielo y en trance de decir:

– ¡Haz, oh Dios mío, que sea diputado! El doctor, a quien algunos habían alentado, fue a ver a Heurtaux y le habló de las posibilidades que tenía.

El capitán le habló sin miramientos. Vaucorbeil era conocido, sin duda, pero poco querido por sus colegas, especialmente por los farmacéuticos. Todos hablarían mal de él, el pueblo no quería a un señor, sus mejores enfermos lo abandonarían. Y después de haber considerado esos argumentos, el médico se arrepintió de su debilidad.

Tan pronto como se hubo ido, Heurtaux fue a ver a Placquevent. ¡Entre viejos militares uno se entiende! Pero el guarda rural, totalmente fiel a Foureau, se negó a apoyarlo. El cura le demostró al señor de Faverges que la hora aún no había llegado. Había que darle a la República tiempo para desgastarse.

Bouvard y Pécuchet explicaron a Gorgu que él nunca sería lo bastante fuerte como para vencer a la coalición de los campesinos y los burgueses, lo llenaron de vacilaciones, le quitaron toda su confianza.

Por orgullo, Petit había dejado entrever su deseo. Beljambe le advirtió que si fracasaba su destitución era segura. Además Monseñor ordenó al cura que se mantuviera tranquilo.

Por lo tanto, sólo quedaba Foureau. Bouvard y Pécuchet lo combatieron, recordaron su mala voluntad cuando lo de los fusiles, su oposición al club, sus ideas retrógradas, su avaricia y hasta convencieron a Gouy de que quería restablecer el antiguo régimen.

Por vagaroso que esto pudiera resultar para el campesino, lo execraba con el odio acumulado en el espíritu de sus abuelos durante diez siglos, y volvió contra Foureau a todos sus parientes y a los de su mujer, cuñados, primos, sobrinos, una horda.

Gorgu, Vaucorbeil y Petit continuaban con la demolición del señor alcalde y con el terreno así desbrozado, Bouvard y Pécuchet, sin que nadie lo hubiese notado, podían triunfar.

Echaron a suertes para decidir quién se presentaría. La suerte no decidió nada y fueron a consultar al doctor.

Este les dio una noticia. Flacardoux, redactor del *Calvados*, había proclamado su candidatura. La decepción de los dos amigos fue grande; cada uno de ellos, además de la propia, sentía la del otro. Pero la política los acaloraba. El día de las elecciones vigilaron las urnas. Ganó Flacardoux.

El señor conde se había consagrado a la guardia nacional sin obtener los galones de comandante. A los chaviñolenses se les ocurrió nombrar a Beljambe.

Esta preferencia del público, extraña e imprevista, consternó a Heurtaux. Había descuidado sus deberes, limitándose a inspeccionar las maniobras de cuando en cuando y a hacer algunas observaciones. ¡Pero no importaba! Le parecía monstruoso que se prefiriera un posadero a un antiguo capitán del Imperio y dijo, después de la invasión de la Cámara, del 15 de mayo:

– ¡Si los grados militares se otorgan así en la capital, ya no me asombrará nada de lo que suceda!

La reacción comenzaba.

Se creía en los purés de ananás de Louis Blanc, en el lecho de oro de Flocon, en las orgías reales de Ledru-Rollin y como en provincia se pretende conocer todo lo que pasa en París, los burgueses de Chavignolles no ponían en duda esas invenciones y admitían los rumores más absurdos.

Una noche el señor de Faverges fue a buscar al cura para anunciarle la llegada a Normandía del conde de Chambord.

Joinville, con sus marinos, se disponía, según Foureau, a reducir a los socialistas. Heurtaux afirmaba que muy pronto Louis Bonaparte sería cónsul.

Las fábricas cerraban. Los pobres, en bandas numerosas, erraban por la campaña.

Un domingo (era en los primeros días de junio) un gendarme, de improviso, partió hacia Falaise. Los obreros de Acqueville, Liffard, Pierre-Pont y Saint Rémy marchaban sobre Chavignolles.

Los postigos se cerraron, el Concejo Municipal se reunió y resolvió, para prevenir desgracias, que no se ofrecería ninguna resistencia. Hasta se acuarteló a la gendarmería y se le ordenó que no se hiciera ver.

Pronto se oyó como un estruendo de tormenta. Después el canto de los girondinos estremeció los cristales de las ventanas y hombres del brazo desembocaron por el camino de Caen, cubiertos de polvo, sudorosos, andrajosos. Llenaban la plaza. Se oía una gran algazara.

Gorgu y dos compañeros entraron en la sala. Uno era delgado, con cara de zorro y llevaba un chaleco tejido con cordones pendientes. El otro, negro de carbón –un mecánico, sin duda– tenía los cabellos cortos, cejas gruesas y estaba en chinelas. Gorgu llevaba su chaqueta colgada del hombro, como un húsar.

Los tres permanecían de pie y los concejales, sentados alrededor de la mesa cubierta por una carpeta azul, los miraban pálidos de angustia.

–¡Ciudadanos –dijo Gorgu– necesitamos trabajo!

El alcalde temblaba; había perdido la voz.

Marescot respondió en lugar de él que el Concejo lo pensaría inmediatamente. Y cuando los compañeros salieron se discutieron varias ideas.

La primera fue hacer picar piedra. Y para utilizar la piedra, Girbal propuso que se hiciese un camino de Angleville a Tournebu. Pero el de Bayeux prestaba el mismo servicio.

¿Se podía cegar la charca? No era un trabajo suficiente. ¡Pero se podía cavar otra charca! ¿Y dónde?

Langlois era partidario de construir un terraplén costeadando Mortins, para casos de inundación; era mejor, según Beljambe, desbrozar los brezales. ¡Era imposible llegar a nada! Para apaciguar a la muchedumbre, Coulon salió al peristilo y anunció que preparaban unos talleres de caridad.

–¿Caridad? ¡Gracias!–exclamó Gorgu–. ¡Abajo los "aristos"! ¡Queremos el derecho al trabajo!

Era la cuestión de la época. Echaba mano de él como un medio para obtener gloria. Hubo aplausos.

Dándose vuelta, codeó a Bouvard, a quien Pécuchet había arrastrado hasta allí, y se pusieron a conversar. No había apuro. La municipalidad estaba rodeada. El Concejo no podía escapar.

–¿Dónde encontrar dinero? –dijo Bouvard.

– ¡En lo de los ricos! Además, el gobierno dispondrá obras.

–¿Y si no hacen falta esas obras?

– ¡Las haremos por adelantado!

– ¡Pero así bajarán los salarios! –respondió Pécuchet–. Cuando no hay trabajo es porque hay demasiados productos. ¡Y ustedes piden que haya más todavía!

Gorgu se mordía el bigote.

–Sin embargo, con la organización del trabajo... –Entonces ¿el gobierno será el patrón? Algunos, alrededor de ellos, murmuraron:

– ¡No, no! ¡Basta de patronos! Gorgu se irritó.

–No importa; a los trabajadores se les debe suministrar un capital ¡o sino instituir el crédito! –¿De qué manera?

– ¡Ah, no lo sé! Pero tienen que instituir el crédito.

– ¡Bueno, ya basta! –dijo el mecánico–. ¡Ya nos están cansando esos farsantes!

Y subió la escalinata diciendo que voltearía la puerta.

Lo recibió Placquevent, con la pierna derecha flexionada y los puños apretados.

–Acércate, ¿a ver?

El mecánico retrocedió.

El abucheo de la muchedumbre llegó a la sala; todos se levantaron con ganas de huir. ¡La ayuda de Falaise no llegaba! Se lamentaba la ausencia del señor conde. Marescot retorció una pluma. Don Coulon gemía. Heurtaux pedía a gritos que se recurriese a los gendarmes.

– ¡Llámelos! –dijo Foureau.

– ¡No tengo autoridad!

El ruido aumentaba mientras tanto. La plaza estaba cubierta de gente y todos miraban hacia el primer piso de la municipalidad, cuando en la ventana del medio, debajo del reloj, se vio aparecer a Pécuchet.

Había tomado sigilosamente por la escalera de servicio y tratando de imitar a Lamartine se puso a arengar al pueblo:

– ¡Ciudadanos!

Pero su gorra, su nariz, su levita, toda su persona carecían de prestigio.

El hombre del chaleco lo interpelló:

–¿Usted es obrero?

– ¡No!

–¿Patrón, entonces?

–Tampoco.

–Entonces, ¡retírese!

–¿Por qué? –respondió con altanería Pécuchet.

E inmediatamente desapareció en el vano, empuñado por el mecánico. Gorgu salió a defenderlo.

–¡Déjalo! Es un valiente.

Y comenzaron a disputar.

Entonces se abrió la puerta y Marescot, desde el umbral, anunció la decisión municipal. Era una sugerencia de Hurel.

El camino de Tournebu tendría un ramal hacia Angleville y que llevaría al castillo de Faverges.

Era un sacrificio que se imponía la comuna en provecho de los trabajadores. La gente se dispersó.

Al volver a casa Bouvard y Pécuchet oyeron de lejos voces de mujeres. Las sirvientas y la señora Bordin daban gritos y la viuda era la que gritaba más fuerte. Al verlos se dirigió a ellos:

–¡Ah, menos mal! ¡Hace tres horas que los espero! ¡Mi pobre jardín! ¡No queda ni un solo tulipán! ¡Hay porquerías por todas partes, en el césped! ¡No había manera de hacerlo ir! –Pero ¿a quién? –¡A maese Gouy!

Había ido con una carreta de estiércol y lo había arrojado así nomás en la hierba. –¡Ahora está arando! ¡Apúrense y deténganlo! –¡La acompaño! –dijo Bouvard.

Al pie de las escaleras, afuera, un caballo atado a las varas de un carro mordisqueaba una mata de adelfa. Las ruedas, al rozar los canteros, habían aplastado los bojes, quebrando un rododendro, destrozado las dalias; y montículos de estiércol negro, como toperas, salpicaban el césped. Gouy cavaba con ardor.

Un día la señora Bordin había dicho como al pasar que quería removerlo. El había puesto manos a la obra y a pesar de su prohibición continuaba. Era así como él entendía el derecho al trabajo; el discurso de Gorgu le había revuelto el seso.

Solo se fue cuando Bouvard lo amenazó con violencia. La señora Bordin, como indemnización, no le pagó el trabajo y se guardó el estiércol. Era muy sensata y tanto la esposa del médico como la del notario, aunque eran de un rango superior, la tenían en consideración.

Los talleres de caridad duraron una semana. No hubo ningún desorden. Gorgu había abandonado la región.

Sin embargo la guardia nacional estaba siempre alerta. Los domingos se pasaba revista. De cuando en cuando había un desfile y todas las noches rondas. Estas inquietaban a la aldea.

Tocaban el timbre en las casas, para bromear, entraban en las habitaciones donde los esposos roncaban sobre una misma almohada, se hacían chistes y entonces el marido se levantaba y servía unas copitas. Después se volvía al cuerpo de guardia a jugar un poco al dominó; allí se bebía sidra, se comía queso y el

centinela que se aburría en la puerta la entornaba a cada momento. Reinaba la indisciplina gracias a la blandura de Beljambe.

Cuando estallaron las jornadas de junio, todo el mundo estuvo de acuerdo en "volar en ayuda de París", pero Foureau no podía dejar la municipalidad, ni Marescot su estudio, ni el doctor su clientela, ni Girbal sus bomberos. El señor de Faverges estaba en Cherbourg. Beljambe cayó en cama. El capitán mascullaba:

—¿No quisieron saber nada conmigo? ¡Mejor así!

Y Bouvard tuvo la cordura de contener a Pécuchet.

Las rondas por el campo se extendieron hasta más lejos.

El pánico sobrevenía, a veces, causado por la sombra de una parva o el perfil de una rama; una vez, todos los guardias nacionales huyeron. A la luz de la luna habían entrevisto, en un manzano, a un hombre con un fusil que les apuntaba.

Otra vez, en una noche oscura, la patrulla hizo alto entre las hayas y oyó a alguien delante de ella.

—¿Quién vive?

¡Ninguna respuesta!

Se dejó que el individuo continuara su camino y lo siguieron a distancia, pues bien podía tener una pistola o una cachiporra; pero cuando llegaron al pueblo, donde podían esperar ayuda, los doce hombres del pelotón se precipitaron sobre él al mismo tiempo gritando:

—¡Sus papeles!

Lo zarandearon, lo cubrieron de insultos. Los del cuerpo de guardia habían salido. Lo arrastraron hasta allí y a la luz de la vela que ardía en la estufa reconocieron, por fin, a Gorgu. Un pobre gabán de lana, estrechísimo, le ceñía los hombros, los dedos se le veían por los agujeros de sus botas y rasguños y contusiones ensangrentaban su rostro. Había adelgazado prodigiosamente y revolvía los ojos como un lobo.

Foureau, que acudió en seguida, le preguntó qué estaba haciendo bajo las hayas, qué había ido a hacer en Chavignolles, cómo había empleado su tiempo en esas seis semanas... Eso no le importaba. El era libre.

Placquevent lo registró en busca de cartuchos. Iban a encerrarlo, por el momento.

Bouvard se interpuso.

—Es inútil —replicó el alcalde—. Conocemos sus opiniones.

—Sin embargo...

—¡Ah, tenga cuidado, se lo advierto! Tenga cuidado.

Bouvard no insistió más.

Gorgu, entonces, se volvió hacia Pécuchet.

—Y usted, patrón ¿no dice nada?

Pécuchet agachó la cabeza, como si hubiese dudado de su inocencia.

El pobre diablo lanzó un suspiro de amargura.

—¡Yo los defendí, sin embargo!

Al amanecer dos gendarmes lo llevaron a Falaise.

No compareció ante un consejo de guerra, pero lo condenaron en correccional a tres meses de prisión por el delito de palabras tendientes a la perturbación de la sociedad.

Desde Falaise les escribió a sus antiguos amos para que le enviaran un certificado de buena conducta y como sus firmas debían ser legalizadas por el alcalde o por el adjunto, prefirieron pedir ese pequeño servicio a Marescot.

Se los introdujo en un comedor decorado con platos de vieja porcelana. Un reloj de Boulle ocupaba el panel más estrecho. En la mesa de caoba, sin mantel, había dos servilletas, una tetera, tazones. La señora de Marescot atravesó la habitación en peinador de cachemira azul. Era una parisiense que se aburría en el campo. Después entró el notario, con un bonete en una mano, un diario en la otra; y en seguida, con mucha amabilidad, estampó su sello, aunque su protegido era un hombre peligroso.

–Realmente –dijo Bouvard– ¡por unas pocas palabras!

–Perdón, ¡pero cuando las palabras derivan en crímenes. ...!

–Sin embargo –replicó Pécuchet– ¿cómo se podrían establecer los límites entre las palabras inocentes y las culpables? Una cosa que está prohibida hoy puede ser aplaudida mañana.

Y censuró la manera feroz en que se trataba a los insurgentes.

Marescot alegó, naturalmente, la defensa de la sociedad, la salvación pública, ley suprema.

–¡Perdón! –dijo Pécuchet–. El derecho de uno solo es tan respetable como el de todos, y lo único que puede objetarle es la fuerza si se vuelve contra usted el axioma.

Marescot, en lugar de responder, levantó las cejas desdeñosamente.

Con tal que pudiese seguir haciendo actas y viviendo en medio de sus platos en su cómoda casita, todas las injusticias podían cometerse sin que él se emocionara. Sus asuntos lo reclamaban. Se disculpó.

Su doctrina de la salvación pública los había indignado. Los conservadores hablaban ahora como Robespierre.

Otro motivo de asombro: Cavaignac declinaba. La guardia móvil se hizo sospechosa. Ledru-Rollin estaba perdido, aun para Vaucorbeil. Los debates acerca de la Constitución no interesaban a nadie; y el 10 de diciembre todos los chaviñolenses votaron por Bonaparte.

Los seis millones de votos enfriaron el entusiasmo de Pécuchet por el pueblo. Y Bouvard y él estudiaron la cuestión del sufragio universal. Dado que pertenece a todo el mundo, no puede haber inteligencia en ello. Cualquiera ambicioso lo manejará siempre y los demás obedecerán como un rebaño, ya que los electores ni siquiera tienen que saber leer. Era por eso, según Pécuchet, que había habido tantos fraudes en la elección presidencial.

–No hubo ninguno –respondió Bouvard–. Yo creo, más bien, en la estupidez del pueblo. Piensa en todos esos que compran la Revalescière, la pomada Dupuytren, el Agua de las Castellanas, etcétera. Esos tontos componen la masa electoral y nosotros soportamos su voluntad. ¿Por qué no puede uno obtener tres mil libras de renta con los conejos? Porque una aglomeración demasiado numerosa es causa de muerte. De la misma manera, por la sola existencia de la muchedumbre, los gérmenes de estupidez que ésta contiene se desarrollan y de ello resultan efectos incalculables.

– ¡Tu escepticismo me espanta! –dijo Pécuchet. Tiempo más tarde, en la primavera, encontraron al señor de Faverges, quien les informó de la expedición a Roma. No atacarían a los italianos. Pero harían falta garantías. De no ser así, nuestra influencia estaría arruinada. Nada más legítimo que esa intervención.

Bouvard abrió desmesuradamente los ojos.

–Pero, en el caso de Polonia ¿no sostenía usted lo contrario?

– ¡No es lo mismo! Ahora se trataba del Papa. Y cuando el señor de Faverges decía: "queremos", "haremos", "esperamos que", representaba a un grupo.

Bouvard y Pécuchet quedaron asqueados tanto de los pocos como de los muchos. Al fin de cuentas, la plebe y la aristocracia eran lo mismo.

El derecho de intervención les parecía sospechoso. Buscaron sus principios en Calvo, Martens, Vattel; y Bouvard ¡legó a la conclusión siguiente:

–Se interviene para reponer a un príncipe en el trono, para libertar a un pueblo o por precaución, cuando se avecina un peligro. En los dos casos es un atentado contra el derecho de los demás, un abuso de la fuerza, una violencia hipócrita.

–Sin embargo –dijo Pécuchet– los pueblos como los hombres son solidarios.

– ¡Puede ser!

Y Bouvard se puso a pensar.

Pronto empezó la expedición a Roma en el interior.

Por odio a las ideas subversivas, la élite de los burgueses parisienses saqueó dos imprentas. El gran partido del orden se formaba.

Sus jefes en el distrito eran el señor conde, Foureau, Marescot y el cura. Todos los días, alrededor de las cuatro, se paseaban de un extremo a otro de la plaza y hablaban de los acontecimientos. El asunto principal era la distribución de folletos. A los títulos no les faltaba sal:

"Dios lo querré", "Partidarios del reparto", "Salgamos del atolladero", "¿A dónde vamos?". Lo más hermoso que tenían eran los diálogos en estilo campechano, con impropiedades y errores de lenguaje para levantar el ánimo a los campesinos. Por una ley nueva, su distribución callejera estaba en manos de los prefectos y acababan de meter a Proudhom en Sainte Pélagie; esto suponía una gran victoria.

Los árboles de la libertad, en términos generales, fueron talados. Chavignolles fue fiel a la consigna. Bouvard vio con sus propios ojos los pedazos de su álamo en una carretilla. Sirvieron para calentar a los gendarmes y le regalaron el tocón al señor cura, a pesar de ser quien lo había bendecido. ¡Qué irrisión!

El maestro no ocultó su manera de pensar. Bouvard y Pécuchet lo felicitaron, un día, cuando pasaron por delante de su puerta.

Al otro día se presentó en casa de ellos. Al final de la semana le devolvieron la visita.

Caía la tarde, los chicos acababan de salir y el maestro de escuela, con manguitos de lustrina, barría el patio. Su mujer, con un pañuelo en la cabeza, amamantaba a un niño. Una niña se ocultó detrás de sus faldas; un crío horrible jugaba en el piso, a sus pies; el agua jabonosa que venía de la cocina corría por debajo de la casa.

–¡Ya ven ustedes como nos trata el gobierno! –dijo el maestro. Y en seguida la emprendió con el infame capital. ¡Había que democratizarlo, liberar a la materia!

–¡Yo no pido otra cosa! –dijo Bouvard.

Por lo menos se hubiera debido reconocer el derecho a la asistencia.

–¡Otro derecho más!

¡No es nada! Lo cierto era que el Provisional había estado blandengue al no imponer la Fraternidad.

– ¡Trate de establecerla!

Como ya faltaba luz Petit ordenó con brusquedad a su mujer que llevara un candelero a su estudio.

Los retratos litografiados de los oradores de la izquierda estaban fijados con alfileres en las paredes de yeso. Encima de un escritorio de pino campeaba un estante con libros. Para sentarse había una silla, un taburete y un viejo cajón de jabón; el maestro fingía reír de aquello. Pero la miseria le sumía las mejillas y sus sienes estrechas denotaban una testarudez de carnero, un orgullo intratable. Pero nunca aflojaría.

–Por otra parte, ¡esto es lo que me sostiene!

Era un montón de diarios en una tabla. Y expuso con palabras febriles sus artículos de fe: desarme de las tropas, abolición de la magistratura, igualdad de salarios, buen nivel, medios por los cuales se llegaría a la edad de oro con forma de República, con un dictador a la cabeza, un tipo fuerte que supiera cómo manejar aquello; ¡sin tapujos!

Después trajo una botella de anisette y tres vasos para brindar a la salud del héroe, de la victoria inmortal, ¡el gran Maximiliano!

La sotana negra del cura apareció en el umbral.

Después de saludar rápidamente a los presentes, se dirigió al maestro y le dijo, casi con voz baja:

–Y con nuestro asunto de San José, ¿qué pasa?

–No dieron nada –respondió el maestro de escuela.

–¡Usted tiene la culpa!

–Hice lo que pude.

–¿Sí; realmente?

Bouvard y Pécuchet se levantaron por discreción. Petit los hizo sentar de nuevo y dirigiéndose al cura dijo:

–¿Es todo?

El abate Jeufroy titubeó, y después, con una sonrisa que atemperaba su reprimenda dijo:

–Me parece que usted descuida un poco la historia santa.

–¡Oh, la historia santa! –respondió Bouvard.

–¿Qué le reprocha usted, señor?

–¿Yo? ¡Nada! Sólo que tal vez haya cosas más útiles que la anécdota de Jonás y los reyes de Israel.

– ¡Usted es libre! –respondió con sequedad el sacerdote. Y sin preocuparse por los extraños o debido a ellos, precisamente, agregó: –¡La hora del catecismo es demasiado corta!

Petit se encogió de hombros. –Tenga cuidado. ¡Perderá a sus alumnos! Los diez francos por mes de esos alumnos eran lo mejor de su cargo, pero la sotana lo exasperaba.

– ¡Mala suerte! ¡Vénguese, si quiere!

–Un hombre de mi carácter no se venga –dijo el sacerdote, sin conmoverse–. Sólo le recuerdo que la ley del 15 de marzo nos asigna la vigilancia de la instrucción primaria.

–¡Ah, lo sé muy bien! –exclamó el maestro–. ¡También les corresponde a los coroneles de gendarmería! ¿Por qué no al guarda rural? ¡Así estaría completo!

Y se desplomó en el escabel mordiendo su puño, conteniendo su cólera, sofocado por el sentimiento de su impotencia.

El eclesiástico le tocó levemente el hombro.

–¡No fue mi intención afligirlo, amigo mío! ¡Cálmese! ¡Sea un poco razonable! Pronto llegará Pascua y espero que usted dé el ejemplo comulgando como los demás.

– ¡Ah, es demasiado! ¡Yo, yo someterme a semejantes estupideces!

Ante esa blasfemia el cura palideció. Sus pupilas refulgieron. Su mandíbula temblaba.

– ¡Cállese, desdichado, cállese! ¡Y su mujer es la que lava la lencería de la iglesia!

–¡Y sí! ¿Qué, qué hizo ella?

–¡Siempre falta a misa! Como usted, por otra parte.

–¡Ah, no se despide a un maestro de escuela por eso!

–¡Pero se lo puede trasladar!

El sacerdote no habló más. Estaba en el fondo de la habitación, en la sombra. Petit, con la cabeza en el pecho, pensaba.

¡Llegaron al otro extremo de Francia, con sus últimos centavos comidos por el viaje, y allí encontrarían otra vez, con nombres diferentes, al mismo cura, al mismo rector, al mismo prefecto! Todos, hasta el ministro, eran como los eslabones de esa cadena abrumadora. Ya le habían hecho una advertencia, después habría otras. ¿Y luego? Y en una especie de alucinación se vio caminando por un gran camino, con una bolsa a la espalda, aquellos a los que amaba al lado de él y con la mano tendida hacia el coche de postas.

En ese momento, su mujer, en la cocina, fue presa de una quinta de tos, el recién nacido se puso a chillar y el crío lloraba.

– ¡Pobres niños! –dijo el sacerdote con voz dulce. Entonces el padre estalló en sollozos.

– ¡Sí, sí! ¡Todo lo que quieran!

–Cuento con ello –respondió el cura. Y cuando hubo hecho una reverencia: –Señores, tengan buenas noches.

El maestro de escuela permanecía con la cara entre las manos. Rechazó a Bouvard.

–¡No, déjeme! ¡Tengo ganas de reventar! ¡Soy un miserable!

Los dos amigos volvieron a su casa felicitándose por su independencia. El poder del clero los asustaba.

Ahora se lo empleaba para consolidar el orden social. La República iba a desaparecer pronto.

Tres millones de electores fueron excluidos del salario universal. La fianza de los periódicos fue aumentada, se restableció la censura. Se estaba contra el folletín, a la filosofía clásica se la consideraba peligrosa, los burgueses predicaban el dogma de los intereses materiales, y el pueblo parecía contento.

El del campo volvía a sus antiguos amos.

El señor de Faverges, que tenía propiedades en el Eure, fue llevado a la Legislatura y su reelección para el Concejo General de Calvados estaba asegurada de antemano. Consideró oportuno ofrecer una comida a los notables de la comarca.

El vestíbulo en el cual tres criados esperaban para tomarles los gabanes, el billar y los dos salones seguidos, las plantas en los jarrones de la China, los bronceos en las chimeneas, las varillas de oro en el artesonado, los pesados cortinados, los amplios sillones, todo ese lujo los halagó inmediatamente como una cortesía para con ellos; y al entrar en el comedor, con el espectáculo de la mesa cubierta de carnes en bandejas de plata, con la hilera de vasos delante de cada plato, los fiambres aquí y allá y un salmón en el medio, todos los rostros se iluminaron.

Eran diecisiete, incluidos dos importantes agricultores, el subprefecto de Bayeux y un individuo de Cherbourg. El señor de Faverges rogó a sus invitados que disculpasen a la condesa, postrada por una jaqueca; y luego de elogiar las peras y las uvas que se apilaban en cuatro cestos, en los ángulos, se habló de la gran noticia: el proyecto de un desembarco en Inglaterra a cargo de Changarnier.

Heurtaux lo deseaba por ser soldado, el cura por odio a los protestantes y Foureau porque sería beneficioso para el comercio.

–¡Ustedes expresan sentimientos de la Edad Media! –dijo Pécuchet.

–¡La Edad Media tenía cosas buenas! –respondió Marescot–. Por ejemplo, nuestras catedrales...

–¡Sin embargo, señor, los abusos...!

–No importa. La revolución no hubiera llegado...

– ¡Ah, la revolución! ¡Esa es la desgracia! –dijo el eclesiástico suspirando.

– ¡Pero todo el mundo ayudó a hacerla y discúlpeme, señor conde, ¡hasta los mismos nobles, con su alianza con los filósofos!

– ¡Y qué quiere usted! ¡Luis XVIII legalizó la expoliación! Desde entonces el régimen parlamentario nos mina las bases...

Apareció un rosbif y durante algunos minutos sólo se oyó el ruido de los tenedores y de las mandíbulas, junto con los pasos de los sirvientes y estas dos palabras repetidas una y otra vez: Madeira! ¡Sauternes!

El señor de Cherbourg fue quien reanudó la conversación. ¿Cómo detenerse en medio de la pendiente hacia el abismo?

—Entre los atenienses —dijo Marescot— entre los atenienses, con los cuales estamos relacionados. Solón sometió a los demócratas elevando el empadronamiento electoral.

—Mejor sería —dijo Hurel— suprimir la Cámara; ¡todo el desorden viene de París!

— ¡Descentralicemos! —dijo el notario. — ¡Ampliamente! —agregó el conde.

Según Foureau la comuna debía ser dueña absoluta, al grado de cerrar sus caminos a los viajeros si lo juzgaba conveniente.

Y mientras los platos se sucedían —pollo con salsa, cangrejos, hongos, ensalada de legumbres, alondras asadas —se tocaron muchos temas: el mejor sistema impositivo, las ventajas del cultivo en gran escala, la abolición de la pena de muerte y el prefecto no olvidó citar esa frase encantadora de un hombre de ingenio: ¡Que comiencen los señores asesinos!

Bouvard estaba sorprendido por el contraste de las cosas que lo rodeaban con lo que se decía, porque siempre parece que las palabras deben estar de acuerdo con los ambientes y los altos techos parecerían estar hechos para las altas ideas. Sin embargo, cuando llegaron los postres estaba rojo y entreveía las computeras como en medio de una niebla.

Se había bebido vino de Burdeos, de Borgoña y de Málaga... El señor de Faverges, que sabía con quienes trataba, hizo descorchar botellas de champaña. Los invitados bebieron y brindaron por el buen éxito de las elecciones y eran más de las tres cuando pasaron al salón de fumar para tomar el café.

Una caricatura del *Charivari* se mezclaba en una mesa con números de *El Universo*; representaba a un ciudadano al cual, por entre los faldones de la levita, le salía una cola terminada en un ojo. Marescot dio la explicación correspondiente y todos rieron mucho.

Bebían licores y la ceniza de los cigarros caía en el tapizado de los muebles. El abate, queriendo convencer a Girbal, atacó a Voltaire. Coulon se durmió. El señor de Faverges confesó su devoción por Charnbord.

—Las abejas confirman a la monarquía.

— ¡Pero las hormigas a la República!

Por lo demás, al médico aquello ya no le importaba.

— ¡Tiene usted razón! —dijo el subprefecto— ¡La forma de gobierno importa poco!

— Siempre que haya libertad —objetó Pécuchet.

—Un hombre honesto no la necesita —replicó Foureau—. Yo no digo discursos, no soy periodista ¡y sostengo que Francia quiere ser gobernada con mano de hierro!

Todos reclamaban un Salvador.

Y al salir Bouvard y Pécuchet oyeron al señor de Faverges que le decía al abate Jeufroy:

—Hay que restablecer la obediencia. ¡La autoridad muere si se la discute! ¡El derecho divino, sólo hay eso!

— ¡Perfectamente, señor conde!

Los pálidos rayos de un sol de octubre se tendían por detrás de los bosques; soplaban un viento húmedo y caminando sobre las hojas secas respiraban como liberados.

Todo lo que no habían podido decir surgió como exclamaciones:

— ¡Qué idiotas! ¡Qué ruindad! ¿Cómo imaginar tanto empecinamiento? En primer lugar ¿qué significa el derecho divino?

El amigo de Dumouchel, ese profesor que los había esclarecido acerca de estética, respondió a su pregunta con una carta de erudito.

–La teoría del derecho divino fue formulada por el inglés Filmer durante el reinado de Carlos II.

"Es así:

"El Creador dio al primer hombre la soberanía del mundo. Ella fue transmitida a sus descendientes; y el poder del Rey emana de Dios.

"'El es su imagen', escribe. La autoridad "«terna acostumbra al mando de una sola persona. Los reyes fueron hechos según el modelo que deparan los padres.

"Locke refuta esta doctrina. El poder paterno se distingue del monárquico, pues toda persona tiene sobre sus hijos *el mismo* derecho que el monarca sobre los suyos. La realeza existe sólo por elección popular, elección que era evocada en la ceremonia de la coronación, en la que dos obispos mostraban el Rey y preguntaban a los nobles y a los campesinos si lo aceptaban como tal.

"'Es decir que el Poder viene del pueblo. Este tiene derecho de hacer todo lo que quiera', dice Helvetius: 'de cambiar su constitución', dice Vattel; 'de rebelarse contra la injusticia', afirman Glaty, Hotnran, Mably, etcétera; y Santo Tomás de Aquino lo autoriza a liberarse de un tirano. Y hasta se lo puede dispensar de tener razón, según Jurieu.

Asombrados por el axioma, recurrieron al *Contrato Social* de Rousseau.

Pécuchet llegó hasta el final, luego, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, hizo el análisis.

–Se supone una convención por la cual el individuo enajena su libertad. El Pueblo, por su parte, se comprometía a defenderlo de las desigualdades de la Naturaleza y lo hacía propietario de las cosas de las cuales era depositario.

–¿Dónde está la prueba del contrato?

– ¡En ninguna parte! Y la comunidad no ofrece ninguna garantía. Los ciudadanos se ocuparán exclusivamente de política, pero como los oficios son necesarios, Rousseau aconseja la esclavitud. Las ciencias han perdido al género humano. El teatro es corruptor, el dinero funesto; y el Estado debe imponer una religión, so pena de muerte.

–¡Cómo –se dijeron– ¡Ese es el dios del 93, el pontífice de la democracia!

Todos los reformadores lo copiaron; y se procuraron el *Examen del socialismo* de Morant.

En el capítulo primero se expone la doctrina sansimoniana. En la cima está el *Padre*, papa y emperador a la vez. Abolición de la herencia, todos los bienes muebles e inmuebles componen un fondo social que será explotado jerárquicamente. Los industriales administrarán la fortuna pública. Pero ¡no hay nada que temer! pues se tendrá como jefe a "aquel que más ama".

Falta una cosa, la Mujer. De la llegada de la Mujer depende la salvación del mundo.

–No comprendo.

–¡Ni yo!

Y abordaron el furierismo.

Todas las desgracias provienen de la coacción. Que la Atracción sea libre y habrá Armonía.

Nuestra alma encierra doce pasiones principales, cinco egoístas, cuatro anímicas, tres distributivas. Las primeras conciernen al individuo, las siguientes a los grupos y las últimas a los grupos de grupos o series, cuyo conjunto es la Falange, sociedad de mil ochocientas personas que habitan un palacio. Todas las mañanas los trabajadores son llevados al campo en coche y traídos todas las tardes. Se llevan estandartes, se organizan fiestas, se comen pasteles. Toda mujer, si lo desea, posee tres hombres, el marido, el amante y el genitor. Para los solteros se instituye el bayaderismo.

– ¡Eso me gusta! –dijo Bouvard y se enfrascó en los sueños del mundo armónico.

La restauración de los climas haría a la tierra más bella y la cruce de las razas más larga la vida humana. Se dirigirán las nubes como ahora se hace con el rayo y lloverá de noche en las ciudades, para lavarlas. Los navíos atravesarán los mares polares deshelados bajo las auroras, boreales –pues todo se produce por la conjunción de dos fluidos, macho y hembra, que brotan de los polos– y las auroras boreales son un síntoma del celo del planeta, una emisión prolífica.

–¡Eso me supera! –dijo Pécuchet.

Aparte Saint Simón y Fourier, el problema se reduce a cuestiones de salario.

Louis Blanc, en interés de los obreros, quiere abolir el comercio exterior; La Farelle que se graven las máquinas con impuestos; otro, que se desgraven las bebidas o que se rehagan las cofradías o que se distribuya sopa. Proudhon imaginó una tarifa uniforme y reclamó para el estado el monopolio del azúcar.

–Tus socialistas –decía Bouvard– piden siempre la tiranía.

–¡Pero no!

–¡Claro que sí!

– ¡Eres absurdo!

– ¡Y tú me irritas!

Se hicieron enviar las obras de las cuales conocían sólo los resúmenes. Bouvard señaló varios pasajes y mostrándolos decía:

–¡Lee tú mismo! Nos proponen como ejemplo a los esenios, a los hermanos moravos, a los jesuitas del Paraguay y hasta al régimen de las prisiones.

Entre los icarios se come en veinte minutos y las mujeres dan a luz en el hospital. En cuanto a los libros, está prohibido imprimirlos sin autorización de la República.

–Pero Cabet es un idiota.

–Ahora veamos a Saint Simón: los publicistas someterán sus trabajos a la consideración de un comité de industriales.

Y a Pierre Leroux: la ley obligará a los ciudadanos a oír a un orador.

Y a Augusto Comte: los sacerdotes educarán a la juventud, dirigirán todas las obras del espíritu y harán que el Poder se comprometa a regular la procreación.

Esos documentos afligieron a Pécuchet. A la noche, durante la cena, replicó:

–Convengo en que los utopistas tienen cosas ridículas. Sin embargo, merecen nuestro amor. Lo espantoso del mundo los desconsolaba y para hacerlo más hermoso lo han padecido todo. Recuerda a Moro decapitado, a Campanella siete veces torturado, Buonarroti con una cadena alrededor del pescuezo, Saint Simón aplastado por la miseria y muchos otros aun. ¡Hubieran podido vivir tranquilos! ¡Pero no, anduvieron su camino, con la cabeza erguida, como héroes! –¿Tú crees que el mundo cambiará gracias a las teorías de un señor? –replicó Bouvard.

– ¡Qué importa! –dijo Pécuchet–. ¡Ya es hora de que dejemos de pudrirnos hundidos en el egoísmo! Busquemos el mejor sistema.

–Entonces ¿cuentas con encontrarlo? –¡Seguramente! –¿Tú?

Y Bouvard fue presa de una risa que hacía que sus hombros y su barriga saltasen al compás. Más rojo que las mermeladas, con su servilleta en la axila, repetía: ¡Ah, ah, ah! de una manera irritante.

Pécuchet salió de la habitación dando un fuerte portazo.

Germaine anduvo llamándolo por toda la casa, hasta que por fin se lo descubrió en el fondo de su habitación, en una poltrona, sin fuego ni vela y con el gorro hasta las cejas. No estaba enfermo; se había sumido en reflexiones.

Cuando la discusión quedó atrás, reconocieron que sus estudios carecían de algo básico: la economía política.

Hicieron averiguaciones acerca de la oferta y la demanda, del capital y del alquiler, de la importación y de la prohibición.

Una noche Pécuchet fue despertado por el crujido de una bota en el corredor. La víspera, como de costumbre, él mismo había corrido todos los cerrojos. Llamó a Bouvard que dormía profundamente.

Permanecieron inmóviles debajo de sus cobijas. El ruido no se oyó más.

Cuando interrogaron a los sirvientes éstos dijeron que no habían oído nada.

Pero paseándose por su jardín advirtieron, en medio de un cantero, cerca de la balaustrada, la huella de un zapato y había dos barrotes del vallado rotos. Alguien había trepado por ahí, evidentemente.

Había que prevenir al guarda rural. Como éste no estaba en la municipalidad, Pécuchet fue a lo del almacenero.

Y ¿a quién vio en la trastienda, al lado de Placquevent, entre los bebedores? ¡A Gorgu! Gorgu trajeado como un burgués y convidando a los presentes.

El encuentro era insignificante. Pronto llegaron a la cuestión del Progreso. Bouvard no abrigaba ninguna duda en lo concerniente al campo científico. Pero en literatura todo es menos claro y aunque el bienestar aumenta, el esplendor de la vida ha desaparecido.

Pécuchet, para convencerlo, tomó un pedazo de papel.

—Trazó una línea ondulada en sentido oblicuo. Los que la recorrieran cada vez que descende no verían el horizonte. Pero se levanta, sin embargo, y a pesar de sus rodeos alcanzarán la cima. Esa es la imagen del Progreso.

La señora Bordin entró.

Era el 3 de diciembre de 1851. La señora traía el diario.

Leyeron muy rápidamente, uno al lado de otro, el Llamamiento al pueblo, la disolución de la Cámara, el apresamiento de los diputados.

Pécuchet se puso pálido, Bouvard miró a la viuda.

—¿Cómo? ¿No dicen nada?

—¿Qué quiere usted que haga?

Olvidaban ofrecerle un asiento.

—Yo que vine creyendo que les sería placentero. ¡Ah, ustedes no están muy amables hoy!

Y salió disgustada por la descortesía.

La sorpresa los había dejado mudos. Después fueron al pueblo a propagar su indignación.

Marescot, que los recibió en medio de los contratos, pensaba de otra manera. El palabrerío de la Cámara se había terminado, gracias al cielo. Desde ahora se haría una política práctica.

Beljambe ignoraba los acontecimientos y, por otra parte, le importaban un comino.

Cerca de les Halles arrestaron a Vaucorbeil.

El médico estaba de vuelta de todo eso.

—Cometen un error al preocuparse.

Foureau pasó al lado de ellos diciendo con expresión sarcástica:

– ¡Se hundieron los demócratas!

Y el Capitán, del brazo de Girbal, gritó desde lejos:

– ¡Viva el Emperador!

Pero Petit tenía que comprenderlos y cuando Bouvard golpeó a la ventana el maestro de escuela abandonó su clase.

A él le parecía extremadamente raro que Thiers estuviese en prisión.

Eso vengaba al pueblo.

– ¡Ah, ah, señores diputados! ¡Les llegó el turno!

El tiroteo de los bulevares contó con la aprobación de Chavignolles. ¡Que no haya gracia para los vencidos ni piedad para las víctimas! Desde el momento que uno se rebela es un canalla.

– ¡Agradecemos a la Providencia! –decía el cura–. Y después de ella, a Louis Bonaparte. ¡Está rodeado por los hombres más distinguidos! El conde de Faverges será senador.

Al otro día recibieron la visita de Placquevent. Los señores habían hablado demasiado. Los instaba a que callaran.

– ¿Quieres saber mi opinión? –dijo Pécuchet–. Puesto que los burgueses son feroces, los obreros envidiosos, los curas serviles y que el pueblo, por fin, acepta a todos los tiranos con tal que se lo deje meter el hocico en el plato, Napoleón hizo bien. ¡Qué lo amordace, lo pisotee y lo extermine! ¡Nunca será demasiado para su odio del derecho, su cobardía, su ineptitud y su ceguera!

Bouvard pensaba:

– ¡Ah, el progreso; qué broma! –y agregó–: Y la política ¡una hermosa porquería!

– ¡No es una ciencia! –respondió Pécuchet–. El arte militar es mejor. Se prevé lo que realmente sucede. Tendríamos que meternos en eso.

– ¡No, gracias! –respondió Bouvard–. Todo me desagrada. Vendamos mejor nuestra casucha y vayámonos al Diablo, con los salvajes.

– ¡Como quieras!

En el patio, Mélie sacaba agua.

La bomba de madera tenía una larga palanca. Para hacerla bajar se doblaba por la cintura y entonces se veían sus medias azules hasta la altura de las pantorrillas. Después, con un ademán rápido, levantaba su brazo derecho, al mismo tiempo que volvía un poco la cabeza; y Pécuchet, al mirarla, sentía algo de muy nuevo, un encantamiento, un placer infinito.

7

Días tristes comenzaron.

Ya no estudiaban, por miedo a las decepciones; los habitantes de Chavignolles se apartaban de ellos; los diarios tolerados no decían nada y su soledad era profunda, su ociosidad completa.

A veces abrían un libro y lo volvían a cerrar. ¿Para qué? Otros días se les ocurría la idea de limpiar el jardín, pero al cabo de un cuarto de hora se sentían fatigados; o iban a ver su granja y volvían asqueados; o si no se ocupaban de la casa, pero Germaine se deshacía en lamentos y entonces desistían.

Bouvard quiso hacer el catálogo del museo y decidió que aquellas chucherías eran estúpidas. Pécuchet pidió prestada la escopeta de Langlois para tirarle a las alondras, pero el arma estalló al primer tiro y casi lo mata.

Así vivían en medio de ese hastío del campo, tan pesado cuando el cielo blanco aplasta con su monotonía a un corazón sin esperanza. Se escucha el paso de un hombre con zuecos que costea el muro, o las gotas de lluvia que caen del techo al suelo. De tiempo en tiempo, una hoja muerta viene a rozar el vidrio, luego revolotea, se va. El viento trae confusos sonos de campana. En el fondo del establo muge una vaca.

Bostezaban, el uno frente al otro, consultaban el calendario, miraban el reloj, esperaban las comidas; ¡y el horizonte era siempre el mismo! El campo enfrente, la iglesia a la derecha, a la izquierda un telón de álamos; sus copas se balanceaban en la bruma, perpetuamente, de manera lamentable.

Las costumbres que habían llegado a tolerar los hacían sufrir ahora. Pécuchet se tornaba incómodo con su manía de poner su pañuelo en el mantel. Bouvard no se desprendía de la pipa y hablaba contoneándose. Se suscitaban discusiones acerca de los platos o de la calidad de la manteca. Estaban juntos pero pensaban en cosas diferentes.

Un hecho había trastornado a Pécuchet.

Dos días después del tumulto en Chavignolles, cuando se paseaba con su desengaño político, llegó a un camino cubierto por frondosos olmos y oyó a sus espaldas una voz que gritaba:

– ¡Detente!

Era la señora Castillon. Corría desde el otro lado y no lo había visto. Un hombre que caminaba delante de ella se volvió. Era Gorgu. Se encontraron a una toesa de Pécuchet. La hilera de árboles los separaba de él.

–¿Es cierto? –dijo ella–. ¿Vas a pelear?

Pécuchet se metió en el foso, para escuchar desde allí.

–Y bueno, sí –respondió Gorgu–. ¡Voy a pelear! ¿Y eso qué te hace?

–¡Y lo pregunta! –exclamó ella, retorciéndose los brazos–. Pero ¿si te matan, mi amor? ¡Oh, quédate!

Y sus ojos azules, más aún que sus palabras, le suplicaban.

–¡Déjame tranquilo! Tengo que irme. Ella rió, sarcástica y colérica. –¡La otra te lo permite, eh!

– ¡No hables más!

El levantó su puño apretado.

–¡No, amigo mío, no! Me callo, no digo nada.

Y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas hasta los pliegues de su gorguera.

Era mediodía. El sol brillaba en el campo cubierto por el trigo amarillo. A lo lejos la capota de un coche se deslizaba lentamente. Un sopor invadía el aire, no se oía ni un grito de pájaro, ni un zumbido de insecto. Gorgu había cortado una vara y le raspaba la corteza. La señora Castillon no levantaba la cabeza. La pobre mujer pensaba en lo vano de sus sacrificios, en las deudas que había pagado, en los compromisos contraídos, en su reputación perdida. En lugar de quejarse le recordó los primeros tiempos de su amor, cuando iba todas las noches a encontrarse con él en el granero; y tanto que una noche, su marido, creyendo que era un ladrón, le disparó un pistoletazo por la ventana. La bala estaba todavía en la pared.

–En el mismo momento que te conocí me pareciste hermoso como un príncipe. ¡Amo tus ojos, tu voz, tu andar, tu olor! –Y agregó, más bajo–: ¡Estoy loca por ti!

El sonreía, halagado en su amor propio.

Ella lo tomó con las dos manos por los costados y echó la cabeza hacia atrás, como en actitud de adoración.

–¡Mi querido corazón! ¡Mi querido amor! ¡Mi alma! ¡Mi vida! ¡Vamos, habla! ¿Qué quieres? ¿Dinero? ¡Se encontrará!

¡Me equivoqué! ¡Te aburría, perdóname! ¡Encárgale trajes al sastre, bebe champaña, vete de juerga; te lo permito todo, todo! –Y murmuró con un esfuerzo supremo–: ¡Hasta a ella, con tal que vuelvas a mí!

El se inclinó hacia su boca, con un brazo alrededor de la cintura para impedir que cayera, y ella balbucía:

– ¡Querido corazón! ¡Querido amor! ¡Qué hermoso eres, Dios mío, qué hermoso eres!

Pécuchet inmóvil y con la tierra del foso a la altura del mentón, los escuchaba jadeante.

– ¡Nada de flaquezas! –dijo Gorgu–. ¡A ver si pierdo la diligencia, todavía! ¡Se prepara una buena revuelta y yo estoy metido! Dame diez centavos para pagarle una copa al conductor.

Ella sacó cinco francos del bolso.

–Pronto me los devolverás. Ten un poco de paciencia. Piensa un poco en cuánto tiempo hace que está paralizado. ¡Y si tú quieres iremos a la capilla de la Croix Janval y allí, amor mío, juraré ante la Santa Virgen que me casaré contigo cuando él haya muerto!

–¡Eh, no se muere más, tu marido!

Gorgu ya se iba, pero ella lo alcanzó y se aferró a sus hombros.

–¡Déjame ir contigo! ¡Seré tu sirvienta! Necesitas a alguien. ¡No te vayas, no me dejes! ¡Antes prefiero morir! ¡Mátame!

Se arrastraba de rodillas tratando de tomarle las manos para besarlas; la cofia se le cayó, después la peineta y sus cabellos cortos se esparcieron. Estaban blancos debajo de las orejas y como ella lo sacudía de abajo a arriba, sollozando, con sus párpados rojos y sus labios tumefactos, él, presa de la exasperación, la rechazó.

– ¡Afuera, vieja! Buenas noches.

Ella se levantó, arrancó la cruz de oro que pendía de su cuello y la arrojó hacia él:

– ¡Toma, canalla!

Gorgu se alejaba golpeando con su ramita las hojas de los árboles.

La señora Castillon ya no lloraba. Con la mandíbula caída y las pupilas apagadas, permaneció sin hacer un movimiento, petrificada por la desesperación; ya no era un ser, sino una cosa en ruinas.

Lo que acababa de sorprender era para Pécuchet como el descubrimiento de un mundo ¡de todo un mundo! lleno de resplandores deslumbrantes, de floraciones desordenadas, de océanos, de tempestades, de tesoros y de abismos de una profundidad infinita. Daba miedo, pero qué importaba. Pensó en el amor y ambicionó sentirlo como ella, inspirarlo como él.

No obstante, execraba a Gorgu y en el cuerpo de guardia le había costado un esfuerzo no traicionarlo.

El amante de la señora Castillon lo humillaba con su figura delgada, sus rizos en las sienes, su barba frondosa, su aire de conquistador. Su cabellera, en cambio, la de él, se pegaba a su cráneo como una peluca mojada, su torso en su hopalanda parecía una larga almohada, le faltaban dos caninos y su semblante era severo. Le parecía que el cielo era injusto, se sentía como desheredado y su amigo no lo quería más. Bouvard lo abandonaba todas las noches.

Después de la muerte de su mujer, nada le hubiese impedido tomar otra que ahora lo mimaría y cuidaría su casa. ¡Ya estaba muy viejo para pensar en eso!

Pero Bouvard se contempló en el espejo. Sus mejillas conservaban sus colores, sus cabellos estaban tan rizados como antes; ni un diente se había movido y ante la idea de que podía gustar, se sintió rejuvenecido. La señora Bordin acudió a su memoria. Ella le había hecho insinuaciones, la primera vez cuando el incendio de las parvas, la segunda cuando la cena, después en el museo, durante la representación y, últimamente,

había ido, sin resentimiento, tres domingos seguidos. Fue entonces a casa de ella y volvió hecho al propósito de seducirla.

Desde el día en que Pécuchet había visto a la sirvientita sacando agua le hablaba con más frecuencia, así estuviese barriendo el corredor, tendiendo la ropa o manipulando las cacerolas, no se cansaba de disfrutar la dicha de mirarla, sorprendido de sus emociones, como en la adolescencia. Hasta le habían dado su fiebre y su languidez y lo perseguía el recuerdo de la señora Castillon abrazando a Gorgu.

Interrogaba a Bouvard acerca de cómo se las arreglan los libertinos para conquistar mujeres.

–Se les hacen regalos, se las invita al restaurant.

–Muy bien, pero ¿y después?

–Hay algunas que fingen un desvanecimiento para que se las lleve a un canapé, otras dejan caer su pañuelo al suelo. Las mujeres dan una cita, francamente.

Y Bouvard se deshizo en descripciones que encendieron la imaginación de Pécuchet como grabados obscenos.

–La primera regla es no creer en lo que ellas dicen. ¡He conocido algunas que bajo una apariencia de santas eran verdaderas Mesalinas! ¡Ante todo hay que ser atrevido!

Pero el atrevimiento no se fabrica. Pécuchet posponía su decisión todos los días y por otra parte lo intimidaba la presencia de Germaine.

Con la intención de que se fuera la recargaba de trabajo, le hacía notar las veces que se achispaba, ponía en evidencia en voz alta su suciedad, su pereza y tanto hizo que al fin la despidieron.

¡Entonces Pécuchet quedó libre!

¡Con qué impaciencia esperaba la salida de Bouvard! ¡Cómo le latía el corazón tan pronto como la puerta se cerraba!

Mélie trabajaba en una mesita, cerca de la ventana, a la luz de una vela. De cuando en cuando cortaba el hilo con los dientes, después entornaba los ojos para meterlo en el ojo de la aguja.

En primer lugar él quiso saber qué hombres le gustaban. ¿Eran, por ejemplo, los del tipo de Bouvard? De ningún modo; prefería a los delgados. Se atrevió a preguntarle si había tenido novios. –¡Nunca!

Después, acercándose, contemplaba su nariz fina, su boca delgada, las líneas de su rostro. Le hizo cumplidos y le recomendó que fuera juiciosa.

Cuando se inclinaba hacia ella entreveía en su blusa las formas blancas de las que emanaba un tibio aroma que le quemaba las mejillas. Una noche rozó con sus labios el vello de su nuca y se sintió conmovido hasta la médula de los huesos. Otra vez le besó la parte baja del mentón y debió esforzarse para no morder la carne, de tan sabrosa como estaba. Ella le devolvió su beso. La habitación daba vueltas. El ya no veía nada.

Le regaló un par de botines y con frecuencia la convidaba a una copa de anisette.

Para ahorrarle trabajo se levantaba temprano, cortaba la leña, encendía el fuego, y llegaba, en su amabilidad, a limpiar el calzado de Bouvard.

Mélie no se desvaneció, no dejó caer su pañuelo y Pécuchet no sabía qué actitud asumir; su deseo se incrementaba por el temor a satisfacerlo.

Bouvard cortejaba con asiduidad a la señora Bordin. Esta lo recibía un poco cinchada en su vestido de seda buche de paloma que crujía como los arneses de un caballo, jugueteando con su larga cadena de oro tanto como para mostrar aplomo.

Sus diálogos trataban de la gente de Chavignolles o de su "difunto marido", en otros tiempos ujier en Livarot.

Después ella quiso saber del pasado de Bouvard, mostró curiosidad por conocer sus "travesuras juveniles", e, incidentalmente, cuál era su fortuna y qué intereses lo ligaban a Pécuchet.

El manifestaba su admiración por lo bien cuidada que estaba la casa y cuando se quedaba a cenar, por la limpieza de la vajilla y la excelencia de la comida. Una serie de platos, de un sabor profundo, entrecortada a intervalos iguales por un viejo "pommard", los llevaba hasta los postres y luego se quedaban mucho tiempo bebiendo el café. Y la señora Bordin, dilatando las narices, mojaba en el platito sus labios carnosos, sombreados levemente por un bozo negro.

Un día apareció descotada. Sus hombros fascinaron a Bouvard. En un momento dado, cuando estaba sentado en una pequeña silla delante de ella, comenzó a pasarle las dos manos por los brazos. La viuda se enojó. El no lo hizo más pero se figuró redondeces de una amplitud y una consistencia maravillosas.

Una noche en que la comida de Mélie le había desagradado, se sintió muy contento al entrar en el salón de la señora Bordin. ¡Allí debería vivir!

El globo de la lámpara, cubierto por un papel rosado, difundía una luz tranquila. Ella estaba sentada al lado del fuego y su pie rebasaba el borde de su vestido. Después de las primeras palabras la conversación decayó. Sin embargo, ella lo miraba, con las pestañas entornadas, con expresión de languidez, con obstinación.

¡Bouvard no aguantó más! Se arrodilló en el piso y farfulló:

– ¡La amo! ¡Casémonos!

La señora Bordin respiró con fuerza; después, con aire de ingenuidad, dijo que él bromeaba, sin duda, iban a burlarse de ellos, no era razonable. Aquella declaración la aturdió.

Bouvard objetó que ellos no necesitaban el consentimiento de nadie.

–¿Qué la detiene? ¿El ajuar? Nuestra ropa tiene una marca similar, ¡una B! ¡Uniremos nuestras mayúsculas!

El argumento le gustó. Pero un asunto de gran importancia le impedía decidirse antes de fin de mes. Y Bouvard gimió.

Ella tuvo la delicadeza de acompañarlo, escoltada por Marianne, que llevaba un farol.

Los dos amigos se habían ocultado sus pasiones.

Pécuchet tenía pensado mantener siempre oculta su aventura con la criada. Si Bouvard se oponía se la llevaría a otra parte, aunque fuese a Argelia, donde la vida no era cara. Pero rara vez concebía esas hipótesis, lleno de amor, sin pensar en sus consecuencias.

Bouvard proyectaba hacer del museo la cámara nupcial, a menos que Pécuchet se opusiese; en ese caso viviría en el domicilio de su esposa.

Una tarde de la semana siguiente, ella estaba en el jardín de su casa; los capullos comenzaban a abrirse y se veían, entre las nubes, grandes espacios azules. Ella se agachó para recoger violetas y le dijo, dándoselas:

– ¡Salude a la señora Bouvard!

– ¡Cómo! ¿Es verdad? –Totalmente verdad.

Quiso tomarla en sus brazos pero ella lo rechazó. –¡Qué hombre!

Después se puso seria y le advirtió que pronto le pediría un favor.

– ¡Se lo concedo!

Acordaron la firma de su contrato para el jueves siguiente. Nadie debía saber nada hasta último momento.

– ¡Convenido!

Y salió con los ojos puestos en el cielo, ligero como un corzo.

La mañana de ese mismo día Pécuchet se había prometido morir si no obtenía los favores de su criada y la había acompañado hasta el sótano con la esperanza de que las tinieblas le dieran audacia.

Ella había querido irse varias veces, pero él la retenía para contar las botellas, elegir latas o mirar el fondo de los toneles. Hacía mucho que estaban en eso.

Ella estaba en frente de él, a la luz del tragaluz, derecha, con los párpados bajos, la comisura de los labios un poco levantadas.

–¿Me amas? –dijo repentinamente Pécuchet.

– ¡Sí; lo amo!

–Bueno, entonces ¡pruébame!

Y envolviéndola con el brazo izquierdo, comenzó a desabrocharle el corset con la otra mano.

– ¡Me va a hacer mal!

–¡No, angelito mío! ¡No tengas miedo!

–Si el señor Bouvard...

–No le diré nada. ¡Quédate tranquila!

Atrás había un montón de leña. Ella se dejó caer allí con los senos fuera de la camisa, la cabeza echada hacia atrás; después se tapó el rostro con un brazo y cualquier otro hubiese advertido que no le faltaba experiencia.

Bouvard no tardó en llegar para comer.

Comieron en silencio, los dos con miedo de traicionarse.

Mélie los sirvió impasible, como de costumbre. Pécuchet desviaba la mirada para eludir la suya, en tanto que Bouvard contemplaba las paredes, pensaba en hacer mejoras.

Ocho días después, el jueves, volvió furioso.

– ¡Maldita atorranta! –Pero ¿quién?

–La señora Bordin.

Y contó que en su locura había llegado a querer hacerla su mujer. Pero todo había terminado hacía un cuarto de hora en lo de Marescot. Había pretendido recibir como dote las Ecalles, de lo cual él no podía disponer, pues lo había adquirido, lo mismo que la granja, pagándolo en parte con dinero de otro.

– ¡Efectivamente! –dijo Pécuchet.

–¡Y yo que cometí la estupidez de prometerle un favor, el que quisiera! ¡Era ese! ¡Me empeciné y si me amaba hubiese cedido!

La viuda, al contrario, se había deshecho en insultos, había denigrado su físico, su barriga.

– ¡Mi barriga! Pero ¡fíjate un poco!

Pécuchet, a todo esto, había salido varias veces, caminaba con las piernas separadas. –¿Te duele algo? –dijo Bouvard.

– ¡Sí, sí, estoy mal!

Y después de cerrar la puerta, no sin muchas vacilaciones, Pécuchet confesó que se acababa de descubrir una enfermedad secreta.

–¿Tú?

–¡Yo mismo!

– ¡Ah, pobre muchacho! Y ¿quién te la contagió?

Se puso más colorado todavía y dijo con voz aún más baja: –No puede ser más que Mélie.

Bouvard quedó estupefacto.

Lo primero que debían hacer era despedir a la muchacha. Esta protestó con aire cándido.

El estado de Pécuchet era grave, pero sin embargo, avergonzado por su torpeza, no se atrevía a ver al módico. Bouvard se le ocurrió recurrir a Barberou.

Le escribieron dándole los detalles de la enfermedad, para que los comunicara a un doctor que lo curaría por correspondencia. Barberou tomó la cosa con mucho celo, persuadido de que se trataba de Bouvard, y lo llamó viejo verde al mismo tiempo que lo felicitaba.

– ¡A mi edad! –decía Pécuchet–. ¿No es lúgubre? Pero ¿por qué me hizo eso?

–Tú le gustabas.

–Hubiera podido avisarme.

–¿Es que la pasión razona, acaso?

Y Bouvard se quejaba de la señora Bordin.

A menudo la había sorprendido detenida delante de las Ecalles en compañía de Marescot, hablando con Germaine. ¡Tantas maniobras por un poco de tierra!

–¡Es avara! ¡Esa es la explicación!

Así rumiaban su descontento, en la salita, al lado del fuego, Pécuchet mientras tomaba sus remedios y Bouvard fumando pipas; y hablaban de mujeres.

–Extraña necesidad. ¿Es una necesidad? ¡Impulsan al crimen, al heroísmo y al embrutecimiento! El infierno debajo de unas enaguas, el paraíso en un beso; gorjeo de tórtola, ondulaciones de serpiente, zarpas de gato; la perfidia del mar, variables como la luna; dijeron todos los lugares comunes que ellas inspiraron.

Había sido el deseo de tener una mujer lo que había interrumpido su amistad. Un remordimiento hizo presa de ellos.

–No más mujeres ¿no es cierto? ¡Vivamos sin ellas!

Y se abrazaron con ternura.

¡Había que reaccionar! Y Bouvard, después de la curación de Pécuchet, estimó que la hidroterapia le sería beneficiosa.

Germaine, que había vuelto después de haberse ido la otra, llevaba la bañera al corredor todas las mañanas.

Los dos hombres, desnudos como salvajes, se arrojaban grandes baldes de agua y después corrían hacia sus habitaciones. Los vieron por la balaustrada y hubo personas escandalizadas.

8

Satisfechos con su régimen, quisieron mejorar el temperamento por medio de la gimnasia.

Tomaron el manual de Amoros y recorrieron el atlas. Todos esos muchachos acuclillados, acostados, doblando las piernas, abriendo los brazos, mostrando el puño, levantando pesos, cabalgando vigas, trepando escaleras o haciendo cabriolas en el trapecio componían un gran despliegue de fuerza y agilidad que despertó su envidia.

Pero al mismo tiempo estaban entristecidos por los esplendores del gimnasio descrito en el prefacio. Porque nunca podrían tener un vestíbulo para los aparatos, un hipódromo para las carreras, una pileta para la natación, ni una "montaña de gloria", colina artificial de treinta y dos metros de altura.

Un caballo de volteo de madera y con relleno hubiera sido dispendioso, por lo que renunciaron a él. El tilo caído en el jardín les sirvió como mástil horizontal y cuando fueron capaces de recorrerlo de un extremo al otro, replantaron una vigueta de los contraespaldares para que les sirviera como uno vertical. Pécuchet trepó hasta la punta. Bouvard se deslizaba, caía siempre, hasta que por fin desistió.

Les gustaron más los "bastones ortosomáticos", es decir, dos mangos de escoba unidos por dos cuerdas, la primera de las cuales se pasa por debajo de las axilas y la segunda por las muñecas. Pasaban horas con el aparato puesto, el mentón levantado, el pecho hacia adelante, y los codos pegados al cuerpo.

A falta de pesas, el carretero les torneó cuatro trozos de fresno, parecidos a panes de azúcar y que terminaban en cuello de botella. Estas clavos se tienen que mover a derecha e izquierda, hacia adelante y hacia atrás, pero como eran demasiado pesadas, se les escapaban de entre los dedos con riesgo de aplastarse las piernas. ¡No importaba! Se empeñaron con las "mazas persas" y por temor a que se resquebrajaran todas las noches les pasaban un paño con cera.

Después buscaron fosos. Cuando encontraban uno que les convenía, apoyaban en el medio una larga pértiga, se impulsaban con el pie izquierdo, llegaban al borde opuesto y luego volvían a empezar. El campo era llano y se los veía desde lejos; y los lugareños se preguntaban qué eran esas dos cosas extraordinarias que brincaban en el horizonte.

Cuando llegó el otoño se dedicaron a la gimnasia de cámara, pero se aburrieron. ¡Qué lástima no tener el "agitador" o sillón de posta imaginado en la época de Luis XIV por el abate de Saint Pierre! ¿Cómo estaba construido? ¿Dónde informarse? ¡Dumouchel ni siquiera se dignó responderles!

Entonces instalaron en el galpón del horno una báscula braquial. Por dos poleas atornilladas al techo pasaba una cuerda que tenía un travesaño en cada extremo. Tan pronto como la tomaban uno se impulsaba golpeando el piso con la punta de los pies y el otro bajaba los brazos hasta el nivel del suelo; el primero, por su peso, atraía al segundo, el que, aflojando un poco la cuerda, subía a su vez; en menos de cinco minutos sus miembros estaban bañados en sudor.

Para seguir las instrucciones del manual trataron de convertirse en ambidextros, para lo cual llegaron a prescindir temporariamente de la mano derecha. Hicieron más aún; Amoros indica los versos que hay que cantar al hacer las maniobras y Bouvard y Pécuchet, cuando marchaban, recitaban el himno n° 9, "Un rey, un rey Justo es un bien en la tierra". Cuando se golpeaban los pectorales, "Amigos, la corona y la gloria", etcétera. Cuando iban a la carrera:

¡Allá va la tímida bestia!
¡Alcancemos al ciervo veloz!
¡Sí, sí, vencamos!
¡Corramos, corramos, corramos!

Y más jadeantes que perros, se animaban al oír el sonido de sus voces.

Un aspecto de la gimnasia los exaltaba: su aplicación como medio de salvamento.

Pero hubieran necesitado niños para aprender a llevarlos en bolsas y le rogaron al maestro de escuela que les suministrara algunos. Petit arguyó que las familias se enojarían. Entonces se dedicaron a los primeros auxilios. Uno fingía que estaba desvanecido y el otro lo llevaba en una carretilla con toda clase de precauciones.

En cuanto a las escaladas militares, el autor preconiza la escala de Bois Rosé, así llamada por el capitán que sorprendió a Fécamp, en otros tiempos, subiendo por el acantilado.

Según el grabado del libro, insertaron pequeños bastones en un cable que ataron bajo el cobertizo.

En cuanto se está a horcajadas en el primer bastón y tomado del tercero, se echan las piernas hacia afuera para que el segundo, que estaba contra el pecho, quede justo debajo de los muslos. Uno se incorpora, toma el cuarto y así se continúa. No obstante prodigiosos contoneos les fue imposible alcanzar el segundo escalón.

¿Será menos difícil aferrarse a las piedras con las manos, como hicieron los soldados de Bonaparte en el ataque al Fort Chambray? Y para hacerlo a uno capaz de tal acción, Amoros posee una torre en su establecimiento.

El muro en ruinas podría reemplazarla. Intentaron el asalto.

Pero Bouvard retiró con demasiada rapidez su pie de un agujero, le dio miedo y fue presa del vértigo.

Pécuchet hizo responsable a su método; habían descuidado lo que concierne a las falanges, por lo cual debían comenzar por el principio.

Sus exhortaciones fueron vanas y llevado por su presuntuosidad, se dedicó a los zancos.

La Naturaleza parecía haberlo destinado a aquello, ya que empleó desde un principio el modelo grande, con paletas a cuatro pies del suelo. Y tranquilo ahí arriba recorría el jardín como una gigantesca cigüeña de paseo.

Bouvard, desde la ventana, lo vio titubear, después caer a plomo encima de las habichuelas, cuyas ramas, al romperse, amortiguaron su caída. Lo recogieron cubierto de tierra, con las narices ensangrentadas, pálido y creyendo que se había torcido algo.

Decididamente, la gimnasia no era lo más adecuado para hombres de su edad; la abandonaron y ya no se atrevían a moverse por temor a los accidentes; permanecían todo el día sentados en el museo, soñando con otras ocupaciones.

Ese cambio de costumbres influyó en la salud de Bouvard. Engordó mucho, resoplaba como un cachalote después de las comidas, quiso adelgazar, comió menos y se debilitó.

Pécuchet también se sentía "minado", tenía picazón en la piel y placas en la garganta.

—¡Esto no marcha! —decían—. ¡No marcha!

A Bouvard se le ocurrió ir a la posada a elegir unas cuantas botellas de vino de España para reanimar a la máquina.

Al salir de allí, el amanuense de Marescot y otros tres hombres le llevaban a Beljambe una gran mesa de nogal. El "señor" le quedaba muy agradecido. Le había sido de mucha utilidad.

Bouvard conoció así la nueva moda de las mesas giratorias e hizo unas bromas al respecto.

Mientras tanto, por toda Europa, en América, en Australia y en las Indias, millones de mortales pasaban su vida haciendo girar las mesas; y se descubría la manera de convertir a los tontos en profetas, de dar conciertos sin instrumentos, de comunicarse por medio de los caracoles. La prensa informaba de estas patrañas al público con toda seriedad y así lo afirmaba en su credulidad.

Los espíritus golpeadores habían desembarcado en el castillo de Faverges, de ahí se habían expandido por el pueblo y era el notario quien, principalmente, los interrogaba.

Disgustado por el escepticismo de Bouvard, convidó a los amigos a una velada de mesas giratorias.

¿Era una trampa? La señora Bordin estaría allí. Pécuchet fue solo.

Los asistentes eran el alcalde, el recaudador de impuestos, el capitán, otros burgueses y sus esposas, la señora Vaucorbeil, la señora Bordin, efectivamente, y además, una antigua ayudante de la señora Marescot, la señorita Laverrière, persona un poco extraña, de cabellos grises que le caían en espirales sobre los hombros, al estilo de 1830. En un sillón estaba un primo de París, vestido con un traje azul y ostentando un aire impertinente.

Las dos lámparas de bronce, la repisa con curiosidades, las romanzas con viñetas sobre el piano y las acuarelas minúsculas en marcos exorbitantes, siempre habían sido motivo de asombro para Chavignolles.

Pero esa noche todos los ojos estaban fijos en la mesa de caoba. Faltaba poco para que se la pusiera a prueba y tenía la importancia de las cosas que encierran un misterio.

Doce invitados ocuparon lugares alrededor de ella, con las manos extendidas, tocándose con los meñiques. Sólo se oía el sonido del reloj. Los rostros denotaban una atención profunda.

Al cabo de diez minutos, algunos se quejaron de hormigueos en los brazos. Pécuchet estaba incómodo. – ¡Usted empuja! –le dijo el capitán a Foureau. – ¡De ninguna manera! – ¡Sí señor! – ¡Ah, por favor! El notario los calmó.

A fuerza de tender la oreja se creyó distinguir crujidos de madera. ¡Ilusión! Nada se movía.

El otro día, cuando habían ido las familias de Aubert y Lormeau, de Lisieux, y se había pedido prestada ex profeso la mesa a Beljambe ¡todo había salido tan bien! ¡Pero esa de hoy estaba tan empecinada! ¿Por qué?

La alfombra, sin duda, la disgustaba; pasaron al comedor. El mueble elegido fue una ancha mesa donde se instalaron Pécuchet, Girbal, la señora Marescot y su primo, el señor Alfred.

La mesa, que tenía rueditas, se deslizó hacia la derecha; los operadores, sin separar sus dedos, siguieron su movimiento y por sí misma dio dos vueltas más. Quedaron estupefactos.

Entonces el señor Alfred dijo con voz alta: –Espíritu, ¿qué te parece mi prima? La mesa osciló con lentitud y dio nueve golpes. Según un cartel en el cual la cantidad de golpes estaba traducida a letras, aquello significaba "encantadora". Estallaron "bravos".

Después Marescot, para irritar a la señora Bordin, instó al espíritu a que dijera la edad exacta que tenía. La pata de la mesa golpeó cinco veces. – ¡Cómo! ¿Cinco años? –exclamó Girbal. – ¡Las decenas no cuentan! – replicó Foureau. La viuda sonrió, íntimamente ofendida. Las respuestas a las otras preguntas fallaron, pues el alfabeto era muy complicado. Era mejor la Tablita, medio expeditivo y del cual la señorita Laverrière se había valido para anotar en un álbum las comunicaciones directas de Luis XII, Clámence Isaure, Franklin, Jean-Jacques Rousseau, etcétera. Esos mecanismos se vendían en la calle de Aumale; el señor Alfred prometió una y luego, dirigiéndose a la ex-ayudante dijo:

–Y ahora un poco de piano ¿no? para pasar el rato. ¡Una mazurca!

Dos acordes metálicos vibraron. Tomó a su prima por la cintura, desapareció con ella, volvió. Se sentía el aire fresco levantado por el vestido que rozaba las puertas al pasar. Ella echaba la cabeza hacia atrás, él arqueaba el brazo. Se admiraba la gracia de ella, el porte elegante de él. Y sin esperar los *petits fours*, Pécuchet se retiró, asombrado por la velada.

Por más que repitió "¡Yo lo vi!", Bouvard negaba los hechos, pero consintió en experimentar por sí mismo.

Durante quince días pasaron sus tardes el uno frente al otro con las manos en una mesa, después en un sombrero, en una canasta, en platos. Todos esos objetos permanecieron inmóviles.

El fenómeno de las mesas giratorias, no obstante, no deja de ser cierto. El vulgo lo atribuye a los espíritus, Faraday a la prolongación de la acción nerviosa, Chevreul a los esfuerzos inconscientes, o quizá, como lo admite Séguin, del grupo de personas se desprende un impulso, una corriente magnética.

Esta hipótesis dejó pensando a Pécuchet. Tomó de su biblioteca la *Guía del magnetizador* de Montacabére, la releyó atentamente e inició a Bouvard en la teoría.

Todos los cuerpos animados reciben y transmiten la influencia de los astros, propiedad análoga a la del imán. Si se maneja esta fuerza se puede curar a los enfermos, ese es el principio. La ciencia, desde Mesmer, se ha desarrollado; pero siempre es importante verter el fluido y hacer los pases que, antes que nada, deben hacer dormir. –Y bueno ¡duérmete! –dijo Bouvard. –Imposible –respondió Pécuchet–. Para recibir la acción magnética y para transmitirla es indispensable la fe. –Y luego, mirando a Bouvard, agregó–: ¡Ah, qué lástima! –¿Cómo?

—Sí; si tu quisieras, con un poco de práctica ¡no habría magnetizador como tú!

Sí, porque él poseía todo lo que hace falta: el trato amable, una complexión robusta y una moral sólida.

Esta facultad que se le acababa de descubrir halagó a Bouvard y se zambulló furtivamente en Montacabére.

Después, como Germaine tenía zumbidos en las orejas que la ensordecían, dijo una noche con tono displicente: —¿Y sí probáramos con el magnetismo? Ella no se opuso. El se sentó delante de ella, le tomó los dos pulgares con sus manos y la miró fijamente, como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida.

La buena mujer, que tenía un calentapiés debajo de los talones, comenzó por doblar el cuello, después cerró los ojos y por fin se puso a roncar muy suavemente. Cuando hacía una hora que la contemplaban, Pécuchet dijo con voz baja:

—¿Qué siente?

Ella despertó. Después, sin duda, vendría la lucidez. Ese éxito los envalentonó y retomando con aplomo el ejercicio de la medicina, trataron a Chamberlan, el bedel, por sus dolores intercostales; a Migraine, el albañil, afectado por una neurosis de estómago; a doña Varin, cuyo encefaloide bajo la clavícula requería, para alimentarse, emplastos de carne; a un gotoso, don Lemoine, que se arrastraba por las puertas de las tabernas; a un tísico, a un hemipléjico y a muchos otros. También trataron corizas y sabañones.

Después de examinar la enfermedad, se interrogaban con la mirada para acordar los pases que debían emplear, si debían ser de corriente grande o pequeña, ascendentes o descendentes, longitudinales, transversales, biditijas, triditijas o hasta quinditijas. Cuando uno estaba fatigado el otro lo reemplazaba. Después, de regreso en su casa, anotaban las observaciones en el diario de tratamientos.

Sus modales untuosos conquistaron a la gente. Pero en el fondo se prefería a Bouvard y su reputación llegó hasta Falaise cuando curó a "la Barbuda", la hija de don Barbey, un antiguo capitán de altura.

Sentía como un clavo en el occipucio, hablaba con voz ronca, a veces se pasaba varios días sin comer, después devoraba yeso o carbón. Sus crisis nerviosas comenzaban con sollozos y terminaban con un torrente de lágrimas; y se habían probado todos los remedios, desde las tisanas hasta las moxas; tanto que por cansancio aceptó el ofrecimiento de Bouvard.

Cuando éste hubo despedido a la sirvienta y corrido los cerrojos, comenzó a friccionarle el abdomen oprimiendo en el lugar de los ovarios. Un cierto bienestar se manifestó mediante suspiros y bostezos. Le puso un dedo entre las cejas, arriba de la nariz; de pronto quedó inerte. Si se levantaban sus brazos, volvían a caer. Su cabeza se mantenía en la posición que él quería y los párpados semi-cerrados vibraban con un movimiento espasmódico, dejando entrever los globos de los ojos, que giraban con lentitud; por fin se fijaron en los ángulos, convulsos.

Bouvard le preguntó si sentía dolor; respondió que no. ¿Qué sentía ahora? Distinguía el interior de su cuerpo.

—¿Y qué ves allí?

— ¡Un gusano!

—¿Qué hay que hacer para matarlo?

Su frente se arrugó.

—Busco, no puedo más, no puedo más.

En la segunda sesión ella misma se prescribió un caldo de ortigas, a la tercera, uno de maro. Las crisis se atenuaron, desaparecieron. Era realmente como un milagro.

La digitación nasal no dio resultado con los otros. Para provocar el sonambulismo proyectaron la construcción de una cuba mermeriana. Pécuchet ya había recogido limaduras y limpiado una veintena de botellas cuando un escrúpulo lo detuvo. Entre los enfermos que vinieran habría personas del otro sexo.

—¿Y qué haremos si les da un acceso de erotismo furioso?

Eso no hubiera detenido a Bouvard, pero era preferible abstenerse, por los chismes y quizás hasta las extorsiones.

Se conformaron con una armónica que llevaban a las casas, lo que divertía a los chicos.

Un día, cuando Migraine se sentía muy mal, recurrieron a ella. Los sonidos cristalinos lo exasperaron, pero Deleuze ordena no asustarse de las quejas y la música continuó.

— ¡Basta, basta! —gritaba.

— ¡Un poco de paciencia! —repetía Bouvard.

Pécuchet aporreaba con más rapidez las láminas de vidrio y el instrumento vibraba y el pobre hombre daba alaridos cuando el médico apareció atraído por el estrépito.

— ¡Cómo, otra vez ustedes! —exclamó, furioso porque los encontraba siempre en casa de sus clientes. Le explicaron su método magnético. Entonces él echó pestes contra el magnetismo, un montón de charlatanerías cuyos efectos provienen de la imaginación.

Sin embargo se magnetiza a los animales. Montacabére lo afirma y el señor Lafontaine hasta consiguió magnetizar a una leona. Ellos no tenían una leona. Pero el azar les deparó otro animal. Porque al otro día a las seis, un mozo de labranza fue a decirles que los llamaban de la granja, donde había una vaca en estado desesperante.

Corrieron hacia allí.

Los manzanos estaban en flor y la hierba en el patio humeaba bajo el sol naciente. Al lado del abrevadero, medio tapada con un paño, una vaca mugía, tiritando debido a los baldes de agua que le arrojaban. Estaba desmesuradamente hinchada, parecía un hipopótamo.

Sin duda había comido "veneno" al pastar entre los tréboles. Maese Gouy y doña Gouy estaban desconsolados porque el veterinario no podía ir, y un carretero que sabía palabras contra la hinchazón no quería molestarse, pero esos señores, cuya biblioteca era célebre, debían conocer algún secreto.

Después de levantarse las mangas se colocaron uno delante de los cuernos, el otro en la grupa y con grandes esfuerzos interiores y una gesticulación frenética, separaban los dedos para derramar en el animal chorros de fluido, mientras que el granjero, su esposa, su muchacho y los vecinos los miraban casi asustados.

Los borborismos que se oían en el vientre de la vaca provocaron ruidos en el fondo de sus entrañas. Soltó una ventosidad. Entonces Pécuchet dijo:

— ¡Es una puerta abierta a la esperanza! Puede ser una salida.

La salida se verificó. La esperanza brotó como un paquete de materias amarillas que estallaron con la fuerza de un obús. Los corazones se dilataron, la vaca se desinfló. Una hora después estaba como si nada.

No había sido por efecto de la imaginación, seguramente. Por lo tanto, el fluido contenía una virtud particular que se puede encerrar en objetos de donde uno puede tomarla sin que se haya debilitado. Un medio así ahorra desplazamientos. Lo adoptaron y enviaban a sus clientes monedas magnetizadas, pañuelos magnetizados, agua magnetizada, pan magnetizado.

Después, continuando con sus estudios, abandonaron los pases por el sistema de Puységur, en el que se reemplaza el magnetizador por un viejo árbol en el tronco del cual se enrolla una cuerda.

Un peral en las ruinas parecía hecho a propósito. Lo prepararon abrazándolo con fuerza varias veces. Pusieron un banco debajo. Allí se sentaban sus clientes y obtuvieron resultados tan maravillosos que para hundir a Vaucorbeil lo invitaron a una sesión junto con los notables de la región.

No faltó ni uno.

Germaine los recibió en la salita, les pidió "que tuvieran a bien disculpar la demora", sus amos ya iban a venir.

De cuando en cuando se oía el timbre. Eran los enfermos que ella llevaba a otra parte. Los invitados so mostraban con el codo las ventanas polvorientas, las manchas en el artesonado, la pintura agrietada. ¡El estado del jardín era lamentable! ¡Madera seca por todas partes! Dos estacas, atravesadas en la brecha del muro, cerraban el huerto.

Pécuchet se presentó.

—A sus órdenes, señores.

Y se vio en el fondo, bajo el peral de Edouín, a varias personas sentadas.

Chamberlan, sin barba, como un sacerdote y con una sotanilla de lasting y un solideo de cuero, era presa de estremecimientos ocasionados por su dolor intercostal; Migraine, siempre enfermo del estómago, hacía muecas al lado de él. Doña Varin, para ocultar su tumor, llevaba un chal de varias vueltas. Don Lemoine, con los pies desnudos en sus zapatillas, tenía las muletas debajo de él y la Barbuda, en traje de domingo, estaba pálida, extraordinariamente pálida.

Del otro lado del árbol había más personas. Una mujer con cara de albina se limpiaba unas glándulas purulentas de su cuello. Había una niña con el rostro casi totalmente oculto por anteojos azules. Un viejo con la columna deformada por una contracción, golpeaba con sus movimientos involuntarios a Marcel, una especie de idiota, vestido con una blusa hecha jirones y un pantalón remendado. Su labio leporino mal cosido dejaba ver sus incisivos y unos trapos en su mejilla tumefacta disimulaban un enorme flemón.

Todos tenían en la mano un hilo que bajaba del árbol. Y los pájaros cantaban y el olor del césped tibio viboreaba en el aire. El sol pasaba por éntrelas ramas. Iban por sobre el musgo.

Sin embargo, los pacientes, en lugar de dormir, abrían desmesuradamente los ojos.

—Hasta ahora, no es nada divertido —dijo Foureau—. Comiencen, en seguida vuelvo.

Y volvió fumando una Abd-el-kader, último resto de la puerta de las pipas.

Pécuchet recordó un excelente medio de magnetización. Puso en su boca las narices de todos los enfermos y aspiró sus alientos para atraer hacia sí la electricidad y, al mismo tiempo, Bouvard apretaba el árbol con el propósito de aumentar el fluido.

El albañil dejó de hipar, el bedel se agitó menos, el hombre de la contracción no se movió más. Ahora se podía acercarse a ellos, someterlos a todas las pruebas que se quisiese.

El médico, con su lanceta, pinchó la oreja de Chamberlan, quien se estremeció un poco. La sensibilidad en los otros fue evidente. El gotoso dio un grito. En cuanto a la Barbuda, sonreía como en un sueño y un hilo de sangre le corría por debajo de la mandíbula. Foureau quiso hacer la prueba por sí mismo y trató de tomar la lanceta, pero como el doctor se la negó, pellizcó con fuerza a la enferma, el capitán le hizo cosquillas en las narices con una pluma, el recaudador iba a hundirle una espina bajo la piel.

— ¡Déjenla, vamos —dijo Vaucorbeil—, no es nada asombroso, después de todo! Una histérica. ¡Ni el mismo diablo podría hacerlo!

—Esta —dijo Pécuchet señalando a Victoire, la mujer escrofulosa— ¡es médica! Reconoce las afecciones e indica los remedios.

Langlois ardía por consultarla por lo de su catarro; no se atrevió. Pero Coulon, más atrevido, preguntó algo sobre su reumatismo.

Pécuchet puso la mano derecha en la mano izquierda de Victoire y con los ojos siempre cerrados, las mejillas un poco rojas, los labios trémulos, la sonámbula, después de haber divagado, recetó "Valum Becum".

Había trabajado en Bayeux en lo de un boticario. Vaucorbeil dedujo que quería decir "álbum graecum", palabra entrevista, tal vez, en la farmacia.

Después encaró a don Lemoine, quien según Bouvard veía a través de los cuerpos opacos.

Era un antiguo maestro de escuela caído en la miseria. Alrededor de su rostro se esparcían cabellos blancos y pegado al árbol, con las manos abiertas, dormía, a pleno sol, de manera majestuosa.

El médico vendó sus ojos con una doble cinta y Bouvard le mostró un diario diciéndole imperiosamente:

– ¡Lea!

Bajó la frente, movió los músculos de su rostro, echó la cabeza hacia atrás y acabó por deletrear:

–Cons-ti-tu-cio-nal.

¡Pero con habilidad uno puede hacer que se deslice cualquier vendaje!

Estas negaciones del médico indignaban a Pécuchet. Se atrevió a afirmar que la Barbuda podía describir lo que estaba sucediendo en esos mismos momentos en su propia casa.

–¡A ver! –respondió el doctor, y después de sacar su reloj preguntó: –¿Qué está haciendo mi mujer?

La Barbuda vaciló durante mucho tiempo y después, con gesto hosco, habló:

–¡Eh! ¿Qué? ¡Ah, sí; ya sé! Cose cintas a un sombrero de paja.

Vaucorbeil arrancó una hoja de su libreta y escribió un mensaje que el escribiente de Marescot se apresuró a llevar.

La sesión había terminado. Los enfermos se fueron.

Bouvard y Pécuchet, al fin de cuentas, no habían tenido éxito. ¿Se había debido a la temperatura, o al olor del tabaco, o al paraguas del abate Jeufroy, que tenía una guarnición de cobre, metal contrario a la emisión fluidica?

Vaucorbeil encogió los hombros.

Sin embargo, no podía discutir la buena fe de los señores Deleuze, Bertrand, Morin, Jules Cloquet. Ahora bien; esos maestros afirman que hubo sonámbulos que predijeron acontecimientos y soportado, sin dolor, operaciones crueles.

El abate contó historias asombrosas. Un misionero vio a unos brahamanes recorrer una bóveda con la cabeza hacia abajo y el Gran Lama, en el Tibet, se corta las tripas para hacer sus oráculos.

–¿Está bromeando? –dijo el médico.

–¡De ninguna manera!

–¡Vamos! ¡Es broma!

Y apartándose de la cuestión, cada uno contó sus anécdotas.

–Yo –dijo el almacenero– yo tuve un perro que estaba siempre enfermo cuando el mes comenzaba por un viernes.

–Nosotros éramos catorce hijos –respondió el juez de paz–. Yo nací un 14, mi casamiento se realizó un 14 y el día de mí santo cae en 14. ¡Explíqueme *eso!*

Beljambe había soñado, muchas veces, la cantidad de viajeros que tendría al otro día en su posada. Y Petit contó la cena de Cazotte.

El cura, entonces, hizo esta reflexión:

–¿Por qué no ver en todo eso, simplemente...

–¿Los demonios, no es cierto? –dijo Vaucorbeil.

El abate, en lugar de responder, asintió con la cabeza.

Marescot habló de la pitonisa de Delfos.

– ¡Miasmas, sin ninguna duda!

–¡Ah, son miasmas, ahora!

–Yo admito que hay un fluido –dijo Bouvard.

–Neurosideral –agregó Pécuchet.

–Pero ¡pruébenlo! ¡muéstrenlo, su fluido! Por otra parte, escúchenme, los fluidos ya no están de moda.

Vaucorbeil se alejó, para refugiarse en la sombra. Los burgueses lo siguieron.

–Si se le dice a un niño "soy un lobo, voy a comerte", se figura que uno es un lobo y tiene miedo. Por lo tanto, se trata de un sueño determinado por la palabra. Asimismo el sonámbulo acepta las fantasías que a uno se le ocurran. Recuerda pero no piensa; aunque cree pensar, sólo tiene sensaciones. De esta manera se sugieren crímenes y gente virtuosa puede convertirse en bestias feroces o en antropófagos.

Miraron a Bouvard y Pécuchet. Su ciencia suponía un peligro para la sociedad.

El escribiente de Marescot reapareció en el jardín blandiendo una carta de la señora de Vaucorbeil.

El doctor la abrió, empalideció, y por fin leyó estas palabras:

– ¡Coso cintas a un sombrero de paja! La estupefacción impidió la risa.

–Es una coincidencia, caramba. Eso no prueba nada.

Y como los dos magnetizadores tenían una expresión de triunfo, se volvió desde la puerta para decirles:

–¡No continúen! Son entretenimientos peligrosos.

El cura, llevándose a su bedel, lo reprendió con acritud.

–¿Está usted loco? ¡Sin mi permiso! ¡Son actividades prohibidas por la Iglesia!

Todo el mundo acababa de irse. Bouvard y Pécuchet conversaban con el maestro debajo del emparrado, cuando Marcel apareció por el huerto, con el vendaje deshecho y farfullando:

– ¡Curado, curado! ¡Buenos señores! –¡Bueno, basta! ¡Déjanos tranquilos!

– ¡Ah, mis buenos señores! ¡Los amo, soy vuestro servidor!

Petit, hombre adicto al progreso, había encontrado la explicación del médico bastante mediocre, burguesa. La Ciencia es un monopolio que está en manos de los ricos. Ella excluye al pueblo. ¡Ya es hora de que el viejo análisis de la Edad Media sea reemplazado por una síntesis amplia y viva! A la Verdad se debe llegar por el Corazón. Y se declaró espiritista e indicó varias obras, defectuosas sin duda, pero que eran el signo de una aurora.

Se las hicieron enviar.

El espiritismo postula como dogma el mejoramiento fatal de nuestra especie. La tierra, un día, se convertirá en cielo; era por esto que la doctrina encantaba al maestro. Aunque no era católico, se decía fiel a San Agustín y a San Luis. Alian Kardec publicó fragmentos dictados por ellos que están a la altura de las opiniones contemporáneas. La doctrina es práctica, beneficiosa y nos revela, como el telescopio, los mundos superiores.

Los espíritus, después de la muerte y en el Éxtasis, son llevados allí. Pero a veces descienden a nuestro globo, donde hacen crujir los muebles, se meten en nuestras diversiones, disfrutan las bellezas de la Naturaleza y los placeres de las Artes.

Por otra parte, varios de entre nosotros poseen una trompa aromal, es decir, un largo tubo en la parte posterior del cráneo que sube desde los cabellos hasta los planetas y nos permite conversar con los espíritus de Saturno. Las cosas intangibles no dejan de ser reales y de la tierra a los astros, de los astros a la tierra, hay un vaivén, una transmisión, un intercambio continuo.

Entonces el corazón de Pécuchet se llenó de aspiraciones desordenadas y cuando llegaba la noche Bouvard lo sorprendía en su ventana contemplando esos espacios luminosos que están poblados por espíritus.

Swedenborg hizo grandes viajes a ellos, pues en menos de un año exploró Venus, Marte, Saturno y veintitrés veces Júpiter. Además, vio a Jesucristo en Londres, vio a San Pablo, vio a San Juan, vio a Moisés y, en 1736, hasta vio el Juicio Final.

Por eso nos ha hecho descripciones del cielo. En él hay flores, palacios, mercados e iglesias exactamente como entre nosotros.

Los ángeles, que otrora fueron hombres, escriben sus pensamientos en hojas, charlan de cuestiones domésticas o bien de temas espirituales; y los empleos eclesiásticos corresponden a aquellos que en su vida terrestre cultivaron las Santas Escrituras.

En cuanto al infierno, está lleno de olor nauseabundo, hay chozas, montones de inmundicias y personas mal vestidas. Y Pécuchet se estropeaba el intelecto tratando de comprender lo que había de hermoso en esas revelaciones. A Bouvard le parecieron el delirio de un imbécil. ¡Todo eso rebasa los límites de la Naturaleza! ¿Quién los conoce, sin embargo? Y se entregaron a las reflexiones siguientes:

Los prestidigitadores pueden engañar a una muchedumbre; un hombre de pasiones violentas despertará otras; pero la voluntad, por sí sola, ¿cómo puede actuar en la materia inerte? Se habla de un bávaro que hace madurar las uvas; el señor Gervais ha reanimado a un heliotropo; otro, más fuerte, en Toulouse, separa a las nubes.

¿Habría que admitir la existencia de una materia intermediaria entre el mundo y nosotros? Acaso no sea sino el od, un nuevo imponderable, una especie de electricidad. Sus emisiones explican el resplandor que los magnetizados creen ver, los fuegos fatuos de los cementerios, la forma de los fantasmas.

Esas imágenes no serían entonces una ilusión y los dones extraordinarios de los Posesos, similares a los de los sonámbulos ¿tendrían una causa física?

Sea cual fuere su causa hay una esencia, un agente secreto y universal. Si pudiésemos dominarlo, no necesitaríamos la fuerza del tiempo. Lo que requiere siglos para desarrollarse lo haría en un minuto; todo milagro sería posible y el universo estaría a nuestra disposición.

La magia provenía de esta codicia eterna del espíritu humano. Sin duda se ha exagerado su valor, pero no es una mentira. Los orientales, que la conocen, hacen prodigios; todos los viajeros lo dicen. Y en el Palais Royal, el señor Dupotet, con su dedo, trastorna a la aguja imantada.

¿Cómo llegar a ser mago? Esta idea les pareció una locura en un principio, pero resurgió, los atormentó y al fin cedieron, aunque aparentaban hacerlo sólo por broma.

Un régimen preparatorio es indispensable.

Para exaltarse más vivían de noche, ayunaban y con el propósito de hacer de Germaine un médium más delicado, racionaron su comida. Ella se desquitaba con la bebida y bebió tanto aguardiente que acabó por emborracharse. Sus paseos por el corredor la despertaban. Confundía los ruidos de los pasos con los zumbidos de orejas y las voces imaginarias que oía salir de los muros. Una mañana dejó una red en el sótano y se asustó cuando la encontró toda cubierta por el fuego; desde entonces se sintió peor y acabó por creer que le habían hecho un maleficio.

Con la esperanza de tener visiones, ellos se comprimían la nuca recíprocamente, se hicieron saquitos de belladona y por fin adoptaron la caja mágica, una cajita de la que sale un hongo erizado de clavos y que se lleva sobre el corazón atada al pecho con una cinta. Todo fracasó. Pero podían emplear el círculo de Dupotet.

Pécuchet borroneó en el suelo, con carbón, un redondel negro, "para encerrar en él a los espíritus animales que debían ayudar a los espíritus ambientes" y, feliz por poder dominar a Bouvard, le dijo con tono pontifical:

– ¡Te desafío a franquearlo! Bouvard miró el redondel.

Sintió cómo le palpitaba el corazón, se le nublaron los ojos.

– ¡Ah, acabemos!

Y saltó por encima para deshacerse de ese malestar inexpresable.

Pécuchet, cuya exaltación iba creciendo, quiso hacer aparecer a un muerto.

En tiempos del Directorio, un hombre, en la calle del Echiquier, mostraba las víctimas del Terror. Los ejemplos de aparecidos son innumerables. Aunque sea una apariencia ¡no importa! Lo importante es producirla.

Cuanto de más cerca nos toca el difunto, mejor acude a nuestro llamado. Pero no había ninguna reliquia en la familia, ni anillo ni miniatura, ni un cabello, aunque Bouvard estaba en condiciones de evocar a su padre. Y como aquél manifestase cierta repugnancia Pécuchet le preguntó:

–¿Qué temes?

–¿Yo? ¡Oh, absolutamente nada! ¡Haz lo que quieras!

Sobornaron a Chamberlan quien les suministró a escondidas una vieja calavera. Un sastre les hizo dos hopalandas negras con un capuchón, como los hábitos de monje. El coche de Falaise les llevó un largo rollo en un sobre. Después pusieron manos a la obra, uno curioso por ver qué ocurría, el otro con miedo de creer.

El museo estaba preparado como un catafalco. Tres candelabros ardían en el borde de la mesa, puesta contra la pared debajo del retrato del padre de Bouvard, que dominaba la calavera. Hasta habían puesto una vela en el interior del cráneo y dos rayos se proyectaban por las órbitas.

En el medio, en una estufita, humeaba incienso. Bouvard permanecía detrás y Pécuchet, que le daba las espaldas, echaba puñados de azufre en el hogar.

Antes de llamar a un muerto se ha de pedir el consentimiento de los demonios. Ahora bien, ese día era un viernes, día que pertenece a Béchet, y había que ocuparse de Béchet en primer lugar. Bouvard, después de saludar a derecha e izquierda, bajó el mentón, levantó los brazos y comenzó:

– ¡Por Ethaniel, Amazin, Ischyros!... –Y había olvidado el resto. Pécuchet le sopló rápidamente las palabras escritas en un cartón.

–Ischyros, Athanatos, Adonai, Saday, Eloy, Messias –la letanía era larga– yo te conjuro, yo te obsecro, yo te ordeno, oh Béchet –y después, bajando la voz– ¿Dónde estás, Béchet? ¡Béchet! ¡Béchet!

Bouvard se desplomó en el sillón y estaba de veras contento de no ver a Béchet; algo en él le reprochaba su tentativa como un sacrilegio. ¿Dónde estaba el alma de su padre? ¿Podía oírlo? ¿Y si de repente viniera?

Las cortinas se movían despacio al influjo del viento que entraba por un vidrio roto y los cirios proyectaban sombras que serpenteaban en la calavera y en la figura pintada. Un color terroso los oscurecía a los dos. El moho le carcomía los pómulos, los ojos ya no tenían luz. Pero una llama brillaba arriba, en los agujeros de la cabeza vacía. Esta parecía, por momentos, ocupar el lugar de la otra, estar en el cuello de su levita, tener sus patillas, y la tela, medio desclavada, oscilaba, palpitaba.

Poco a poco sintieron algo como el roce de un aliento, como la aproximación de un ser impalpable. Gotas de sudor mojaban la frente de Pécuchet y entonces a Bouvard empezaron a castañetearle los dientes, un calambre le oprimió el epigastrio, el piso, como una ola, huía debajo de sus pies, el azufre que ardía en la chimenea caía en gruesas volutas, unos murciélagos revoloteaban, un grito se oyó ¿quién era?

Sus rostros, bajo sus capuchones, estaban cada vez más desencajados á medida que su terror aumentaba; no se atrevían a hacer ni un gesto, ni siquiera a hablar, cuando detrás de la puerta oyeron gemidos como los de un alma en pena.

Por fin se arriesgaron. Era su vieja criada, quien los había espiado por una rendija del tabique y creyó estar viendo al diablo de rodillas en el corredor repetía una y otra vez la señal de la cruz.

Todo razonamiento fue inútil. Los dejó esa misma noche, pues ya no quería servir a gente como aquella.

Germaine habló. Chamberlan perdió su puesto y se formó contra ellos una sorda coalición sostenida por el abate Jeufroy, la señora Bordin y Foureau.

Su manera de vivir –que no era la de los demás– desagradaba. Se tornaron sospechosos y hasta inspiraron un vagaroso terror.

Lo que acabó con su reputación fue, sobre todo, la elección del criado. A falta de otro, tomaron a Marcel.

Su labio leporino, su fealdad y su jeringonza ahuyentaban a la gente. Abandonado cuando niño, había crecido en el campo al amparo de la naturaleza y conservaba de su larga miseria un hambre insaciable. Los animales muertos de enfermedad, el tocino podrido, un perro aplastado, todo le caía bien con tal de que el pedazo fuera grande; y era dulce como un cordero, pero enteramente estúpido.

La gratitud lo había hecho ofrecerse como sirviente a los señores Bouvard y Pécuchet; además, como los creía hechiceros, esperaba obtener beneficios extraordinarios.

Ya en los primeros días les confió un secreto. En los brezales de Poligny, una vez, un hombre había encontrado un lingote de oro. La anécdota la refieren los historiadores de Falaise, pero ignoran la continuación. Doce hermanos, antes de salir de viaje, habían ocultado doce lingotes parecidos a lo largo del camino, desde Chavignolles hasta Bretteville y Marcel suplicó a sus amos que comenzaran la búsqueda. Esos lingotes, se dijeron, quizá habían sido enterrados en el momento de la emigración.

Se trataba de emplear la varita adivinatoria. Las virtudes de ésta son dudosas. Sin embargo estudiaron la cuestión y supieron que un tal Pierre Garnier la defiende con argumentos científicos. Las fuentes y los metales posiblemente proyecten corpúsculos afines con la madera.

Eso es poco probable, pero ¿quién sabe? ¡A lo mejor! ¡Probemos!

Se hicieron una horquilla de avellano y una mañana salieron a descubrir el tesoro.

–Habrá que devolverlo –dijo Bouvard.

–¡Ah, no; ni en broma!

Después de tres horas de caminata una idea los detuvo. ¡El camino de Chavignolles a Bretteville! ¿El antiguo o el nuevo? Debía de ser el antiguo.

Volviéron atrás y recorrieron los alrededores, al azar, pues el trazado del camino viejo no se distinguía con facilidad.

Marcel corría de derecha a izquierda como un podenco de cacería; cada cinco minutos Bouvard tenía que llamarlo. Pécuchet avanzaba paso a paso, sosteniendo la varita por las dos ramas, con la punta hacia arriba. A menudo le parecía que una fuerza, como un garfío, la tiraba hacia el suelo y Marcel, rápidamente, hacía una muesca en los árboles vecinos para poder encontrar el lugar más tarde.

Pécuchet, a todo esto, iba cada vez más despacio. Su boca se abrió, sus pupilas se convulsionaron. Bouvard lo interpeló, lo sacudió por los hombros, pero no se movió y permaneció absolutamente inerte, como la Barbuda.

Después contó que había sentido alrededor del corazón una especie de desgarramiento; sensación extraña, proveniente de la varita, sin duda. Y no quería volver a tocarla.

Al otro día volvieron adonde estaban los árboles marcados. Marcel, con una azada cavaba hoyos; las búsquedas no daban ningún resultado y cada vez que fracasaban se sentían muy confundidos. Pécuchet se sentó al borde de una zanja y cuando pensaba con la cabeza levantada, esforzándose por oír la voz de los espíritus con su trompa aromal –y hasta preguntándose si tendría una– clavó su mirada en la visera de su gorra y volvió a caer en el éxtasis de la vispera. Duró mucho tiempo y empezó a dar miedo.

Por sobre la avena, en un sendero, apareció un sombrero de fieltro. Era el señor Vaucorbeil al trotecito en su yegua. Bouvard y Marcel lo llamaron.

La crisis estaba por terminar cuando llegó el médico. Para examinar mejor a Pécuchet le levantó la gorra y al advertir la frente cubierta por placas cobrizas dijo:

–¡Ah, ah; *fructus belli!* ¡Son sífilides, mi amigo! ¡Cuídese, diablos! No tomemos el amor en broma.

Pécuchet, avergonzado, volvió a ponerse la gorra, una especie de boina que se inflaba sobre su visera con forma de medialuna y cuyo modelo había tomado en el atlas de Amoros.

Las palabras del doctor lo dejaron estupefacto. Pensaba en ellas mirando hacia arriba, cuando de pronto volvió a caer en trance.

Vaucorbeil lo observó y después, de un papirotazo, le hizo caer la gorra.

Pécuchet recuperó sus facultades.

–Me lo sospechaba –dijo el médico–; la visera barnizada lo hipnotiza como un espejo. Este fenómeno no es raro en personas que miran un cuerpo brillante con demasiada atención.

E indicó cómo se hace el experimento con gallinas, montó su jaca y desapareció lentamente.

Una media legua más lejos vieron un objeto piramidal erguido en el horizonte, en el patio de una granja; parecía un monstruoso racimo de uvas negras salpicado de puntos rojos. Era un largo mástil guarnecido con travesaños, según la costumbre normanda, a los cuales se encaraman las pavas para pavonearse al sol.

–Entremos. –Y Pécuchet habló con el granjero quien accedió a su pedido.

Con blanco de España trazaron una línea en medio del lagar, ataron las patas a un pavo y lo echaron boca abajo, con el pico apoyado en la raya. El animal cerró los ojos y pronto pareció muerto. Lo mismo sucedió con los demás. Bouvard se los pasaba rápidamente a Pécuchet quien los alineaba uno al lado de otro en cuanto se entumecían. La gente de la granja manifestó cierta inquietud. La patrona gritó; una niña lloraba.

Bouvard desató a todas las aves. Estas se reanimaron poco a poco, pero no se sabía qué consecuencias podía tener aquello. Ante una objeción un poco áspera de Pécuchet el granjero empuñó su horquilla.

– ¡Fuera, váyanse al diablo o les reviento la panza!

Salieron a todo vapor.

¡No importaba! El problema estaba resuelto, el éxtasis depende de una causa material.

¿Qué es entonces la Materia? ¿Qué es el Espíritu?

¿De dónde proviene la influencia de la una sobre el otro y a la recíproca?

Para saberlo hicieron investigaciones en Voltaire, en Bossuet, en Fenelón y hasta tomaron una nueva suscripción en una biblioteca.

Los maestros antiguos eran inaccesibles por la longitud de las obras o la dificultad del idioma; pero Jouffroy y Damiron los iniciaron en la filosofía moderna y ellos disponían de obras en las que se trataba de la del siglo pasado.

Bouvard extraía sus argumentos de La Mettrie, de Locke, de Helvetius; Pécuchet de Cousin, Thamos Reid y Gérando. El primero adhería a la experiencia; lo ideal lo era todo para el segundo. Había de Aristóteles en éste y de Platón en aquél; y discutían.

–El alma es inmaterial –decía uno.

–De ninguna manera –decía el otro–. La locura, el cloroformo, una sangría la trastornan y puesto que no siempre piensa, no es de ningún modo una sustancia que no haga sino pensar.

–Sin embargo –objetó Pécuchet– yo tengo, en mí mismo, algo que es superior a mi cuerpo y que a veces lo contradice.

–¿Un ser en el ser? ¡El *homo duplex!* ¡Vamos, vamos! Dos tendencias diferentes revelan motivos opuestos. Eso es todo.

–Pero ese algo, esa alma, permanece idéntica ante los cambios externos. ¡Por lo tanto, es simple, indivisible y por ello espiritual!

–¡Si el alma fuera simple –replicó Bouvard– un recién nacido recordaría y pensaría como un adulto! El Pensamiento, al contrario, sigue el desarrollo del cerebro. En cuanto a ser indivisible, el perfume de una rosa o el apetito de un lobo no se cortan en dos como tampoco una volición o una afirmación.

–¡Eso no quiere decir nada! –dijo Pécuchet– ¡El alma está exenta de las cualidades de la materia!

–¿Admites la gravedad? –respondió Bouvard–. Ahora bien; si la materia puede caer, también puede pensar. Puesto que ha tenido un principio, nuestra alma ha de tener un fin y como depende de los órganos, desaparecerá con ellos.

–¡Yo afirmo que es inmortal! Dios no puede querer...

–Pero ¿si Dios no existe?

–¿Cómo?

Y Pécuchet se despachó con las tres pruebas cartesianas.

–Primero, Dios está comprendido en la idea que de él tenemos; segundo, la existencia le es posible; y tercero, yo, ser finito ¿cómo podría concebir lo infinito? Y puesto que concebimos esta idea, ella nos viene de Dios ¡y por lo tanto Dios existe!

Y pasó al testimonio de la conciencia, a la tradición de los pueblos, a la necesidad de un creador. –Cuando veo un reloj...

–¡Sí, sí, ya se sabe! Pero ¿dónde está el padre del relojero?

–¡Tiene que haber una causa, sin embargo!

Bouvard dudaba de las causas.

–Del hecho de que un fenómeno sigue a otro fenómeno se infiere que uno deriva del otro. ¡Pruébenlo!

–¡Pero el espectáculo del universo denota una intención, un plan!

–¿Por qué? El Mal está tan perfectamente organizado como el Bien. El gusano que crece en la cabeza del carnero y lo hace morir equivale, anatómicamente, al mismo carnero. Las monstruosidades sobrepasan a las funciones normales. El cuerpo humano podría estar mejor hecho. Las tres cuartas partes del globo son estériles. La Luna, esa lampara, no siempre se muestra. ¿Tú crees que el Océano estaba destinado a los navíos y la madera de los árboles a la calefacción de nuestras casas?

Pécuchet respondió:

–No obstante, el estómago está hecho para digerir, la pierna para caminar, el ojo para ver, aunque haya dispepsias, fracturas y cataratas. No hay ordenamiento que no tenga una finalidad. Los efectos sobrevienen ahora o después. Todo depende de leyes. Por lo tanto, hay causas últimas.

Bouvard supuso que tal vez Spinoza suministraría argumentos y le escribió a Dumouchel para conseguir la traducción de Saisset.

Dumouchel le envió un ejemplar que pertenecía a su amigo el profesor Varlot, exiliado el Dos de Diciembre.

La *Ética* los atemorizó con sus axiomas y sus corolarios. Leyeron sólo los pasajes marcados con lápiz y comprendieron esto:

La sustancia es lo que es en sí, por sí, sin causa, sin origen. Esta sustancia es Dios.

El es la Extensión y la Extensión no tiene límites. ¿Con qué limitarla?

Pero aunque sea infinita, no es lo infinito absoluto, pues sólo contiene una clase de perfección; y lo Absoluto las contiene todas.

Con frecuencia se detenían y para reflexionar mejor Pécuchet absorbía tabaco y Bouvard estaba rojo de atención.

–¿Esto te divierte?

–¡Sí, por supuesto! Sigue de todos modos.

Dios se desarrolla en una infinidad de atributos que expresan, cada uno a su manera, la infinidad de su ser. Nosotros conocemos sólo dos: la Extensión y el Pensamiento.

Del Pensamiento y de la Extensión derivan innumerables modos, los cuales contienen otros.

Aquel que abarcara al mismo tiempo toda la Extensión y todo el Pensamiento, no vería en ellos ninguna contingencia, nada de accidental, sino una serie geométrica de términos ligados entre sí por leyes necesarias.

–¡Ah, sería hermoso! –dijo Pécuchet.

Entonces no hay libertad en el hombre ni en Dios.

– ¡Ya lo ves! –exclamó Bouvard.

Si Dios tuviese una voluntad, una finalidad, si actuase por una causa sería porque tendría una necesidad, porque le faltaría una perfección. No sería Dios.

Así nuestro mundo no es sino un punto entre la totalidad de las cosas, y el Universo impenetrable para nuestro conocimiento, una porción de una infinidad de universos que emiten al lado del nuestro modificaciones infinitas. La Extensión envuelve nuestro Universo, pero está envuelta por Dios, que contiene en su pensamiento todos los universos posibles y su pensamiento mismo está envuelto en su sustancia.

Les parecía estar en un globo, de noche, con un frío glacial, arrastrados en una carrera sin fin hacia un abismo sin fondo y sin nada alrededor de ellos como no fuera lo inasible, lo inmóvil, lo Eterno. Era demasiado. Desistieron.

Y en busca de algo menos árido compraron el *Curso de filosofía para ser usado en las escuelas* del señor Guesnier.

El autor se pregunta cuál será el mejor método ¿el ontológico o el psicológico?

El primero conviene a la infancia de las sociedades, cuando el hombre fijaba su atención en el mundo exterior. Pero en la actualidad, cuando la vuelve hacia sí mismo "creemos que el segundo es más científico" y Bouvard y Pécuchet se decidieron por éste.

La finalidad de la psicología es el estudio de los hechos que se verifican "en el seno del yo"; se los descubre observando.

–¡Observemos!

Y durante quince días, habitualmente después de comer, buscaron en su conciencia, al azar, a la espera de hacer grandes descubrimientos, pero no hicieron ninguno, lo cual los asombró mucho.

Un fenómeno ocupa el *yo*: la idea. ¿De qué naturaleza es ésta? Se ha supuesto que los objetos se reflejan en el cerebro y que el cerebro envía esas imágenes a nuestro espíritu, el que nos depara su conocimiento.

Pero si la idea es espiritual ¿cómo representar la materia? De ahí el escepticismo en cuanto a las percepciones externas. Y si es material ¿los objetos espirituales podrían representarse? De ahí el escepticismo en lo que atañe a nociones internas. Por otra parte ¡que se tenga cuidado! ¡Esta hipótesis nos llevaría al ateísmo! Pues dado que una imagen es una cosa finita, le es imposible representar a lo infinito.

–Sin embargo –objetó Bouvard– cuando pienso en un bosque, en una persona, en un perro, veo ese bosque, esa persona, ese perro. Por lo tanto las ideas los representan.

Y encararon el origen de las ideas.

Según Locke hay dos, la sensación y la reflexión. Condillac reduce todo a la sensación.

Pero entonces la reflexión carecería de base. Necesita un sujeto, un ser que sienta; y es impotente para suministrarnos las grandes verdades fundamentales: Dios, el mérito y el demérito, lo justo, lo bello, etcétera, nociones a las que llamamos *innatas*, es decir, anteriores a la Experiencia y universales.

–Si fueran universales las tendríamos desde nuestro nacimiento.

–Esas palabras se refieren a la disposición para tenerlas y Descartes...

–¡Tu Descartes se enreda! ¡Sostiene que el feto las posee y en otro lugar confiesa que sólo de manera implícita!

Pécuchet se asombró.

–¿Dónde está eso?

–¡En Garando! –Y Bouvard le dio una palmada en la barriga.

–¡Acábala! –dijo Pécuchet. Después, volviendo a Condillac: –¡Nuestros pensamientos no son metamorfosis de la sensación! Ella los causa, los pone en juego. Para ponerlos en juego, hace falta un motor. Porque la materia por sí misma no puede producir el movimiento. ¡Y esto lo encontré en tu Voltaire! –agregó Pécuchet, haciéndole un profundo saludo.

Así machacaban con los mismos argumentos, cada uno de ellos desdeñando la opinión del otro, sin convencerlo de la suya.

Pero la filosofía los enaltecía ante sí mismos. Recordaban con piedad sus preocupaciones por la agricultura, la literatura, la política.

Ahora el museo los asqueaba. De muy buena gana hubieran vendido todas esas chucherías. Y pasaron al segundo capítulo, las facultades del alma.

Hay tres nada más. La de sentir, la de conocer, la de querer.

En la facultad de sentir distinguimos la sensibilidad física de la sensibilidad moral.

Las sensaciones físicas se clasifican naturalmente en cinco especies, que se canalizan por los órganos de los sentidos.

Los actos de la sensibilidad moral, al contrario, no deben nada al cuerpo.

No hay nada en común entre el placer de Arquímedes al descubrir las leyes de la gravedad y la voluptuosidad inmundada de Apicius devorando una cabeza de jabalí.

Esa sensibilidad moral tiene cuatro géneros, y su segundo género, "deseos morales", se divide en cinco especies, y los fenómenos del cuarto género, "afectos", se subdividen en otras dos especies, entre las cuales está el amor por sí mismo, "inclinación legítima, sin duda, pero que cuando se exagera toma el nombre de egoísmo".

En la facultad de conocimiento se encuentra la percepción racional, en la que se encuentran dos movimientos principales y cuatro grados.

La abstracción puede ofrecer escollos a las inteligencias extravagantes.

La memoria relaciona con el pasado como la previsión con el porvenir.

La imaginación es más bien una facultad particular, *sui generis*.

Tantas molestias para demostrar banalidades, el tono pedantesco del autor, la monotonía de los giros "Estamos dispuestos a reconocer", "Lejos de nosotros la idea", "Interrogemos a nuestra conciencia"... el elogio sempiterno a Dugalt Stewart, en fin, todo ese palabrerío los asqueó de tal manera que, pasando por sobre la facultad de querer, entraron en la Lógica.

Por ella supieron qué es el Análisis, la Síntesis, la Inducción, la Deducción y las causas principales de nuestros errores.

Casi todos provienen del mal empleo de las palabras.

"El sol se acuesta, el tiempo se obscurece, el invierno se acerca", son locuciones viciadas que hacen pensar en entidades personales cuando se trata sólo de acontecimientos muy simples. "Recuerdo tal objeto, tal axioma, tal verdad". ¡Ilusión! Son las ideas y de ningún modo las cosas las que permanecen en el yo y el rigor del lenguaje exige decir "Recuerdo tal acto de mi espíritu por el cual percibí ese objeto, del cual deduje este axioma, por el cual admití esta verdad".

Como el término que designa a un accidente no lo abarca en todos sus modos, trataron de emplear sólo palabras abstractas, tanto que en lugar de decir "Demos una vuelta", "Es hora de cenar", "Tengo un cólico", emitían estas frases: "Un paseo sería salutífero", "Ya es hora de ingerir alimentos", "Experimento una necesidad de exoneración".

Una vez dueños del instrumento lógico, pasaron revista a los diferentes crítériums; en primer lugar al del sentido común.

Si el individuo no puede saber nada ¿por qué todos los individuos podrían saber más? Un error, aunque tenga cien mil años de antigüedad, por el solo hecho de ser antiguo no constituye una verdad. La Muchedumbre sigue invariablemente la rutina; y, al contrario, son sólo unos pocos los que impulsan el Progreso.

¿Vale más fiarse del testimonio de los sentidos? Estos engañan a veces y nunca informan sino acerca de la apariencia. El fondo se les escapa.

La Razón ofrece más garantías, dado que es inmutable e impersonal; pero para manifestarse necesita encarnarse.

Entonces la Razón se torna mi Razón. Una regla importa poco, si es falsa. Nada prueba que ésta sea justa.

Se recomienda verificarla con los sentidos; pero éstos pueden adensar sus tinieblas. De una sensación confusa se induciría una ley defectuosa que más tarde impedirá la visión clara de las cosas.

Queda la Moral. Es hacer descender a Dios al nivel de lo útil ¡como si nuestras necesidades fueran la medida de lo Absoluto!

En cuanto a la Evidencia, negada por el uno, afirmada por el otro, ella es en sí misma su criterium. El señor Cousin lo ha demostrado.

—No queda más que la Revelación —dijo Bouvard—. Pero para creer en ella hay que admitir dos conocimientos previos, el del cuerpo que ha sentido y el de la inteligencia que ha percibido, admitir el Sentido y la Razón, testimonios humanos y como consecuencia sospechosos.

Pécuchet reflexionó, se cruzó de brazos.

—Pero ¡vamos a caer en el abismo espantoso del escepticismo!

Según Bouvard, eso sólo espantaba a los cerebros pobres.

—¡Gracias por el cumplido! —respondió Pécuchet—. Sin embargo hay hechos indiscutibles. Se puede alcanzar la verdad dentro de ciertos límites.

—¿Cuál? ¿Dos y dos son cuatro siempre? ¿El contenido es, de alguna manera, menor que el continente? ¿Qué quiere decir casi verdadero, una fracción de Dios, la parte de una cosa indivisible?

— ¡Ah, tú eres sólo un sofista!

Y Pécuchet, ofendido, estuvo tres días enfurruñado. Emplearon este tiempo en recorrer los índices de varios volúmenes. Bouvard sonreía de cuando en cuando y reanudó la conversación.

— ¡Sí que es difícil no dudar! En lo que atañe a Dios las pruebas de Descartes, de Kant y de Leibniz no son las mismas y se invalidan mutuamente. La creación del mundo por los átomos o por un espíritu sigue siendo inconcebible.

Yo me siento materia y pensamiento a la vez, al mismo tiempo que ignoro qué es la una y el otro. La impenetrabilidad, la solidez, la gravedad me parecen misterios tanto como mi alma; con mayor razón aun la unión del alma y del cuerpo.

Para explicarla Leibniz imaginó su armonía, Malebranche la premonición, Cudworth un mediador y Bonnet ve en ella un milagro perpetuo "lo que es una tontería, pues un milagro perpetuo no sería un milagro".

—¡Efectivamente! —dijo Pécuchet.

Y los dos confesaron que estaban hartos de los filósofos. Tantos sistemas lo enredan a uno. La metafísica no sirve para nada. Se puede vivir sin ella.

Por otra parte, sus apuros económicos aumentaban. Le debían tres barricas de vino a Beljambe, doce kilogramos de azúcar a Langlois, ciento veinte francos al sastre, sesenta el zapatero. Se gastaba cada vez mas y maese Gouy no pagaba.

Fueron a lo de Marescot para que les consiguiese dinero, fuera por la venta de las Ecalles o por una hipoteca sobre la granja o enajenando la casa, la que se pagaría en rentas vitalicias y de la cual conservarían el usufructo. Aquello no era viable, dijo Marescot, pero un negocio mejor se preparaba y él les avisaría.

Entonces pensaron en su pobre jardín. Bouvard se puso a desbrozar la enramada, Pécuchet a podar el espaldar y Marcel debía remover los arriates.

Al cabo de un cuarto de hora se detuvieron, el uno cerró su podadora, el otro dejó sus tijeras y comenzaron a pasearse lentamente. Bouvard a la sombra de los tilos, sin chaleco, sacando pecho, con los brazos desnudos; Pécuchet costeano el muro, con la cabeza gacha, las manos a la espalda, la visera de su gorra vuelta hacia atrás como precaución; y caminaban así, paralelamente, sin ver siquiera a Marcel que descansaba junto a la cabaña y comía un pedazo de pan.

De esa meditación surgieron algunas ideas; se encaraban, temiendo olvidarlas, y la metafísica volvía.

Volvía a propósito de la lluvia o del sol, de un guijarro en el zapato, de una flor en el césped, a propósito de todo.

Miraban arder una vela y se preguntaban si la luz está en el objeto o en nuestro ojo. Así como las estrellas pueden haber desaparecido cuando su brillo aún nos llega, puede ser que admiremos cosas que ya no existen.

Habiendo encontrado en el fondo de un chaleco un cigarrillo Raspail, lo desmenuzaron en el agua y el alcanfor se cortó. ¡He ahí entonces el movimiento en la materia! Un grado superior del movimiento produciría la vida.

Pero si la materia en movimiento bastara para crear los seres, éstos no serían tan diversos, pues en los orígenes no existían ni tierras, ni aguas, ni hombres, ni plantas. ¿Cuál es entonces esa materia primordial que nunca se ha visto, que no es ninguna de las cosas del mundo y que las ha producido a todas?

A veces necesitaban un libro. Dumouchel, cansado de ayudarlos, ya no les respondía y ellos se empecinaban en el tema, principalmente Pécuchet. Su necesidad de verdad se convertía en una sed ardiente. Conmovido por los discursos de Bouvard, dejaba el espiritualismo y lo retomaba en seguida para volverlo a abandonar y exclamaba, tomándose la cabeza con las manos:

— ¡Oh, la duda, la duda! ¡Preferiría la nada!

Bouvard intuía la insuficiencia del materialismo pero trataba de sostenerse en él, aunque confesaba, por lo demás, que le hacía perder la chaveta.

Sentaban sus razonamientos en una base sólida, ésta se desmoronaba y de pronto ya no había ninguna idea, había volado como vuela una mosca cuando se la quiere atrapar.

En las noches de invierno charlaban en el museo, al lado del fuego, mirando las brasas. El viento que silbaba en el corredor hacía temblar los vidrios de las ventanas, las masas negras de los árboles se

balanceaban y la tristeza de la noche aumentaba la seriedad de sus pensamientos. Bouvard, de cuando en cuando, iba hasta el extremo de la habitación, luego volvía. Los candelabros y los barrotes en los muros echaban sombras oblicuas al suelo; y el San Pedro, visto de perfil, mostraba en el cielorraso la silueta de su nariz, parecida a un monstruoso cuerno de caza.

Les era difícil caminar por entre los objetos y con frecuencia Bouvard, descuidado, se golpeaba con la estatua. Con sus grandes ojos, su belfo colgante y su aspecto de borracho, molestaba a Pécuchet también. Hacía mucho tiempo que querían deshacerse de ella, pero por negligencia iban posponiendo aquello de día en día.

Una noche, en medio de una discusión acerca de la mónada, Bouvard se golpeó el dedo gordo con el pulgar de San Pedro y volcó en éste su irritación. —¡Me molesta este tipo! ¡Tirémoslo afuera! Por la escalera era difícil. Abrieron la ventana y lo inclinaron en el borde suavemente. Pécuchet, de rodillas, trató de levantarle los talones, mientras que Bouvard lo empujaba por los hombros. El personaje de piedra no se movía; tuvieron que recurrir a la alabarda, que usaron como palanca, y por fin consiguieron acostarlo derecho. Entonces, después de balancearse, se precipitó en el vacío con la tiara haciendo punta. Un ruido sordo resonó. Al otro día lo encontraron roto en doce pedazos en el antiguo hoyo de los abonos.

Una hora después entró el notario llevándoles una buena noticia. Una persona de la localidad daría un adelanto de mil escudos mediante una hipoteca sobre la granja, y cuando ya se estaban regocijando agregó:

—¡Perdón! Esa persona impone una cláusula: ustedes le venderán las Ecalles por mil quinientos francos. El préstamo será pagado hoy mismo. El dinero está en mi casa, en mi estudio.

Los dos tenían ganas de ceder. Bouvard acabó por responder:

—¡Dios mío! ¡Sea!

—¡Convenido! —dijo Marescot. Y les dio el nombre de la persona, que era la señora Bordin. — ¡Me lo sospechaba! —exclamó Pécuchet. Bouvard, humillado, calló.

Ella u otro ¡qué importaba! Lo principal era salir del atolladero.

Cuando recibieron el dinero (el de las Ecalles les sería entregado después) pagaron inmediatamente todas las facturas y volvían a su domicilio cuando en el recodo de les Halles los detuvo maese Gouy.

Iba a casa de ellos para comunicarles una desgracia. El viento, la noche anterior, había derribado veinte manzanos en los patios, volteado la destilería y arrancado el techo del granero. Pasaron el resto de la tarde comprobando los daños y el día siguiente con el carpintero, el albañil y el techista. Las reparaciones costarían unos diez y ocho mil francos por lo menos.

Después, a la noche, se presentó Gouy. Marianne misma le había contado, hacía un rato, lo de la venta de las Ecalles. Una tierra de un rendimiento magnífico, muy conveniente, que casi no necesitaba cuidarse, ¡el mejor lote de toda la granja! Y pedía una rebaja.

Los señores se la negaron. Se sometió el caso al juez de paz y éste falló a favor del granjero. La pérdida de las Ecalles, el acre estimado en dos mil francos, le causaba un perjuicio anual de setenta francos y ante los tribunales ganaría, seguramente.

Su fortuna había disminuido. ¿Qué hacer? Pronto no sabrían de qué vivir.

Se sentaron a la mesa llenos de desaliento. Marcel no sabía nada de cocina; su cena, esa vez, superó a las anteriores. La sopa parecía agua del lavado de la vajilla, el conejo olía mal, los guisantes estaban crudos, los platos roñosos y a los postres Bouvard estalló y lo amenazó con romperle todo en la cabeza.

—Seamos filósofos —dijo Pécuchet—; un poco menos de dinero, las intrigas de una mujer, la torpeza de un criado ¿qué es todo eso? ¡Estás demasiado inmerso en la materia!

—¡Pero me molesta! —dijo Bouvard.

—¡Yo no lo admito! —respondió Pécuchet. Últimamente había leído un análisis de Berkeley y agregó:

–Niego la extensión, el tiempo, el espacio y hasta la sustancia ¡pues la verdadera sustancia es el espíritu percibiendo las cualidades!

–Perfecto –dijo Bouvard– pero si se suprime el mundo, faltarán las pruebas de la existencia de Dios.

Pécuchet protestó, y mucho, no obstante un resfrío de cabeza causado por el yoduro de potasio, y una fiebre permanente contribuía a exaltarlo.

Bouvard, inquieto, llamó al médico.

Vaucorbeil recetó un jarabe de naranja con yoduro y, para después, baños de cinabrio.

–¿Y para qué? –respondió Pécuchet–. Un día u otro la forma se irá. ¡Pero la esencia no perece!

–Sin duda –dijo el médico–, la materia es indestructible. Sin embargo...

– ¡Pero no, no! Lo indestructible es el ser. Ese cuerpo que está allí, delante de mí, me impide conocer a su persona, es, por decir así, una vestimenta o más bien una máscara.

Vaucorbeil creyó que estaba loco.

–Buenas noches. ¡Cuide su máscara!

Pécuchet no se detuvo. Se procuró una introducción a la filosofía hegeliana y quiso explicársela a Bouvard.

–Todo lo que es racional es real. Podría decirse que lo único real que hay es la idea. Las leyes del espíritu son las leyes del universo; la razón del hombre es idéntica a la de Dios.

Bouvard fingía comprender.

–Por lo tanto, lo Absoluto es a la vez sujeto y objeto, la unidad en la que van a reunirse todas las diferencias. Así se resuelven las contradicciones. La sombra hace posible la luz, el frío unido al calor produce la temperatura, el organismo sólo se mantiene por la destrucción del organismo. En todas partes hay un principio que divide y un principio que une.

Estaban en el emparrado y el cura pasó por la balaustrada con su breviario en la mano.

Pécuchet le rogó que entrara para terminar de exponer lo de Hegel delante de él y ver un poco lo que diría.

El hombre de la sotana se sentó cerca de ellos y Pécuchet abordó el cristianismo.

–Ninguna religión ha dejado tan bien sentada esta verdad: "¡La Naturaleza es sólo un momento de la idea!"

–¿Un momento de la idea? –murmuró el padre, estupefacto.

–¡Claro que sí! Dios, al revestir una envoltura visible, mostró su unión consubstancial con ella.

–¿Con la Naturaleza? ¡Oh, oh!

–Con su deceso, ha dado testimonio de la esencia de la muerte; por lo tanto, la muerte estaba en él, era, es parte de él.

El eclesiástico frunció el entrecejo.

–¡Nada de blasfemias! Fue por la salvación del género humano que soportó el sufrimiento...

–¡Error! La muerte, considerada en el individuo, es un mal, sin duda, pero respecto de las cosas es diferente. ¡No separe el espíritu de la materia!

–Sin embargo, señor, antes de la Creación...

–No ha habido Creación. Ella existió siempre. De otro modo se trataría de un nuevo ser que debería agregarse al pensamiento divino, lo cual es absurdo.

El sacerdote se levantó; sus ocupaciones lo reclamaban.

—Puedo jactarme de haberle dado una paliza —dijo Pécuchet—. ¡Una palabra más aún! Puesto que la existencia del mundo es sólo un continuo paso de la vida a la muerte y de la muerte a la vida, lejos de que todo sea, nada es. Todo deviene. ¿Comprendes?

—¡Sí, comprendo! ¡O más bien, no!

Al fin de cuentas el idealismo exasperaba a Bouvard.

—¡Ya no quiero más! El famoso *cogito* me fastidia. Se toma a las ideas de las cosas por las cosas mismas. ¡Se explica lo que se entiende muy poco, con palabras que no se entienden nada! Sustancia, extensión, fuerza, materia y alma, otras tantas abstracciones, imaginaciones. En cuanto a Dios, es imposible saber cómo es ¡y ni siquiera si es! En otros tiempos era la causa del viento, del rayo, de las revoluciones. Hoy se ha debilitado. Por otra parte, no veo que pueda ser útil.

—¿Y qué pasa con la moral, a todo esto?

—¡Ah, mala suerte!

"Carece de base, efectivamente" se dijo Pécuchet.

Y permaneció silencioso, acorralado en un callejón sin salida, consecuencia de las premisas que él mismo había establecido. Fue una sorpresa, quedó aplastado.

Bouvard no creía ni en la materia. La certeza de que nada existe (por deplorable que ésta sea) no deja de ser una certeza. Poca gente es capaz de tenerla. Esa trascendencia les llenó de orgullo y quisieron mostrarlo. La ocasión se presentó.

Una mañana, cuando iban a comprar tabaco, vieron una aglomeración delante de la puerta de Langlois. La gente rodeaba al coche de Falaise y hablaban de Touache, un galeote que vagabundeaba por la comarca. El conductor lo había visto en la Croix Verte, entre dos gendarmes, y los chaviñolenses exhalaban un suspiro de alivio.

Girbal y el capitán se quedaron en la plaza; después llegó el juez de paz curioso por saber qué sucedía, y luego el señor Marescot, con gorro de terciopelo y pantuflas de badana.

Langlois los invitó a honrar su establecimiento con su presencia. Allí estarían más cómodos. Y a despecho de los parroquianos y del ruido de la campanilla, los señores continuaron discutiendo las fechorías de Touache.

— ¡Por Dios! —dijo Bouvard—. Tenía malos instintos ¡eso es todo!

—A esos instintos los vence la virtud —respondió el notario.

—Pero ¿si se carece de virtud?

—Y— Bouvard negó de manera tajante el libre albedrío.

—Sin embargo —dijo el capitán— ¡yo puedo hacer lo que quiero! Yo soy libre, por ejemplo, para mover la pierna.

—No, señor ¡usted tiene un motivo para moverla!

El capitán buscó una respuesta, pero no encontró ninguna; pero a Girbal se le ocurrió esta salida:

—¡Un republicano que habla contra la libertad! ¡Qué gracioso!

— ¡Es cosa de risa! —dijo Langlois. Bouvard lo interpeló.

—¿A qué se debe que usted no les dé su fortuna a los pobres?

El almacenero recorrió todo el establecimiento con una mirada inquieta.

—¡Fíjese! No soy tan estúpido. ¡La guardo para mí!

—Si usted fuera San Vicente de Paul, obraría de manera diferente, puesto que tendría su carácter. Usted obedece al suyo. Por lo tanto ¡no es libre!

— ¡Eso es una trapacería! —respondió a coro todo el mundo.

Bouvard permaneció inmutable y señalando la balanza que había en el mostrador dijo:

–Se mantendrá quieta en tanto que uno de los platos esté vacío. Así sucede con la voluntad; y la oscilación de la balanza entre dos pesos que parecen iguales, es como la imagen del trabajo de nuestro espíritu, cuando examina los motivos, hasta el momento en que el más fuerte se impone, y determina la decisión.

–Todo eso –dijo Girbal– no cambia nada lo de Touache y no le impide ser un mozo lindamente vicioso.

Entonces habló Pécuchet.

–Los vicios son propiedades de la Naturaleza, como las inundaciones y las tempestades.

El notario lo detuvo y parándose en puntas de pie con cada una de sus palabras, dijo:

–Su sistema me parece de una inmoralidad completa. Abre el camino a todos los desbordes, disculpa los crímenes, absuelve a los culpables.

–Perfectamente –dijo Bouvard–. El desdichado que obedece a sus apetitos está en su derecho, tanto como el hombre honesto que oye la voz de la Razón.

– ¡No defienda a los monstruos!

–¿Por qué monstruos? Cuando nace un ciego, un idiota, un homicida, lo tomamos como si fuera un desorden, como si conociéramos el orden ¡como si la Naturaleza actuase con una finalidad!

–Entonces ¿usted niega a la Providencia?

–¡Sí, la niego!

–¡Fíjese en la Historia, mejor! –exclamó Pécuchet–. Recuerde los asesinatos de reyes, las matanzas de pueblos, las disensiones en las familias, el dolor de los individuos.

–Y al mismo tiempo –agregó Bouvard, porque se excitaban uno al otro– esa providencia cuida a los pajaritos y hace que le vuelvan a crecer las patas a los cangrejos. ¡Ah, si ustedes entienden por Providencia una ley que lo rige todo, podría ser, pero hasta ahí nomás!

–Sin embargo, señor –dijo el notario– ¡hay principios!

–¿Qué cuento es ese? ¡Una ciencia, según Condillac, es tanto mejor cuanto menos necesita de los principios! Lo único que hacen es resumir los conocimientos adquiridos y nos remiten a esas nociones que son, precisamente, discutibles.

–¿Ustedes, acaso –prosiguió Pécuchet– escrutaron, hurgaron como nosotros los arcanos de la metafísica?

–¡Es cierto, señores, es cierto!

Y la reunión se dispersó.

Pero Coulon los llevó aparte y les dijo con un tono paternal que él no era precisamente devoto y que hasta detestaba a los jesuitas. Sin embargo ¡no iba tan lejos como ellos! ¡Oh, no, seguramente!

Y en la esquina de la plaza pasaron por delante del capitán que encendía su pipa mascullando:

–¡Después de todo yo sé que hago lo que quiero, qué diablos!

Bouvard y Pécuchet profirieron en otras ocasiones sus abominables paradojas. Ponían en tela de juicio la probidad de los hombres, la castidad de las mujeres, la inteligencia del gobierno, el sentido común del pueblo, en fin, socavaban las bases.

Foureau se inquietó y los amenazó con meterlos en prisión si continuaban con sus discursos. La evidencia de su superioridad lastimaba. Como sostenían tesis inmorales, ellos también tenían que ser inmorales. Echaron a rodar calumnias.

Entonces una facultad lamentable se desarrolló en sus espíritus, la de notar la estupidez y no poder tolerarla.

Cosas insignificantes los entristecían: la publicidad de los diarios, el perfil de un burgués, una reflexión tonta oída al azar.

Al pensar en lo que se decía en su pueblo y en que había hasta en las antípodas otros Coulon, otros Marecot y otros Foureau, sentían sobre ellos el peso de la tierra entera.

No salían más, no recibían a nadie.

Una tarde se entabló un diálogo en el patio entre Marcel y un señor que llevaba un sombrero de alas anchas y anteojos negros. Era el académico Larsonneur. No pudo dejar de advertir una cortina entreabierta y puertas que se cerraban. Su visita se debía a una tentativa de reconciliación y se fue furioso, encargando al criado que dijera a sus amos que los consideraba como unos patanes.

Bouvard y Pécuchet no le hicieron caso. El mundo perdía importancia. Lo entreveían como en una nube que hubiese bajado de sus cerebros a sus pupilas.

¿Acaso no es, por otra parte, una ilusión, una pesadilla? ¿Puede ser que, al fin de cuentas, la prosperidad y la desgracia se equilibren? Pero el bien de la especie no consuela al individuo.

—¿Qué me importan los demás? —decía Pécuchet.

Su desesperación afligía a Bouvard. Era él quien lo había empujado hasta allí y el deterioro de su casa avivaba su pesar con irritaciones cotidianas.

Para levantarse el ánimo se daban razones, se imponían tareas, pero volvían a caer rápidamente en una pereza más fuerte, en un desaliento profundo.

Al terminar de comer permanecían con los codos en la mesa, gimiendo con aire lúgubre. Marcel abría muy grandes los ojos y luego volvía a su cocina donde se atracaba solitario.

A mediados del verano recibieron una participación anunciando el casamiento de Dumouchel con la señora viuda Olympe Zulma Poulet.

¡Que Dios lo bendiga! Y recordaron los tiempos en que eran felices. ¿Por qué ya no seguían a los segadores? ¿Qué se había hecho de los días cuando entraban en las granjas buscando antigüedades? Ya no había nada que les deparara horas tan agradables como las que les habían proporcionado la destilería y la literatura. Un abismo los separaba de todo eso. Algo irrevocable había sucedido.

Quisieron ir a dar un paseo por el campo, como en otros tiempos, y fueron muy lejos, se perdieron. Un rebaño de pequeñas nubes corría por el cielo, el viento mecía las campanillas de la avena, a lo largo de un prado murmuraba un arroyo. De repente un olor infecto los detuvo y encima de unas piedras, entre los juncos, vieron la carroña de un perro.

Los cuatro miembros estaban resecos. El rictus de la boca descubría colmillos de marfil entre sus belfos azulados. En lugar de vientre había una masa de color terroso que parecía palpitar por los gusanos que hormigueaban en ella. Se agitaba bajo el sol, en medio del zumbido de las moscas y de un olor intolerable, un olor feroz y como devorador.

A todo esto, Bouvard arrugaba la frente y las lágrimas mojaron sus ojos. Pécuchet dijo con estoicismo:

—¡Eso seremos un día!

La idea de la muerte los había invadido y hablaron de ello cuando regresaban.

Después de todo, no existe. Uno se va en el rocío, en la brisa, en las estrellas; se transforma en algo de la savia de los árboles, del fulgor de las piedras finas, del plumaje de los pájaros. Se devuelve a la Naturaleza lo que nos había prestado y la Nada que está delante de Nosotros no es más espantosa que la que queda atrás.

Trataban de imaginarla como una noche intensa, como un foso sin fondo, como un desvanecimiento continuo. Cualquier cosa era mejor que esta existencia monótona, absurda y sin esperanza.

Recapitularon sus necesidades insatisfechas. Bouvard siempre había deseado caballos, coches, buenos vinos de Borgoña y mujeres bellas y complacientes en una habitación espléndida. La ambición de Pécuchet era el saber filosófico. Ahora bien; el más grande de los problemas, el que encierra a todos los otros, puede resolverse en un minuto. ¿Cuándo llegaría?

–Quizás fuera mejor terminar de una vez.

–Cómo tú quieras –dijo Bouvard.

Y analizaron la cuestión del suicidio.

¿Qué tiene de malo deshacerse de un peso que aplasta? Se comete una acción que no daña a nadie. Si ofendiera a Dios ¿tendríamos el poder de cometerla? No es una cobardía, dígase lo que se diga y es una hermosa insolencia mofarse de lo que los hombres más quieren, aun cuando se haga en detrimento propio.

Hablaron de las maneras de morir. El veneno hace sufrir. Para degollarse hace falta demasiado valor. Y con la asfixia se falla con frecuencia.

Por fin Pécuchet subió al granero dos cables de los de hacer gimnasia. Después de haberlos atado a una misma viga del techo, hizo un nudo corredizo en cada uno y puso debajo dos sillas para poder alcanzar las cuerdas.

Se decidieron por ese procedimiento.

Se preguntaban qué impresión causaría en el distrito, adonde irían a dar sus bibliotecas, sus papeluchos, sus colecciones. La idea de la muerte los hacía compadecerse de sí mismos. No obstante, no cejaban en su proyecto y a fuerza de hablar de él terminaron por acostumbrarse.

La noche del 25 de diciembre, entre las diez y las once, reflexionaban en el museo, vestidos de maneras diferentes. Bouvard llevaba una blusa sobre su chaleco de punto y Pécuchet hacía tres meses que no se quitaba el hábito de monje, por economía.

Como tenían mucha hambre (porque Marcel había salido al alba y no había vuelto todavía) Bouvard creyó higiénico beber una jarra de aguardiente y Pécuchet tomar el té.

Al levantar la tetera derramó agua en el piso.

–¡Torpe! –exclamó Bouvard.

Luego, como la infusión le pareció mediocre, quiso reforzarla con dos cucharadas más.

–¡Quedará repugnante! –dijo Pécuchet.

–¡De ningún modo!

Y cada uno tiró hacia sí la caja y la bandeja se volcó; una de las tazas se rompió, la última del hermoso juego de porcelana.

Bouvard palideció.

–¡Continúa! ¡Destroza! ¡Sin cumplidos!

–¡Qué desgracia, realmente!

–¡Sí, una desgracia! ¡Me la había dejado mi padre!

–Natural –agregó Pécuchet con tono irónico.

–¡Ah, me insultas!

–No, pero te canso. ¡Confíesalo!

Y Pécuchet fue presa de la cólera o más bien de la demencia. Bouvard también. Gritaban los dos al mismo tiempo, el uno irritado por el hambre, el otro por el alcohol. La garganta de Pécuchet emitía sólo un ronquido.

–¡Es infernal una vida así! ¡Prefiero la muerte! ¡Adiós!

Tomó el candelero, dio media vuelta, se fue dando un portazo. A Bouvard, en medio de las tinieblas, le costó trabajo abrir, corrió detrás de él y llegó al granero.

El candelabro estaba en el suelo y Pécuchet de pie en una de las sillas con el cable en la mano.

El espíritu de imitación impulsó a Bouvard.

– ¡Espérame!

Y subía a la otra silla cuando de pronto se detuvo. –Pero... ¡no hemos hecho nuestro testamento!

–¡Caramba, es cierto!

Los sollozos llenaban sus pechos. Fueron hasta el tragaluz para respirar.

El aire estaba frío y numerosos astros brillaban en el cielo negro como de tinta. La blancura de la nieve que cubría la tierra se perdía en las brumas del horizonte.

Percibieron pequeñas luces a ras del suelo, que aumentaban de tamaño, se acercaban; todas iban hacia el lado de la iglesia.

La curiosidad los llevó hacia ellas.

Era la misa de medianoche. Esas luces eran los de las lámparas de los pastores. Algunos, en el pórtico, sacudían sus abrigos.

El serpentón roncaba, el incienso humeaba. Faroles suspendidos a lo largo de la nave formaban tres coronas de luces multicolores y en el fondo de la perspectiva, de los dos lados del tabernáculo, los cirios gigantes erguían sus llamas rojas. Por sobre las cabezas de la gente y las capelinas de las mujeres, más allá del coro, se veía al sacerdote con su casulla dorada. A su voz aguda respondían las voces fuertes de los hombres que llenaban la galería y la bóveda de madera temblaba sobre sus arcos de piedra. Imágenes que representaban el camino a la cruz decoraban los muros. En medio del coro, delante del altar, había un cordero acostado, con las patas debajo del vientre y las orejas paradas.

La temperatura tibia les produjo un singular bienestar y sus pensamientos, tenebrosos un poco antes, se tornaban suaves, como olas que se apaciguan.

Escucharon el Evangelio y el Credo y observaban los movimientos del sacerdote. Mientras tanto los viejos, los jóvenes, las mendigas en harapos, las granjeras endomingadas, los robustos mozos de patillas rubias, todos oraban, sumergidos en la misma alegría profunda y veían en la paja de un establo, radiante como un sol, el cuerpo del Niño Dios. Esta fe de los otros conmovió a Bouvard a despecho de su razón y a Pécuchet a pesar de la dureza de su corazón.

Hubo un silencio; todas las espaldas se inclinaron, tintineó una campanilla y el corderito baló.

La hostia fue mostrada por el sacerdote, quien levantó sus brazos tan alto como le fue posible. Entonces estalló un canto de alegría que convocaba al mundo a los pies del Rey de los Angeles. Bouvard y Pécuchet se plegaron a él sin pensarlo y sintieron como si una aurora se levantase en sus almas.

9

Marcel reapareció al día siguiente a las tres, con la cara verde, los ojos rojos, un chichón en la frente, el pantalón desgarrado, oliendo a aguardiente, inmundo.

Había estado, conforme a su costumbre de todos los años, a seis leguas de allí, cerca de Iqueville, celebrando la Navidad en lo de un amigo. Y tartamudeando más que nunca, llorando y queriendo golpearse, imploraba perdón como si hubiese cometido un crimen. Sus amos se lo concedieron. Una calma singular los predisponía a la indulgencia.

La nieve se había derretido repentinamente y se paseaban por el jardín respirando el aire tibio, felices de vivir.

¿Había sido tan sólo el azar lo que los había apartado de la muerte? Bouvard se sentía enternecido. Pécuchet recordaba su primera comunión y llenos de gratitud para con la Fuerza, la Causa de la cual dependían, se les ocurrió la idea de leer cosas piadosas.

El Evangelio ensanchó sus almas, los encandiló como un sol. Entreveían a Jesús, de pie en la montaña, con un brazo en alto, la muchedumbre abajo, escuchándolo; o sino a orillas del lago, entre los Apóstoles que tiran las redes, o también montado en la burra, en medio del clamor de las aleluyas, con la cabellera abanicada por las palmas trémulas. Y por fin en lo alto de la cruz, inclinando la cabeza de la cual cae eternamente un rocío sobre el mundo. Lo que los conquistó, lo que los deleitaba, era la ternura para con los humildes, la defensa de los pobres, la exaltación de los oprimidos. Y en ese libro en el cual el cielo se despliega, nada de teología; en medio de tantos preceptos, ni un dogma, ni nada se exige, como no sea la pureza de corazón.

En cuanto a los milagros, éstos no sorprendieron a su razón. Los conocían desde la infancia. La altura de San Juan encantó a Pécuchet y lo dispuso para una mejor comprensión de la *Imitación*.

Aquí ya no había parábolas, flores ni pájaros, sino lamentaciones, un recogimiento del alma sobre sí misma. Bouvard se entristeció hojeando esas páginas que parecían escritas en un día brumoso, en el fondo de un claustro, entre un campanario y una tumba. Nuestra vida mortal aparece en ellas tan lamentable que, olvidándola, hemos de volvernos hacia Dios. Y los dos hombres, después de todas sus decepciones, experimentaban la necesidad de ser simples, de amar algo, de calmar el espíritu.

Encargaron el Eclesiastés, Isaías, Jeremías.

Pero la Biblia los asustó con sus profetas con voz de león, el fragor del trueno en las nubes, los sollozos de la Gehena y su Dios dispersando a los imperios, como hace el viento con las nubes.

Leían esas cosas en domingo, a la hora de las vísperas, cuando la campana repicaba.

Un día fueron a misa. Y después continuaron yendo. Era una distracción de fin de semana. El conde y la condesa de Faverges los saludaron de lejos, lo que fue notado. El juez de paz les dijo, guiñándoles el ojo:

—¡Perfecto! Tienen mi aprobación.

Todos los burgueses, ahora, les echaban su bendición. El abate Jeufroy les hizo una visita; ellos la devolvieron y comenzaron a visitarse. Y el sacerdote no hablaba de religión.

Ellos quedaron asombrados por esta discreción, tanto que Pécuchet, con aire de indiferencia, le preguntó cómo se debía hacer para contraer la fe. —Primero está la práctica.

Y se embarcaron en la práctica, uno con esperanza, el otro por desafío, pues Bouvard estaba convencido de que él no sería nunca un devoto. Por un mes entero siguió con regularidad todos los oficios, pero, al contrario de Pécuchet, no quiso ajustarse a la vigilia.

¿Era una medida de higiene? ¡Ya se sabe para qué sirve la higiene! ¿Una cuestión de conveniencia? ¡Abajo las conveniencias! ¿Una muestra de sumisión a la Iglesia? ¡Poco le importaba eso también! En una palabra, afirmaba que esa regla era absurda, farisaica y contraria al espíritu del Evangelio.

El Viernes Santo, los años anteriores, habían comido lo que Germaine les servía.

Pero Bouvard, aquella vez, pidió un bife. Se sentó, cortó la carne y Marcel lo miraba escandalizado, en tanto que Pécuchet despellejaba con seriedad su tajada de bacalao. Bouvard estaba con el tenedor en una mano y el cuchillo en la otra. Por fin se decidió y llevó un bocado a sus labios. De pronto sus manos temblaron, su ancho rostro palideció y su cabeza cayó hacia atrás. —¿Te sientes mal?

— ¡No!... Pero... —E hizo una confesión. Como consecuencia de su educación (era más fuerte que él) no podía comer carne ese día por miedo a morir.

Pécuchet, sin abusar de su victoria, la aprovechó para vivir a su manera.

Una tarde volvió con una expresión de austera alegría impresa en su rostro y largó el rollo, dijo que acababa de confesarse.

Entonces discutieron la importancia de la confesión. Bouvard admitía la de los primeros cristianos, que se hacía en público; la moderna era demasiado fácil. Sin embargo, no negaba que esta investigación de nosotros mismos fuese un elemento de progreso, una semilla de moralidad.

Pécuchet, deseoso de la perfección, buscó sus vicios. Las oleadas de orgullo habían cesado hacía mucho tiempo. Su gusto por el trabajo lo protegía de la pereza. En cuanto a la guía, nadie había más sobrio. A veces montaba en cólera y se juró a sí mismo que nunca más lo haría. Después habría que adquirir las virtudes, en primer lugar la humildad, es decir, creerse despojado de todo mérito, indigno de la menor recompensa, inmolar su espíritu y situarse tan bajo como para ser pisoteado como el barro de los caminos. El aún estaba lejos de todo eso.

Otra virtud le faltaba, la castidad, ya que en su fuero interno extrañaba a Mélie y el pastel de la dama con vestido Luis XV lo turbaba con su escote. Lo encerró en un armario, aumentó su pudor tanto como para temer mirarse a sí mismo y dormía con calzoncillos.

De tanto cuidarse de la lujuria, ésta aumentó. A la mañana, sobre todo, tenía que librar grandes combates, como hubieron de hacerlo San Pablo, San Benito y San Jerónimo a una edad ya muy avanzada. Debido a ello recurría a penitencias furibundas. El dolor es una expiación, un remedio y un método, un homenaje a Jesucristo. Todo amor requiere sacrificios y no lo hay más penoso que el de nuestro cuerpo.

Para mortificarse Pécuchet suprimió la copita después de las comidas, se atuvo a cuatro pulgaradas de rapé por día y aún con fríos muy intensos no se ponía la gorra.

Un día, Bouvard, que estaba sujetando la parra, apoyó una escalera en la pared de los arriates, cerca de la casa, y sin querer se encontró en posición de ver la pieza de Pécuchet.

Su amigo, desnudo hasta la cintura, se golpeaba suavemente los hombros con las disciplinas de los hábitos; después, más animado, se quitó los pantalones, fustigó sus nalgas y cayó en una silla, sin aliento.

Bouvard se sintió turbado como ante el descubrimiento de un misterio que uno no debe conocer.

Desde hacía algún tiempo había notado que los vidrios de las ventanas estaban más limpios, que las servilletas tenían menos agujeros y que la comida era mejor, cambios que se debían a la intervención de Reine, la sirvienta del señor cura. Esta mezclaba las cosas de la iglesia con las de su cocina, era fuerte como un mozo de labranza y fiel, aunque irrespetuosa; se metía en los hogares, daba consejos y se convertía en el ama. Pécuchet confiaba totalmente en su experiencia.

Una vez le llevó un individuo rechoncho, con pequeños ojitos de chino y una nariz como pico de buitre. Era el señor Goutman, comerciante en artículos piadosos; sacó algunos, que llevaba en cajas, debajo del cobertizo: cruces, medallas y rosarios de todas las dimensiones, candelabros para oratorios, altares portátiles, ramilletes de adorno y sagrados corazones de cartón azul, imágenes de San José con barba roja, calvarios de porcelana. Pécuchet los deseaba. Sólo el precio lo detenía.

Goutman no pedía dinero. Prefería el trueque. Subió al museo y ofreció, a cambio de los viejos hierros y todos los plomos un surtido de sus mercaderías.

A Bouvard le parecieron espantosas. Pero la mirada de Pécuchet, la insistencia de Reine y la labia del cambalachero acabaron por convencerlo. Goutman, al verlo tan condescendiente, quiso, además, la alabarda. Bouvard, que ya estaba harto de mostrar cómo funcionaba, se la cedió. Cuando se hizo la evaluación de todo resultó que los señores aún debían cien francos. Arreglaron todo con cuatro pagarés a tres meses de plazo y se felicitaron por la ganga.

Sus adquisiciones fueron distribuidas por todas las habitaciones. Un pesebre lleno de heno y una catedral de corcho llenaron el museo. En la chimenea de Pécuchet hubo un San Juan Bautista de cera, en el corredor los retratos de las glorias episcopales, y al pie de la escalera, debajo de una lámpara de cadenita, una Santa

Virgen con manto de azur y coronada de estrellas. Marcel limpiaba esos esplendores y no creía que hubiera nada más bello, ni aun en el paraíso. ¡Qué lástima que se hubiera roto el San Pedro! ¡Habría quedado bien en el vestíbulo! Pécuchet se detenía a veces delante del antiguo pozo de los abonos donde aún se veían la tiara, una sandalia, un pedazo de oreja, suspiraba, y luego continuaba trabajando en el jardín, dado que ahora había unido los trabajos manuales a los ejercicios religiosos y removía la tierra vestido con su hábito de monje y se comparaba con San Bruno. Ese disfraz podía ser un sacrilegio y renunció a él.

Pero iba revistiendo el tipo eclesiástico, sin duda debido a la frecuentación del cura. Tenía su misma sonrisa, su voz, y como él deslizaba sus dos manos hasta las muñecas en las mangas con aire friolento. Llegó un día en que el canto del gallo lo importunó y las rosas lo aburrieron; ya no salía más y echaba al campo miradas hoscas. Bouvard se dejó llevar al mes de María. Los niños que cantaban himnos, los ramilletes de lilas, los festones de verdor le habían causado una sensación como de juventud imperecedera. Dios se manifestaba a su corazón con la forma de los nidos, la claridad de las fuentes, la bondad del sol; y la devoción de su amigo le parecía extravagante, fastidiosa. –¿Por qué gimes durante la comida? –Debemos gemir cuando comemos –dijo Pécuchet– porque el hombre perdió su inocencia por ese camino.

Esa frase la había leído en el *Manual del seminarista*, dos volúmenes in-12 que le había prestado el señor Jeufroy. Y bebía agua de la Salette, decía a puertas cerradas oraciones jaculatorias y esperaba entrar en la cofradía de San Francisco.

Para obtener el don de la perseverancia resolvió hacer un peregrinaje a la Santa Virgen.

Pero la elección de los lugares lo confundía. ¿Iría a Notre-Dame de Fourvieres, de Chartres, de Embrun, de Marsella o de Auray? La de la Délivrande, más próxima, también podía servir. –¿Me acompañarás!

–Haré el papel de bobo –dijo Bouvard. Después de todo, podía regresar creyente, pues no se resistía a serlo y cedió por complacencia.

Las peregrinaciones deben hacerse a pie. Pero cuarenta y tres kilómetros era mucho, y como los coches de posta no eran lo más adecuado para la meditación, alquilaron un viejo cabriolé que después de doce horas de camino los dejó delante de la posada.

Les dieron una pieza con dos camas, con dos cómodas en las que había dos botellones con agua en pequeñas palanganas ovaladas y el hotelero les dijo que era la "habitación de los capuchinos". En los tiempos del Terror se había ocultado ahí a la señora de la Délivrande con tantas precauciones, que los buenos padres podían decir misa clandestinamente.

Eso agradó a Pécuchet y leyó en voz alta una noticia sobre la capilla recogida abajo, en la cocina.

Fue fundada a principios del siglo II por Saint Régnobert, primer obispo de Lisieux, o por Saint Ragnebert, quien vivió en el siglo VII o por Robert le Magnifique a mediados del XI.

Los dinamarqueses, los normandos y sobre todo los protestantes la incendiaron y arrasaron en diferentes épocas. Hacia 1112 la estatua primitiva fue descubierta por un carnero, el que golpeando la hierba con la pata, indicó el lugar donde se encontraba; en ese lugar el conde Baudouin erigió un santuario.

Sus milagros son innumerables. Un comerciante de Bayeux, cautivo de los sarracenos, la invoca, sus grillos caen y él escapa. Un avaro descubre en su granero un tropel de ratas, le pide su ayuda y las ratas se alejan. El contacto con una medalla que había rozado su imagen hizo arrepentirse en su lecho de muerte a un viejo materialista de Versailles. Ella le devolvió el habla al señor Adeline, quien la había perdido por haber blasfemado. Y por su protección el señor y la señora de Becqueville tuvieron fuerza bastante como para vivir en castidad en estado de matrimonio.

Se cita, entre aquellos a quienes curó de enfermedades irremediables, a Anne Lorieux, Marie Duchemin, Francois Dufal y la señora de Jumillac, cuyo nombre de familia era d'Osseville.

Fue visitada por personajes notables como Luis XI, Luis XIII, dos hijas de Gastón de Orléans, el cardenal Wiseman, Samirri, patriarca de Antioquía, Monseñor Varóles, vicario apostólico de Manchuria y el arzobispo de Quélen fue a darle las gracias por la conversión del príncipe de Talleyran.

—¡Ella también podrá convertirte! —dijo Pécuchet. Bouvard, ya acostado, emitió una especie de gruñido y se durmió del todo.

Al otro día a las seis entraban en la capilla. Estaban construyendo otra; telas y tablas llenaban la nave y el monumento, de estilo rococó, desagradó á Bouvard, sobre todo el altar de mármol rojo con sus pilastras corintias.

La estatua milagrosa está en un nicho, a la izquierda del coro, envuelta por unas vestiduras con lentejuelas. Apareció el sacristán con un cirio para cada uno. Los plantó en una especie de candelabro que campeaba en la balaustrada, pidió tres francos, hizo una reverencia y desapareció. Luego miraron los ex votos.

Placas con inscripciones daban testimonio de la gratitud de los fieles. Se podía admirar dos espadas cruzadas ofrecidas por un antiguo alumno de la Escuela Politécnica, ramilletes de novia, medallas militares, corazones de plata y en un rincón, en el suelo, un bosque de muletas.

De la sacristía salió un sacerdote llevando el copón.

Permaneció algunos minutos al pie del altar, subió los tres escalones y dijo el "Oremus", el "Introito" y el "Kirie" que el monaguillo, de rodillas, recitó de un tirón.

Había pocos visitantes, doce o quince ancianas. Se oía el golpeteo de sus rosarios y el ruido de un martillo que partía piedras. Pécuchet, inclinado en su reclinatorio, repetía los "amén". Durante la Elevación suplicó a Nuestra Señora que le diera una fe constante e indestructible.

Bouvard, en un sillón, a su lado, le tomó el Eucologio y se detuvo en las letanías de la Virgen.

—Muy pura, muy casta, venerable, amable, poderosa, clemente, torre de marfil, morada de oro, puerta de la mañana. —Esas palabras de adoración, esas hipérboles lo transportaron hacia aquella que es celebrada con tantos homenajes.

La imaginó como se la representa en tantos cuadros de iglesia, en un cúmulo de nubes, con querubines a sus pies, el Niño Dios en su pecho, madre de las ternuras que reclaman todas las aflicciones de la tierra, ideal de la Mujer llevado al cielo, porque salido de sus entrañas, el Hombre exalta su amor y sólo aspira a reposar sobre su corazón.

Cuando terminó la misa recorrieron las tiendas que están pegadas al muro por el lado de la plaza. Allí hay imágenes, pilas de agua bendita, urnas con filetes de oro, Jesucristos de coco, rosarios de marfil; y el sol que daba en los vidrios de los cuadros hería los ojos, hacía resaltar la grosería de las pinturas, la fealdad de los dibujos. Bouvard, a quien esas cosas le parecían abominables en casa, fue indulgente para con aquéllas. Compró una pequeña Virgen de pasta azul. Pécuchet se conformó con un rosario, como recuerdo.

Los vendedores gritaban:

— ¡Vamos, vamos! ¡Por cinco francos, por tres francos, por sesenta céntimos, por dos sueldos! ¡No rechacen a Nuestra Señora!

Los dos peregrinos paseaban sin llevar nada. Se oyeron algunos comentarios poco amables.

—¡Qué buscan esos pájaros!

—¡A lo mejor son turcos!

—¡Protestantes, tal vez!

Una muchacha tomó a Pécuchet de su levita; un viejo de anteojos le puso la mano en el hombro; todos chillaban al mismo tiempo y después, abandonando sus puestos, fueron a rodearlos, redoblando sus requerimientos y sus insultos.

Bouvard no aguantó más.

—¡Déjennos tranquilos, diablos!

La turba se apartó.

Pero una mujer gorda los siguió durante un tiempo por la plaza y gritó que se arrepentirían.

Al volver a la posada encontraron a Goutman en el café. Su negocio lo llevaba a aquellos parajes y hablaba con un individuo que examinaba facturas en una mesa, delante de ellos.

Ese individuo tenía una gorra de cuero, un pantalón muy ancho, tez roja y el talle fino, a pesar de sus cabellos blancos, y el aspecto de un oficial retirado y de un viejo comicastro a la vez.

De tiempo en tiempo largaba una maldición y después, ante una palabra de Goutman dicha en voz baja, se calmaba en seguida y pasaba a otro papel.

Bouvard, que lo observaba, al cabo de un cuarto de hora se acercó a él.

—¿Barberou, creo?

—¡Bouvard! —exclamó el hombre de la gorra y se abrazaron.

Hacía veinte años que Barberou sobrellevaba toda clase de fortunas. Gerente de un diario, agente de seguros, director de un criadero de ostras —ya les contaré eso— y por fin, dedicado de nuevo a su primera ocupación, trabajaba para una casa de Burdeos y Goutman, que "hacía la diócesis", le colocaba vinos entre los eclesiásticos.

—Pero permítame, en un minuto estoy con usted.

Había reanudado sus cuentas cuando de pronto saltó de su banquetta.

—¡Cómo! ¿Dos mil?

—¡Por supuesto!

— ¡Ah, ésta sí que es buena!

—¿Cómo dice?

—Digo que yo mismo vi a Hérambert —respondió Barberou furioso—. Y la factura es por cuatro mil ¡y no es broma!

El cambalachero no perdió su aplomo.

—Bueno, está bien ¿y qué?

Barberou se levantó y su rostro, pálido primero, violeta después, hizo creer a Bouvard y Pécuchet que iba a estrangular a Goutman.

Volvió a sentarse, cruzó los brazos.

—Es usted un verdadero canalla ¡admitalo!

—¡Nada de insultos, señor Barberou! Hay testigos ¡tenga cuidado!

—¡Le haré juicio!

—¡Bueno, bueno, bueno!

Y después de cerrar su portafolios Goutman levantó el ala de su sombrero.

— ¡Haga lo que le convenga! —dijo y salió.

Barberou expuso los hechos. Por un pagaré por mil francos, aumentado al doble como consecuencia de manejos usurarios, le había entregado a Goutman tres mil francos en vinos, con lo cual pagaba su deuda y obtenía un beneficio de mil francos. Pero ahora resultaba que debía tres mil. Sus patrones lo despedirían ¡lo demandarían!

—¡Crápula! ¡Asaltante! ¡Sucio judío! ¡Y cena en los presbiterios!

Además ¡cuando se meten las sotanas!

Y despotricó contra los curas y golpeaba la mesa con tanta violencia que la estatuilla estuvo a punto de caer.

–¡Espacio! –dijo Bouvard.

–¡Mire! ¿Qué es esto? –Y Barberou deshizo el envoltorio de la pequeña Virgen–. Una chuchería de peregrino. ¿Es de ustedes?

Bouvard, en lugar de responder, sonrió de manera ambigua.

– ¡Es mía! –dijo Pécuchet.

–¡Usted me entristece! –dijo Barberou–. Pero le diré algo al respecto: ¡no tenga miedo!

Y como se debe ser filósofo y la tristeza no sirve para nada, los invitó a almorzar.

Los tres se sentaron a la mesa.

Barberou estuvo amable, recordó los viejos tiempos, tomó a la camarera por la cintura, quiso medir la barriga de Bouvard. Pronto iría a visitarlos y les llevaría un libro divertido.

La idea de la visita no los alegró demasiado. Hablaron de ello en el coche durante una hora, pautada por el trote del caballo. Después Pécuchet cerró los ojos. Bouvard también callaba. Interiormente se inclinaba hacia la religión.

El señor Marescot había ido el día anterior para comunicarles algo importante. Marcel no sabía más.

El notario no pudo recibirlos sino tres horas después y de inmediato expuso el asunto. La señora Bordin le proponía a Bouvard comprarle la granja por una renta de siete mil quinientos francos.

Le tenía echado el ojo desde su juventud, la conocía hasta en los más pequeños detalles, sus defectos y ventajas y ese deseo era como un cáncer que la roía. Porque la buena dama, como verdadera normanda que era, quería a "los bienes" por sobre todas las cosas, menos por incrementar su capital que por la dicha de pisar un suelo que le perteneciera.

Con la esperanza de obtener aquél había hecho averiguaciones, lo había vigilado a diario, había ahorrado mucho y esperaba con impaciencia la respuesta de Bouvard.

Este no sabía qué hacer, pues no quería que Pécuchet se encontrase un día sin fortuna; pero había que aprovechar la ocasión, que era consecuencia de la peregrinación. La Providencia, por segunda vez, se manifestaba en favor de él.

Propusieron las condiciones siguientes. La renta, no de siete mil quinientos francos sino de seis mil, le correspondería al último superviviente. Marescot destacó que uno de ellos era débil de salud en tanto que el temperamento del otro lo predisponía a la apoplejía, y la señora Bordin firmó el contrato, llevada por su ambición.

Bouvard quedó melancólico. Alguien deseaba su muerte y esa reflexión le inspiró ideas serias, ideas acerca de Dios y de la eternidad.

Tres días después el señor Juefroy los invitó a la comida que daba una vez por año a sus colegas.

La comida comenzó alrededor de las dos de la tarde y terminó a las once de la noche. Se bebió sidra y se dijeron retruécanos. El abate Pruneau improvisó un acróstico, el señor Bougon hizo algunos trucos con los naipes y Cerpet, joven vicario, cantó una pequeña romanza que frisaba lo galante. Aquella reunión divirtió a Bouvard. Estaba menos triste al día siguiente.

El cura fue a verlo con frecuencia. Presentaba la religión con los más agradables colores. ¿Qué se arriesgaba, por otra parte? Y pronto Bouvard se avino a acercarse a la santa mesa. Pécuchet participaría del sacramento junto con él.

El gran día llegó. La iglesia estaba llena de gente debido a las primeras comuniones. Los burgueses y las burguesas colmaban sus bancos y la gente humilde estaba de pie, atrás o en la galería, sobre la puerta.

Lo que iba a suceder un rato más tarde era inexplicable, pensaba Bouvard; pero la Razón no basta para comprender ciertas cosas. Grandes hombres han admitido esto. Sólo había que hacer lo mismo. Y como sumido en una especie de modorra contemplaba el altar, el incensario, los candelabros con la cabeza un poco vacía, ya que no había comido nada y sentía una singular debilidad.

Pécuchet meditaba en la Pasión de Jesucristo y se exaltaba, le daban arrebatos de amor. Hubiera querido ofrecerle su alma, las de los demás, y los raptos, los transportes, las iluminaciones de los santos, todos los seres, el universo entero. Aunque oraba con fervor las diferentes partes de la misa le parecieron un poco largas.

Por fin los niños se arrodillaron en el primer peldaño del altar, y con sus trajes formaron una banda negra que coronaban de manera desigual las cabelleras rubias o morenas. Después de ellos fueron las chicas, con velos que caían por debajo de sus coronas. De lejos se hubiera dicho que era una hilera de nubes blancas en el fondo del coro.

Después les llegó el turno a las personas mayores.

El primero del lado del Evangelio era Pécuchet, quien, por un exceso de emoción, sin duda, movía la cabeza de izquierda a derecha. Al cura le costó trabajo meterle la hostia en la boca y él la recibió con los ojos en blanco.

Bouvard, en cambio, abrió tan grande la boca que su lengua le colgaba por sobre el labio como una bandera. Al levantarse le pegó con el codo a la señora Bordin. Sus ojos se encontraron. Ella sonreía. Sin saber por qué, él enrojeció.

Después de la señora Bordin comulgaron juntas la señorita de Faverges, la condesa, sus damas de compañía y un señor que no conocían en Chavignolles.

Los dos últimos fueron Placquevent y Petit, el maestro, pero de pronto se vio aparecer a Gorgu.

Ya no llevaba perilla y ocupó su lugar con los brazos en cruz contra el pecho, de una manera muy edificante.

El cura arengó a los chicos. Debían tener cuidado, más adelante, de no hacer como Júdas, que traicionó a su Dios, y de conservar siempre su inocencia. Pécuchet lamentó la pérdida de la suya. Pero ya comenzaban a remover las sillas; las madres estaban apuradas por besar a sus hijos.

A la salida los feligreses intercambiaron felicitaciones. Algunos lloraban. La señora de Faverges, que esperaba su coche, se volvió hacia Bouvard y Pécuchet y les presentó a su futuro yerno.

—El señor barón de Mahurot, ingeniero.

El conde lamentaba no verlos. Estaría de regreso la semana entrante.

—¡Recuérdenlo! ¡Se lo ruego!

La calesa había llegado. Las damas del castillo partieron y la gente se dispersó.

En el patio encontraron un paquete, en medio de la hierba. El cartero, como la casa estaba cerrada, lo había arrojado por arriba de la pared. Era la obra que Barberou había prometido, *Examen del Cristianismo*, por Louis Hervieu, ex alumno de la Escuela Normal.

Pécuchet lo rechazó. Bouvard no deseaba conocerlo.

Se le había repetido que el sacramento lo transformaría; durante varios días estuvo a la espera de floraciones en su conciencia. Pero seguía siendo el mismo y un asombro doloroso lo invadió.

¡Cómo, la carne de Dios se mezcla con nuestra carne y no pasa nada! El pensamiento que gobierna al mundo no esclarece a nuestro espíritu. El supremo poder nos deja librados a la impotencia.

El señor Jeufroy lo tranquilizó y le aconsejó el *Catecismo* del abate Gaume.

La devoción de Pécuchet, en cambio, había aumentado. Hubiera querido comulgar por las dos especies, cantaba salmos paseándose por el corredor, detenía a los chaviñoises para discutir y convertirlos.

Vaucorbeil se le rió en las narices, Girbal se encogió de hombros y el capitán lo llamó Tartufo. Ya se creía que iban demasiado lejos.

Es una excelente costumbre la de considerar las cosas como otros tantos símbolos. Si el trueno ruge, imagínese el juicio final; ante un cielo sin nubes piénsese en la morada de los bienaventurados; piénsese cuando se pasea que cada paso acerca a la muerte. Pécuchet adoptó este método. Cuando tomaba sus ropas pensaba en la envoltura carnal con la cual está revestida la segunda persona de la Trinidad. El tictac del reloj le recordó los latidos de su corazón, un pinchazo de aguja los clavos de la cruz. Pero por más que estuvo de rodillas durante horas, multiplicó los ayunos y exprimió su imaginación, el desprendimiento de sí mismo no se consumaba. ¡Era imposible alcanzar la contemplación perfecta!

Echó mano de autores místicos, Santa Teresa, Juan de la Cruz, Luis de Granada, Scupoli, y de entre los más modernos, Monseñor Chaillot. En lugar de las sublimidades que esperaba, se encontró con banalidades, con un estilo flojo, Imágenes frías y muchas comparaciones sacadas de talleres de lapidarios.

Aprendió, no obstante, que hay una purgación activa y una purgación pasiva, una visión interna y una visión externas, especies de oraciones, nueve excelencias en el amor, seis grados en la humanidad y que la herida del alma no difiere mucho del vuelo espiritual.

Había puntos que lo confundían.

–Puesto que la carne está maldita ¿cómo es posible que se deba agradecer a Dios el don de la existencia? ¿En qué medida se ha de albergar el temor indispensable para la salvación y la esperanza que no lo es menos? ¿Cuál es el signo de la gracia? Etcétera.

Las respuestas del señor Jeufroy eran simples:

–¡No se atormente! Queriendo comprenderlo todo se corre por una cuesta peligrosa.

El *Catecismo de Perseverancia* por Gaume había desagradado de tal modo a Bouvard que tomó el volumen de Louis Hervieu, que era un resumen de la exégesis moderna, prohibido por el gobierno. Barberou, como buen republicano, lo había comprado.

El libro despertó dudas en el espíritu de Bouvard y en primer lugar acerca del pecado original. Si Dios había creado al hombre pecable, no debía castigarlo; y el mal es anterior a la caída puesto que ya había volcanes y animales feroces.

–En una palabra ¿ese dogma trastorna mis nociones de justicia!

–¡Qué quiere usted! –decía el cura– es una de esas verdades acerca de las cuales todo el mundo está de acuerdo aunque no se puedan aportar pruebas; y nosotros mismos hacemos recaer en los niños los crímenes de sus padres. Así las costumbres y las leyes justifican ese decreto de la Providencia que se encuentra en la Naturaleza.

Bouvard meneó la cabeza. También dudaba del Infierno.

–Claro, todo castigo debe procurar el mejoramiento del culpable, lo que es imposible con una pena eterna. ¡Y cuántos la padecen! Piense, por ejemplo, en los Antiguos, los judíos, los musulmanes, los idólatras, los heréticos y en los niños muertos sin bautismo ¿esos niños creados por Dios! y ¿con qué finalidad? ¡Para castigarlos por una falta que no cometieron!

–Esa es la opinión de San Agustín –agregó el cura– y San Fulgencio incluye en la condenación hasta a los fetos. Es cierto que la Iglesia nada ha decidido al respecto. Una observación, sin embargo: no es Dios quien condena, sino el pecador quien se condena a sí mismo, y dado que la ofensa es infinita, pues Dios es infinito, el castigo ha de ser infinito. ¿Es todo, señor?

–¡Explíqueme la Trinidad! –dijo Bouvard.

– ¡Con mucho gusto! Hagamos una comparación: tomemos los tres lados del triángulo, o mejor nuestra alma, que contiene el ser, el conocer y el querer. Lo que se llama facultad en el Hombre es persona en Dios. ¡Ese es todo el misterio!

–Pero cada uno de los lados del triángulo no son el triángulo. Esas tres facultades del alma no son tres almas. ¡Y sus personas de la Trinidad son tres Dioses!

–¡Blasfemia!

–¡Entonces no hay sino una persona, un Dios, una sustancia afectada de tres maneras! –Adoremos sin comprender –dijo el cura. –¡Está bien! –dijo Bouvard.

Tenía miedo de que se lo tomara por un impío, de ser mal visto en el castillo.

Ahora iban allí tres veces por semana, a eso de las cinco, en invierno, y la taza de té los reanimaba. El señor conde, por su porte, "recordaba la distinción de la antigua corte"; la condesa, plácida y gorda, daba muestras de gran discernimiento en todo. La señorita Yolanda, su hija, era "la típica joven", el Ángel de los "keepseakes"; y la señora de Noaris, su dama de compañía, se parecía a Pécuchet con su nariz puntiaguda.

La primera vez que entraron en el salón estaba defendiendo a alguien.

–¡Les aseguro que ha cambiado! Su regalo lo prueba. Ese alguien era Gorgu. Acababa de regalar a los futuros esposos un reclinatorio gótico. Lo llevaron. Las armas de las dos casas aparecían grabadas en colores. El señor de Mahurot pareció contento y la señora de Noaris le dijo: –¡Ya recordará a mi protegido!

Después trajo a dos niños, un chico de unos doce años y su hermana, que tal vez tuviera diez. Por los agujeros de sus harapos se veían sus miembros rojos de frío. El estaba calzado con viejas pantuflas y ella llevaba un *solo* zueco. Sus frentes desaparecían bajo sus cabelleras y miraban alrededor de ellos con pupilas ardientes como lobeznos asustados.

La señora de Noaris contó que los había encontrado esa mañana en el camino principal. Placquevent no podía suministrar ningún detalle.

Se les preguntó su nombre. "Víctor; Victorina". ¿Adonde estaba su padre? "En prisión". Y antes ¿qué hacía? "Nada". ¿De dónde eran? "De Saint Pierre". Pero ¿de qué Saint Pierre? Los dos pequeños, por toda respuesta, decían, respirando hondo: "No sé, no sé". Su madre había muerto y ellos mendigaban.

La señora de Noaris explicó lo peligroso que sería abandonarlos; enterneció a la condesa, picó en su honor al conde, fue apoyada por la señorita, se obstinó y triunfó. La mujer del guardabosque los cuidaría. Ya se les encontraría trabajo más adelante. Y como no sabían leer ni escribir, la misma señora de Noaris les daría lecciones para prepararlos para el catecismo.

Cuando el señor Jeufroy iba al castillo, se traía a los dos chicos, él los interrogaba y después les daba una conferencia pretensiosa debido al auditorio.

En una ocasión, cuando había discurrido acerca de los Patriarcas, Bouvard, que regresaba con él y Pécuchet, los denigró severamente.

Jacob se distinguió por sus fullerías, David por los crímenes, Salomón por sus excesos.

El abate le respondió que había que mirar más lejos. El sacrificio de Abraham prefigura la Pasión. Jacob es otra representación del Mesías, como José, como la serpiente de oronce, como Moisés.

–¿Usted cree que compuso el "Pentateuco" –dijo Bouvard.

–¡Sí; sin duda!

–Sin embargo, en él se cuenta su muerte. La misma observación es válida para Josué; y en cuanto a los Jueces, el autor nos advierte que en la época narrada en la historia, Israel no tenía Reyes aún. Eso quiere decir que la obra se escribió en tiempos de los Reyes. Los Profetas también me asombran. –¡Va a negar a los Profetas, ahora!

—¡De ningún modo! Pero sus espíritus caldeados veían a Jehová con formas diversas, como la de un fuego, una zarza, un anciano, una paloma; y no estaban seguros de la Revelación, puesto que siempre pedían una señal. —¡Ah! ¿Y usted descubrió esas hermosas cosas?...

—¡En Spinoza! —Al oír esto el cura saltó—. ¿Lo leyó usted?

—¡Dios me libre!

—Sin embargo, señor, la ciencia.

—Señor, no se es sabio si no se es cristiano. —La ciencia le inspiraba sarcasmo—. ¿Su ciencia podría hacer que naciera una espiga de trigo? ¿Qué sabemos?

Pero él sabía que el mundo había sido creado para nosotros; sabía que los Arcángeles están por encima de los Angeles; sabía que el cuerpo humano resucitará tal como era alrededor de los treinta.

Su aplomo sacerdotal irritaba a Bouvard, quien por desconfianza para con Louis Hervieu escribió a Variot. Y Pécuchet, mejor informado, le pidió a Jeufroy explicaciones sobre la Escritura.

Los seis días del Génesis quieren decir seis grandes épocas. Los vasos preciosos que los judíos tomaron a los egipcios, han de entenderse como riquezas intelectuales, las Artes, de las cuales habían robado el secreto. Isaías no se desnudó completamente, pues *nudus*, en latín, significa desnudo hasta las caderas. Por eso Virgilio aconseja desnudarse para labrar ¡y este escritor no hubiese dado un precepto contrario al pudor! Lo de Ezequiel devorando un libro no tiene nada de extraordinario. ¿No se dice acaso devorar un folleto, un diario? Pero, si en todo se han de ver metáforas ¿a qué se reducirán los hechos? El abate sostenía, sin embargo, que eran reales.

Esta manera de entenderlos le pareció desleal a Pécuchet. Llevó más lejos sus investigaciones, elaboró un escrito acerca de las contradicciones de la Biblia.

En el Éxodo se nos dice que durante cuarenta años se hicieron sacrificios en el desierto, pero según Amos y Jeremías no se hizo ninguno. Los Paralipómenos y Esdras no están de acuerdo sobre el empadronamiento del pueblo. En el Deuteronomio Moisés ve al Señor cara a cara, pero según el Éxodo jamás pudo verlo. ¿Dónde está, entonces, la inspiración?

—Razón de más para admitirla —respondió sonriendo el señor Jeufroy—. Los impostores necesitan la connivencia, los sinceros se desentienden de ella. Si nos vemos confundidos recurramos a la Iglesia. Ella es siempre infalible.

¿De qué depende la infalibilidad? Los concilios de Basilea y de Constanza la atribuyen a los concilios. Pero con frecuencia los concilios difieren, y prueba de ello es lo que pasó con Atanasio y Arius. Los de Florencia y Letrán se la otorgan al Papa, pero Adriano VI declara que el Papa puede equivocarse como cualquier otro.

—¡Mezquindades! Todo eso no afecta a la permanencia del dogma.

La obra de Louis Hervieu señala las modificaciones: en otros tiempos el bautismo era sólo para los adultos. La extremaunción no fue un sacramento hasta el siglo IX; la Presencia real fue decretada en el siglo VIII, el Purgatorio, fue reconocido en el XV y la Inmaculada Concepción es de ayer.

Y Pécuchet llegó a no saber qué pensar de Jesús. Tres de los Evangelios lo dan como un hombre. En un pasaje de San Juan parece ser el igual de Dios y en otro se reconoce inferior a él.

El abate respondió con la carta del rey Abgar, las Actas de Pilatos y el testimonio de las Sibilas "cuyo fondo es verdadero". Encontraba a la Virgen en las Galias, el anuncio de un Redentor en China, la Trinidad en todas partes, la Cruz en el gorro del gran lama, en Egipto en el puño de los dioses, y hasta le mostró un grabado que representaba un nilómetro, el cual, según Pécuchet, era un falo.

El señor Jeufroy consultaba en secreto a su amigo Pruneau, quien le buscaba pruebas en diversas obras. Se entabló una lucha de eruditos; y picado en su amor propio Pécuchet se volvió trascendente, mitólogo.

Comparaba a la Virgen con Isis, a la Eucaristía con el Homa de los persas, a Baco con Moisés, al arca de Noé con el navío de Xithuros y esas semejanzas, para él, demostraban la identidad de las religiones.

Pero no puede haber diversas religiones puesto que no hay sino un Dios y cuando se le agotaban los argumentos el hombre de la sotana exclamaba:

– ¡Es un misterio!

¿Qué significa esa palabra? Falta de saber, muy bien. Pero por poco que designe a una cosa cuyo solo enunciado entrañe una contradicción, será una estupidez. Y Pécuchet no se separaba más del señor Jeufroy. Lo sorprendía en su jardín, lo esperaba en el confesionario, lo alcanzaba en la sacristía. El cura imaginaba ardides para huir de él.

Un día, cuando había salido hacia Sassetot para asistir a alguien, Pécuchet se puso delante de él en el camino, de modo que la conversación fuera inevitable.

Era a la tarde, a fines de agosto. El cielo escarlata se oscurecía y una gran nube se formó, plana en la parte de abajo y con volutas en la cima.

Pécuchet comenzó por hablar de cosas indiferentes, luego dejó caer la palabra "mártir" y dijo:

–¿Cuántos cree usted que haya habido?

–Unos veinte millones, por lo menos.

–No fue una cantidad tan grande, según dijo Orígenes.

–Orígenes, sabe ¡es sospechoso!

Una ráfaga de viento pasó y dobló la hierba de las zanjas y las dos hileras de olmos que iban hasta el horizonte.

Pécuchet continuó:

–Se incluye entre los mártires a muchos obispos galos que murieron resistiendo a los bárbaros, lo que no corresponde.

–¡Ahora va a defender a los emperadores!

Según Pécuchet, se los había calumniado.

–La historia de la Legión tebana es una fábula. ¡Impugno también lo de Sinfrosio y sus siete hijos, lo de Felicitas y sus siete hijas y lo de las siete vírgenes de Ancyra, condenadas a la violación aunque septuagenarias y lo de las once mil vírgenes de Santa Úrsula, una de las cuales se Mamaba *Undecemilla*, nombre que se tomó por una cifra y aún más de lo de los diez mártires de Alejandría!

–¡Sin embargo!... Sin embargo, lo dicen autores dignos de crédito.

Cayeron gotas de agua. El cura abrió su paraguas y Pécuchet, cuando estuvo debajo, se atrevió a afirmar que los católicos habían hecho más mártires entre los judíos, los musulmanes, los protestantes y los libres pensadores que todos los romanos de la antigüedad.

El eclesiástico protestó:

–¡Pero se cuentan diez persecuciones desde Nerón hasta César Galba!

–De acuerdo. ¡Y las matanzas de los albigenses! ¡Y la de San Bartolomé! ¡Y la revocación del edicto de Nantes!

–Excesos deplorables, sin duda, ¡pero no va a comparar a esa gente con San Esteban, San Lorenzo, Cipriano, Policarpo y una multitud de misioneros!

– ¡Perdón! ¡También recuerde a Hipatia, Jerónimo de Praga, Jean Huss, Bruno, Vanini, Anne Dubourg!

La lluvia aumentaba y caía como dardos, con tanta fuerza, que rebotaba en el suelo como pequeños cohetes blancos.

Pécuchet y el señor Jeufroy caminaban lentamente, pegados el uno al otro y el cura decía:

- ¡Después de suplicios abominables los arrojaban a calderas!
- ¡La Inquisición también empleó la tortura y bien que lo quemaba a uno!
- ¡Se llevaba a las damas ilustres a los lupanares!
- ¿Supone usted que los dragones de Luis XIV eran decentes?
- ¡Y tome en cuenta que los cristianos no habían hecho nada contra el Estado!
- ¡Los hugonotes tampoco!

El viento arrastraba, barría a la lluvia en el aire. El agua chasqueaba en las hojas, chorreaba en los bordes del camino y el cielo color de barro se confundía con el campo desnudo, pues la siega había terminado. Ni un techo. A lo lejos solo se veía la cabaña de un pastor.

El liviano gabán de Pécuchet ya no tenía ni un hilo seco. El agua corría por todo su espinazo, entraba en sus botas, en sus orejas, en sus ojos, a despecho de la visera de la gorra Amoros. El cura, sosteniendo con una mano la cola de su sotana, se descubría las piernas y las puntas de su tricornio escupían agua en sus espaldas como gárgolas de catedral.

Tuvieron que detenerse y volviéndoles las espaldas a la tormenta quedaron cara a cara, barriga contra barriga, sosteniendo a cuatro manos el paraguas que se balanceaba.

El señor Jeufroy no había interrumpido la defensa de los católicos.

–¿Acaso crucificaron a sus protestantes, como hicieron con San Simeón? ¿O hicieron devorar a un hombre por dos tigres, como le sucedió a San Ignacio?

–¡Y usted no toma en cuenta todas las mujeres separadas de sus maridos, los niños arrancados a sus madres! ¡Y el destierro de los pobres, a través de la nieve, en medio de los precipicios! Los amontonaban en las prisiones y apenas muertos los tiraban en los zarzos.

El abate respondió con sarcasmo:

–¡Permítame que no crea nada de eso! Nuestros mártires son menos dudosos. Santa Blandina fue entregada en una red a una vaca furiosa. Santa Julitte pereció muerta a golpes. ¡A San Taraco, San Probo y San Andrínico les rompieron los dientes con un martillo, les desgarraron los flancos con peines de hierro y les atravesaron las manos con clavos al rojo, les sacaron el cuero cabelludo!

–¡Usted exagera! –dijo Pécuchet–. La muerte de los mártires era, en esos tiempos, una ampliación de la retórica.

–¿Cómo de la retórica?

–¡Pero sí! Yo, en cambio, señor, le cuento la historia. ¡Los católicos, en Irlanda, destriparon a las mujeres encinta para quitarles sus hijos!

–¡Nunca!

–¡Y arrojárselos a los cerdos!

– ¡Vamos, vamos!...

– ¡En Bélgica las enterraban vivas! –¡No haga bromas!

–¡Se conservan sus nombres!

–Y aunque así fuera –objetó el sacerdote, colérico, sacudiendo el paraguas– no se los puede llamar mártires. Y los hay fuera de la Iglesia.

–Permítame. Si el valor del mártir depende de la doctrina ¿cómo es posible que sirva para demostrar su excelencia?

La lluvia amainaba. Hasta llegar al pueblo no hablaron más. Pero en la puerta del presbiterio el abate dijo:

–¡Lo compadezco, realmente, lo compadezco!

Pécuchet contó en seguida su altercado a Bouvard. Este le había causado una malevolencia antirreligiosa, y una hora después, sentado ante el fuego, leía el *Cura Meslier*.

Esas negaciones torpes le disgustaron; luego, diciéndose que quizás se hubiese hecho una falsa idea de los héroes hojeó en la *Biografía* la historia de los mártires más ilustres.

¡Cómo clamaba el pueblo cuando entraban en la arena! Y si los leones y los jaguares eran mansos, con ademanes y gritos los excitaban para que atacaran. Se los veía a todos cubiertos de sangre, de pie, sonrientes, mirando al cielo. Santa Perpetua se recogió los cabellos para no parecer afligida. Pécuchet se puso a pensar. La ventana estaba abierta, la noche tranquila, brillaban muchas estrellas.

Por las almas de aquellos hombres debían pasar cosas que ni siquiera podemos imaginar, una alegría, un espasmo divino. Y Pécuchet, a fuerza de pensar en eso, dijo que comprendía aquello, que él hubiera hecho lo mismo. —¿Tú?

—¡Seguramente!

— ¡Nada de bromas! ¿Crees o no? —No sé.

Encendió una vela y sus ojos tropezaron con el crucifijo de la alcoba.

—¡Cuántos miserables han recurrido a ese? —Y después de un silencio— ¡Lo han desnaturalizado! Es culpa de Roma ¡La política del Vaticano!

Pero Bouvard admiraba a la Iglesia por su magnificencia y hubiera deseado ser un cardenal de la Edad Media.

—Me hubiera quedado bien la púrpura, reconócelo.

La gorra de Pécuchet, puesta delante de las brasas, no estaba seca todavía. Cuando la estiraba sintió algo en el forro y una medalla de San José cayó. Aquello los turbó; el hecho les parecía inexplicable.

La señora de Noaris quiso saber si Pécuchet no había experimentado algún cambio, alguna alegría y sus preguntas la traicionaron. Una vez, mientras él jugaba al billar, ella le había cosido la medalla en su gorra.

Evidentemente, lo amaba. Hubieran podido casarse, ya que ella era viuda, pero él ni siquiera sospechó ese amor que tal vez hubiera sido la felicidad de su vida.

Aunque se mostraba más religioso que el señor Bouvard, lo había encomendado a San José, cuyo socorro es excelente para las conversiones.

Nadie conocía como ella todos los rosarios y las indulgencias que éstos procuran, el efecto de las reliquias, los privilegios de las aguas santas. Su reloj pendía de una cadenita que había tocado las ataduras de San Pedro. Entre sus dijes lucía una perla de oro, imitación de aquella que en la iglesia de Allouagne contiene una lágrima de Nuestro Señor. En el meñique llevaba un anillo con cabellos del cura de Ars y como recogía hierbas para los enfermos su pieza parecía una sacristía y una trastienda de boticario.

Pasaba su tiempo escribiendo cartas, visitando a los pobres, disolviendo concubinatos y repartiendo fotografías del Sagrado Corazón. Un señor iba a enviarle "la Pasta de los Mártires", mezcla de cera pascual y de polvo humano tomado en las catacumbas que se emplea en los casos desesperados como pastillas o píldoras. Le prometió un poco a Pécuchet. Este pareció disgustado por ese materialismo.

A la noche, un criado del castillo le llevó una gran cesta llena de opúsculos que referían frases piadosas del gran Napoleón, buenas palabras de curas en los albergues, muertes espantosas acaecidas a impíos. La señora de Noaris sabía todo eso de memoria, y también una infinidad de milagros.

Contaba algunos estúpidos milagros sin sentido, como si Dios los hubiese hecho para asombrar a la gente. Su misma abuela había guardado en un armario unas ciruelas cubiertas por un paño y un año más tarde se encontró con que sobre la tela había trece que formaban una cruz.

—Explíqueme eso.

Era lo que siempre decía al terminar sus historias, a las que se aferraba con una tozudez de borrico; pero era buena mujer, por lo demás, de humor muy cordial.

Una vez, sin embargo "se le volaron los pájaros". Bouvard le impugnó el milagro de Pezilla, el de una compotera en la cual se habían ocultado hostias durante la Revolución y que se había dorado por sí misma.

Quizás hubiera, en el fondo, un poco de color amarillo debido a la humedad.

—¡Pero no; le repito que no! La causa del dorado fue el contacto con la Eucaristía. —Y dio como prueba el testimonio de los obispos—. Es, según dicen ellos, como un escudo, un... un "palladium" sobre la diócesis de Perpignan. ¡Pregúntenle si no al padre Jعفroy!

Bouvard no resistió más y después de repasar su Louis Hervieu llevó a Pécuchet.

El eclesiástico acababa de cenar. Reine ofreció asientos y obedeciendo a una señal tomó dos vasitos que llenó con "rosolio".

Después de todo esto Bouvard dijo a qué había ido. El abate no respondió directamente.

—A Dios todo le es posible y los milagros son una prueba de la Religión.

—No obstante, hay leyes.

—No es nada. Él las altera para instruir, corregir.

—¿Cómo sabe usted que las altera? —respondió Bouvard—. Cuando la Naturaleza sigue su rutina, ni se piensa en eso, pero ante un fenómeno extraordinario, en seguida vemos la mano de Dios.

—Porque puede estar ahí —dijo el eclesiástico— y cuando un acontecimiento ha sido certificado por testigos...

—¡Los testigos se lo tragan todo! ¡Hay falsos milagros también!

El sacerdote se puso rojo.

—Sin duda, a veces.

—¿Cómo distinguirlos de los verdaderos? Y si los verdaderos que se dan como pruebas necesitan ser probados a su vez ¿para qué hacerlos?

Reine intervino plegándose a la prédica de su amo, dijo que había que obedecer.

— ¡La vida es un tránsito pero la muerte es eterna!

—En una palabra —agregó Bouvard bebiéndose el "rosolio"— los milagros de antes no están mejor demostrados que los milagros de hoy; razones análogas defienden a los de los cristianos y a los de los paganos.

El cura arrojó su tenedor a la mesa.

—¡Le repito una vez más que esos eran falsos! ¡No hay milagros fuera de la iglesia!

— ¡Mire! —se dijo Pécuchet—. El mismo argumento que con los mártires. La doctrina se apoya en los hechos y los hechos en la doctrina.

El señor Jعفroy, después de beber un vaso de agua, continuó.

—Aun negándolos ustedes creen en ellos. El mundo convertido por doce pescadores es, me parece, un hermoso milagro.

—¡De ningún modo! —Pécuchet lo explicaba de otra manera—. El monoteísmo viene de los hebreos, la Trinidad de los indios. El Logos es de Platón, la Virgen María de Asia.

¡No importa! El señor Jعفroy se aferraba a lo sobrenatural, no admitía que el cristianismo pudiese tener, humanamente, la más pequeña razón de ser, aun cuando viese en todos los pueblos antecedentes y deformaciones. Hubiera tolerado la impiedad socarrona del siglo XVIII, pero la crítica moderna, con su cortesía, lo exasperaba.

—¡Prefiero el ateo que blasfema al escóptico que ergotiza!

Después los miró con expresión desafiante, como pare, despedirlos.

Pécuchet regresó melancólico. Había esperado el acuerdo de la Fe y la Razón.

Bouvard le hizo leer este pasaje de Louis Hervieu:

Para conocer el abismo que los separa, oponga sus axiomas:

La Razón le dice: el todo contiene las partes; y la Fe responde con la Sustanciación. Jesús, al comulgar con sus apóstoles, tenía su cuerpo en su mano y su cabeza en su boca.

La Razón dice: no se es responsable del crimen de los demás y la Fe responde con el pecado original.

La Razón dice: tres es tres y la Fe afirma que tres es uno.

No visitaron más al abate.

Era la época de la guerra de Italia. La gente decente temblaba por el Papa. Se echaban pestes contra Víctor Manuel. La señora de Noaris hasta llegaba a desearle la muerte.

Bouvard y Pécuchet protestaban sólo tímidamente. Cuando la puerta del salón se abría ante ellos y se miraban, al pasar, en los altos espejos, en tanto que por las ventanas se entreveían las alamedas, donde resaltaba en medio del verde el chaleco rojo de algún criado, experimentaban placer y el lujo del ambiente los tornaba indulgentes para con las palabras que allí se decían.

El conde les prestó todas las obras de De Maistre. Solía exponer los principios de éste ante un círculo de íntimos, Hurel, el cura, el juez de paz, el notario y el barón, su futuro yerno, que de cuando en cuando iba por veinticuatro horas al castillo.

—¡Lo que hay de abominable —decía el conde— es el espíritu del 89! Se comienza por impugnar a Dios, después se discute el gobierno y luego viene lo de la libertad; lliberde insulto, de rebelión, de gozo y también de pillaje! Tanto es así como que la Religión y el Poder tienen que proscribir a los independientes, a los heréticos. ¡Habrán quienes clamen que es una persecución! ¡Como si los verdugos persiguieran a los criminales! En resumen, ¡no hay Estado sin Dios! La Ley no puede ser respetada sino cuando viene de lo alto; y actualmente no se trata de los italianos sino de saber quién se impondrá ¡la Revolución o el Papa, Satán o Jesucristo!

El señor Jeufroy aprobaba con monosílabos, Hurel con una sonrisa, el juez de paz bamboleando la cabeza. Bouvard y Pécuchet miraban el cielorraso, la señora de Noaris, la condesa y Yolanda trabajaban para los pobres y el señor de Mahurot, al lado de su novia, hojeaba los periódicos.

Después había silencios durante los cuales todos parecían sumidos en la búsqueda de un problema. Napoleón tercero ya no era un Salvador y hasta daba un ejemplo deplorable dejando que en las Tullerías los albañiles trabajaran en domingo.

—No se debería permitir —era la frase habitual del señor conde. Economía social, bellas artes, literatura, historia, doctrinas científicas, acerca de todo dictaminaba en su calidad de cristiano y padre de familia. ¡Y pluguiere a Dios que el gobierno pusiera en sus actos el mismo rigor que él desplegaba en su casa! Sólo el Poder es juez de los peligros de la ciencia; divulgada con excesiva largueza inspira al pueblo ambiciones funestas. Era más feliz, ese pobre pueblo, cuando los señores y los obispos atemperaban el absolutismo del rey. Ahora las industrias lo explotan. ¡Va a caer en la esclavitud!

Y todos echaban de menos al Antiguo Régimen, Hurel por ruindad, Coulon por ignorancia, Marescot como artista.

Bouvard, de regreso en su casa, se empapó de La Mettrie, de Holbach, etcétera y Pécuchet se alejó de una religión que se había convertido en un instrumento de gobierno. El señor de Mahurot había comulgado para seducir mejor a "las señoras" y si practicaba era debido a los criados.

Matemático y "dilettante", tocaba valsos en el piano, era admirador de Toepffer y se distinguía por un escepticismo de buen tono. Lo que se decía de los abusos feudales, de la Inquisición o de los jesuitas, eran prejuicios. Y elogiaba al progreso aunque despreciaba todo lo que no era gentilhomme o salido de la Escuela Politécnica.

El señor Jeufroy también les desagradaba. Creía en los sortilegios, hacía bromas sobre los ídolos y afirmaba que todos los idiomas derivan del hebreo. Su retórica carecía de sorpresas; se trataba siempre del ciervo acorralado, de la miel y del ajeno, del oro y el plomo, de los perfumes, de urnas y del alma cristiana comparada con el soldado que debe decir frente al Pecado: ¡No pasarás!

Para evitar sus conferencias llegaban al castillo lo más tarde posible.

Un día, sin embargo, lo encontraron.

Hacía una hora que esperaba a sus dos alumnos. De pronto la señora de Noaris entró.

—¡La pequeña ha desaparecido! Traigo a Víctor. ¡Ah, el desdichado!

Había encontrado en su bolsillo un dedal de plata perdido hacía tres días. Después, sofocada por los sollozos, agregó:

—¡Eso no es todo, eso no es todo! ¡Cuando lo estaba reprendiendo me mostró el trasero! —Y antes que el conde y la condesa hubiesen dicho nada continuó— ¡por lo demás es culpa mía, perdonenme!

Les había ocultado que los dos huérfanos eran los hijos de Touache, que estaba en presidio.

¿Qué hacer?

Si el conde los despedía estaban perdidos y su acto de caridad quedaría como un capricho.

El señor Jeufroy no se sorprendió. Dado que el hombre es corrompido por naturaleza, hay que castigarlo para mejorarlo.

Bouvard protestó. Era mejor la suavidad.

Pero el conde volvió a explayarse acerca de lo de la mano de hierro, indispensable para con los niños como para con los pueblos. Esos dos estaban llenos de vicios, tanto la chica, mentirosa, como el chico, brutal. El robo, después de todo, sería disculpable, pero la insolencia nunca, pues la educación ha de ser una "escuela de respeto".

Por lo tanto, Sorel, el guardabosque, le administraría al jovencito una buena zurra inmediatamente.

El señor de Mahurot, que tenía algo que decirle, se encargó de la comisión. Tomó un fusil en la antecámara y llamó a Víctor, que había permanecido en medio del patio con la cabeza gacha.

—Sígueme —dijo el barón.

Como el camino para ir a lo del guardia casi no los desviaba del de Chavignolles, el señor Jeufroy, Bouvard y Pécuchet lo acompañaron.

A cien pasos del castillo les rogó que no hablaran mientras bordearan el bosque. El terreno bajaba hasta la orilla del río donde se erguían grandes bloques de roca. En el agua resplandecían hojas de oro bajo el sol poniente. En frente, las verdes colinas se cubrían de sombra. Soplaban una brisa fresca.

Algunos conejos salidos de sus madrigueras pacían la hierba.

Sonó un tiro, después un segundo y luego otro y los conejos saltaban, rodaban. Víctor se les echaba encima para atraparlos y jadeaba bañado de sudor.

—¡Linda te está quedando tu ropa! —dijo el barón. Su camisa hecha jirones estaba manchada de sangre.

La vista de la sangre repugnaba a Bouvard. No admitía que se la pudiera derramar.

El señor Jeufroy replicó:

—Las circunstancias a veces lo exigen. Si no es el culpable quien da la suya, hace falta la de otro. Es esta una verdad que nos enseña la Redención.

Según Bouvard, ésta no había servido pues casi todos los hombres se condenaron a pesar del sacrificio de Nuestro Señor.

—Pero todos los días la renueva en la Eucaristía.

—¡Y el milagro —dijo Pécuchet— se hace con palabras, sin importar la indignidad del sacerdote!

—¡En eso radica el misterio, señor!

Mientras tanto Víctor clavaba sus ojos en el fusil y hasta trataba de tocarlo.

—¡Fuera esas manos! —Y el señor de Mahurot tomó un sendero por entre la maleza.

El eclesiástico tenía a Pécuchet de un lado y a Bouvard del otro y a ellos dijo:

—¡Atención! Ustedes saben: *Debetur pueris*.

Bouvard le aseguró que él se prosternaba ante el Creador, pero que era indigno que se hiciera de él un hombre. Se teme su venganza, se trabaja para su gloria; tiene todas las virtudes, un brazo, un ojo, una política, una morada. Padre Nuestro que estás en los cielos ¿eso qué quiere decir?

Y Pécuchet agregó:

—El mundo se ha agrandado, la Tierra ya no es su centro. Gira en medio de la multitud infinita de sus semejantes. Muchos de éstos la superan en tamaño y ese empequeñecimiento de nuestro globo depara una idea más sublime de Dios.

Por lo tanto la religión debía cambiar. El Paraíso es algo infantil con esos bienaventurados siempre contemplando, siempre cantando y que miran desde allá arriba los tormentos de los condenados. ¡Cuando se piensa que el cristianismo tiene como base una manzana!

El cura se enojó.

—Niegue la Revelación. Será más fácil.

—¿Cómo quiere usted que Dios haya hablado? —dijo Bouvard.

—¡Pruebe que no habló! —decía Jeufroy. —Una vez más ¿quién lo afirma? —¡La Iglesia! —¡Bonito testimonio!

Aquella discusión aburría al señor de Mahurot, quien sin detenerse dijo:

—¡Escuchen al cura! El sabe más que ustedes. Bouvard y Pécuchet se hicieron señas para tomar por otro camino y al llegar a la Cruz Verde dijeron: —¡Tengan buenas noches! —¡Servidor! —dijo el barón.

Todo aquello sería contado al señor de Favergés y probablemente hubiera una ruptura como consecuencia. ¡Mala suerte! Se sentían despreciados por esos nobles, nunca los invitaban a cenar y ya estaban cansados de la señora de Noaris y sus continuas reprimendas.

No obstante no podían guardarse el De Maistre y unos quince días después volvieron al castillo creyendo que no serían recibidos. Pero lo fueron.

Toda la familia se encontraba en el gabinete, incluido Hurel y, cosa extraordinaria, Foureau.

El correctivo no había corregido a Víctor. Se rehusaba a aprender su catecismo y Victorina profería palabras sucias. En una palabra, el muchacho iría al reformatorio y la chica a un convento. Foureau se había encargado de los trámites y se retiraba cuando la condesa lo llamó.

Se esperaba al señor Jeufroy para fijar con él la fecha de la boda que se realizaría en el ayuntamiento mucho antes que en la iglesia, para mostrar así que despreciaban el casamiento civil.

Foureau trató de defenderlo. El conde y Hurel lo atacaron. ¿Qué era una función municipal al lado de un sacerdote? Y el barón no se hubiese considerado casado si sólo lo hubiera hecho ante una banda tricolor.

–¡Bravo! –dijo el señor Jeufroy que entraba–. Dado que el matrimonio fue establecido por Jesús... Pécuchet lo detuvo.

–¿En qué Evangelio? En los tiempos apostólicos se lo estimaba tan poco que Tertuliano lo compara con el adulterio. –¡Vaya, caramba!

–¡Pero, sí! ¡Y no es un sacramento! El sacramento requiere un signo. ¡Muéstreme el signo del matrimonio!

El cura se apresuró a responder que representaba la alianza de Dios con la Iglesia.

–¡Ustedes ya no comprenden al cristianismo! Y la Ley...

–La Ley lleva su marca –dijo el señor de Faverges–. ¡De no ser así autorizaría la poligamia!

Una voz respondió: –¿Y qué habría de malo en eso?

Era Bouvard, semioculto por una cortina.

–Se puede tener varias esposas, como los patriarcas, los mormones y los musulmanes y sin embargo ser un hombre decente.

–¡Nunca! –exclamó el sacerdote–. La honestidad consiste en hacer lo que se debe. Nosotros debemos respetar a Dios. Y quien no es cristiano, no es honesto.

–Tanto como el que más –dijo Bouvard.

El conde, quien creyó advertir en esta réplica un ataque a la religión, la exaltó. Esta había emancipado a los esclavos.

Bouvard hizo algunas citas que probaban lo contrario:

–San Pablo les recomienda obedecer a sus amos como a Jesús. San Ambrosio llama a la esclavitud un don de Dios. El Levítico, el Éxodo y los Concilios la sancionaron. Bossuet la ubica en el derecho de gentes y Monseñor Bouvier la aprueba.

El conde arguyó que el cristianismo, a pesar de todo, había desarrollado a la civilización.

–Y la pereza, al hacer de la pobreza una virtud.

–Sin embargo, señor ¿la moral del Evangelio?

–¡Ah, ah! ¡No tal moral! A los obreros de la última hora se les paga tanto como a los de la primera. Se le da al que posee y se le quita a quien no posee. En cuanto al precepto de recibir bofetadas sin devolverlas y de dejarse robar, alienta a los audaces, a los cobardes y a los sinvergüenzas.

El escándalo aumentó cuando Pécuchet declaró que él casi prefería el budismo.

El sacerdote se echó a reír.

–¡Ah, ah, él budismo!

La señora de Noaris levantó los brazos.

–¡El budismo!

–¿Cómo? ¿El budismo? –repitió el conde.

–¿Lo conoce usted? –dijo Pécuchet al señor Jeufroy, quien quedó atarugado.

–¡Y bien, sépanlo! Mejor que el cristianismo y antes que él reconoció la nada de las cosas terrenales. Sus prácticas son austeras, sus fieles más numerosos que todos los cristianos y en cuanto a la encarnación, Visnú no tiene una ¡sino nueve! ¡Juzguen ustedes!

–¡Mentiras de viajeros! –dijo la señora de Noaris.

–¡Apoyados por los francmasones! –agregó el cura.

Y empezaron a hablar todos a la vez.

–¡Vamos!, ¡Por favor!

– ¡Continúe!

– ¡Muy lindo!

– Yo lo encuentro divertido.

– ¡No es posible!

Y continuaron así hasta que Pécuchet, exasperado, declaró que se haría budista.

– ¡Está insultando a cristianas! –dijo el barón. La señora de Noaris se desplomó en un sillón. La condesa y Yolanda callaban. El conde ponía los ojos en blanco; Hurel esperaba órdenes. El abate, para contenerse, leía su breviario.

Este ejemplo apaciguó al señor de Faverges y mirando a los dos hombres dijo:

– Antes de censurar al Evangelio, cuando uno tiene manchas en su pasado, hay ciertas reparaciones...

– ¿Reparaciones?

– ¿Manchas?

– ¡Ya basta, señores! ¡Ustedes comprenden lo que digo!

Después, dirigiéndose a Foureau agregó:

– Sorel ya está al corriente. ¡Vaya!

Y Bouvard y Pécuchet se fueron sin saludar.

Al fin de la avenida los tres dejaron escapar su resentimiento:

– Me tratan como a un sirviente –mascullaba Foureau y los otros aprobaban. A pesar del recuerdo de las hemorroides sentía por ellos una cierta simpatía.

Algunos peones trabajaban en el campo. El hombre que los dirigía se acercó; era Gorgu. Se pusieron a hablar. Supervisaba el empedrado del camino votado en 1848 y debía ese puesto al señor de Mahurot, el ingeniero "el que va a casarse con la señorita de Faverges". Ustedes vienen de allá ¿no es cierto?

– ¡Por última vez! –dijo bruscamente Pécuchet.

Gorgu adoptó un aire de ingenuidad.

– ¿Una disputa? ¡Vaya, vaya!

Y si hubiesen podido ver su rostro, después de haberle vuelto las espaldas, habrían comprendido que husmeaba el motivo.

Un poco más lejos se detuvieron frente a un lugar enrejado donde había casillas para perros y una casita de tejas rojas.

Victorina estaba en la puerta. Se oyeron ladridos. La mujer del guarda.

Ya sabía a qué iba el alcalde y llamó a Víctor.

Todo estaba preparado de antemano, hasta su ropa envuelta en dos pañuelos sujetos con alfileres.

– ¡Buen viaje! –le dijo–. ¡Me alegra deshacerme de estos miserables!

¡No tenían la culpa de ser hijos de un padre presidiario! Al contrario; parecían muy juiciosos y ni siquiera les preocupaba el lugar adonde los llevaban.

Bouvard y Pécuchet los miraban caminar delante de ellos.

Victorina canturreaba palabras confusas, con su pañuelo en el brazo, como una modista que lleva una sombrerera. A veces se volvía y Pécuchet, al ver sus ricitos rubios y su porte gentil, lamentaba no tener una hija así. Educada en otras condiciones habría llegado a ser encantadora. ¡Qué dicha el verla crecer, oír todos los días su gorjeo de pájaro, besarla cuando lo quisiera! Y la ternura subió de su corazón a los labios, humedeció sus párpados, lo oprimió un poco.

Víctor había echado su equipaje a la espalda, como un soldado. Silbaba, tiraba piedras a las cornejas que estaban en los surcos, iba bajo los árboles a cortar ramitas. Foureau lo llamó y Bouvard, tomándolo de la mano, disfrutaba sintiendo en la suya esos dedos de niños robustos y vigorosos. El pobre diablito sólo quería desarrollarse en libertad, como una flor al aire libre y se pudriría entre cuatro paredes, con las lecciones, los castigos y un montón de estupideces. Bouvard fue presa de un violento arranque de piedad, de una indignación contra la suerte, de una de esas furias que le hacen a uno querer destruir al gobierno.

—¡Corre! —dijo—. ¡Diviértete todo lo que quieras!

El chico salió corriendo.

Su hermana y él dormirían en la posada, de donde al alba el mensajero de Falaise recogería a Víctor para dejarlo en el reformatorio de Beaubourg; una religiosa del orfanato de Grand-Camp se llevaría a Victorina.

Foureau, después de dar estos detalles, volvió a sumirse en sus pensamientos. Pero Bouvard quiso saber cuánto podía costar el mantener a los dos chiquilines.

—¡Bah!... La cosa puede salir unos trescientos francos. El conde me dio veinticinco para los primeros gastos. ¡Qué roñoso!

Y con el desaire hecho a su banda metido en el corazón, Foureau apuró el paso silenciosamente.

Bouvard murmuró:

—Me dan pena. ¡De buena gana me quedaría con ellos!

—¡Yo también! —dijo Pécuchet, a quien se le había ocurrido la misma idea.

¿Habrá inconvenientes, sin duda?

—¡Ninguno! —respondió Foureau. Por otra parte, él tenía derecho, como alcalde, a confiar a quien mejor le pareciese los niños abandonados. Y después de una larga vacilación dijo:

—¡Y bueno, sí! ¡Llévenlos! ¡Eso los dejará bizcos!

Bouvard y Pécuchet los llevaron.

Al volver a su casa encontraron, a los pies de la escalera, bajo la Virgen, a Marcel de rodillas y rezando con fervor. Con la cabeza echada hacia atrás, los ojos entrecerrados y con el labio leporino dilatado, tenía el aspecto de un fakir en éxtasis.

—¡Qué animal! —dijo Bouvard.

—¿Por qué? Quizás esté viendo cosas que tú envidiarías si pudieses verlas. ¿No hay acaso dos mundos completamente distintos? El objeto de un razonamiento tiene menos valor que la manera de razonar. ¡Qué importa la creencia! Lo importante es creer.

Ésas fueron las objeciones de Pécuchet a la observación de Bouvard.

10

Consiguieron varias obras atinentes a la educación y resolvieron cuál sería su sistema. Había que desterrar toda idea metafísica y, según el método experimental, seguir los pasos de la naturaleza. Nada apremiaba, pues los dos alumnos debían olvidar todo lo que habían aprendido.

Aunque eran de constitución fornida, Pécuchet quería, como un espartano, curtirlos aun más, acostumbrarlos al hambre, a la sed, a la intemperie y hasta quería que usasen zapatos agujereados para prevenir los resfríos, Bouvard se opuso.

El gabinete oscuro en el fondo del corredor se convirtió en su dormitorio. Los muebles que allí había eran dos catres, dos palanganas y un jarro. Un ojo de buey se abría por encima de sus cabezas y las arañas

corrían por el cielorraso. Con frecuencia recordaban el interior de una cabaña donde se discutía. Una noche su padre había regresado con sangre en las manos. Algún tiempo después habían ido los gendarmes. Después habían vivido en un bosque. Unos hombres que hacían zuecos abrazaban a su madre. Ella murió; los habían llevado en una carreta; les pegaban mucho; se habían perdido. Después recordaban al guardia rural, a la señora de Noaris, Sorel y esa otra casa en la cual, sin preguntarse por qué, se sentían felices. Por eso se mostraron dolorosamente asombrados cuando al cabo de ocho meses se reanudaron las lecciones.

Bouvard se encargó de la pequeña. Pécuchet del chico. Víctor distinguía las letras, pero no lograba formar sílabas. Las farfullaba, se detenía de golpe y ponía cara de idiota. Victorina hacía preguntas. ¿Por qué la ch en "orchestre" suena como una q y como una k en "archeologie"? Unas veces se tiene que juntar dos vocales, otras separarlas. Todo eso no es justo. Se indignaba.

Los maestros enseñaban a la misma hora en sus respectivas habitaciones y como el tabique era delgado, sus cuatro voces, una aflautada, una profunda y dos agudas componían un barullo abominable. Para terminar con aquello y estimular a los chicos por la emulación, se les ocurrió hacerlos trabajar juntos en el museo. Comenzaron con la escritura.

Los dos alumnos, uno en cada extremo de la mesa, copiaban un modelo. Pero la posición del cuerpo era mala. Había que corregirlos. Las páginas se les caían, las plumas se partían, la tinta se derramaba.

Algunos días Victorina iba bien durante unos cinco minutos, después hacía garabatos y presa del desaliento permanecía con los ojos clavados en el techo. Víctor no tardaba en dormirse echado en medio de la mesa.

¿Sufrían, tal vez? Una tensión demasiado fuerte perjudica a los cerebros jóvenes. —¡Detengámonos! —dijo Bouvard. Nada tan estúpido como hacer que se aprenda de memoria, pero si no se ejercita la memoria, ésta se atrofia. Y les machacaron las primeras fábulas de La Fontaine. Los niños aprobaban a la hormiga que ahorraba, al lobo que se come al cordero y al león que se queda con todo.

Cada día más atrevidos, devastaban el jardín. Pero ¿de qué otra manera podían divertirse?

Juan Jacobo, en *Emilio*, aconseja al preceptor que haga que el alumno haga sus propios juguetes, dándole un poco de ayuda sin que lo note. Bouvard no pudo hacer un aro ni Pécuchet coser una pelota.

Pasaron a los juegos instructivos como el de los recortes, Pécuchet les mostró su microscopio y Bouvard, con una vela encendida, dibujaba en la pared una liebre o un cerdo. El público se cansó.

Algunos autores exaltan el placer de un almuerzo campestre o un paseo en barco. ¿Aquello era practicable, francamente? Fenelón recomienda "una conversación inocente" de cuando en cuando. ¡Era imposible imaginar una sola!

Volvieron a las lecciones; la bola de facetas, la caja tipográfica, todo había fracasado cuando se les ocurrió una estratagema.

Como Víctor tenía inclinación por la glotonería, se le enseñó el nombre de un plato; pronto leyó de corrido en *El cocinero francés*. Victorina era coqueta. Le regalarían un vestido si para conseguirlo le escribía a la costurera. En menos de tres semanas consumó el prodigio. Aquello suponía fomentar sus defectos, método pernicioso pero que había dado buen resultado.

Ahora que sabían leer y escribir ¿qué les enseñarían? Otro inconveniente. Las muchachas no necesitan saber tanto como los muchachos. ¡No importaba! Generalmente se las educa como verdaderas tontas y todo su bagaje se limita a unas cuantas sandeces místicas.

¿Conviene enseñarles idiomas? El español y el italiano —afirma el Cygne de Cambral— sólo sirven para leer obras peligrosas. Un motivo así les pareció estúpido. Sin embargo, Victorina no podría hacer nada con esos idiomas. El inglés, en cambio, es de uso más común. Pécuchet estudió las reglas y enseñaba, con seriedad, la manera de pronunciar la *th*, "así, mira ¡the, the, the!".

Pero antes de instruir a un niño habría que conocer sus aptitudes. Se las adivina por la frenología. Se zambulleron en ella. Luego quisieron verificar las aseveraciones en sus personas. Bouvard presentaba la protuberancia de la benevolencia, de la imaginación, de la veneración y la de la energía amorosa, *vulgo*, erotismo.

En los temporales de Pécuchet se palpaban la filosofía y el entusiasmo junto a un espíritu astuto. Esos eran sus caracteres.

Lo que más los sorprendió fue encontrar, tanto en uno como en otro, la inclinación a la amistad y encantados con este descubrimiento se abrazaron conmovidos. En seguida encararon el examen de Marcel.

Su más grande defecto y que ellos no ignoraban, era su desmedido apetito. No obstante, Bouvard y Pécuchet quedaron aterrorizados al descubrir por sobre el pabellón de la oreja, a la altura del ojo, el órgano de la "alimentividad". Con los años su criado quizás llegara a ser como esa mujer de la Salpêtrière que comía todos los días ocho libras de pan y engulló una vez doce potajes y otra sesenta tazas de café. Ellos no darían a basto.

Las cabezas de sus alumnos no tenían nada de curioso. Era posible que las estuvieran examinando mal. Acrecentaron su experiencia de una manera muy simple. Los días de mercado se mezclaban con los paisanos, en la plaza, entre las bolsas de avena, las canastas de queso, los terneros, los caballos, insensibles a los empujones y cuando encontraban a un chico con su padre pedían permiso para palpar el cráneo del niño con propósitos científicos.

La mayoría ni siquiera les respondía; otros creían que se trataba de una pomada para la tina y se negaban ofendidos y algunos, por indiferencia, se dejaban llevar bajo el pórtico de la iglesia donde se estaba más tranquilo.

Una mañana, cuando Bouvard y Pécuchet comenzaban sus manejos, de pronto apareció el cura. Al ver lo que hacían, acusó a la frenología de conducir al materialismo y al fatalismo. El ladrón, el asesino, la adúltera, sólo tienen que hacer recaer la culpa de sus crímenes en sus protuberancias.

Bouvard objetó que el órgano predispone a la acción, pero que no por ello la impone. El hecho de que un hombre tenga el germen de un vicio, no es prueba de que será vicioso.

—Por lo demás, admiro a los ortodoxos. Sostienen que las ideas son innatas y rechazan las inclinaciones. ¡Qué contradicción!

Pero la frenología, según el señor Jeufroy, niega la omnipotencia divina y no quedaba bien practicarla a la sombra del santo lugar, en frente mismo del altar.

—¡Retírense! ¡No! ¡Retírense!

Se instalaron en lo de Ganot, el peluquero. Para persuadir a los vacilantes Bouvard y Pécuchet llegaban a pagar a los padres una afeitada o una ondulación.

Una tarde el doctor fue a hacerse cortar el cabello. Al sentarse en el sillón percibió, reflejados en el espejo, a los dos frenólogos que paseaban sus dedos por seseras de niños.

—¿Se han metido en esas tonterías ahora?

—¿Por qué tonterías?

Vaucorbeil esbozó una sonrisa desdeñosa, después afirmó que en el cerebro no había varios órganos. El hecho de que un hombre digiera un alimento que otro no digiere ¿puede hacer suponer que en el estómago haya tantos estómagos como gustos hay?

No obstante, un trabajo descarga de otro, un esfuerzo intelectual no pone en tensión a todas las facultades al mismo tiempo. Por lo tanto, cada una tiene un asiento distinto.

—Los anatomistas no lo han encontrado —dijo Vaucorbeil. —Porque han hecho mal sus disecciones —replicó Pécuchet. —¿Cómo?

– ¡Y sí! Cortan tajadas sin consideración para con las conexiones de las partes. –Había leído la frase en un libro y ahora la recordaba.

–¡Qué simpleza! –exclamó el médico. –El cráneo no toma la forma del cerebro, lo exterior de lo interior. Gail se equivoca y yo los desafío a probar su doctrina con tres personas tomadas al azar aquí mismo.

La primera fue una campesina de grandes ojos azules. Pécuchet la observó y dijo: –Tiene mucha memoria. Su marido confirmó lo dicho y se ofreció él mismo para la exploración.

–¡Ah, usted, mi amigo, es un hombre difícil de manejar! Según los demás no había en el mundo un testarudo igual. El tercer experimento se hizo con un niño al que acompañaba su abuela.

Pécuchet dijo que debía gustarle la música. –¡Ya lo creo! –dijo la buena mujer–. ¡Muéstrales a esos señores para que vean!

Sacó de entre su blusa una armónica y comenzó a soplar en ella. Se oyó un estruendo. Era la puerta, golpeada con violencia por el médico que se iba. Ya no dudaron de sí mismos. Llamaron a sus dos alumnos y reanudaron el análisis de sus cajas craneanas.

La de Victorina era, en términos generales, lisa, señal de ponderación, pero su hermano tenía un cráneo deplorable. Una eminencia muy marcada en el ángulo mastoideo de los parietales indicaba el órgano de la destrucción, del crimen; y más abajo, tenía un abultamiento que era señal de codicia y robo. Bouvard y Pécuchet estuvieron tristes durante ocho días.

Hay que comprender el sentido de las palabras. Lo que se llama combatividad entraña el desdén por la muerte. Si comete homicidios, puede también hacer salvamentos. El afán de posesión supone tanto la astucia de los rateros como el ímpetu de los comerciantes. La irreverencia va de par con el espíritu de crítica, la sagacidad con la circunspección. Un instinto se desdobra siempre en dos partes, una mala y una buena; se destruirá a la segunda fomentando a la primera y con este método, un niño audaz, lejos de convertirse en un bandido, llegará a general. El flojo será sólo prudente, el avaro, ahorrativo y él pródigo, generoso.

Un sueño magnífico los absorbió. Si llevaban a buen término la educación de sus alumnos, fundarían un establecimiento cuya finalidad sería encarrilar la inteligencia, templar los caracteres, ennoblecer el corazón. Ya hablaban de las suscripciones y del edificio.

Su triunfo en lo de Ganot los había hecho célebres y la gente iba a consultarlos para que les dijese cuáles eran sus posibilidades para el futuro.

Y desfilaron cráneos de todos los tipos, con forma de bola, de pera, de panes de azúcar, cuadrados, alargados, estrechos, chatos, con mandíbulas de buey, con caras de pájaro, ojos de cerdo. Tanta gente molestaba al peluquero en su trabajo. Los codos rozaban la vitrina de los perfumes, le desordenaban los peines, quebraron el lavabo y por fin echó afuera a todos los aficionados y les rogó a Bouvard y Pécuchet que los siguieran, ultimátum que aceptaron sin chistar, pues ya estaban un poco fatigados de la craneoscopia.

Al día siguiente, cuando pasaban por frente al jardín del capitán, vieron conversando con él a Girbal, Coulon, al guardia rural y a su hijo menor, Zéphyrin, vestido de monaguillo. Su traje era completamente nuevo y se paseaba así vestido antes de devolverlo a la sacristía; todos lo felicitaban.

Placquevent rogó a los señores que palpasen a su muchacho, curioso por saber qué dirían.

La piel de la frente parecía tensa. La nariz delgada, muy cartilaginosa en la punta, caía en línea oblicua sobre los labios fruncidos; el mentón era puntiagudo, la mirada huidiza, el hombro derecho demasiado alto.

–Quítate el gorro –le dijo su padre.

Bouvard pasó las manos por su cabellera color de paja y luego le llegó el turno a Pécuchet; se comunicaron en voz baja sus observaciones.

–*Biofilia* evidente. ¡Ah, ah, la *aprobativida!* *Concienciosidad* ¡ausente! *Amatividad* ¡nula!

–¿Y bien? –dijo el guardia rural.

Pécuchet abrió su tabaquera y aspiró una pizca.

—¡Nada de bueno! ¿Eh?

—A decir verdad —respondió Bouvard— no es nada extraordinario.

Placquevent enrojeció de humillación.

—De todos modos, hará mi voluntad.

— ¡Oh, oh!

—¡Pero soy su padre, por Dios, y tengo derecho a...!

—Hasta cierto punto —respondió Pécuchet.

Girbal intervino.

—La autoridad paterna es inobjetable.

—¿Y si el padre es un idiota?

—No importa —dijo el capitán—, no por eso su poder es menos absoluto.

—Por el bien de los hijos —agregó Coulon.

Según Bouvard y Pécuchet, éstos no debían nada a los autores de sus días, y los padres, al contrario, debían darles instrucción, alimento, cuidados, en fin ¡todo!

Los burgueses se indignaron ante aquella opinión inmoral. Placquevent estaba tan herido como si se lo hubiese Insultado.

—¡Como si fueran gran cosa los que ustedes recogen de la calle! ¡Así llegarán lejos! Tengan cuidado.

—¿Cuidado de qué? —dijo con acritud Pécuchet.

—¡Oh, yo no tengo miedo de ustedes!

—Ni yo tampoco.

Intervino Coulon, apaciguó al guardia rural y lo hizo alejarse.

Durante algunos minutos permanecieron todos en silencio.

Después se habló de las dalias del capitán, quien no dejó que nadie se fuera sin habérselas mostrado una por una.

Bouvard y Pécuchet volvían a su casa cuando vieron, a cien pasos delante de ellos, a Placquevent, y al lado de él a Zéphyrin que levantaba el brazo a modo de escudo para protegerse de las bofetadas.

Lo que acababan de oír expresaba, con otras palabras, las ideas del señor conde; pero el ejemplo de sus alumnos probaría cómo la libertad es mejor que la coacción. Un poco de disciplina, sin embargo, es necesaria.

Pécuchet colgó en el museo un pizarrón para las demostraciones; llevarían un diario en el cual las acciones del niño se anotarían a la noche y serían leídas al día siguiente. Todo se haría al toque de campana. Como Dupont de Nemours, emplearían en primer término la autoridad paternal, después la autoridad militar. Se prohibió el tuteo.

Bouvard trató de enseñarle aritmética a Victorina. A veces él se equivocaba y los dos reían; después ella lo besaba en el cuello, donde no tenía barba y le pedía que la dejara salir; él la dejaba.

A la hora de las lecciones, por más que Pécuchet tiraba de la campana y gritaba por la ventana sus órdenes militares, el muchacho no acudía. Siempre llevaba las medias caídas hasta los tobillos; se metía los dedos en la nariz aun cuando estaba en la mesa y no retenía sus gases. Broussais, en estos casos, prohíbe las reprimendas, "pues se han de atender los requerimientos de un instinto conservador".

Victorina y él empleaban un lenguaje espantoso. Decían *mi tambien* en lugar de "yo también", *biber* en lugar de "beber", *eia* por "ella", *aua* por "agua". Pero como los niños no pueden entender la gramática sino

que la aprenden al oír hablar correctamente, los dos hombres cuidábanse al hablar hasta el punto de sentirse incómodos.

Sus opiniones en lo que atañe a geografía eran diferentes. Bouvard pensaba que era más lógico comenzar por la comuna y Pécuchet por la totalidad del mundo.

Con una regadera y arena quiso demostrar lo que eran un río, una isla, un golfo y hasta sacrificó tres arriates para los tres continentes, pero los puntos cardinales no entraban en la cabeza de Víctor.

Una noche de enero Pécuchet lo llevó a campo abierto. Durante la caminata le hablaba de astronomía, los navegantes la utilizan en sus viajes, Cristóbal Colón, sin ella, no hubiera hecho su descubrimiento. Debemos estarles agradecidos a Copérnico, Galileo, Newton.

Caía una fuerte helada y en el azul negro del cielo relucían una infinidad de luces.

Pécuchet levantó los ojos. ¿Cómo? No estaba la Osa Mayor. La última vez que la había visto estaba del otro lado. Por fin la encontró y luego mostró la estrella polar, siempre al Norte y por la cual uno se orienta.

Al día siguiente puso un sillón en medio del salón y comenzó a bailar alrededor de él.

—Imagina que este sillón es el sol y que yo soy la tierra. Esta se mueve así. Víctor lo contemplaba lleno de asombro. Después tomó una naranja y la atravesó con una varilla para marcar los polos y le hizo un trazo circular con carbón para señalar el ecuador. Después de lo cual paseó a la naranja alrededor de una vela haciendo notar que todos los puntos de la superficie no eran iluminados simultáneamente, lo cual produce la diferencia de climas, y para las diferentes estaciones inclinó la naranja, pues la tierra no se mantiene derecha, lo cual produce los equinoccios y los solsticios.

Víctor no había comprendido nada. El creía que la tierra giraba alrededor de una larga aguja y que el ecuador era un anillo que ceñía su circunferencia.

Valiéndose de un atlas Pécuchet le describió Europa, pero deslumbrado por tantas líneas y colores no podía recordar los nombres. Los ríos y las montañas no concordaban con los reinos, el orden político enredaba el orden físico.

Pudiera ser que todo aquello se aclarara cuando se estudiara historia.

Hubiera sido más práctico comenzar por el pueblo, después continuar por el distrito, el departamento y la provincia. Pero dado que Chavignolles carecía de anales, había que atenerse a la Historia Universal.

Está tan recargada de temas que sólo se deben tomar en cuenta sus bellezas. En la griega tenemos el "Combatiremos a la sombra", el envidioso que desterró a Arístides y la confianza de Alejandro en su médico; en la romana, las ocas del Capitolio, el trípode de Scevola, el tonel de Regulus. El lecho de rosas de Guatimozin es muy importante para América. En cuanto a Francia, tenemos el vaso de Soissons, el roble de San Luis, la muerte de Juana de Arco, la gallina en la olla del Beamés, hay de sobra para elegir. Sin contar el "¡A mí, los de Auvergne!" y el naufragio del *Vengeur*.

Víctor confundía los nombres, los siglos y los países.

Pécuchet, sin embargo, no iba a meterlo en consideraciones sutiles y la masa de los hechos es un verdadero laberinto.

Se dedicó entonces a la nomenclatura de los reyes de Francia, pero Víctor los olvidaba pues no conocía las fechas. Y si la mnemotecnia de Dumouchel no les había servido a ellos ¡cómo podía serle útil a él! Conclusión: la historia sólo puede aprenderse leyendo mucho. Eso harían.

El dibujo es útil en una cantidad de circunstancias. Ahora bien: Pécuchet tuvo la osadía de enseñarlo él mismo, con modelos del natural y encarando en primer lugar el paisaje. Un librero de Bayeux les envió papel, goma, dos carpetas, lápices y fijador para sus obras las que, enmarcadas y bajo vidrio, adornarían el museo.

Se levantaban al alba, echaban a andar con un pedazo de pan en el bolsillo y mucho tiempo se les iba buscando un buen lugar. Pécuchet quería reproducir al mismo tiempo el terreno que pisaba, el más remoto horizonte y las nubes. Pero lo lejano dominaba siempre los primeros planos; el río rodaba desde el cielo, el pastor caminaba por sobre el rebaño, un perro dormido parecía correr. El, por su parte, desistió.

Recordó haber leído esta definición: "El dibujo se compone de tres cosas: la línea, el grano y el graneado fino, además del toque; pero el toque sólo el maestro puede darlo". Y rectificaba las líneas, colaboraba en el grano, vigilaba el graneado fino y esperaba la ocasión de dar el toque, pero éste no llegaba nunca por lo incomprensible que era el paisaje del alumno.

Su hermana, perezosa como él, bostezaba frente a la tabla de Pitágoras. La señorita Reine le enseñaba a coser y cuando hilvanaba la ropa blanca levantaba los dedos con tanta gracia que Bouvard no se atrevía a atormentarla con su lección de aritmética. Uno de esos días volverían a ella.

No cabe duda de que la aritmética y la costura son necesarias en un hogar. Pero es cruel, objetó Pécuchet, educar a las niñas teniendo como mira exclusiva el marido que tendrán. Todas no están destinadas al himeneo y si se quiere que con el tiempo no tengan que depender de los hombres, habrá que enseñarles muchas cosas.

Se puede inculcar las ciencias valiéndose de los motivos más corrientes. Se podía decir, por ejemplo, qué era el vino, y una vez dada la explicación, Víctor y Victorina deberían repetirla. Lo mismo se hizo con las especias, los muebles, la iluminación; pero la luz, para ellos, era la lámpara, y ésta no tenía nada en común con la chispa de un guijarro, la llama de una vela o la claridad de la luna.

Un día Victorina preguntó por qué ardía la madera. Sus maestros se miraron confundidos. La teoría de la combustión los rebasaba.

Otra vez, Bouvard, desde la sopa hasta el queso habló de los elementos nutricios y dejó boquiabiertos a los chicos con la fibrina, la caseína, la grasa y el gluten.

En seguida Pécuchet quiso explicarles cómo se renueva la sangre y se enredó con la circulación.

El dilema no es fácil. Si se toman los hechos como punto de partida, lo más simple requiere razones demasiado complicadas y si se comienza por los principios, se empieza por lo Absoluto, la Fe.

¿Cómo resolverlo? ¿Combinar las dos enseñanzas, la racional y la empírica? Pero ¿un doble medio que tiende a un fin único no es lo contrario del método? ¡Ah, qué se le iba a hacer!

Para iniciarlos en la historia natural intentaron algunos paseos científicos.

—Ves —decían mostrando un asno, un caballo, un buey— los animales de cuatro patas son cuadrúpedos. Los pájaros tienen plumas, los reptiles escamas y las mariposas pertenecen a la clase de los insectos.

Tenían una red para cazarlas y Pécuchet, tomando al animalito con delicadeza, les hacía observar las cuatro alas, las seis patas, las dos antenas y la trompa ósea que aspira el néctar de las flores.

Recogía hierbas medicinales en los bordes de las zanjas y decía sus nombres o los inventaba, para conservar el prestigio. Por otra parte, la nomenclatura es lo menos importante de la botánica.

Escribió este axioma en el pizarrón: "Toda planta tiene hojas, un cáliz y una corola que encierra un ovario o pericarpio que contiene la semilla".

Después ordenó a sus alumnos que herborizaran a la ventura en el campo.

Víctor trajo botones de oro, especie de ranúnculos cuya flor es amarilla. Victorina un manojito de gramíneas. Se buscó en vano un pericarpio.

Bouvard, que desconfiaba de su saber, revolvió toda la biblioteca y descubrió en *El temido por las damas* el dibujo de una rosa; el ovario no estaba ubicado en la corola sino debajo de los pétalos.

—Es una excepción —dijo Pécuchet.

Encontraron una rubiácea que no tiene cáliz. Por lo tanto, el principio postulado por Pécuchet era falso.

En su jardín había tuberosas todas sin cáliz.

—¡Un descuido! La mayoría de las liliáceas no lo tienen.

Pero por azar vieron una cherarda (descripción de la planta) y tenía cáliz.

¡Bueno, vamos! Si ni siquiera las excepciones son verdaderas ¿en quién confiar?

Un día, en uno de sus paseos, oyeron gritos de pavos reales, echaron una mirada por sobre el muro y en un primer momento no reconocieron su granja. El granero tenía un techo de pizarra, las vallas eran nuevas, los caminos estaban empedrados. Apareció don Gouy. —¡No es posible! ¿Son ustedes?

¡Cuántas cosas habían sucedido en esos tres años, la muerte de su mujer, entre otras! En cuanto a él, estaba siempre como un roble. —Pero... ¡pasen un minuto!

Estaban a principios de abril y los manzanos en flor alineaban sus penachos blancos y rosas en las tres casuchas; en el cielo, color de satín blanco, no había una nube; manteles, sábanas y servilletas pendían verticalmente, fijadas con broches de madera en cuerdas tensas. Don Gouy las levantaba para pasar cuando de pronto se encontraron con la señora Bordin, con la cabeza descubierta y en camisa; Marianne le alcanzaba paquetes de ropa blanca a brazos llenos.

—¡Vuestra servidora, señores! ¡Están en su casa! Yo voy a sentarme ¡estoy molida! El granjero propuso a todos beber un vaso. —¡No por el momento! —dijo ella—. Tengo demasiado calor.

Pécuchet aceptó y fue hacia la bodega con don Gouy, Marianne y Víctor.

Bouvard se sentó en el suelo, al lado de la señora Bordin. El recibía su renta con puntualidad, no tenía de qué quejarse, ya no sentía resentimiento.

La intensa luz iluminaba su perfil, uno de sus bandos le caía hasta muy abajo y los rizos de su nuca se pegaban a su piel ambarina, húmeda de sudor. Cada vez que respiraba sus pechos se alzaban. El perfume de la hierba se mezclaba con el buen olor de su carne firme y Bouvard sintió renacer un ardor que lo colmó de alegría. Entonces le hizo cumplimientos por su propiedad.

A ella le encantó aquello y habló de sus proyectos. Para agrandar los corrales derribaría las vallas.

Victorina, en ese momento, trepaba la loma y recogía prímulas, jacintos y violetas, sin temor por un viejo caballo que pacía más abajo.

—¿No es cierto que es simpática? —dijo Bouvard. —¡Sí! ¡Es simpática, una muchachita! —Y la viuda exhaló un suspiro que parecía expresar el largo pesar de toda una vida.

—Usted hubiera podido tener una. Ella bajó la cabeza. —Dependió sólo de usted. —¿Cómo?

El la miró de tal manera que ella enrojeció, como bajo la sensación de una caricia brutal, pero en seguida, abanicándose con su pañuelo respondió: —Usted perdió el coche, querido. —No comprendo. —Y sin levantarse, él se acercaba. Ella lo miró de arriba a abajo por mucho tiempo; después, sonriente y con las pupilas húmedas dijo: —¡Usted tuvo la culpa!

Las sábanas, alrededor, los encerraban como las cortinas de un lecho.

El se inclinó apoyado en el codo, rozándole las rodillas con el rostro. —¿Por qué, eh? ¿Por qué?

Y como ella callaba y él se encontraba en un estado en que los juramentos no cuestan nada, trató de justificarse, se recriminó locura, orgullo.

—¡Perdón! ¡Será como antes!... ¿Quiere?

Le había tomado la mano, que ella le abandonaba.

Un brusco soplo de viento levantó las sábanas y vieron dos pavos reales, un macho y una hembra. La hembra se mantenía inmóvil, con las patas flexionadas y la cola al aire. El macho se paseaba alrededor de ella, desplegab su cola en abanico, se pavoneaba, cloqueaba, hasta que le saltó encima, dejando caer su

plumaje que la cubrió como un manto. Y los dos grandes pájaros temblaron, agitados por un mismo estremecimiento.

Bouvard lo sintió en la palma de la señora Bordin. Ella se desprendió rápidamente. Delante de ellos, boquiabierto y como petrificado estaba el joven Víctor mirándolos. Un poco más lejos, Victorina, echada de espaldas bajo el sol, olía todas las flores que había recogido.

El viejo caballo, asustado por los pavos reales, rompió de una cox una de las cuerdas, se enredó las patas en ella, y galopando por los tres patios arrastró la ropa tras él.

Marianne acudió a los gritos de furia de la señora Bordin. Don Gouy insultaba a su caballo.

— ¡Mancarrón de porquería! ¡Burro! Ladrón.

Y le daba puntapiés en la panza y le golpeaba las orejas con el mango del látigo.

A Bouvard lo indignó ver golpear a un animal.

El campesino respondió:

— ¡Tengo derecho! ¡Me pertenece!

No era una razón. Y Pécuchet, que apareció en ese momento, agregó que los animales también tienen sus derechos, pues tienen un alma, como nosotros, si es que la nuestra existe.

— ¡Es usted un impío! —exclamó la señora Bordin.

Tres cosas la exasperaban, el lavado que debía hacerse otra vez, el ultraje a sus creencias y el temor de haber sido entrevista hacía un momento en una postura sospechosa.

— ¡La creía más fuerte! —dijo Bouvard.

Ella respondió magistralmente:

— ¡No me gustan los licenciados!

Y Gouy les echó en cara el haber arruinado a su caballo, que sangraba por los ollares. Masculló en voz baja:

— ¡Malditos pájaros de mal agüero! ¡Iba a caparlo cuando llegaron!

Los dos hombres se retiraron encogiéndose de hombros. Víctor les preguntó por qué se habían enojado con Gouy.

— Abusa de su fuerza y eso está mal.

— ¿Por qué está mal?

— ¿Los chicos no tenían ninguna idea de lo que era justo? Tal vez no.

Y a la noche, Pécuchet, con Bouvard a su derecha, con algunas notas en la mano y con sus alumnos enfrente, comenzó un curso de moral.

Esta ciencia nos enseña a gobernar nuestros actos. Estos tienen dos motivos, el placer y el interés; y un tercero más imperioso aún, el deber.

Los deberes se dividen en dos clases. *Primo*, los deberes para con nosotros mismos, los cuales consisten en cuidar nuestro cuerpo y protegernos de todo daño. Eso lo entendían perfectamente. *Secondo*, los deberes para con los demás, es decir, ser siempre leal, bueno y hasta fraternal, pues el género humano es toda una gran familia. Con frecuencia nos agrada una cosa que perjudica a nuestros semejantes; el interés difiere del Bien, pues el Bien es de por sí irreductible. Los niños no comprendían. Dejó para la próxima vez la sanción de los deberes.

A todo esto, según Bouvard, no había definido el Bien.

— ¿Cómo quieres definirlo? Se lo siente.

Si así fuera las lecciones de moral servirían sólo para la gente con sentido moral; y el curso de Pécuchet se interrumpió.

Hicieron que sus alumnos leyera historietas que inspiraran el amor por la virtud. A Víctor lo aburririeron.

Para estimular su imaginación, Pécuchet colgó en las paredes de su pieza láminas en las que se describía la vida del Hombre Bueno y la del Hombre Malo. El primero, Adolfo, besaba a su madre, estudiaba alemán, ayudaba a un ciego y era admitido en la Escuela Politécnica. El malo, Eugenio, comenzaba por desobedecer a su padre, tenía una riña en un café, le pegaba a su esposa, se caía de borracho, rompía un armario y un último cuadro lo representaba en el presidio, donde un señor al cual acompañaba un muchacho decía señalándolo: "Ves, hijo mío, los peligros de la mala conducta".

Pero para los niños el porvenir no existe. En vano se les predicaba, hasta saturarlos, esta máxima: el trabajo es honorable y los ricos, a veces, son desdichados. Ellos habían conocido a trabajadores a los cuales nadie honraba y recordaban el castillo donde la vida parecía buena. Los suplicios del remordimiento les eran descritos de manera tan exagerada que les parecían broma y desconfiaban de todo lo demás.

Se intentó convencerlos habiéndoles del sentido del honor, de la opinión pública y del sentimiento de gloria, se alabó a los grandes hombres, sobre todo a los hombres útiles, como Belzunce, Franklin, Jacquard. Víctor no manifestaba ningún deseo de parecerseles.

Un día que había hecho una suma sin errores, Bouvard cosió en su chaqueta una cinta que simbolizaba la cruz de honor. Se pavoneó con ella; pero olvidó la muerte de Enrique IV y Pécuchet le puso un bonete de burro. Víctor comenzó a rebuznar con tanta fuerza y durante tanto tiempo que hubo que quitarle sus orejas de cartón.

Su hermana, como él, se sentía halagada por los elogios y era indiferente a los reproches.

Con el propósito de hacerlos más sensibles les dieron un gato negro para que cuidaran y les dieron dos o tres sueldos para que dieran limosna. La imposición les pareció antipática; el dinero que les daban era de ellos.

Aviniéndose a un deseo de los pedagogos llamaban a Bouvard "tío" y a Pécuchet "amigo", pero los tuteaban y la mitad de las lecciones, generalmente, se iba en discusiones.

Victorina abusaba de Marcel. Se subía a sus espaldas, le tiraba de los cabellos, para burlarse de su labio leporino hablaba con la nariz como él y el pobre hombre no se atrevía a quejarse pues quería mucho a la chica. Una noche su voz ronca resonó extraordinariamente fuerte. Bouvard y Pécuchet fueron a la cocina. Los dos alumnos miraban el fogón y Marcel, juntando las manos, clamaba:

—¡Sáquenlo! ¡Es demasiado, es demasiado!

La tapa de la cacerola saltó como un obús que estalla. Una masa grisácea saltó hasta el cielorraso, después comenzó a girar en redondo frenéticamente, lanzando gritos abominables.

Reconocieron al gato, flaco, sin pelo, con la cola como un cordón. Los ojos se le salían de las órbitas, lechosos, como vaciados y sin embargo miraban.

El horrible animal no dejaba de dar alaridos; se precipitó hacia la chimenea, desapareció, luego cayó en medio de las cenizas, inerte.

Era Víctor quien había cometido esa atrocidad y los dos hombres retrocedieron pálidos de estupefacción y de horror. A los reproches que se le hicieron respondió como el guardia rural por lo de su hijo y como el granjero por lo de su caballo.

— ¡Y bueno, si es mío!

Sin miramientos, con ingenuidad, con la placidez de un instinto saciado.

El agua hirviente de la cacerola se había derramado en el suelo y las baldosas estaban sembradas de cacerolas, tenazas para el fuego, candelabros. A Marcel le llevó algún tiempo limpiar la cocina y sus amos enterraron al pobre gato en el jardín, en la pagoda.

En seguida Bouvard y Pécuchet hablaron largamente de Víctor. La sangre paterna se manifestaba. ¿Qué hacer? Devolverlo al señor de Faverges o confiarlo a otros sería una confesión de impotencia. Pudiera ser que se enmendara un poco. ¡Daba lo mismo! La esperanza era dudosa y la ternura ya no existía. Qué placentero es tener al lado de uno un adolescente interesado por nuestras ideas, al cual se ve progresar y que con el tiempo se convierte en un hermano. Pero a Víctor le faltaba inteligencia y más aun, corazón. Y Pécuchet suspiró, con la rodilla entre sus manos unidas.

–La hermana no es mejor –dijo Bouvard.

Imaginaba una chica de unos quince años, de alma delicada, de humor jovial, que adornara la casa con la elegancia de su juventud y como si hubiese sido su padre y ella hubiese muerto, el buen hombre lloró.

Después, tratando de disculpar a Víctor, alegó la opinión de Rousseau: el niño no tiene responsabilidad, no puede ser moral ni inmoral.

Pero aquellos, según Pécuchet, estaban en edad de discernir y estudiaron los medios de corregirlos.

Para que un castigo sea bueno, dijo Bentham, debe ser proporcionado a la falta, su consecuencia natural. ¿El niño ha roto un vidrio? No se lo reemplazará. Que sufra el frío. Si sin tener apetito pide repetir un plato, sírvaselo; una indigestión hará que se arrepienta pronto. ¿Es perezoso? Que no haga nada. El hastío mismo lo hará reaccionar.

Pero Víctor no sufriría de frío, su temperamento le permitía resistir excesos y la holganza le gustaría.

Adoptaron el sistema inverso, el castigo medicinal. Le aplicaron correctivos, pero se mostró más perezoso. Lo privaron de dulces, pero su glotonería aumentó.

Tal vez se consiguiera algo con la ironía. En una ocasión cuando había ido a comer con las manos sucias, Bouvard se burló de él, lo llamó buen mocito, petimetre, lechuguino. Víctor escuchaba con la cabeza gacha, palideció de repente y arrojó su plato a la cabeza de Bouvard; después, furioso por haber fallado, se precipitó sobre él. No eran demasiados tres hombres para contenerlo. Se revolcaba en el suelo, trataba de morder. Pécuchet lo regó de lejos con una jarra y en seguida se calmó, pero quedó ronco por tres días. El método no era bueno.

Adoptaron otro. Al menor síntoma de cólera lo trataban como un enfermo y lo acostaban en su lecho. Allí Víctor se sentía bien y cantaba.

Un día encontró en la biblioteca un viejo coco y había comenzado a partirlo cuando apareció Pécuchet.

–¡Mi coco!

¡Era un recuerdo de Dumouchel! Lo había llevado de París a Chavignolles, levantó los brazos indignado. Víctor se echó a reír. El "amigo" no aguantó más y con un ampuloso tortazo lo mandó rodando hasta el fondo de la pieza. Después, temblando de emoción, fue a quejarse a Bouvard.

Bouvard le hizo reproches.

–¡Tú y tu coco; qué tonto eres! Los golpes embrutecen, el terror exaspera. ¡Te degradas tú mismo!

Pécuchet objetó que los castigos corporales son a veces indispensables. Pestalozzi los empleaba; y el célebre Mélanthou confiesa que sin ellos no hubiese aprendido nada.

Pero ha habido niños a los cuales castigos crueles han llevado al suicidio; se han dado casos.

Víctor se había atrincherado en su pieza. Bouvard parlamentó desde atrás de la puerta y para hacer que abriera le prometió una tarta de ciruelas. Desde entonces el muchacho empeoró.

Quedaba un método, preconizado por Dupanloup: "la mirada severa". Trataron de imprimirle a sus rostros un aspecto terrible pero no consiguieron nada.

–Lo único que nos queda por probar es la religión –dijo Bouvard.

Pécuchet puso el grito en el cielo. La habían desterrado de su programa.

Pero el razonamiento no satisface todas las necesidades. El corazón y la imaginación quieren otra cosa. Lo sobrenatural, para muchas almas, es indispensable, y resolvieron enviar a los niños al catecismo.

Reine se ofreció para llevarlos. Volvió a visitar la casa y se hacía querer por sus suaves modales. Victoriana cambió de repente, se mostró reservada, melosa, se arrodillaba ante la Virgen, admiraba el sacrificio de Abraham, se burlaba con desdén de sólo oír la palabra protestante.

Dijo que le habían prescrito el ayuno. Se informaron y no era cierto. El día de Corpus las violetas de un cantero desaparecieron y fueron a decorar la imagen; ella negó descaradamente haberlas cortado. En otra ocasión tomó veinte sueldos a Bouvard y los dejó en el plato del sacristán. De ello dedujeron que moral y religión son cosas diferentes; cuando aquella tiene a ésta como única base, su importancia es secundaria.

Una noche, cuando estaban cenando, entró el señor Marescot. Víctor escapó inmediatamente.

El notario se negó a sentarse y contó lo que lo llevaba. El joven Touache había golpeado, casi hasta matarlo, a su hijo.

Como se conocían los orígenes de Víctor y además él era desagradable, los otros chicos lo llamaban Presidiario. Hacía un rato le había pegado al señor Arnold Marescot una violenta paliza. El querido Arnold llevaba marcas de la refriega en la cara.

–Su madre está desesperada, su traje hecho jirones, su salud en peligro ¿adonde vamos a llegar?

El notario exigió un castigo riguroso y que Víctor no fuese más a catecismo para prevenir nuevas colisiones.

Bouvard y Pécuchet, aunque heridos por su tono arrogante, le prometieron todo lo que quería, aflojaron.

¿Víctor había sido impelido por un sentimiento de honor o por venganza? En todo caso, no era un cobarde.

Pero su brutalidad los asustó. La música suaviza los caracteres. A Pécuchet se le ocurrió enseñarle solfeo.

A Víctor le costó mucho leer las notas de corrido, no confundir los términos *adagio*, *presto*, *sforzando*. Su maestro se afanó en enseñarle la gama, el acorde perfecto, la diatónica, la cromática y las dos clases de intervalos, llamados mayor y menor.

Le hizo pararse muy derecho, con el pocho saliente, la boca muy abierta y, para instruir con el ejemplo, cantó con voz de falsete. A Víctor la voz le salía penosamente de la laringe de tanto que la contraía y cuando después de una pausa debía retomar el compás, siempre lo hacía en seguida o demasiado tarde.

Pécuchet, sin embargo, encaró el canto a dos voces. Tomó una varita para servirse de ella a modo de arco y movía su brazo magistralmente, como si hubiese tenido una orquesta delante; pero ocupado por dos tareas al mismo tiempo, equivocaba el tiempo; su error hacía que el alumno cometiera otros y con los ojos clavados en el pentagrama, frunciendo las cejas, tensos los músculos de sus cuellos, continuaban a la ventura hasta el final de la página. Por fin Pécuchet le dijo a Víctor:

–No estás precisamente a un paso de brillar en los orfeones. –Y abandonó la enseñanza de la música–. Locke, por otra parte, puede tener razón: la música determina compañías tan disolutas que más vale ocuparse de otra cosa. Sin pretender hacer de él un escritor, sería conveniente para Víctor que supiera, por lo menos, pergeñar una carta. Una idea los detuvo. El estilo epistolar no puede enseñarse, pues pertenece con exclusividad a las mujeres.

Después pensaron en meterle en su memoria algunos trozos de literatura, pero como vacilaban acerca de cuáles, consultaron la obra de la señora Campan. Esta recomienda la escena de Eliacin, los coros de *Esther*, y Jean Baptiste Rousseau entero.

Es un poco viejo. En cuanto a las novelas, las prohíbe, pues según dice pintan al mundo con tonos demasiado favorables.

No obstante, permite *Clarisse Harlowe* y *El padre de familia*, por miss Opie. ¿Quién es esa miss Opie?

No encontraron su nombre en la *Biografía Michaud*. Quedaban los cuentos de hadas.

—Van a pretender castillos de diamantes —dijo Pécuchet. La literatura desarrolla el espíritu pero exalta las pasiones. Victorina fue expulsada del catecismo debido a las suyas. ¡La habían sorprendido abrazando al hijo del notario! ¡Y Reine no bromeaba! Su rostro estaba serio bajo su gorro plisado. Después de semejante escándalo ¿como retener a una muchacha tan corrompida?

Bouvard y Pécuchet trataron al cura de viejo idiota. Su criada lo defendió. Ellos le respondieron y ella se fue revolviendo sus ojos terribles y mascullando: —¡Los conocemos; los conocemos!

Victorina, efectivamente, le había cobrado cariño a Arnold, pues lo encontraba muy lindo con su cuello bordado, su chaqueta de terciopelo, sus cabellos que olían bien y le llevaba flores, hasta que fue denunciada por Zéphyrin.

¡Qué tontería esa aventura! Los dos niños eran de una inocencia perfecta.

¿Era necesario enseñarles el misterio de la generación? —No veo en ello ningún mal —dijo Bouvard—. El filósofo Basedow lo explicaba a sus alumnos, ateniéndose, no obstante, al embarazo y al nacimiento.

Pécuchet pensaba de manera diferente. Víctor comenzaba a preocuparlo.

Sospechaba que había contraído una mala costumbre. ¿Y por qué no? Hombres muy serios la conservan durante toda su vida y se dice que el Duque de Angulema era muy afecto a ella. Interrogó a su discípulo de tal manera que le sugirió ideas y poco tiempo después ya no cupo ninguna duda.

Entonces lo llamó criminal y como remedio quiso hacerle leer Tissot. Esa obra maestra, según Bouvard, es más perniciosa que útil.

Mejor sería inspirarle un sentimiento poético. Aimé Martin refiere que una madre, en parecidas circunstancias, le prestó *La nueva Eloísa* a su hijo, "y para hacerse digno del amor, el joven se lanzó por el camino de la Virtud".

Pero Víctor no era capaz de soñar con un ángel.

—¿Y si en todo caso lo llevásemos a una casa de señoras?

Pécuchet manifestó su horror por las mujeres públicas. Bouvard lo consideraba idiota y hasta llegó a hablar de hacer un viaje al Havre ex profeso.

—Pero ¿te das cuenta? ¡Nos verían entrar!

—¡Entonces cómprale un aparato!

— ¡El de la ortopedia a lo mejor cree que es para mí! —dijo Pécuchet.

Lo conveniente hubiera sido un placer emocionante como la caza; habría que gastar en un fusil y en un perro. Prefirieron fatigarlo con ejercicios y comenzaron a correr por el campo.

El chico se les escapaba. Aunque se turnaban ya no daban más y cuando llegaba la noche no les quedaban fuerzas ni para sostener el diario.

Mientras esperaban a Víctor charlaban con los que pasaban y por necesidad de ejercer la pedagogía trataban de enseñarles higiene, deploraban el despilfarro de las aguas y el derroche de abonos.

Llegaron a inspeccionar a las nodrizas y a indignarse por el régimen de sus nenes. Unas los llenaban de sémola, lo que los hacía languidecer de debilidad. Otras los atiboraban con carne antes de los seis meses y así revientan indigestados. Muchas los limpian con su propia saliva, todas los tratan con brutalidad.

Cuando veían en una puerta un búho crucificado entraban en la granja y decían:

—Están equivocados; esos animales viven de ratas y de bichos. En el estómago de una lechuza llegaron a encontrar hasta cincuenta larvas de oruga.

Los lugareños los conocían por haberlos visto, primero como médicos, después buscando viejos muebles, luego recolectando piedras y les respondían:

—¡Salgan de aquí, farsantes! ¡No vengan a darnos lecciones otra vez!

Su convicción se tambaleó. Porque los gorriones limpian los huertos, pero se tragan las cerezas. Los búhos devoran a los insectos pero también a los murciélagos, que son útiles; y los topos, aunque se comen a los caracoles, revuelven la tierra. Algo de lo cual estaban seguros era que hay que destruir a toda la caza, funesta para la agricultura.

Una noche, cuando pasaban por el bosque de Faverges, llegaron frente a la casa del guarda. Sorel, a orillas del camino, gesticulaba entre tres individuos.

El primero era un tal Dauphin, un remendón pequeño, flaco y de rostro socarrón. El segundo era don Aubain, un comisionista del pueblo que vestía una vieja levita amarilla con un pantalón de cutí azul.

El tercero, Eugéne, criado de Marescot, se distinguía por su barba recortada como la de los magistrados.

Sorel les mostraba un nudo corredizo de hilo de cobre que estaba unido a un hilo de seda sujeto por un ladrillo. Lo que se llama un lazo. Había descubierto al remendón cuando estaba tendiéndolo.

—¿Usted es testigo, no es cierto?

Eugéne movió la cabeza de manera afirmativa, y don Aubain respondió:

—¡Si usted lo dice!

Lo que enfurecía a Sorel era el atrevimiento de haber tendido una trampa al lado de su casa; el muy pillo habíase figurado que a nadie se le ocurriría sospechar de ese lugar.

Dauphin optó por el estilo plañidero.

—¡Lo estaba pisando, hasta traté de romperlo! —Siempre lo acusaban. ¡Qué desgraciado era!

Sorel, sin responderle, había sacado de su bolsillo una libreta, una pluma y tinta para labrar un acta.

—¡Oh, no! —dijo Pécuchet.

Bouvard agregó:

—¡Lárguelo; es un buen hombre!

— ¡El! ¡Es un cazador furtivo!

—¡Está bien! Y aunque así fuera.

Comenzaron a defender a la caza furtiva. En primer lugar, se sabe que los conejos roen los brotes nuevos, que las liebres arruinan los cereales, la becada tal vez...

—Déjenme tranquilo. —Y el guarda escribía con los dientes apretados.

—¡Qué testarudez! —murmuró Bouvard.

— ¡Una palabra más y llamo a los gendarmes!

—¡Usted es un individuo grosero! —dijo Pécuchet.

— ¡Ustedes no son gran cosa! —replicó Sorel. Bouvard, fuera de sí, lo trató de ganso, de matón y Eugéne repetía: —¡Paz, paz!

Don Aubain, mientras tanto, gemía a dos pasos de ellos en un montón de guijarros.

Perturbados por las voces, todos los perros de la jauría salieron de sus casillas; se veían del otro lado de las rejas sus pupilas encendidas, sus hocicos negros e iban de un lado a otro ladrando espantosamente.

— ¡No me molesten más —exclamó su dueño— o se los echo encima! Los dos amigos se alejaron, contentos de haber defendido el Progreso, la Civilización.

Al otro día recibieron una citación para comparecer ante un tribunal ordinario por insultos para con el guardia; allí se los condenó a pagar cien francos por daños y perjuicios "sin perjuicio de recurso por ante el fiscal, vistas las contravenciones por ellos cometidas. Costas seis francos setenta y cinco céntimos. Tiercelin, ujier."

¿Por qué el fiscal? La cabeza les daba vueltas. Después se calmaron y prepararon su defensa.

El día designado Bouvard y Pécuchet se presentaron en el Ayuntamiento con una hora de adelanto. No había nadie. Sillas y tres sillones rodeaban una mesa cubierta con una carpeta. En la pared habíase cavado un nicho para poner una estufa, y el busto del Emperador en su pedestal dominaba el conjunto.

Fueron paseando hasta el desván, donde había una bomba de incendios, varias banderas y en un rincón, en el suelo, otros bustos de yeso. Napoleón sin diadema, Luis XVIII con charreteras en un frac, Carlos X, identificable por su labio caído, Luis Felipe, con las cejas arqueadas, la cabellera con forma de pirámide. El techo inclinado le rozaba la nuca y todos estaban sucios por el polvo y las moscas. El espectáculo desmoralizó a Bouvard y Pécuchet. Cuando volvieron a la gran sala sentían piedad por los gobiernos.

Encontraron a Sorel y al guardia rural, el primero con su placa en el brazo, el otro con un quepis.

Una docena de personas hablaban, acusadas de deficiente barrido, posesión de perros vagabundos, falta de farol o de haber tenido una taberna abierta en horas de misa.

Por fin se presentó Coulon, ataviado con una toga de sarga negra y un birrete redondo con bordes de terciopelo. El escribano se ubicó a su izquierda, el alcalde con su banda, a la derecha. Y en seguida se llamó a ventilar el caso Sorel contra Bouvard y Pécuchet.

Louis Martial, Eugène Lenepveu, ayuda de cámara en Chavignolles (Calvados), aprovechó su condición de testigo para divulgar todo lo que sabía acerca de una multitud de cosas ajenas a la causa.

Nicolás Juste Aubain, obrero, quien temía disgustar a Sorel y también perjudicar a los señores, había oído palabras fuertes, pero dudaba no obstante y alegó sordera.

El juez de paz hizo que volviera a sentarse y luego, dirigiéndose al guardia, dijo:

–¿Persiste en sus declaraciones?

–Naturalmente.

Inmediatamente después Coulon preguntó a los dos acusados si tenían algo que decir.

Bouvard sostenía que no había insultado a Sorel, sino que había defendido a Dauphin y al hacerlo había defendido el interés de nuestros campos. Recordó los abusos feudales, las cacerías ruinosas de los grandes señores.

– ¡Está bien! Pero la contravención...

– ¡Alto! –exclamó Pécuchet–. Las palabras contravención, crimen y delito no valen nada. Emplear la pena para clasificar los hechos punibles es emplear una base arbitraria. Sería como decir a los ciudadanos: "No se preocupen por el valor de sus actos, pues está determinado sólo por el castigo que impone el Poder". Por lo demás, el Código Penal me parece una obra irracional, sin principios.

–Es posible –respondió Coulon y se dispuso a pronunciar la sentencia–. Visto...

Pero Foureau, que hacía las veces de fiscal, se levantó. Habían ultrajado al guardia en el ejercicio de sus funciones. Si no se respetan las propiedades, todo estará perdido. Para ser breve, pedía al señor juez que aplicara la pena máxima. Esta fue de diez francos en concepto de daños y perjuicios para con Sorel. –Muy bien –dijo Bouvard. Coulon no había terminado.

–Los condeno a cinco francos de multa por hallarlos culpables de la contravención señalada por el fiscal. Pécuchet se volvió hacia el auditorio. –La multa es una bagatela para el rico pero un desastre para el pobre. Para mí no es nada. Y pareció que se burlaba del tribunal. –Me asombra –dijo Coulon– que personas de inteligencia ...

—La ley lo dispensa de tenerla —replicó Pécuchet—. Los jueces de paz actúan indefinidamente, en tanto que a los jueces de la corte suprema se los supone capacitados hasta los setenta y cinco y a los de primera instancia hasta los setenta.

Pero respondiendo a una señal de Foureau, Placquevent se adelantó. Ellos protestaron.

—¡Ah, si fueran nombrados por concurso!

—O por el Consejo General.

—¡O por un comité de hombres honorables!

—Y tomando en cuenta méritos reales.

Placquevent los empujaba y salieron abucheados por los demás acusados, los que suponían que esta muestra de bajeza los congraciara con el tribunal.

Para dar rienda suelta a su indignación a la noche fueron a lo de Beljambe.

El café estaba vacío porque los notables acostumbraban irse a eso de las diez. Habían bajado la llama del quinqué y las paredes y el mostrador se entreveían en medio de una neblina.

Apareció una mujer. Era Mélie.

No pareció turbada y sonriendo les sirvió dos cervezas. Pécuchet, molesto, abandonó el local rápidamente.

Bouvard volvió solo, divirtió a algunos burgueses con sarcasmos contra el alcalde y desde entonces frecuentó el café.

Dauphin fue absuelto seis semanas después por falta de pruebas. ¡Qué vergüenza! Se sospechaba de los mismos testigos a los cuales se les había creído cuando declararon contra ellos.

Y su cólera no reconoció límites cuando se los convocó para pagar la multa. Bouvard atacó a la Oficina Recaudadora como perjudicial para la propiedad.

—¡Se equivoca! —dijo el recaudador.

—¡Vamos, hombre! ¡Se lleva el tercio de la carga pública! Sería de desear que hubiera un sistema impositivo menos vejatorio, un catastro mejor, cambios en el régimen hipotecario y que se suprimiese el Banco de Francia, que tiene el privilegio de la usura.

Girbal no era un interlocutor capacitado; se vino abajo en su opinión y no volvió a aparecer.

Sin embargo, Bouvard le agradaba al posadero; atraía gente y mientras esperaba a los parroquianos charlaba familiarmente con la criada.

Expresó ideas extrañas sobre la instrucción primaria. Según él, al salir de la escuela se hubiera debido poder cuidar a los enfermos, comprender los descubrimientos científicos e interesarse por las artes. Las exigencias de su programa lo indispusieron con Petit e hirió al capitán cuando afirmó que a los soldados, en lugar de perder el tiempo haciendo maniobras, más les valdría sembrar legumbres.

Cuando abordaron la cuestión del libre intercambio llevó a Pécuchet y durante todo el invierno hubo en el café miradas furiosas, actitudes despreciativas, insultos y vociferaciones acompañados por puñetazos en las mesas que hacían saltar los vasos.

Langlois y los otros comerciantes defendían el comercio nacional. Voisin, hilandero, Oudot, gerente de una fundición y Mathieu, orfebre, la industria nacional; los propietarios y los granjeros la agricultura nacional, cada uno de ellos pretendía privilegios para sí en detrimento de la mayoría. Los discursos de Bouvard y Pécuchet los alarmaban.

Cuando se los acusaba de desconocer la práctica, de tender a la nivelación y a la inmoralidad, ellos desarrollaban estas tres ideas:

Reemplazar el nombre de familia por un número de matrícula.

Jerarquizar a los franceses y, para conservar su grado, de cuando en cuando deberían dar examen.

Acabar con los castigos y con las recompensas, pero en todos los pueblos habría una crónica individual que pasaría a la Posteridad.

Su sistema fue desdeñado.

Enviaron un artículo al diario de Bayeux, una nota al prefecto, una petición a las Cámaras y una memoria al Emperador.

El diario no publicó su artículo, el Prefecto no se dignó responder, las Cámaras permanecieron mudas y durante mucho tiempo esperaron un mensaje del Castillo. ¿De qué se ocupaba el Emperador? ¡De mujeres, sin duda!

Foureau les aconsejó, de parte del Sub-prefecto, que fueran más prudentes.

A ellos poco les importaba el Sub-prefecto, el Prefecto, los Consejos de Prefectura y el mismo Consejo de Estado, pues la Justicia administrativa era una monstruosidad, ya que por medio de favores y amenazas maneja injustamente a sus funcionarios. En pocas palabras, estaban tornándose incómodos y los notables conminaron a Beljambe a no recibir más a esos dos sujetos.

Entonces Bouvard y Pécuchet quisieron hacerse ver con una acción que inspirase respeto y deslumbrara a sus conciudadanos y no se les ocurrió nada mejor que un proyecto de embellecimiento de Chavignolles.

Las tres cuartas partes de las casas serían demolidas; en medio del pueblo se haría una plaza monumental, un hospicio hacia el lado de Falaise, mataderos en el camino a Caen y en el paso de la Vaque una iglesia románica y policroma.

Pécuchet hizo una aguada con tinta china, sin olvidar pintar el bosque de amarillo, los campos de verde y los edificios de rojo. ¡Las visiones de un Chavignolles ideal lo perseguían hasta en sueños! Daba vueltas en la cama. Una noche despertó a Bouvard con tanto movimiento.

—¡Te duele algo!

Pécuchet balbuceó:

—¡Hausmann no me deja dormir!

Por aquella época recibió una carta de Dumouchel quien quería saber el precio de los baños de mar en la costa normanda.

—¡Que se vaya al diablo con sus baños! ¡Como si tuviéramos tiempo para escribir!

Y tan pronto como consiguieron una cadena de agrimensor, un grafómetro, un nivel de agua y una brújula comenzaron más estudios.

Invadían las casas y con frecuencia los burgueses eran sorprendidos por esos dos hombres que plantaban jalones en los patios. Bouvard y Pécuchet anunciaban con tono sereno lo que sucedería. El público se inquietó porque ¿y si al fin de cuentas las autoridades compartían su opinión?

A veces los echaban con brutalidad. Víctor escalaba las paredes y subía a las cumbreiras para colgar señales allá arriba, dando muestras de buena voluntad y hasta de un cierto entusiasmo.

También estaban más contentos con Victorina. Cuando ésta planchaba la ropa, ponía la plancha en el fogón canturreando con voz dulce, se interesaba por las cosas de la casa, hizo un gorro para Bouvard y sus costuras le valieron las felicitaciones de Romiche. Era éste uno de esos sastres que van por las granjas arreglando trajes. Se quedó quince días en la casa.

Jorobado, de ojos rojos, compensaba sus defectos físicos con su humor alegre. Mientras los amos estaban fuera divertía a Marcel y a Victorina contándoles chistes, sacaba la lengua hasta el mentón, imitaba al cucú, hacía de ventríloco y a la noche, para ahorrarse los gastos de posada, iba a dormir en el galpón del horno.

Ahora bien; una mañana, muy temprano, Bouvard se sintió con ganas de trabajar y fue allí a buscar viruta para encender la chimenea. .

Lo que vio lo dejó petrificado.

Detrás de los restos del arcón, en un jergón, Romiche y Victorina dormían juntos.

Él la ceñía con un brazo por la cintura y con su otra mano, larga como la de un mono, le tomaba una rodilla, con los párpados entornados y el rostro convulsionado aún por un espasmo de placer. Ella sonreía, acostada de espaldas. Su camisa entreabierta dejaba al descubierto su pecho infantil, salpicado de manchas rojas dejadas por las caricias del jorobado. Sus cabellos rubios estaban esparcidos y la claridad del alba echaba en los dos una luz macilenta.

En un primer momento Bouvard sintió como un golpe en el pecho. Después el pudor le impidió dar un paso, hacer ningún gesto. Pensamientos dolorosos lo asaltaron.

– ¡Tan joven! ¡Perdida, perdida!

En seguida fue a despertar a Pécuchet y con pocas palabras le contó todo. – ¡Ah, el miserable!

– ¡No podemos hacer nada! ¡Cálmate!

Y por mucho tiempo se quedaron suspirando el uno frente al otro. Bouvard sin levita, con los brazos cruzados, Pécuchet en el borde de su cama, descalzo y con gorro de algodón.

Romiche debía irse ese día, pues su trabajo estaba terminado. Le pagaron de modo altanero, silenciosamente.

Pero la Providencia les guardaba rencor.

Marcel los llevó sigilosamente a la pieza de Víctor y les mostró, en el fondo de la cómoda, una moneda de veinte francos. El muchacho le había pedido que le diera cambio.

¿De dónde había salido? ¡De un robo, con seguridad!

Y cometido durante sus andanzas de ingenieros.

Si se la reclamaban quedarían como cómplices.

Cuando por fin llamaron a Víctor y le ordenaron que abriera su cajón, la moneda ya no estaba allí.

Poco antes, sin embargo, ellos la habían tocado y Marcel era incapaz de mentir. Este asunto lo había perturbado de tal modo que desde la mañana guardaba en su bolsillo una carta para Bouvard.

"Señor. Por temor a que el señor Pécuchet se encuentre enfermo recurro a su amabilidad."

¿Quién la firmaba? Olympe Charpeau de Dumouchel.

Ella y su esposo preguntaban en qué localidad balnearia, Courseulles, Langrune o Ouistreham, la gente era menos ruidosa, cuáles eran los medios de transporte, el precio de lavandería, mil cosas.

Esa inoportunidad los encolerizó contra Dumouchel, pero luego la fatiga los sumió en un pesado desaliento.

Recapitularon todos los trabajos que se habían tomado, todas las lecciones, las precauciones, los sacrificios.

–Y pensar –decían– que por un momento quisimos hacer de ella una pequeña ama de casa y de él, hace muy poco, un capataz.

–Si ella es viciosa no ha de deberse a sus lecturas.

–Yo, para que fuera honesta, le había enseñado la biografía de Cartouche.

–Tal vez les haya faltado una familia, los cuidados de una madre.

– ¡Yo era una madre! –objetó Bouvard.

– ¡Ay! –prosiguió Pécuchet–. Hay naturalezas carentes de sentido moral y la educación nada puede en esos casos.

– ¡Ah, sí! ¡Linda cosa la educación!

Como los huérfanos no sabían ningún oficio se les buscarían dos puestos de criados y después que fuera lo que Dios quisiera, pero ellos no se meterían más. Y desde entonces "el Tío" y "el Amigo" los hicieron comer en la cocina.

Pero pronto se aburrieron, porque sus inteligencias necesitaban una tarea, sus existencias una finalidad.

Por otra parte ¿qué prueba un fracaso? Lo que había fracasado con los niños ¿podía ser menos difícil con los hombres? Y pensaron en organizar clases para adultos.

Haría falta una conferencia para exponer sus ideas. El gran salón de la posada sería lo más conveniente, casi perfecto.

Beljambe, en su condición de adjunto del alcalde, tuvo miedo de comprometerse, se negó primero, pero después cambió de opinión y se los comunicó por medio de la sirvienta. Bouvard, en el colmo de la alegría, la besó en las dos mejillas.

El alcalde estaba ausente y el otro adjunto, Marescot, totalmente absorbido por su estudio. La conferencia iba pues a realizarse y se anunció, con redobles de tambor, para el domingo siguiente a las tres.

Sólo el día anterior pensaron en la ropa que se pondrían.

Pécuchet, gracias al cielo, conservaba un viejo traje de ceremonia con cuello de terciopelo, dos corbatas blancas y guantes negros. Bouvard se puso su levita azul, un chaleco de "nankim", botines de castor e iban muy emocionados cuando atravesaron el pueblo.

Aquí se interrumpe el manuscrito de Gustave Flaubert